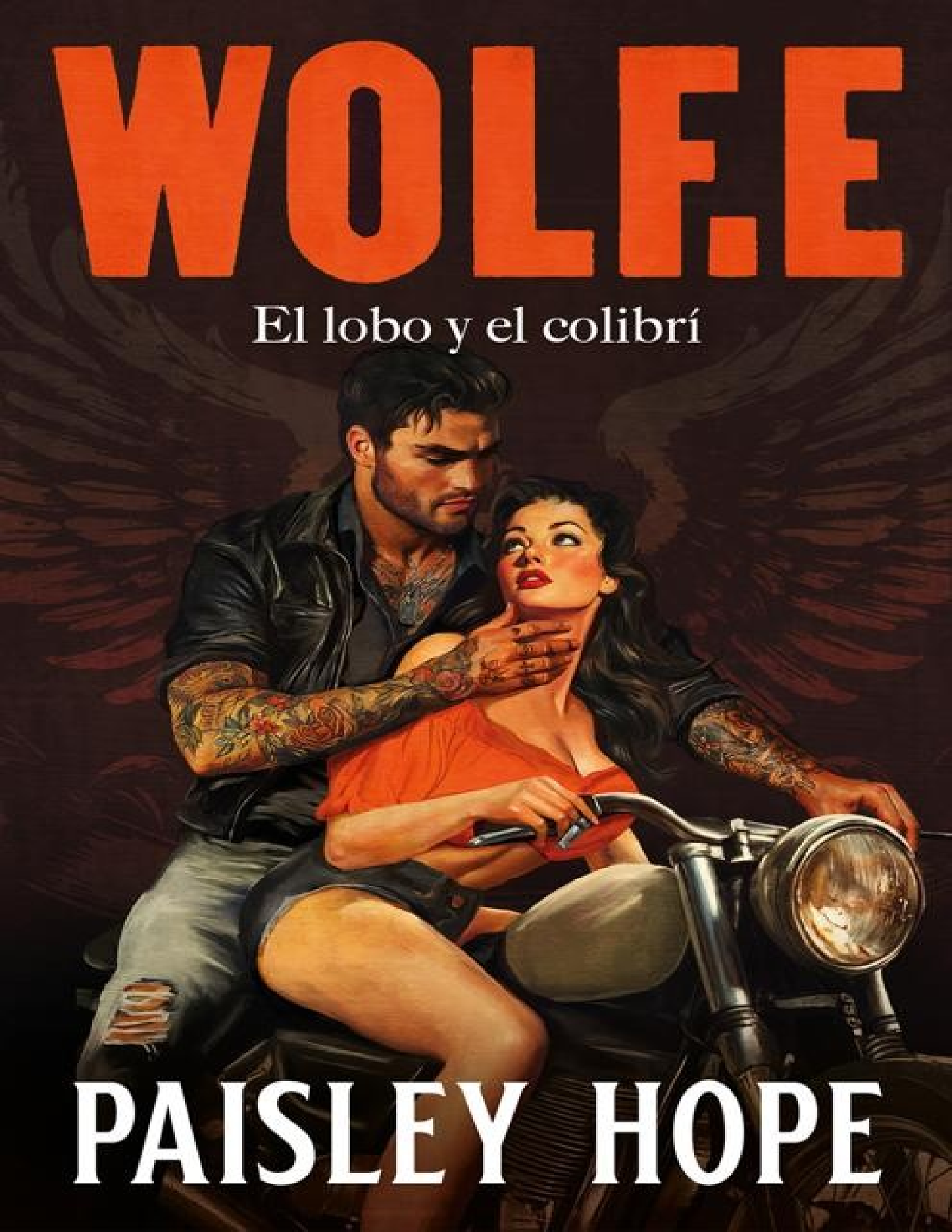
WOLF.E

El lobo y el colibrí



PAISLEY HOPE

PAISLEY HOPE

Wolf. E.
El lobo y el colibrí

Traducción de
Eva Carballeira Díaz

Grijalbo

Para todas las niñas buenas que saben
que enamorarse del rey
de un club de moteros clandestino
no significa empeñarse en cambiarlo,
sino aceptar su propio lado salvaje
y convertirse en una puñetera reina

Glosario de la jerga del club

Aspirante: aprendiz del club. Normalmente lleva el parche de aspirante durante un año y debe demostrar su lealtad y fidelidad prestando diferentes servicios y ocupándose de diversos marrones de los que nadie más quiere hacerse cargo.

Calamar: falso motero que el club desprecia, alguien que carece del sentido común necesario cuando va en moto.

Capilla: sala en la que el club celebra sus reuniones diarias/semanales.

Chaleco: prenda de cuero con la insignia del club.

Código: normas que siguen los miembros del club.

Concentración: reunión de moteros, normalmente con fines lúdicos, pero en la que también suele hablarse de los negocios del club.

Conquista: la absorción de un MC por parte de otro.

Gatita: chica que merodea por el club y que suele ofrecer sexo o ayuda con la esperanza de convertirse en la jefa de algún miembro.

Jefa: mujer o novia formal de algún miembro del club.

Negocios del club: actividades legales o ilegales que benefician al club.

Ninfa: niña buena, hada, princesa.

Presidente: el líder del club. El jefe. El que gestiona los negocios.

Revisión: reunión para hablar de los negocios del club.

Sargento de armas: el protector del presidente, su mano derecha.

Supervisor: el que hace que se cumplan las leyes del club, protege a sus miembros, defiende la reputación del club y media en la resolución de conflictos.

VP: vicepresidente.

Lista de reproducción de Wolfe y Brinley

1. *God's Gonna Cut You Down*, de Johnny Cash.
2. *Hummingbird*, de Carly Pearce.
3. *Enter Sandman*, de Metallica.
4. *Hotel California*, de The Eagles.
5. *Killing In The Name of*, de Rage Against The Machine.
6. *Seven Nation Army*, de The White Stripes.
7. *Sweet Child O'Mine*, de Guns N' Roses.
8. *Hard Row*, de The Black Keys.
9. *Are You Satisfied*, de Reignwolf.
10. *Ghetto Cowboy*, de Yelawolf.
11. *Desperado*, de Upchurch.
12. *Vincent Black Lightning 1952*, de Logan Halstead.
13. *Power Over Me*, acústico, de Dermot Kennedy.
14. *Simple Man*, de Lynyrd Kdynyrd.

PRÓLOGO

Gabriel



El arte de la guerra de un presidente

En un par de generaciones, nadie te recordará.
La fantasía de que a ti eso no te va a pasar te hace seguir adelante.
La fantasía de que en cierto modo eres diferente.
Pero las fantasías no sirven de nada.
Las fantasías que nos creamos sobre nosotros mismos
solo sirven para sentirnos bien con lo que hacemos a diario.
Madurar, casarnos, trabajar, tener hijos, criarlos y morir.
Y ¿para qué? En la mayoría de los casos,
simplemente para volver a convertirnos en polvo y ser olvidados.
Así que nada de eso importa.

Estoy de pie ante el cuerpo apaleado del hombre de mediana edad que violó a una de las hermanas pequeñas de uno de mis hombres, pero no me da lástima su muerte inminente. No siento remordimientos. Es más, siento todo aquello que en teoría uno no debería sentir cuando le arrebata la vida a alguien.

Alegría.

Satisfacción.

Placer.

Ver su cuerpo ensangrentado y destruido me da paz.

La fantasía de que matarlo debería atormentarme no es real. He vivido lo bastante como para saber que solo existe el presente, que

no hay ningún «más allá». Que el hecho de ser bueno o malo no influirá en mi destino.

—No quiero morir… Por favor, no sabía que tenía dieciséis años —se lamenta. La baba y la sangre que le gotean de la boca forman un charco delante de él, sobre la lona por la que están desperdigados la mayoría de sus dientes—. Lo siento, no fue idea mía… No tuve otra opción.

—Déjate de excusas. Siempre hay otra opción. Te vas a ir como un puto cobarde, tío —dice Mason, mi tesorero y el hermano mayor de la chica a la que ese puto enfermo drogó, violó y grabó para conservar pruebas fotográficas de su puñetero triunfo, antes de darle un golpe en la nuca al tal «Gator». Con ese apodo no me extraña que el tío sea un puto cerdo.

Mason asiente mirando a Kai, mi supervisor. Este no dice nada, es como un muro de ladrillo y actúa sin vacilar. Avanza hasta ponerse detrás de Gator para sujetarle la frente con una mano y abrirle la boca con la otra.

Mason se lo piensa un rato, observando las piezas dentales que le quedan dentro. No hay muchas opciones, pero elige una de las muelas de atrás. La sujeta con las tenazas, se la arranca y deja caer los pedazos rotos al suelo entre los lamentos ahogados e ininteligibles de Gator, que son como música para mis oídos.

Me toca.

Vuelvo a encender el soplete de butano. Ha llegado el momento de borrarle un poco más el tatuaje del cuello y del brazo izquierdo, donde lleva el emblema de los Discípulos del Pecado.

Hace años que su club es enemigo natural del nuestro, desde que mi abuelo, Ira Wolfe, fundó los Perros del Infierno en los años sesenta.

Sonrío al ver el horror reflejado en su cara a medida que me acerco a él. La sangre oscura y almibarada que le gotea de la boca es ahora más densa que la baba.

Acerco los dedos índice y corazón a la llama mientras le echo un vistazo a Gator… o a lo que queda de él. Ni siquiera sé cómo puede

seguir recuperando el conocimiento a estas alturas.

Lo único que queremos es un nombre y está aguantando mucho más de lo que esperaba.

—Bueno, vamos a eliminar un poco más de tinta. A menos que estés dispuesto a hablar —le digo. En realidad habíamos parado porque el hedor a carne quemada se había vuelto insoportable dentro de esa cabaña diminuta—. Esta es tu última oportunidad de hacer lo correcto —añado, aferrándome a la esperanza de que el instinto humano de supervivencia exista de verdad.

Sigue al borde de la inconsciencia hasta que la llama le roza la piel. Entonces se despierta de golpe, abre de par en par los ojos enrojecidos y empieza a gritar. Es un grito bastante patético, poco más que un susurro.

—Para…, por favor. Fue Foxx. Dijo que quería que os diera donde más os duele. Yo solo estaba haciendo mi trabajo, tío —gime.

—Por fin, joder —dice Kai, encendiendo un cigarrillo.

Ya lo suponíamos, pero necesitábamos confirmarlo antes de planear cargarnos al presidente de su club.

Me quedo mirando a Gator. Los hombres suelen decir la verdad cuando están a punto de morir, así que estoy seguro de que está siendo sincero.

—¿Y lo de las clínicas? —le pregunto—. ¿Quién hizo que nos robaran el material?

—Foxx —contesta de nuevo con el nombre de su presidente, que pronto estará muerto, mientras me mira con un ojo entreabierto y el otro cerrado por la hinchazón—. Por favor, Wolfe, quiero morir —lloriquea—. Por favor…, mátame —me suplica Gator.

Me detengo y dejo el soplete. Me acerco otra vez a él, lo agarro por el pelo con la mano enguantada y levanto su lamentable cara para que pueda contemplar a la última persona que va a ver en su vida.

—Joder, es patético que me estés suplicando que te mate —le digo.

—Ya he oído suficiente —dice Mason, desde el otro extremo de la habitación. Le hice una promesa. Es su hermana, así que él manda.

Gator exhala un suspiro, aceptando su destino.

—Por favor —susurra.

Desenfundo la pistola y le apunto a la frente. Justo cuando voy a disparar, Kai pronuncia mi nombre y señala con la cabeza hacia el otro lado de la habitación, que solo puedo ver por el rabillo del ojo.

Sigo su mirada hacia la puerta de la cabaña y me encuentro con el horror. El miedo más atroz perfila cada uno de sus rasgos perfectos a través de la mosquitera. Su largo cabello azabache ondea con la brisa marina alrededor de sus hombros iluminados por la luna.

Puede que sea un asesino, pero no un animal. Si pudiera elegir, no me gustaría que viera esto, pero ella se lo ha buscado.

No entiendo ni cómo ni por qué ha venido hasta aquí, pero ya no hay vuelta atrás. La miro fijamente mientras la inocencia abandona esos preciosos ojos, azules como su vestido. Está de rodillas al otro lado de la puerta de la cabaña.

Todas las expectativas que tenía depositadas en mí y en mi club se desmoronan ante ella y se desploman en el suelo.

Yo nunca he mentido sobre lo que soy. Ha sido ella la que se ha creado esas expectativas.

Yo no finjo.

Soy el desalmado que está viendo ahora, pero también algo más.

Acabará entendiéndolo. No le queda más remedio.

Vuelvo a mirarla a los ojos y le susurro la única escapatoria que puedo proporcionarle. Pongo la pistola entre los ojos de mi prisionero y aprieto el puto gatillo.

1

Brinley



Que han quebrado? —pregunto, sentándome en la silla que tengo detrás. Por lo general, procuro no permanecer tanto tiempo en el despacho de mi jefe como para sentarme, pero ahora mismo no me queda otra.

El rugido de los truenos y el repiqueteo incesante de la lluvia sobre el cristal esta mañana, unido al hecho de haber metido el pie en un charco con las sandalias al cruzar la avenida Briarwood de camino a la oficina, deberían haber sido las primeras pistas de que hoy iba a ser un día nefasto.

—Sí. De repente se han sacado de la manga una reorganización por quiebra —refunfuña mi jefe, Paul, recostándose en la silla y dejando un momento de recoger sus cosas.

Justo esa ha sido la escena que me he encontrado cuando me ha llamado para darme la noticia. Cruzo las piernas y tiro de la falda para que no intente echar un vistazo por debajo de ella. Los hombres me miran con lujuria desde que tenía catorce años. Por eso mi madre me cortó el pelo por encima del hombro cuando empecé en secundaria. Según ella, el color negro natural y la longitud atraían las miradas lascivas de los hombres equivocados. Odiaba ese corte de pelo y no paraba de preguntarme por qué tenía que cambiar yo para evitar que un hombre me mirara. Desde entonces, prácticamente dejé de cortármelo, para su consternación. Ni cuando le dije que lo llevaba largo porque me gustaba le pareció bien. Mi amiga Layla decía que no era mi pelo, sino mi cuerpo, lo que hacía que los hombres me miraran y que no había mucho que yo pudiera

hacer al respecto. Mi jefe siempre está observando lo que sea que le guste de mí. Lo pillo haciéndolo casi todos los días. Tres años llevo ya trasnochando, casi sin vida social, madrugando, aguantando las miradas y los comentarios salidos de tono de este hombre, y haciendo un trabajo que la mayor parte de las veces me aburre soberanamente. Y todo porque la posibilidad de convertirme en jefa del Departamento de Diseño a finales de año, cuando mi supervisor pensaba jubilarse, pendía delante de mí como una zanahoria. Estaba deseando que llegara ese momento para tener más seguridad y para demostrarle a mi novio Evan y a su familia que este es un trabajo serio en el que puedo llegar a ser alguien.

—Qué quieres que te diga, cariño. La empresa nos lo comunicó ayer por la noche. La gente ya no compra revistas de decoración con todo el material que hay en internet y en las aplicaciones de interiorismo.

Vuelvo a mirar al asqueroso de mi superior. Hoy lleva los cuatro mechones con los que se cubre la calva especialmente despeinados y la camisa de poliéster —llena de pelos de gato— más arrugada de lo habitual. Siempre me han dicho que no hay que juzgar a la gente por su aspecto, pero el suyo lo define a la perfección. Trabaja como se viste: de forma desaliñada y descuidada.

—Brinley —le digo, recordándole a Paul que no me llamo «cariño».

«Cállate y sé educada», me diría mi madre. Me aconsejaría que no quemara ningún puente, pero eso ya da igual. ¿Qué importa que se dé cuenta de lo repugnante que me parece? A partir de este mediodía, estaré oficialmente en el paro.

—Uy, perdona, olvidaba lo susceptible que eres —replica él, levantando las manos en señal de tregua. «No soy susceptible, capullo. Lo que pasa es que estoy harta de que me mires todos los puñeteros días como si fuera un postre»—. La empresa te pagará una indemnización: seis semanas enteras de sueldo y las cuatro semanas de vacaciones que no has podido disfrutar. —Se sube las gafas sobre la nariz—. La verdad es que siempre te he tenido cariño, Brinley. —Me doy cuenta de que enfatiza mi nombre solo para

dejarme claro lo susceptible que cree que soy. Lo miro a los ojos y me entran ganas de vomitar. Mi sexto sentido me dice que tiene pensamientos muy turbios conmigo—. Será un placer escribirte una carta de referencia. Podríamos ir a tomar algo y hablar de lo que te gustaría que pusiera… —Sigue abriendo el resto de la correspondencia como si la forma en la que me está hablando no fuera muy poco profesional.

El sueldo que cobraba como asistente del jefe de diseño era una miseria. ¿Está insinuando que si juego bien mis cartas, dejo que me mire descaradamente las tetas y pagamos a medias una cena en un restaurante de mierda, conseguiré las referencias que me merezco por méritos propios?

Sonrío con dulzura, cruzo las manos sobre el regazo resistiendo el impulso de apuñalarlo con el abrecartas y contesto con educación, tal y como me han enseñado.

—Paul, no pienso ir a ningún sitio contigo, pero aun así espero que me hagas una carta de recomendación, ya que es lo mínimo que me debes por haber estado aguantando tus miraditas durante tres años. Seguro que a Brenda no le gustaría enterarse de la frecuencia con la que te pillo observándome. —Menciono a su mujer mientras me pongo en pie. Espero que no se dé cuenta de que estoy temblando como un flan—. Gracias por la oportunidad, aunque no puedo decir que haya resultado agradable. —Reprimo la necesidad de decirle que es un cerdo asqueroso. Ladeo la cabeza y esbozo una gran sonrisa de superioridad, como las de mi madre, Wendy Beaumont—. Espero tener esa carta de recomendación antes de irme, o lo primero que haré mañana por la mañana será hacer una visita a Recursos Humanos.

Mi exjefe se queda mudo y se limita a echarse hacia delante, como si intentara averiguar si es un farol. La presión de su panza cervecera hace que se le tensen los botones de la camisa.

—Buena suerte, Brinley. Tendrás la carta a mediodía —dice con docilidad.

«Anda, actuar como mi madre de verdad funciona».

Asiento con la cabeza y doy media la vuelta, orgullosa de mí misma por haberle plantado cara a Paul, mientras doblo la esquina para volver a mi despachito, que queda al final del pasillo. En circunstancias normales, ni siquiera me atrevería a quejarme del pedido de Starbucks si se hubieran equivocado, simplemente sonreiría, les daría las gracias y lo tiraría a la basura. Daños colaterales de años escuchando que lo más correcto es que te vean pero no te oigan.

Cuando estoy cerrando la puerta, me suena el móvil en el bolsillo.

EV
Voy a cortarme el pelo al salir del trabajo, te veo en casa a las seis
Estoy deseando salir esta noche contigo
Procura estar lista a tiempo, cielo, tenemos una reserva

Evan lleva una semana planeando la cita de esta noche y está siendo muy misterioso al respecto. Lo que me lleva a pensar que puede que se me vaya a declarar. Después de dos años juntos, ya va siendo hora y llevo insinuándoselo seis meses. He intentado no presionarlo, pero desde que murió mi madre me siento un poco desarraigada, como si no estuviera a gusto en ningún sitio ni con nadie. Tener un marido como Evan y tal vez formar una familia, justo como quería mi madre, me ayudará a sentir que puede que vaya por el camino correcto, uno del que ella y mi padre se habrían sentido orgullosos.

Aunque sé que Evan se está esforzando mucho para aprobar el último año de Derecho y lo único que quiere es acabar y complacer a sus padres.

Suspiro, deseando ser sincera con él y contarle que me acaban de echar del trabajo, pero en lugar de eso tomo la decisión impulsiva de esperar. Con el día que estoy teniendo, necesito urgentemente que hoy suceda algo bueno.

Estaré lista
No me vas a decir adónde vamos?

EV

No

Pero prepárate para una noche que te va a cambiar la vida 😉

Apoyo la espalda en la puerta del despacho y miro fijamente por la ventana el muro de ladrillo del edificio de al lado. Respiro hondo, e intento mantener la calma.

Esta mañana está siendo una mierda, pero puede que solo sea la mañana.

A lo mejor lo de esta noche la compensa.

2

Brinley



Evan me agarra de la mano en el asiento de atrás de la limusina y me invade esa sensación de bienestar que siempre me transmite.

—Estás guapísima —me dice, fijándose en el moño alto en el que me he recogido la melena negra.

He dejado algunos mechones sueltos y los he ondulado, como a él le gusta, además de ponerme su vestido favorito. No es mi preferido, pero a él le encanta este vestido acampanado azul marino con volumen que me deja los hombros un poco al descubierto y acentúa mi piel pálida. Según él, es bonito pero deja algo para la imaginación.

Le sonrío, siempre con ganas de más. Más palabras, más caricias, más pasión. Yo también le aprieto la mano, obligándome a ser positiva. Nos hace mucha falta esta noche. El último año ha estado tan ocupado con los estudios que se ha comportado de forma más distante de lo normal. ¿Que si me gustaría que me hubiera abrazado o besado al entrar por la puerta esta noche? Desde luego. ¿Que si tengo ganas de que me empotre contra la pared y me haga el amor con desesperación antes de quitarse siquiera los zapatos? Por supuesto. Pero Evan no es así. Desde que tengo uso de razón, he anhelado estar con un hombre que me deseara tanto que no pudiera tener las manos quietas.

Cuando era niña, a mis amigas siempre les gustaba el bueno de las películas que veíamos, mientras que yo en secreto me sentía atraída por el malo que agarraba a la protagonista por el cuello.

Quiero un hombre que me mire como si estuviera deseando tocarme a cada momento del día.

De pequeña me dijeron que el sexo era pecado a no ser que lo practicaras con el hombre con el que estabas casada, así que sabía que mis deseos nunca se verían satisfechos y no veía nada de malo en fantasear con alguien así.

En cualquier caso, la vida me ha demostrado que ese tipo de hombres no existen en el mundo real. Al menos en el mío.

«Estás guapísima» es lo más parecido a un cumplido que Evan suele hacerme, aunque sé que lo dice de corazón. Después de dos años, los detalles empiezan a escasear, pero Evan siempre es muy atento. Debería sentirme afortunada por tener a alguien como él en mi vida. Es una persona serena y responsable, y nos llevamos muy bien. Siempre ha sido así.

Imaginármelo deseándome me hace apretar los muslos. Intento recordar cuándo fue la última vez que nos acostamos y me entristece reconocer que debió de ser en su cumpleaños, hace un par de meses.

—¿Estás bien? —me pregunta al oírme suspirar.

Lo miro en la oscuridad.

—Estupendamente —miento antes de girar la cabeza hacia la ventanilla para ver pasar el centro de Atlanta.

Cuando me frustro por el poco tiempo que pasamos juntos, él me recuerda que está intentando afianzar nuestro futuro. En el fondo, tengo la esperanza de que un compromiso sea justo lo que necesitamos para que vuelva a surgir la chispa entre nosotros. Me imagino con un vestido blanco y con todos nuestros amigos rodeándonos, y luego me imagino a Evan metiendo la cabeza por debajo de la falda.

«Madre mía, tengo que conseguir que nos acostemos esta noche».

Puede que ahora mismo entre Evan y yo no haya una pasión desbordante, pero vamos a crear una buena vida juntos y eso es lo único a lo que debería aspirar. Ya puedo imaginármela: la valla blanca, a él dirigiendo un bufete de abogados y a mí con mi propia

tienda, quizá, o como asesora de una empresa de diseño. Con un poco de suerte, tendremos dos o tres hijos, porque estoy segura de que cuando Evan supere el estrés de sacarse la licencia, también cambiará de opinión con respecto a eso.

—Estás muy callada —me dice.

Lo miro.

—Es que tengo curiosidad por ver qué te vas a sacar de la manga esta noche.

Sonrío, pero me siento un poco culpable por no contarle que me he quedado sin trabajo. Rápidamente intento olvidarme del tema y perdonarme a mí misma. Quiero que hoy sea memorable. No quiero que se preocupe, cargarme el momento, ni estresarlo y que cambie de opinión.

Ya se lo contaré mañana.

Llevo toda la tarde hablando conmigo misma para no venirme abajo. Ahora mismo tengo tres años de experiencia y una carrera de Diseño bajo el brazo, así como una carta de recomendación sorprendentemente entusiasta del baboso de mi exjefe. Seguro que puedo encontrar otra cosa enseguida, aunque sea fuera de mi campo.

Extiendo la mano en la oscuridad, preguntándome cuánto nos quedará de viaje. Acaricio la rodilla trajeada de Evan y subo la mano hacia el interior de su potente muslo. Quizá podamos divertirnos un poco en la limusina…

—Cielo. —Evan me agarra la mano antes de que se la acerque siquiera a la polla—. Ya casi hemos llegado.

Me la vuelve a dejar en el regazo y el corazón me da un vuelco.

—Ya —digo—. Es que te echo de menos. —No soporto lo patético que suena.

—Qué mona, yo también te echo de menos.

Ni un «ya verás cuando te pille», ni ningún tipo de contacto. «Sé agradecida», me recuerdo a mí misma.

Dieciséis minutos más tarde, tiempo más que suficiente para echar un polvo en el asiento de atrás de la limusina, sobre todo cuando

hace tanto que no lo hacemos, llegamos al restaurante favorito de Evan. Debería haber imaginado que vendríamos aquí. A Evan lo educaron para gastar dinero y este es un sitio muy caro. A su familia siempre le ha ido bien y él heredó un importante fondo fiduciario al cumplir los veinticinco, el año pasado. Mi lugar favorito, en cambio, es un pequeño bistró de la avenida Virginia, mucho más económico, tranquilo y rústico. La comida es italiana auténtica y está buenísima.

—Vamos, cielo, he reservado una mesa especial.

Me sonríe rebosando encanto y no puedo evitar devolverle la sonrisa. Se acerca y me da un beso en la mejilla. Me recuerdo todo el esfuerzo que ha hecho esta noche: ha alquilado la limusina, me ha regalado flores y se ha puesto traje.

Varias personas giran la cabeza al vernos entrar. Suelen decirme que Evan se parece a Brad Pitt cuando era joven. Es el típico hombre de ensueño con el que toda mujer quiere casarse: rico, bueno, guapo y triunfador.

Nos sientan en la mesa más bonita de Le Cadran Solaire. Con una vista de trescientos sesenta grados del horizonte de Atlanta desde el piso superior, tengo que reconocer que la imagen que se ve a través de la cristalera es impresionante.

Charlamos tranquilamente mientras bebemos una copa de vino y pedimos unos aperitivos. Es una cena agradable, pero no puedo evitar tener la sensación de que Evan no parece lo suficientemente nervioso como para estar a punto de declararse. Me habla de todos los cambios que está habiendo en su despacho, de nuestros amigos y de algún que otro cotilleo. La noche avanza y esto sigue sin parecer una propuesta de matrimonio.

Al final de la cena, Evan pide el postre con una sonrisa radiante: tarta de queso —mi favorita— y champán.

—Brinley, ya sabes cuánto te quiero —empieza a decir, estrechándome las manos por encima de la mesa. El corazón se me acelera. Ha llegado el momento. ¿Cómo lo hará? ¿Traerán una copa con un anillo de diamantes dentro? Qué narices, como si me regala un anillo hecho con un cordel. Estoy a punto de comprometerme con

el tipo de hombre que mis padres siempre desearon para mí. Ojalá estuvieran aquí para verlo—. Lo siento si me he comportado de una forma un poco distante últimamente. Es que estoy muy estresado por lo poco que falta para el examen.

Pongo mi mano sobre la suya y sonrío.

—Ya lo sé, no pasa nada.

—Sí, claro que pasa. Te prometo que cuando apruebe y cierre este capítulo, tendremos más tiempo para estar juntos. Necesito saber si quieres dar el siguiente paso conmigo y, de ser así, vamos a tener que ser abiertos, sinceros y estar dispuestos a sacrificarnos un poco.

Sonrío.

—Bueno, yo siempre me he imaginado avanzando contigo… —digo en voz baja, algo confusa por la introducción.

—No será fácil, pero, si decides acompañarme en esto, luego podremos hablar de dar el siguiente paso si, cuando yo haya solucionado lo mío, tú ya has resuelto lo de tu trabajo y te han ascendido. O puede que para entonces ya hayas dejado la revista y estés con algo un poco más serio. —Eso me duele, pero sonrío. Evan siempre ha considerado mi carrera profesional una especie de hobby. Textualmente. No soporto que lo menosprecie porque sea un trabajo creativo, pero, como no quiero cargarme la noche, lo dejo pasar. Él sonríe de oreja a oreja. Está guapísimo—. Vale, cielo, allá va. —Respira hondo—. Me han ofrecido un puesto en Foster Grant y Spire, en Nueva York. Es un contrato de un año, prorrogable —dice, entusiasmadísimo al mencionar un bufete tan importante.

«Un momento, ¿qué?».

—¿Perdona? —le pregunto anonadada mientras traen el postre y el champán, sin ningún diamante a la vista.

Él sonríe todavía más, ajeno a que mil corazones imaginarios acaban de romperse en mil pedazos y hacerse añicos a mis pies.

—Ya te había dicho que era algo que nos cambiaría la vida. Es una gran oportunidad para mí —dice.

No «para nosotros», para él.

Aparto la mano y bebo un trago de champán —o más bien me trago media copa— mientras me cuenta lo prestigioso que es y que, cuando acabe el contrato de un año, podrá volver aquí y conseguir el trabajo que quiera en Atlanta.

—¿Ya lo has aceptado? —le pregunto con un hilillo de voz.

Él deja de sonreír.

—Pues claro, creía que te alegrarías por mí, es un gran paso. Como te he dicho, de los que te cambian la vida.

—Evan, ¿no se te ha ocurrido consultarme antes de comprometerte a que nos mudáramos al otro extremo del país?

Él niega con la cabeza y en su rostro aparece una especie de expresión de sorpresa.

—Pensaba… Cielo, pensaba que tú ibas a quedarte aquí; sé que estás esperando un ascenso y yo podría venir cada dos fines de semana.

«¿QUÉ?».

—Evan…

No tengo palabras. Qué tonta he sido al pensar que la cena de esta noche tenía algo que ver con nuestra relación, con una propuesta de matrimonio. Con nuestro futuro. Con algo por lo que ilusionarse. Evan es el tipo de hombre con el que mis padres siempre quisieron que me casara. Y darme cuenta de que ni siquiera se lo ha planteado es…, bueno, devastador.

—Además, Brinley, tendré que estar muy centrado mientras esté allí. Si no te importa, preferiría que te quedaras aquí. Somos adultos, podemos con una relación a distancia —añade.

Retrocedo y me recuesto en la silla.

No puedo evitar que se me llenen los ojos de lágrimas y, por más que intento permanecer callada, acabo soltándoselo igualmente.

—Creía que esta noche ibas a pedirme matrimonio. —Empiezo a reírme y a llorar a la vez, como una loca, consciente de lo patética y dependiente que parezco, y de lo mucho que odia Evan que llore. Él lo considera una emoción «dramática».

Me mira fijamente y percibo la distancia que nos separa como si alguien acabara de dejar caer una pesa de mil kilos sobre la mesa. Vivimos en dos planetas distintos por completo y no sé cómo no me he dado cuenta antes.

—Brinley…, eres guapísima y encantadora, pero el matrimonio… no es algo que me plantee ahora mismo. Tengo que priorizar mi carrera y tú deberías… tener más seguridad laboral para que mi familia… aceptara esto.

«Ay».

—Con «esto» te refieres a mí —digo en voz baja, secándome las lágrimas con la servilleta—. Lo que quieres decir es que no soy lo bastante buena para ti —añado antes de beberme de un trago el resto de la copa de champán y volver a llenarla hasta arriba.

—Cielo, estás montando un espectáculo delante de todo el restaurante —me susurra, acercándose a mí. Apenas me doy cuenta porque estoy fuera de control.

«¿Qué estoy haciendo con este tío?». ¿Cómo no me he percatado antes? Todo se me viene encima de golpe. Lo nuestro no es una relación. Solo somos… compañeros de piso. Muy buenos compañeros de piso.

Me bebo la otra mitad de la copa y me doy cuenta de la situación. Estoy harta de todo. Harta de mis jefes, que creen que pueden mangonearme durante tres años; del egoísta de mi novio, que piensa que voy a esperarlo mientras él vive su sueño y yo intento «mejorar» para él. Porque, al parecer, Brinley Rose Beaumont no es lo bastante buena para Evan Radcliffe II.

Me levanto y lo miro, intentando con todas mis fuerzas ser fuerte y convencerme de que esto no es una locura total y absoluta. Por una vez en mi vida decido no darle más vueltas y, simplemente, sigo mi instinto.

—No estoy dispuesta a quedarme aquí esperando a que decidas si soy lo bastante buena para ti o no —digo, apenas en un susurro, encogiéndome de hombros—. Así que supongo que lo que quiero

decir es… Buena suerte en Nueva York… —Un lagrimón resbala por mi mejilla mientras veo esfumarse los años que hemos compartido.

—Vamos, Brinley, cielo —dice Evan, recostándose en la silla, sin esforzarse demasiado. Ni siquiera se levanta.

Doy media vuelta y me armo de valor para echar a andar. Tengo la esperanza de que me siga, de que me diga que está dispuesto a darme un futuro, pero cuando llego al vestíbulo y salgo a las calles de Atlanta, me resulta obvio que no es así. Saco el móvil para pedir un Uber.

Mientras lo espero conteniendo más lágrimas, me doy cuenta de cuatro cosas: no tengo trabajo, estoy a punto de quedarme sin casa, he desperdiciado una porción entera de tarta de queso y, al final, el día entero ha sido una mierda.

3

Brinley



Dos semanas después

Moviendo la sombrillita en círculos, agito lentamente el contenido dulzón de la copa mientras intento contener las lágrimas. Me he pasado todo el camino llorando. Estoy en un rincón, hecha un desastre y con la cara hinchada, a pesar del ambiente animado del club. A mi madre le daría algo si me viera salir a la calle como si acabara de levantarme de la cama.

La noche de Savannah es muy animada. Solo son las nueve y media, pero necesitaba dejar de conducir un rato. Además, me estaba meando. Entonces me he dado cuenta de que no tengo ninguna prisa, ni estoy obligada a rendir cuentas a nadie, y me ha parecido una buena idea tomarme una copa después de estas dos semanitas que llevo.

La azotea de The Crystal Cave está abarrotada para un jueves por la noche, hay música y las lucecitas intermitentes que adornan las plantas centellean sobre las pérgolas rústicas de madera. Los farolillos y las velitas led que parpadean por todas partes le dan a la terraza un aire melancólico. Hay muy poca luz y la base de la canción me retumba en el pecho mientras pienso en los siguientes pasos.

Aún me quedan treinta minutos de viaje hasta mi pueblo natal, Harmony (Georgia), la pequeña ciudad sureña de nueve mil habitantes en la que me crie. Nueve mil uno, a partir de hoy.

La casa vacía de mis padres es el único lugar en el mundo al que puedo volver después de haberme pasado las dos últimas semanas empaquetando toda mi vida y las pertenencias que tenía en el apartamento de Evan en Atlanta. Casi todo era suyo. Yo solo era un añadido. La vida que llevábamos no estaba mal, así que supongo que me quedé por inercia… porque era lo más fácil. Ahora sé que lo fácil no siempre es lo correcto, algo de lo que me he percatado después de despedirme de él con un abrazo y prometerle que seguiríamos siendo amigos. Ni siquiera me he puesto triste, solo me he enfadado un poco por no haberme dado cuenta antes.

Me acabo de un trago la piña colada. Me gustaría tomarme otra, pero si bebo más estaré demasiado borracha para conducir, porque nunca suelo tomarme más de una.

Entro en la aplicación del banco para echar un vistazo a mis tristes ahorros y a la indemnización por despido, calculando cuánto me durarán. Tendré que ponerme a buscar trabajo cuanto antes. Y si no encuentro nada relacionado con el diseño, siempre puedo hacer algunos turnos en la cafetería, si es que la señora Palmer sigue siendo la propietaria…

—¡¿Mermelada?!

Detrás de mí, alguien me llama por mi apodo de cuando era niña. O más bien me lo grita, con un chillido que resulta ensordecedor hasta por encima del estruendo de la música. Me giro para ver quién es e inmediatamente se me llenan los ojos de lágrimas. Me levanto al ver que viene corriendo hacia mí.

—¡Madre mía, CC! —Aún no he acabado de hablar y ya me estoy fundiendo en un fuerte abrazo con mi mejor amiga de la infancia, Layla, la crema de cacahuete que complementa mi mermelada.

—¿Qué coño haces aquí? —me pregunta mientras yo me fijo en su aspecto. Layla ha cambiado bastante desde la última vez que vine hace dos años y mucho más desde el último curso de instituto, pero está espectacular.

De pequeñas éramos inseparables y ha sido mi mejor amiga desde los ocho años. Ahora está guapísima, con la melena oscura teñida

casi de rojo pasión y todo el brazo cubierto de tatuajes. Lleva puesto un velo de novia de mentira lleno de brillantitos, una banda en el pecho que pone «Propiedad de Ax» y un enorme diamante en forma de lágrima en el dedo anular.

La verdad es que físicamente no tenemos nada que ver. Layla es menudita, mide menos de metro sesenta y es muy delgada. Yo le saco diez o doce centímetros y mi cuerpo es mucho más sinuoso. Jamás sería capaz de embutir el culo en uno de sus vaqueros. No es que me queje, estoy orgullosa de mis curvas y me esfuerzo por mantenerlas practicando yoga a diario.

Además, Layla se ha arreglado muchísimo para salir, sin embargo yo llevo unas mallas y una camiseta gigante de Nirvana, voy sin maquillar y me he recogido la melena oscura en un gran moño despeinado.

—Pues no lo tengo muy claro. Posponer mi llegada a una casa vacía, supongo —contesto mientras otras tres mujeres se acercan charlando a donde estamos nosotras.

Todas tienen prácticamente el mismo aspecto que Layla y son increíblemente guapas.

—No entiendo nada. ¿Vas a volver a casa? —me pregunta a la vez que me fijo en los tres tíos siniestros que están detrás de ella.

El corazón me da un vuelco al darme cuenta de que están con ellas. Es imposible no fijarse en ellos. Todos van vestidos de cuero, son altos, musculosos y rudos, con barbas de diferentes tamaños. Uno tiene un pañuelo en la cabeza y todos llevan puestos unos chalecos de piel que revelan a qué club de moteros pertenecen: los Perros del Infierno. Están a unos cuatro metros de mí, pero puedo percibir su olor a cuero y a humo. Como si me hubiera leído el pensamiento, uno de ellos saca un cigarrillo del paquete con los dientes y lo enciende.

—Solo tú podrías ponerte un pijama para salir y seguir estando divina —comenta Layla mientras se fija en mi ropa y me hace desviar la mirada. La escucho sin prestarle demasiada atención y echo otra ojeada a los hombres que están detrás de ella. Luego la

miro con curiosidad, como preguntándole qué pintan esos tíos aquí. Ella se ríe—. Ignóralos, son inofensivos, solo han venido para protegernos. Es mi despedida de soltera. ¡Me caso dentro de nueve días! —exclama con una gran sonrisa.

Recordarlo me sienta como un puñetazo en el estómago, después del par de semanitas que acabo de vivir. Pienso en la invitación de la boda a la que rechacé asistir hace dos meses porque se suponía que Evan y yo íbamos a estar fuera con unos amigos.

—Layla, ¿en qué narices te has metido? —le pregunto con los ojos muy abiertos en voz baja, para que las otras chicas no puedan oírme. Están hablando entre ellas, pasando también de los malotes que tienen detrás.

Layla dirá lo que quiera, pero ¿inofensivos? ¿Esos tíos? Y una mierda.

—Brin, ya me conoces, jamás estaría con un hombre con el que no me sintiera segura. Estás haciendo lo mismo que todo el pueblo. Deja de juzgarme —me regaña. Sacudo la cabeza, muy consciente de quiénes son los Perros del Infierno o, al menos, muy consciente de todo lo que siempre me han contado sobre ellos—. Al menos podrías darme la enhorabuena —comenta Layla, un poco dolida.

Al momento me siento mal por juzgarla. La verdad es que suele tener buen ojo con las personas, así que esto no me encaja. Me doy cuenta de que puede que ya no la conozca tan bien. He estado tan centrada en mi vida con Evan, tan empeñada en estar para siempre con él, deseando la vida que creía que debería tener, que al final Layla y yo nos hemos distanciado. En parte también porque dejé de venir a casa tras la muerte de mi madre. Es difícil seguir manteniendo el contacto de la misma forma cuando vives a varias horas de distancia. Aunque ha pasado mucho tiempo, Layla sigue poniéndome al día cada vez que vuelvo. Me prometo a mí misma pasar todo el tiempo que pueda con ella.

—Perdona, tienes razón. Enhorabuena —le digo.

Sus amigas dejan de hablar y ella se gira para presentármelas. Hay una asiática supersexy llamada Amber con el flequillo recto, los

labios carnosos y tantos tatuajes como Layla. Una rubia explosiva, Chantel, que sería la fantasía de cualquier hombre, con los labios gruesos, rojos y luminosos, y un piercing en la nariz con un brillante. Y otra rubia de melena rizada y alborotada que parece un poco mayor que ellas y se llama María.

Charlo un rato con todas, aunque no soy capaz de dejar de mirar a los hombres mientras lo hago. Me pone muy nerviosa que estén tan cerca de nosotras. Los miembros de los Perros del Infierno eran un clásico en el pueblo y todo el mundo los evitaba.

De niñas siempre nos hablaban mal de ellos, sobre todo nuestros padres y la gente de la iglesia. Recuerdo los sermones dominicales repletos de oraciones por nuestro pueblo; incluso rezábamos por los miembros del club, por sus mujeres y por los negocios locales. Algunos de los ancianos de la iglesia hasta organizaban manifestaciones con pancartas en las que ponía «Velemos por la armonía en Harmony», delante de los negocios en los que el club estaba metido. Su presencia proyectaba una sombra oscura sobre nuestro pueblo, por lo demás seguro y acogedor.

Lo que más me asusta es que, a juzgar por su presencia, así como Layla es propiedad de Ax, Ax debe de ser propiedad de ellos. Ni siquiera lo conozco, pero, si mal no recuerdo, creo que se trata de una boda un tanto precipitada. Layla siempre ha sido un poco rebelde, pero nunca había hecho nada tan peligroso como esto. Es la primera vez. Necesito quedarme a solas con mi amiga para asegurarme de que está bien y no se ha metido en nada que pueda traerle problemas serios.

—¡Ven a sentarte con nosotras, así nos ponemos al día! —me propone ella, señalando un reservado con decoración y comida que ocupa toda una esquina de la azotea, donde hay otras chicas bailando. Es como una pequeña zona VIP.

Intento no tener miedo, pero las compañías que tiene me hacen dudar y Layla se da cuenta. Se acerca a mí. Sigue llevando el perfume de siempre y eso me tranquiliza y me hace pensar que no ha cambiado.

—Confía en mí, estás a salvo. El club no es como lo pintan. No tiene nada que ver con lo que nos contaban —dice en voz muy baja, para que solo yo pueda oírla. Posa sus ojos marrones en los míos.

Asiento con la cabeza. Puede que no conozca su nueva vida, pero conozco a Layla y al menos sé que nunca me pondría en peligro.

—Vale, pero solo un rato —digo, dando el brazo a torcer.

Sin otro motivo que el de aferrarme a algo familiar y reconfortante, exhalo un suspiro y sigo a los intimidantes motoristas de los Perros del Infierno y a aquellas mujeres hasta la zona VIP.

Esto no era para nada lo que esperaba hacer hoy, cuando me desperté por la mañana.



—Cari, la verdad es que todo eso es una mierda… Pero ya sabes que yo siempre digo lo que pienso: te habrías convertido en la típica mujer florero, así que creo que te has librado. Te mereces algo mejor. ¿Sabías que, en seis meses, un hombre ya sabe si quiere casarse contigo? Él estaba mareando la perdiz, dándote largas —me dice Layla directamente, casi una hora después de que le haya contado todo lo que pasó aquel día, que parece que tuvo lugar hace una eternidad, en vez de hace un par de semanas—. Entonces ¿vuelves a Harmony para empezar de cero? —me pregunta antes de darle un trago a la copa.

—Algo así, aunque más bien es porque no me queda otra —contesto, con el vaso de agua en la mano (la copa hace rato que se me acabó), mientras me seco las lágrimas de las mejillas—. Lo siento, no quiero aguarte la fiesta con esta historia tan deprimente. Es tu noche especial —le digo cuando las otras chicas vuelven después de haber estado bailando como locas. Hace treinta minutos que han pasado de seguir escuchando mis desdichas.

Al menos ahora tengo claro qué hacen aquí estos hombres. El prometido de Layla es miembro del club y, mientras me lo cuenta todo sobre él, me pregunto cómo habrá podido enamorarse de un

hombre así sin preocuparse por su seguridad. Por muy maravilloso que sea el tío, ella tiene que saber que se relaciona con mala gente. Se está entregando voluntariamente a una vida de delincuencia y peligros.

—Puff. Me alegro de estar aquí. Esto del destino es la leche. —Layla resopla antes de darle un buen trago a la copa y los ojos se le iluminan—. ¡Es perfecto! —exclama, sonriendo.

—¿A qué te refieres? —le pregunto con cautela.

—¡Necesitas una distracción! Y vas a estar aquí. ¡Así que ahora tienes que venir! —declara. La miro sin entender nada—. ¡A mi boda, esa a la que dijiste que no ibas a asistir! —añade, frunciendo sus bonitos labios—. Vas a venir. Bailaremos y nos lo pasaremos pipa. Se celebra en Tybee Island, que es preciosa. Tendremos el Lighthouse Landing para nosotros solos.

Levanto las cejas. El Lighthouse Landing es uno de los complejos hoteleros más bonitos de Tybee Island y está justo a la orilla del mar. No sé por qué, pero lo último que me esperaba es que fuera a ser una boda tradicional. Me la imaginaba más bien en el jardín de alguno de los socios del club, con gente fumando todo tipo de drogas, emborrachándose hasta caerse de culo y unas cuantas mujeres bailando ligeras de ropa.

Ahora que lo pienso, esa es más o menos la imagen que me he creado de ellos: sórdidos, siniestros, lascivos y despiadados. Tengo la suficiente información como para saber que, si miras hacia otro lado y mantienes las distancias, pasan de ti. Pero si voy a esa boda, mirar hacia otro lado será imposible.

—¿No te preocupa lo que puede pasar si… se meten en algún lío mientras estás con ellos? —le pregunto a Layla, sorprendida por mi propia curiosidad.

—A ver, no digo que mi futuro marido y su pandilla sean siempre unos hombres ejemplares. Algunas cosas son ciertas. Como que, si les tocas las narices, da igual dónde te escondas. —Se me cae el alma a los pies al ver la despreocupación con la que lo dice—. Pero las cosas no son siempre blancas o negras, Brin. Nuestros padres…

se basaban en suposiciones y prejuicios. No conocían la verdad. ¿Nunca los cuestionas? —me pregunta Layla, con una seguridad que me hace replantearme todo lo que creo saber.

Todas oíamos los rumores de niñas. Que si arrastraban con las motos por la calle principal a los hombres que los desafiaban. Que si les rompían extremidades y los marcaban. Pero también pienso en lo que yo vi. Cuando tenía ocho años, fuimos a la pastelería a comprar una tarta para una cena y recuerdo haber visto a la policía y una cinta de «prohibido el paso» en la cafetería de enfrente. Cuando mi madre volvió al coche, le dijo a mi padre lo más discretamente que pudo que se había producido una pelea, que un miembro del club había lanzado a alguien a través del escaparate y que había estado a punto de morir desangrado. Entonces mi padre contestó que los paga-nos se estaban haciendo con el pueblo. Mis padres hablaban de ellos como si fueran delincuentes, pero yo tengo algunos recuerdos distintos. Sobre todo uno en concreto de un hombre gigante y canoso que nos abrió la puerta una vez a mi madre y a mí para entrar en el banco. Nunca había visto a mamá tan asustada como cuando tuvimos que pasar junto a él, pero recuerdo que el hombre me sonrió cuando entré. Casi como si se tratara de un caballero.

—Y tu futuro marido, aparte de llevar esta vida…, ¿a qué se dedica? —Miro nerviosa a los hombres que bromean y hablan detrás de ella sin prestarme atención—. Cruzo los tobillos y pongo las palmas de las manos sobre las rodillas. Cuando estoy nerviosa, me comporto como si fuera una princesa, me cuesta muchísimo evitarlo.

Layla me mira como si supiera que la estoy juzgando y me molesta que sea cierto. Evan siempre lo hacía y yo no lo soportaba.

—Al negocio… de la importación y la exportación. Es muy rentable. —Layla se encoge de hombros antes de beberse un chupito—. Trabaja por toda Georgia. —Lo dice como si fuera un empresario local normal y corriente. No dudo de que sea un hombre de negocios, pero algo me dice que no pueden ser legales. Mi amiga posa una mano sobre la mía—. Te he echado mucho de menos, Brin.

Nada es lo mismo desde que te marchaste. Seis años es muchísimo tiempo. Venga, te vendrá bien olvidarte de tus problemas por un fin de semana. Nos lo pasaremos genial y a lo mejor cambias de opinión. Puede que den un poco de miedo, pero no son como tú crees. Venga, di que sí —insiste, con la melena larga y ardiente cayéndole sobre los hombros. Sigue siendo una de las chicas más guapas que he visto nunca.

—Es que tengo que preparar la casa. Quién sabe cómo estará. Desde que mi madre murió y mi tía se marchó hace un año, nadie se ha ocupado de ella.

Resulta obvio que estoy buscando excusas y Layla lo sabe.

—Brin. —Me lanza esa mirada que conozco tan bien desde mi juventud—. Deja de ser tan responsable y formal de una puta vez y ven a divertirte un poco. La cena de ensayo es el próximo viernes por la noche en el club y el sábado por la mañana nos vamos todos a Tybee Island.

Levanto la vista.

—¿En el club? ¿En el club de los Perros del Infierno? —le pregunto mientras veo que uno de los hombres que están detrás de ella bromea con otro y le da una colleja. Está claro que, básicamente, son los guardaespaldas de las chicas, porque ninguno ha venido a hablar con nosotras. Un escalofrío de pavor me recorre el cuerpo. Aunque sé que está mal, la posibilidad de ver su mundo desde dentro me genera más curiosidad de la debida.

—Y, por cierto, menuda mierda de excusa. Tienes toda la semana para preparar la casa y buscar trabajo. Además, aunque no consigas hacerlo todo, puedes seguir después de la boda. —Layla vuelve a abrazarme, contentísima—. ¡Por favor, dime que vendrás! —chilla—. ¡Qué emoción! Ahora que has vuelto, vamos a poder quedar todo el rato.

Miro a los hombres que están detrás de ella. ¿Y acabar metida en su mundo? Eso sí que me da miedo.

Layla se echa hacia atrás y me obligo a sonreír. Llevo veinticuatro años haciendo lo correcto y ¿de qué me ha servido? Al final, aquí

estoy: sola, sin trabajo y cuestionándomelo todo. Por primera vez en mucho tiempo me siento libre y tengo ganas de soltarme la melena.

—Vale, iré. —Asiento con la cabeza, haciendo que su sonrisa se vuelva más amplia y suelte otro gritito.

Un torrente de excitación me recorre la sangre.

—¡Yupi! ¿Puedes creer que me vaya a casar? —exclama Layla—. Y esta semana tenemos que quedar para comer. —Gira la cabeza—. ¡Chris! —dice, llamando a uno de los hombres que se encuentran detrás de ella. Está apoyado en la pequeña barra privada de la zona VIP y lleva un parche en el que pone «Aspirante». Recuerdo que eso significa que aún no es miembro del club, pero le gustaría serlo. Este se acerca a ella en unas cuantas zancadas cortas—. Llama al Lighthouse Landing y reserva para mi mejor amiga una habitación con vistas al mar. —Layla me guiña un ojo.

—Uy, no puedo permitirme tantos lujos. Me vale con una básica… —replico.

—De eso nada, nosotros nos hacemos cargo de los gastos de los invitados y eso te incluye a ti. —Layla vuelve a mirar al tal Chris—. Hazlo, por favor —le pide con dulzura.

Él asiente y saca el teléfono del bolsillo, lo que me hace preguntarme de nuevo qué clase de vida lleva mi amiga para tener a esos hombres a su disposición.

Me vienen a la mente imágenes de *Recuerdos que matan* y *Ruta suicida*, unas viejas películas de moteros que solía ver mi padre. Pero esto no es una película, es la vida real.

Espero que lo que ha dicho de que estaré a salvo sea cierto, porque a menos que se me ocurra una buena excusa, parece que voy a pasar el próximo fin de semana con los delincuentes más ilustres de Harmony.

4

Brinley



Me despierto con el zumbido de las cigarras y el canto de los pájaros, lo que me indica que no es precisamente primera hora de la mañana. Me tapo la cara con el edredón de mi madre. Por suerte, cuando llegué anoche a la vivienda familiar me la encontré todavía de una pieza y sin bichos. La antigua casa de mis padres es enorme. Tiene casi media hectárea de terreno y es majestuosa. La decoración no ha cambiado nada desde que era niña y, definitivamente, la bienvenida ha sido espeluznante. Las habitaciones, antes acogedoras, en las que solía sonar la música favorita de mi madre —Reba McIntyre o himnos religiosos—, estaban silenciosas y estériles, con todo cubierto de sábanas. Parecía más bien la típica casa encantada de las películas antiguas. Habían donado toda la ropa de mi madre y la vajilla buena estaba metida en cajas y colocada en unas estanterías altas.

Mi tía había hecho muy bien al contratar a una empresa de conservación para cerrar la casa antes de irse a vivir con su nuevo marido el año pasado. Las almohadas y la ropa de cama aún estaban empaquetadas al vacío en el armario de la ropa blanca y casi seguían oliendo a fresco cuando las saqué para hacer la cama.

Aunque ayer por la noche, al subir los viejos escalones chirriantes del porche que rodea la casa, temí atravesar con un pie las tablas podridas. Pero aparte de eso, todo parece estar en orden, lo cual es un alivio.

Me froto los ojos y miro la hora. Las diez y media de la mañana. Echo un vistazo al teléfono por costumbre, para ver si tengo alguna llamada de Evan. Nada.

—El primer día de mi nueva vida —digo en voz alta, antes de exhalar un fuerte suspiro, levantarme y ponerme las zapatillas. He pensado en pasarme el día deshaciendo las maletas y haciendo que la casa vuelva a parecer un hogar. Pero antes tengo que ir al pueblo a comprar algo de comida y unas cuantas cosas más, incluido un vestido para la boda de Layla, porque, definitivamente, no es algo que me haya traído.

Antes de que me dé tiempo a salir por la puerta, me llegan dos mensajes suyos.

CC
Cuánto me alegro de que estés aquí!
El miércoles nos vemos para comer, que ayer parecías muy nerviosa

De eso nada

CC
De eso todo
Estoy pensando que debería prepararte mentalmente para lo que te vas a encontrar y para los chicos, que son un poco diferentes a lo que estás acostumbrada
No malos, solo diferentes
Ya sé que de pequeñas nos enseñaron un montón de normas, pero en este mundo no sirven de nada
Necesitas aprender otras totalmente distintas para el club

Genial
Estoy deseando empezar con las clases
Esos tíos tienen pinta de ser justo lo que me hace falta

CC
Pues a lo mejor sí…
Llegaste a tener un orgasmo con tu ex alguna vez?

Dejo escapar un suspiro.

Alguna que otra
En realidad… sin mi ayuda, nunca

CC
Justo lo que me imaginaba
Que tengas un buen día de compras!
El azul te queda increíble, y luce esas tetas
Mándame fotos con el que elijas

Vale, mamá putilla

Pienso en los hombres que estaban con ella anoche. Aún recuerdo su olor a cuero y a humo. Ni de coña. No son en absoluto mi tipo.

Después de ducharme, me pongo una camiseta blanca de tirantes y me ato una camisa de cuadros blanca y negra a la cintura. Añado unos shorts vaqueros desgastados y las Birkenstock. Me recojo el pelo con una pinza antes de salir por la puerta. Vuelvo a estar a punto de atravesar el porche con el pie.

—Me cago en… —murmuro entre dientes.

—Debe de haber termitas —dice una voz vagamente familiar procedente de la casa de al lado. Me giro hacia la voz y reconozco a su dueño casi al instante.

—Hola, señor Kennedy. Cuánto tiempo —le digo.

Está mucho más mayor. Ya casi debe de rozar los ochenta.

—Sí, pero sigo dando guerra. —En su rostro curtido se dibuja una amplia sonrisa que hace que su bigote blanco se agite. Lleva en la mano sus fieles tijeras de podar y está a unos seis metros, adecentando los setos que lindan con el camino de mi casa—. ¿Has vuelto para quedarte? Me alegra ver un poco de vida ahí al lado, querida.

Siempre ha sido un hombre encantador. Cuando mi padre murió, su mujer nos estuvo preparando comida durante dos semanas.

—Aún no lo tengo muy claro —digo con sinceridad, aunque no sé a qué otro sitio iba ir.

—Bueno, puedo darte el número de un contratista local para que le eche un vistazo a ese porche, aunque te va a costar un dineral. Las termitas son lo peor. Reza para que no hayan invadido también la casa.

Mierda. No había pensado en eso.

—Gracias, pero ahora mismo mis ahorros no dan para mucho. —Sonrío con pesar.

El señor Kennedy deja de podar los setos y se queda pensando un rato.

—Podrías arreglar la vieja camioneta de tu padre y venderla, a lo mejor te ayuda un poco —comenta antes de seguir podando—. En Alchemy Customs. Es un taller que hay en Bleeker. Arreglan carrocerías. Son los mejores. Hasta tienen clientes famosos. Podrían quitarle el óxido y darle una mano de pintura para que puedas venderla sin problema. Tu padre siempre mantenía en perfecto estado lo del interior del capó, pero si necesita también alguna reparación mecánica, hay un taller justo al lado de Alchemy. —Miro hacia el garaje; ni siquiera había pensado en la camioneta—. Creo que podrías sacarle hasta más de veinte mil. A no ser que pensaras quedártela.

Me guiña un ojo.

Claro que no.

Esa vieja Ford F1 de 1950 era el bien más preciado de mi padre. Pero lleva años oxidándose. Sé que mi madre la encendió hace unos años, pero no sé si ahora funcionaría para llevarla hasta el tal Alchemy Customs. Le doy las gracias al señor Kennedy y me propongo intentarlo esta semana. Al menos podría pedirles un presupuesto. Me da pena desprenderme de ella, pero lo más importante es que la casa no se caiga a pedazos.

Treinta minutos más tarde, el sol de junio brilla con fuerza en el centro de Harmony, como de costumbre. Nuestro pueblito sigue siendo una monada. Los turistas vienen en verano a las casas del lago y está muy animado. La cafetería del pueblo, The Balanced Bean, sigue existiendo, pero ahora tiene una terraza cubierta con guirnaldas de lucecitas. La manzana que estaba vacía la última vez que estuve aquí está ahora prácticamente llena de pequeños comercios, salvo por unos cuantos locales vacíos. Han montado un estudio de yoga, una librería con encanto, una tienda de batidos y unos cuantos restaurantes. Hay mucha actividad y resulta agradable.

Me fijo en el estudio de interiorismo que hay en la calle principal, frente a la cafetería. Tiene un tejado a dos aguas encima de la puerta que forma una especie de porchecito monísimo. Crimson Homes, pone en el cartel rústico que hay colgado por dos cadenas, justo en el vértice del tejadillo. Pero no me detengo para admirar el bonito diseño del edificio, sino por el letrero que hay en la puerta en el que pone que necesitan personal. No especifican para qué. Harmony, en Georgia, debe de ser el único lugar del mundo en el que todavía ponen carteles en los escaparates para contratar a gente.

Echo un vistazo a mi atuendo informal. No he traído nada conmigo y no voy precisamente vestida para una entrevista, pero decido intentarlo de todos modos. Me quito la camisa de cuadros que llevo atada a la cintura, me la pongo, la abrocho y la meto por dentro de pantalón; luego me quito la pinza del pelo y me lo dejo suelto sobre los hombros. A lo mejor tengo suerte. Empujo la puerta y suena un discreto timbre mientras doy una vuelta. El espacio es amplio y bonito. Las paredes y los pasillos están llenos de muestras de suelos, iluminación y azulejos: todo lo que puedas imaginar para diseñar una casa nueva y más.

—¿Puedo ayudarte? —pregunta alguien a mi espalda mientras acaricio un mosaico bastante chulo.

Me giro y sonrío al encontrarme con el hermano mayor de Layla.

—¡Dell!

—¡Anda, Brinley! —exclama. Ambos nos quedamos parados con torpeza hasta que él se acerca y me da un pequeño abrazo lateral.

—No sabía que estabas por aquí. ¿Has venido de visita? —me pregunta.

—¿Cómo estás? —le pregunto yo al mismo tiempo.

Él sonríe. Es alto, con el cabello rubio oscuro y lleva una camisa y un pantalón de vestir.

—He venido para quedarme, creo. Por eso he entrado. Soy interiorista y he visto que necesitáis personal. ¿Para qué es? —Señalo el cartel del escaparate.

—Pues sí, pero yo no soy el propietario. Soy el arquitecto del Departamento de Obras a Medida. Es muy agradable trabajar con ellos, el ambiente es muy relajado. El puesto que ofrecen no es de interiorista propiamente dicha, pero más o menos. Podrías ayudar a la gente a diseñar la casa de sus sueños. ¿Qué titulación tienes? Estudiabas Diseño Estructural en Seattle, ¿no? ¿Quieres que te recomiende?

—Sí, pero me cambié a Interiorismo…

Hablamos durante un rato sobre mi experiencia, mis estudios y cuánto sé de construcción. Por casualidad, el dueño vuelve a mitad de la conversación. Charlamos tranquilamente durante otros diez minutos. Me voy tras haberme comprometido a enviarle el currículum y después de que el propietario me haya dicho que me llamará el fin de semana, en cuanto le haya echado un ojo.

Me pongo las gafas de sol y sonrío mirando al cielo, con la sensación de que tengo muchas posibilidades de conseguir este nuevo trabajo. Me despido de Dell con la mano mientras salgo por la puerta.

Primer día en casa.

«Así se hace», pienso con una sonrisa. Ahora que tengo casi asegurado el trabajo nuevo, puede que me anime a arreglar y vender la camioneta antigua de mi padre. Podría utilizar parte de los ahorros que tengo para pagar la reparación y recuperarlos después, si no es demasiado.

Entro deprisa en la moderna cafetería, tarareando una de las canciones de Reba favoritas de mi madre, y pido un café con leche antes de salir y sentarme al sol. Echo un vistazo rápido a los anuncios de camionetas parecidas al modelo de mi padre y descubro encantada que cuestan incluso más de lo que el señor Kennedy creía, una vez restauradas.

Voy por la mitad del café con leche cuando lo oigo.

El rumor grave de las Harleys. Es como la banda sonora del pueblo. Nadie se molesta en fijarse en las cuatro motos que se detienen delante del bloque de edificios de al lado. Aparcan prácticamente delante de mí, en un ángulo coreografiado a la perfección. Las observo por el rabillo del ojo mientras el cromo y el metal brillan bajo el sol de la tarde. Casi hacen temblar la mesa de hierro forjado sobre el hormigón cuando dan un último acelerón antes de apagar el motor.

No me hace falta ver la parte trasera de sus chalecos de cuero para saber que son miembros de los Perros del Infierno, pero la calavera de lobo que veo mientras aparcan y se bajan me lo confirma.

Reconozco al instante a dos de ellos, que estaban anoche en Savannah. Al que lleva el parche de supervisor y a otro que porta uno de guerrero. Ambos son enormes. El guerrero luce el pelo ondulado recogido en una especie de moño masculino que es de todo menos refinado.

Otros dos tipos se bajan de las motos y se quitan los cascos: uno es más delgado y viejo, tiene el pelo rubio de punta y lleva un parche que pone «Correcaminos».

Se me van los ojos hacia el hombre más corpulento del grupo. Cuando se quita el casco me quedo alucinada, pero soy incapaz de mirar hacia otro lado. Es el que está más cerca de mí y, sin la menor duda, anoche no estaba en Savannah.

Me empiezan a sudar las manos de inmediato mientras cuelga el casco con las suyas, enormes y esculpidas. El hombre se gira hacia

mí y echa un vistazo a su alrededor, examinando el lugar atento a cualquier amenaza, como si fuera un rey que acaba de llegar.

Levanto de nuevo la vista y lo observo mientras se mueve con una elegancia pesada, intentando no quedarme con la boca abierta y comiéndomelo con los ojos casi a cámara lenta. Es altísimo, de entre metro noventa y cinco y dos metros, ancho y fuerte. Un auténtico Jason Momoa, medio Khal Drogo, medio delincuente.

En circunstancias normales, haría lo correcto y pasaría de un hombre así. A los doce años empezaron a entrenarme para reconocer a los hombres que eran adecuados para mí y a los que me harían daño, pero hay algo en él que me fascina.

No se limita a existir: es como si el mundo girara a su alrededor.

Lleva una fina camiseta blanca por debajo del que debe de ser el chaleco de cuero del club y sus potentes brazos se tensan bajo la tela. Unas placas de identificación le asoman por el escote, brillando bajo un sol que de repente parece mucho más cálido.

¿Es militar? Eso sí que no me lo esperaba.

Por lo que puedo apreciar, su cuerpo es un vasto paisaje, un territorio lleno de músculos ondulados, y lo lleva todo cubierto de tinta, salvo la cara.

Los atrevidos tatuajes reptan por su cuello, manos, antebrazos y dedos. Tiene el inquietante retrato de una mujer dibujado al estilo de una calavera mexicana en el antebrazo y me pregunto quién será, antes de imaginarme todos los demás que su ropa no me permite ver.

Lleva el pelo, castaño oscuro y no demasiado largo, recogido en la nuca con algunos mechones sueltos. Tiene la barba un poco más oscura que el pelo y la lleva bien cuidada, pero sin pasarse, como si todo lo que hiciera estuviera perfectamente estudiado.

Gira la cara hacia la mía mientras se quita las gafas de sol y se sube a la acera delante de mí. Ojalá lo tuviera a la altura de los ojos en vez de por encima de la cabeza, para poder mirarlo sin sentirme avergonzada. Tiene los pómulos marcados y angulosos, la mandíbula ancha y cuadrada. Empieza por mis sandalias y sigue recorriéndome

con la mirada lentamente durante un par de segundos. Cuando sus ojos se encuentran con los míos, me doy cuenta de que son alucinantes, casi inhumanos, y del gris más claro que he visto nunca. Es casi como si el tiempo se detuviera.

Su mirada es abrasadora, como un hierro candente situado demasiado cerca de mi piel, y me mira con descaro, como si tuviera derecho a saber quién coño soy y qué hago aquí.

Cruzo una pierna sobre la otra y me obligo a salir del trance en el que me ha sumido, haciendo todo lo posible por parecer tranquila mientras me concentro en el mural de la pared de la cafetería y me quito las gafas de sol, deseando que mi corazón deje de latir tan deprisa.

El resto del grupo se acerca y uno de los hombres le comenta algo que le hace apartar la mirada. Exhalo profundamente al tiempo que se aleja de mi punto de mira. No puedo oír lo que dicen, pero no me cabe la menor duda de que el hombre del que no puedo apartar la vista es el jefe. Todos se centran en él mientras habla con los demás delante del edificio vacío de al lado. Puedo oler su aroma a cuero y especias mezclado con un toque de humo. Me fijo en el parche que lleva en el pecho ahora que no está mirando.

«Presidente».

La voz del presidente es grave y firme. Se tiran un rato hablando con un hombre vestido de traje, mientras yo me tomo el café y como unos pedacitos de muffin de arándanos. Echan a andar, haciendo comentarios sobre el exterior de los edificios. Cuando los veo entrar, me levanto y cojo el bolso para escabullirme lo más rápido posible a la tienda de ropa de al lado.

Dejo escapar un suspiro e intento por todos los medios parar de pensar en la imponente presencia del presidente. Todas las preguntas que tengo sobre él probablemente se quedarán sin respuesta, porque jamás se me ocurriría formularlas en voz alta.

Ese hombre es justo el tipo de misterio oscuro en el que me gustaría profundizar.

Merodeo por los pasillos y selecciono algunos vestidos para probármelos. Mientras vuelvo a respirar con normalidad, me digo a mí misma que puede que tenga una idea equivocada de esas personas.

Mis padres no me sobreprotegían, pero sin duda se aprovechaban del miedo para mantenerme a salvo. Del miedo a Dios, del miedo a la gente mala, del miedo a mis propias decisiones. Seguro que para mantenerme alejada de los miembros de los Perros del Infierno y otras personas del estilo.

No sé por qué narices lo hago, pero sigo el consejo de Layla y elijo un vestido azul claro, casi del color de mis ojos. Me deja los hombros al descubierto, tiene unas mangas largas y anchas, la cintura entallada y luego se ensancha. Me llega hasta la mitad del muslo. Es más corto de lo que elegiría normalmente si siguiera viviendo en Atlanta, pero me siento sexy con él… y, qué leches, ya no tengo que rendir cuentas a nadie, salvo a mí. Es justo el tipo de vestido que a Evan le habría parecido «un poco inapropiado», lo que hace que me guste más todavía. Lo mejor es la parte de atrás, porque tiene un escote enorme que me llega casi hasta mitad de la espalda, y me sujeto el pelo delante del espejo para ver cómo me quedaría si me lo recogiera.

Elijo otro para la cena de ensayo, igual de corto y revelador, pero en esta ocasión amarillo clarito y con un escote palabra de honor que me hace unos pechos increíbles. Tiene un tejido como de gasa y es más corto por delante que por detrás.

Le doy las gracias a la dependienta y me lamento para mis adentros por haberme gastado en los dos vestidos más de doscientos cincuenta dólares, un dinero que en realidad no tengo. Me recuerdo a mí misma que se trata de algo transitorio, porque es posible que acabe de conseguir un trabajo y tal vez pueda arreglar la camioneta antigua de mi padre para venderla.

Abro la puerta, me guardo el tíquet en el bolso y voy hacia el coche. Miro a mi alrededor, pero ya no veo las motos ni a los motoristas que estaban hablando al lado de la cafetería. Casi mejor.

Por muy atractivo que fuera ese hombre, había algo en sus ojos que me hacía estremecer. Lo último que necesito, tanto por mi seguridad como por mi ritmo cardiaco, es que el presidente de los Perros del Infierno sea consciente de que existo.

5

Brinley



Qué sexy! Caray, ¿ya te has puesto morena? —chilla Layla cuando me presento en su casa el viernes por la noche al ver el vestido amarillo con escote palabra de honor que me compré para el ensayo.

—He estado haciendo yoga en el jardín —digo, encogiéndome de hombros, con falsa despreocupación.

Y deambulando por los pasillos de la yerma mansión de mis padres, y haciendo el curso de formación en Crimson Homes después de que me llamaran el sábado pasado y me dieran el trabajo, e intentando no mandarle mensajes a Evan simplemente por costumbre, y tratando de no llorar hasta quedarme dormida cada noche por mi futuro frustrado.

Y dedicando más tiempo del que me gustaría reconocer a procurar no pensar en el inquietante presidente de los Perros del Infierno, que Layla me dijo que se llama Wolfe, cuando quedamos el otro día para comer.

En serio: es su verdadero nombre.

Layla me devuelve la sonrisa, incapaz de imaginar mis tribulaciones por mi tono de voz. Soy una profesional después de haberme criado con mis padres.

Me obligo a esbozar una gran sonrisa de felicidad y la abrazo. No sé qué me esperaba cuando me dio su dirección y vi que estaba en una zona más antigua del pueblo, pero esto no. Este pequeño barrio con casas centenarias en fincas gigantescas está completamente

rehabilitado. Al parecer se han mudado muchas familias nuevas y todo está muy cuidado, en plan película de Hallmark. La casa de Layla no es una excepción. Se trata de una vivienda de estilo *craftsman* de los años veinte y está restaurada de arriba abajo. Me llevo una grata sorpresa y me digo a mí misma que no parece la casa de un delincuente. La vivienda de Layla es rústica y femenina, pero también tiene cierto olor a cuero, aunque su prometido no esté. Echo un vistazo a las fotos que hay sobre la mesa del salón. El hombre con el que se va a casar se parece al resto de miembros del club que he visto por el pueblo desde que he regresado a casa. Al único que no he vuelto a ver es al presidente. Y eso que me giro cada vez que oigo el estruendo revelador de una Harley en la calle principal. Aunque solo sea para demostrarme a mí misma que no es tan atractivo como recordaba.

Sonrío al ver una foto de Layla con su prometido en la que él le está rodeando la cintura con los brazos y mordiéndole el lóbulo de la oreja. Su chico lleva el nombre de ella tatuado debajo del ojo izquierdo. Es un tatuaje pequeñito, pero si eso no es compromiso, que venga Dios y lo vea.

Me echo el pelo por detrás del hombro mientras me quito los tacones para no dejar marcas en el brillante suelo de madera maciza.

He decidido dejar a un lado la preocupación sobre adónde voy e intentar divertirme el fin de semana.

Esta tarde he llamado al contratista que me recomendó el señor Kennedy y me ha dicho directamente que me va a costar varios miles de dólares arreglar el porche.

Ese es justo el tipo de problemas de los que no pienso preocuparme hasta el lunes.

—Vale, hay tiempo para un brindis y luego nos vamos. Tengo que ver lo que han estado haciendo los chicos durante todo el día… Madre mía, no sé por qué he dejado a Sean a cargo de la decoración —dice Layla, nerviosa.

Otra cosa de la que me enteré durante la comida del otro día es de que el prometido de Layla tiene un nombre de verdad. Por raro que parezca, no le pusieron Ax al nacer.

—Shelly le ayudará para que quede bonito —dice Chantel.

Layla asiente.

—Sí, tienes razón. ¡Venga, un chupito y nos vamos! —exclama.

No puedo evitar fijarme en lo guapa que está esta noche, con un vestido de seda de color rosa claro. Lleva el pelo recogido con unas horquillas de brillantitos. Es una lástima que sus padres no sigan vivos para estar presentes el día de su boda; aunque sé de buena tinta que jamás aprobarían que se casara con un motero, así que tal vez sea mejor así.

Cojo el chupito y me lo tomo de un trago, como el resto de las chicas, mientras nos acomodamos en el acogedor salón de Layla. El chupito es sorprendentemente dulce y azucarado. Chantel deja el vaso y me pregunta si alguna vez había estado en la casa de algún miembro del club.

—No —respondo con sinceridad—. Siempre me advertían que me mantuviera alejada de cualquier persona relacionada con él. Como a Layla —añado, mirándola.

—Pues no funcionó muy bien —dice Amber con una risilla, ahuecándose el pelo.

—Brin ha visto a Wolfe con algunos de los chicos esta semana y casi se mea en las bragas —les dice Layla. Las chicas se ríen mientras se toman otro chupito.

Yo resoplo.

—Fue un poco… incómodo, pero no pude ni moverme. Me quedé allí plantada, mirándolo embobada. Me miró como si estuviera a punto de pedirme los datos personales —comento—. Y acojona mucho… cuando te mira tan fijamente.

—Pues sí —dicen todas al unísono, volviendo a reírse.

—Pero está como un pan. Es pura PSM —resopla Amber.

—¿PSM? —pregunto. Las chicas se mueren de risa.

—Eres un poco inocente, ¿no, chica nueva? —se burla María.

—Potencia sexual motera —me explica Chantel. «Ah». ¿Cómo un pan? Nunca en mi vida un hombre así me había parecido tan atractivo. No paro de imaginármelo empotrándome contra su moto. Entro en calor y el rubor me sube por las mejillas. Cierro los ojos para alejar esa visión de mi mente—. Y, créeme, cumple las expectativas —añade, entrometiéndose en mis pensamientos, como si lo supiera de primera mano.

Cruzo los tobillos y jugueteo con el dobladillo del vestido.

—No puedo ni imaginarme con un hombre así. Es intimidante, por decir algo —replico, concentrándome en el dobladillo como si fuera lo más interesante del mundo.

—Puede darte miedo y a la vez excitarte… —dice Chantel. Todas se echan a reír, lo que me hace pensar que todas lo saben de buena tinta.

—Perdonad que os lo pregunte, pero ¿os habéis acostado con él?

—Yo no —dice Layla con dulzura, levantando la mano—. El único miembro de los PDI con el que me he acostado es Sean. —Se ríe, utilizando el acrónimo que usan en el pueblo para hablar de los Perros del Infierno.

—La noche que lo conociste —se burla María.

Miro a mi amiga.

—En cuanto me tocó, no pude evitarlo. —Layla sonríe con nostalgia y siento una punzada de celos incontrolables.

Miro a las otras tres chicas mientras Chantel se señala a ella misma y a las otras dos.

—En cuanto a lo de no haber estado con Wolfe… Nosotras no podemos decir lo mismo, pero eso es historia antigua. De hace años. —Empiezan a reírse y tal vez sea por los chupitos de frutas que acabo de tomarme, pero no puedo evitar reírme con ellas.

—Sois mucho más valientes que yo —reconozco con sinceridad.

—Nunca digas de esta agua no beberé. Si te quedas el tiempo suficiente, acabará siendo inevitable —asegura María, echándose perfume en el canalillo.

—Eh, no os metáis con mi amiga. Lleva dos años sobreviviendo a base de orgasmos mediocres y ocasionales. —Layla me guiña un ojo.

Le susurro la palabra «gilipollas» y ella sonríe. Me encanta que nuestra amistad sea de las que se retoman donde la habías dejado, por mucho tiempo que haya pasado. Ahora mismo agradezco la suerte que tuve al encontrarme con ella la semana pasada. Al menos siento que puedo contar con alguien. Con Layla todo es fácil.

Se levanta y va hacia el espejo que tenemos detrás para arreglarse. La sigo porque estar aquí sentada me pone nerviosa.

—Entonces…, ¿va a venir esta noche? —le pregunto, maldiciéndome por ser incapaz de no querer saberlo, mientras me inclino hacia el espejo y me pinto los labios a su lado. En cuanto lo hago y veo la sonrisa burlona de Chantel por encima de mi hombro, me muero de vergüenza y tengo ganas de que me trague la tierra porque sé que me ha pillado.

—¿Wolfe? Pues claro. En el club no se hace nada sin él —contesta Layla. Luego se muerde el labio, pensativa; a continuación saca el brillo de labios del bolso y se lo aplica en el mismo espejo que yo, antes de mirarme de reojo—. ¿Sabes? Podrías pasártelo muy bien con él —añade, frotándose los labios. Yo resoplo—. No pongas esa cara de estirada. Si no es con él, pues con alguien parecido, que no tenga nada de ese rollo tan convencional y aburrido al que estás acostumbrada —me suelta antes de girarse hacia mí—. Siento decírtelo, Brin, pero lo que has estado haciendo hasta ahora no te funciona. Siempre has salido con niños pijos. A lo mejor necesitas un hombre.

Niego con la cabeza.

—No tendría ni idea de qué hacer con un tío así. —Me giro hacia el resto de las chicas—. ¿No os molestaba que no quisiera salir con vosotras? ¿No os resultaba raro simplemente acostaros con él? —les pregunto. Sé que parezco una mojigata, pero necesito saber cómo llevan ese tema.

Las chicas se ríen.

—No creo que Wolfe entienda el concepto de «salir» ni de tener una relación —dice María.

—Ni que tenga sentimientos —añade Amber, riéndose—. Con él sabes perfectamente en lo que te estás metiendo.

—Seguirá soltero el resto de su vida. Tiene mucha responsabilidad encima, y una vez le oí decir que no creía en el amor —comenta María—. Hasta dudo que crea en el concepto de «atracción». Yo estudié con él. Hace veintidós años que lo conozco, desde que teníamos diez. Nunca ha tenido novia, aunque siempre está con alguna chica, si te digo la verdad. —Me doy cuenta de que me lleva ocho años. Sabía que era mayor que yo. Ella se ríe—. Y, respondiendo a tu pregunta, no, no es raro. Es lo que es. Todos los chicos tienen sus propios demonios, sobre todo Wolfe, pero son inofensivos. Ni siquiera besa a las mujeres.

—¿Nunca ha besado a una mujer? ¿Por qué? —le pregunto asombrada, lo que hace que las otras chicas se rían de mi inocencia.

—A ver, seguro que ha besado a muchas, pero no va por ahí besuqueándose con ellas. No creo ni que haya repetido nunca con ninguna —dice María, encogiéndose de hombros, como si fuera algo normal.

Vuelvo a imaginarme ese cuerpazo tatuado encima de mí, esta vez en una cama, inclinándose para besarme. Parpadeo para alejar la imagen de mi mente. Demasiados chupitos de frutas.

—Ni él es mi tipo ni yo soy el suyo, seguramente… —replico, negando con la cabeza.

Layla entrelaza su brazo con el mío mientras nos preparamos para irnos, y se acerca un poco más a mí.

—Pues precisamente: puede que necesites a alguien que no sea tu tipo.

Chantel se pone unos tacones negros de aguja.

—Venga, chica nueva, vamos a enseñarte el lado divertido del pueblo.

«Madre mía. No sé si estoy preparada para eso».

Veinte minutos después entramos en el camino privado de casi un kilómetro que lleva a la sede del club de los Perros del Infierno.

—La leche… Cuánta gente —le susurro a Layla, fijándome en el mogollón de camionetas, todoterrenos y, por supuesto, Harleys. Hay un montón de ellas. Si tuviera que calcular, yo diría que hay al menos setenta motos aparcadas en el césped, a lo largo del camino de acceso a la casa.

—Este fin de semana va a estar casi toda la familia. —Layla me cuenta que muchos miembros de los PDI han venido desde Chicago, Boston y Nueva York para pasar aquí estos dos días.

La casa es enorme. Parece que no acaba nunca y tiene detrás un riachuelo bastante ancho. Están haciendo una hoguera al lado de la casa, en un patio gigantesco, y me fijo en que la cocina exterior es digna de un rey, con una península que debe de medir tres metros con varias parrillas integradas y un ahumador. El intenso olor a humo y a marihuana flota en el aire nocturno de junio, y hay luciérnagas por todas partes.

Pero la verdadera fiesta es en una especie de granero enorme situado en el centro, que alberga el letrero metálico soldado de los Perros del Infierno junto con su insignia. Puedo oír la música desde aquí, un tema de Metallica que un montón de personas están coreando.

Layla nos hace rodear la imponente construcción y entramos por la puerta lateral.

Lo que veo ante mí no encaja en absoluto con la imagen que tengo del club. Hay guirnaldas de luces por todas partes y farolillos de papel que iluminan suavemente todo el espacio. El ambiente está lleno de humo y resulta acogedor, con mesas largas por doquier y plantas entre las vigas expuestas del techo. Las mesas están decoradas con centros de flores y velas, y se me hace la boca agua al ver el bufé de postres del fondo.

La gente está por todos los rincones, riendo y bebiendo cerveza, y hay una pared con dianas donde parece estar celebrándose un gran torneo de dardos. Es una atmósfera alegre y acogedora, como la de una casa familiar. Me descoloca por completo. Esto no se parece ni de lejos al oscuro submundo marginal que me imaginaba de niña. Muchos de los hombres del lugar llevan puesto el chaleco de cuero al que suelen llamar «chupa», según me acabo de enterar por el camino. Los ojos malvados de la calavera de lobo me miran desde sus espaldas. Encima de ella llevan un parche curvado en el que pone «Perros del Infierno». Debajo, algunos de los hombres tienen otro parche más, curvado hacia arriba, que dice «Soldado de Bedlam» y me pregunto por qué algunos lo tienen y otros no.

Layla ahoga un grito y se tapa la boca con las manos mientras asimila todo lo que le rodea.

—¿Lo he hecho bien, cariño? Llevo toda la semana currándomelo con mi hijo. —Una mujer menuda se acerca. Llama la atención la potencia de su voz para el tamaño que tiene, al igual que su pelo blanquísimo despeinado y sus labios de color rojo cereza. Lleva un vestido con estampado de leopardo blanco y negro. Me siento a gusto con ella de inmediato.

—Shell… —Layla se le acerca para abrazarla con fuerza—. Está todo precioso, no me lo puedo creer, gracias por asegurarte de que lo hiciera bien.

La mujercilla me mira por encima del hombro de Layla y sonríe.

—¿Quién es esta belleza? —le pregunta antes de soltar a mi amiga y extender ambas manos para estrechar las mías.

—Es Brinley, una amiga mía de toda la vida. Mi mermelada. —Layla me guiña un ojo—. Acaba de… volver al pueblo y le he dicho que tenía que venir y participar en todo esto el fin de semana —dice con una sonrisa, evitando mencionar la mierda de vida que tengo ahora mismo.

Es un amor.

—Pues nos alegramos de que hayas venido, cielo. Estás en tu casa. Yo soy Shelly. Considérame el Departamento de Atención al

Invitado. Si alguien te toca las narices lo más mínimo, ven a hablar conmigo y lo solucionaré. —La expresión de su cara revela que lo dice muy en serio. Asiento con la cabeza.

—¿Cómo coño no te voy a arrastrar al altar con ese aspecto? ¡Joder! —grita alguien con voz grave.

Shelly le da un leve bofetón al hombre alto, musculoso y tatuado que salía en las fotos que he visto en la casa de Layla. Tiene el pelo rapado y una barba muy poblada. Abraza a mi amiga por detrás y empieza a darle besos en el hombro, como si no hubiera nadie más delante. Sonrío mientras los miro y la pasión que siente por ella me hace volver a percibir una punzada de envidia.

—No asquees a tu anciana madre —se burla Shelly.

«¿Esa mujer tan menuda parió a este mamut?».

El armario empotrado que tiene por hijo lleva un chaleco del club con un parche que pone: «Sargento de armas». Yo no entiendo de clubes de moteros, pero he visto suficientes películas antiguas con mi padre como para saber que un sargento es un hombre de alto rango. La posibilidad de que el futuro marido de Layla fuera un miembro cualquiera del club se esfuma.

—Este es mi Sean —dice Layla, apartándole la cara de su cuello.

Sean levanta la vista.

—Hola, chica nueva —dice, sonriéndome.

—No es nueva, la conozco desde que tenía ocho años. Ya te dije que iba a venir. —Sean me mira con recelo y empieza a preocuparme haber hecho algo mal—. No es policía —añade Layla.

Sean se encoge de hombros y me estrecha la mano como un perfecto caballero.

—Viejas manías. Encantado de conocerte…

—Brinley —digo.

—Perdona, Brin. —Layla pone los ojos en blanco—. Cuando aparece alguien nuevo… se ponen un poco dramáticos.

—Espero que tengas hambre y sed —me dice Sean, justo cuando Chantel aparece de nuevo y reparte unos chupitos de algo ambarino y oscuro—. Aquí nos gusta comer y beber bien.

Acepto el chupito, como todos los demás.

—¿Qué es? —digo.

—No preguntes y bebe, chica nueva. Seguro que te encanta —replica Amber.

Lo huelo y miro al resto del grupo.

—Es que me gusta saber lo que bebo. ¿Qué lleva? —le pregunto directamente. Todos me miran como si acabara de proponerles cantar un himno religioso.

Relajo la postura e intento aparentar tranquilidad. Huele a canela.

—Es cocaína líquida —dice Sean, con una sonrisa burlona y un movimiento de cabeza que indica que cree que va a ser demasiado para mí. Debo de hacer un gesto de preocupación, porque se echa a reír.

—Jägermeister y Goldschlager —responde Layla, dándole un manotazo a Sean—. No es cocaína. Ya verás cómo te gusta.

Sean levanta el chupito e incluso Shelly parece dispuesta a tomarse el suyo. Llego a la conclusión de que, si esa mujer tan menuda y mayor puede soportarlo, yo también.

—Intenta relajarte —me susurra Layla.

—¡Por la preciosa mujer que mañana prometerá amarme y obedecerme para siempre! —Sean suelta una risita malvada y Layla le da otro manotazo antes de que todos nos bebamos los chupitos de un trago.

«Joder». Sabe a fuego y a canela. Me arde la garganta. Hago una mueca para evitar toser. Todavía no me he recuperado de ese cuando me ponen otro en la mano.

Lo acepto mientras me pregunto cuánto beberá esta gente. Yo no estoy acostumbrada a hacerlo, pero me recuerdo que este es un fin de semana para desinhibirme. Aquí puedo ser quien me dé la gana. Nadie conoce a la Brinley que ve Friends sola en pijama los sábados por la noche. Y esta nueva Brinley quiere relajarse un poco, así que se bebe de un trago la cocaína líquida.

Cierro los ojos con fuerza a la vez que el fuego se desliza por mi garganta y el solo inicial de guitarra de *Sweet Child O' Mine* de Guns

N’ Roses empieza a sonar a un volumen ensordecedor. Layla grita de alegría mientras yo sonrío y niego con la cabeza.

Antes incluso de volver a abrirlos, me doy cuenta de que el ambiente de mi alrededor ha cambiado. Cuando lo hago, me encuentro con esa mirada inexpresiva de mercurio que tanto me atrae y el ambiente vuelve a cambiar, llenándose de electricidad. Me tiemblan las rodillas en cuanto Wolfe se apoya en la barra, a menos de tres metros de mí, mirándome. Lleva unos vaqueros ajustadísimos, botas de motero y una camisa de cuadros Carhartt blanca y negra por debajo del chaleco. Wolfe no aparta la mirada cuando mis ojos se cruzan con los suyos, sino que levanta el vaso con una mano tatuada y se lo lleva a los labios. Está tan cerca que puedo ver los números romanos que tiene tatuados en los dedos, entrelazados con hojas de parra.

Le da un buen trago a la copa, probablemente algún tipo de whisky. Me observa por encima del borde del vaso, con la misma curiosidad que la primera vez que lo vi y muchísima calma, como si me estuviera analizando centímetro a centímetro. No sé si es por la intensidad de su mirada o por la cocaína líquida, pero todo mi cuerpo entra en calor y me siento un poco abrumada por su poderío. Dejo el vaso de chupito en la bandeja de la barra sin apartar la mirada de él.

—Wolfe, esta es Brinley. Ya sé que no os había presentado formalmente, pero es mi mejor amiga desde primaria —dice Layla.

Wolfe me mira y me saluda con la cabeza. Continúa con cara de indiferencia, pero su mirada es como el terciopelo y me recorre de una forma totalmente nueva para mí. Cruzo las manos, nerviosa, y las pongo delante del cuerpo.

—¿Ya os conocíais? —me pregunta Shelly mientras Wolfe y yo nos miramos en silencio.

—Nos hemos visto una vez. Pero no nos conocíamos —contesto nerviosa, apartando los ojos de los de Wolfe.

—¿Nos hemos visto? —me pregunta Wolfe en un tono de voz grave, con el atisbo de una sonrisa burlona jugueteando en los

labios.

«Tierra, trágame». Obviamente, aquel día él no se fijó en mí tanto como yo en él. ¿Por qué iba a acordarse de mí? Cruzo los brazos sobre el pecho, incómoda. Todos siguen mirándome mientras lo hago, incluido él.

—Bueno, yo sí te vi, porque… es un poco difícil no fijar-se si cuatro tanques pasan rodando por Main Street —digo, como si estuviera justificando mi argumento en una clase de debate—. Habría oído esas motos desde la otra punta del pueblo. —Ladeo la cabeza y lo miro con desdén, como si estuviera valorando a mi oponente.

Sean se ríe de mi reacción.

—Bueno, no cabe duda de que es amiga tuya —le dice a Layla antes de darle un beso en el cuello.

Le dedico una sonrisa a Sean, antes de volver a mirar a Wolfe. Sigue observándome atento, pero no con tanta sorna. Lucho contra el sentimiento que me dice que me gusta su atención, sabiendo que no debería desearla con todo mi ser.

—¡A comer, putísimos gamberros! —grita alguien por un megáfono.

Wolfe se incorpora. Me acobardo internamente al ver que viene directo hacia mí, sin dejar de mirarme a medida que se acerca. Su olor a cuero y especias inunda mis sentidos; cuanto más cerca está, más intenso es. Me quedo petrificada, esperando que pase de largo mientras aguanto la respiración, pero no lo hace. Para mi sorpresa, Wolfe se detiene delante de mí. Se queda allí plantado, mirando hacia abajo. Desliza sus anchos nudillos por mi antebrazo y estoy a punto de volverme loca. Se me pone la piel de gallina y el corazón me da un vuelco. Soy consciente de lo que es el miedo y de que ahora mismo debería sentirlo, pero mi cuerpo tiene otra opinión. El pulso se me acelera y el calor me sube por el cuello y las mejillas.

Wolfe sigue mirándome. Ni con tacones soy rival para su enorme estatura. Podría comerme de un bocado. Inhalo con fuerza, sin saber qué esperar. Observo cómo aprieta su potente mandíbula, como si le molestara mi mera existencia. Ladea la cabeza para observar el

pulso acelerado de mi cuello y entreabre los labios como si fuera a abalanzarse sobre mí y darme un mordisco.

—Brinley… —Su voz grave suena con claridad en la ruidosa sala y al oírla me siento como si escuchara por primera vez mi propio nombre—. ¿Eres una niña buena o una impertinente? —me pregunta en voz baja sin dejar de acariciarme el brazo con los nudillos, en una especie de conexión electrostática—. Ándate con ojo, pequeño colibrí, o tendré que usar esa boca que tienes para ponerte en tu sitio. —Se acerca un poco más y me fallan las rodillas cuando pone los labios sobre mi oreja—. Aunque puede que eso sea justo lo que deseas… Porque a lo mejor estás harta de ser tan buena, ¿no?

—¿Perdona? —le digo en un tono de voz una octava por encima de lo normal al darme cuenta de que acaba de amenazarme, o eso creo al menos.

—Cuando lo descubras, ven a buscarme —añade antes de retroceder, echarme un último vistazo y perderse entre la multitud.

Tardo diez segundos enteros en reaccionar y recuperarme.

El corazón me da un vuelco al darme cuenta de que su amenaza, más que asustarme, me ha excitado.

6

Gabriel



No me apetecía una mierda venir a esta fiesta. Estoy aquí solo por obligación, porque soy amigo de Sean de toda la vida. Es como un hermano para mí. Odio las bodas y todo lo relacionado con ellas. Ese rollo de dos personas mintiéndose y diciendo que se amarán eternamente es una puta patraña que nos inventamos para sentirnos menos vacíos. El mundo sería un lugar mucho mejor si la gente lo aceptara y reconociera la verdad. Nos distraeríamos menos.

El problema es que todo el mundo espera que su vida sea como los cuentos que mi madre me leía y me releía de niño.

Sin duda, esos libros son una forma maravillosa de evadirse. Pero por algo se los considera obras de ficción.

La palabra «ficción» viene del francés antiguo *ficcion*, que significa «farsa». Y precisamente eso es el amor, una puñetera farsa. Al menos el romántico.

Tal vez debería estar de mejor humor; al fin y al cabo, esto es una fiesta. Pero estoy demasiado cansado para fingir que me importa una puta mierda que Ax haya encontrado a su alma gemela, cuando hace menos de un año se follaba a todas las gatitas que pasaban por el club.

Me centro en lo necesario. En lo útil que nos resultará su boda. Se celebrará en un lugar aislado, perfecto para llevar al hijo de puta al que hemos estado persiguiendo y sacarle algunas respuestas antes de abrirlo en canal por haberse tirado a la hermana menor de edad de Mason. Brian Freeland, alias Gator. Lo hemos estado vigilando en el piso franco en el que está escondido, propiedad de los Discípulos

del Pecado. Son el club enemigo y llevamos más de diez días siguiendo sus idas y venidas, desde que nos enteramos de que estaba en Lakeshore, a unos treinta minutos de Harmony.

Hemos averiguado cuáles son sus hábitos, quién lo protege, cómo entrar en el piso y cómo salir. El peso de la misión que hemos planificado para sacarlo de allí mañana por la tarde y llevarlo a Tybee Island recae completamente en mí. Si alguien resulta herido, yo seré el responsable, como presidente. Por otro lado, si nos cargamos la boda de Ax… la culpa también será mía, lo cual sería aún peor, porque tendría que responder por ello ante Shelly. Nadie quiere responder ante Shelly, he visto a esa mujer pegarle un tiro a un tío en la rótula por llamar ladrón a su hijo. Como me cargue su boda, soy hombre muerto.

Entre lo de trincar a Gator, nuestro futuro rehén, sin que ninguno de mis hombres resulte herido, conseguir reabastecer una nueva clínica de Savannah antes del sábado para compensar el material que les levantaron, y que Kai y yo estamos personalizando la pintura de una moto para un jugador de los Braves, lo único que me apetece esta noche es darle una buena paliza al saco de boxeo, pasarme por el taller para adelantar algo de curro y, con suerte, conseguir un poco de puñetera paz y tranquilidad.

Me gusta la disciplina. La rutina y el control. Mis hombres saben que soy un líder muy concienzudo, que no me dejo sorprender con facilidad. Normalmente conozco a todas y cada una de las personas que van a poner un pie en la sede del club, así que me ha chocado que ese pequeño colibrí haya aparecido delante de mis putas narices cuando me he acercado a la barra para felicitar a la novia.

Brinley Rose Beaumont. La mujer en cuyo esbelto y sedoso cuello veo palpitar el pulso desde aquí. La mujer en la que no he podido dejar de pensar desde que la vi por primera vez sentada en la cafetería hace más de una semana, dándome la espalda como si pudiera corromperla con solo mirarla. Es una puta rareza que me acuerde de ella, porque no suelo volver a pensar en ninguna mujer cuando decido ignorarla o sacar la polla de su interior.

Lo que ocurra antes.

Pero, no sé por qué, la mera existencia de esa mujer me dejó con la puta boca abierta.

En cuanto la vi, sentí el impulso incontrolable de arrastrarla a un callejón, atarle las muñecas con la camisa que llevaba a la cintura y hacerle gritar mi nombre hasta que me suplicara en vez de ningunearme.

Al principio pensé que era una turista, pero al ver que ni siquiera levantaba la mirada sorprendida al oír las motos y que se ponía tensa, me di cuenta de que conocía el club y era de aquí. Por eso y por la matrícula de Georgia del coche al que se subió al salir de la tienda de ropa. Tuve que hacer un esfuerzo para dejar de observarla por la ventana: su manera de andar, ajena a su belleza, su discreción… Seguro que de niña le daban en la mano con la regla cada vez que se portaba mal. Los hombros hacia atrás, zancadas rápidas y femeninas…

Apestaba a clases de ballet y bailes de debutantes.

Me imaginé que, sin duda, acabaría descubriendo que era demasiado joven, aburrida de cojones y novia de un niño pijo desde el instituto, pero aun así había algo en ella que no lograba sacarme de la cabeza. Hasta tal punto que, al volver a la sede del club, le di a Kai el número de la matrícula y le pedí que la investigara a fondo.

Y al final tenía razón.

Es muy joven —casi nueve años menor que yo— y exactamente el tipo de persona que me imaginaba: su padre era un prestigioso abogado inmobiliario de Atlanta, toda su familia era socia del club de campo de Crested River, fue una puñetera debutante y tiene un novio pijo en Atlanta. Así que debería importarme una mierda quién sea o qué pinta ese culo en forma de corazón en mi club.

Solo que, ahora que la tengo delante, soy incapaz de dejar de mirarla y de preguntarme si su novio de Atlanta será muy gilipollas.

La respuesta es sí, teniendo en cuenta que la ha dejado presentarse aquí de esta manera. Solo le ha faltado servírmela en una puta bandeja de plata.

El cabello largo y denso, tan negro como mi alma, le cae en unas ondas brillantes sobre los hombros, y tiene un rollo un poco clásico, un aspecto natural e inocente, con esos pómulos marcados y los grandes ojos azules. Lo único que hay de lascivo en ella son sus labios carnosos y el pequeño hoyuelo de la barbilla. Mientras observo cómo se mueve nerviosa bajo la tenue luz de la barra, pienso en todas las perversidades depravadas que podría hacer con esos labios, principalmente morderlos lo justo para hacerlos sangrar antes de verlos alrededor de mi polla.

Miro a Brinley a los ojos. El vestido amarillo claro que lleva puesto no tiene tirantes y es más corto por delante, lo que me permite ver la suave curva interior de sus muslos. También deja a la vista la parte alta de su espalda, sus brazos delgados y un cuello que dan ganas de mordisquear. El corpiño ajustado levanta sus tetas respingonas, permitiéndole lucir un escote en el que podría quedarme a vivir. Seguro que no tiene una pizca de tinta en la piel ni el menor rastro de piercings, salvo por los aros dorados que lleva en las orejas. Es una niña buena hasta la médula.

La forma en la que abre los ojos de par en par, muerta de miedo, cuando voy hacia ella, me hace perder la puta cabeza.

—Brinley… —Pronuncio su nombre y noto cómo se le pone la piel de gallina bajo mis nudillos. Todo su cuerpo está cargado de electricidad que fluye a través de ella hasta llegar a mí—. ¿Eres una niña buena o una impertinente? —Sonrío, con ganas de jugar un poco más con ella—. Ándate con ojo, pequeño colibrí, o tendré que usar esa boca que tienes para ponerte en tu sitio. —Siento el calor de su piel y oigo el sonido de su respiración agitada. De repente me viene una idea a la cabeza y me dejo llevar por un instinto tan fuerte que me resultaría imposible reprimirlo, aunque lo intentara—. Aunque puede que eso sea justo lo que deseas… Porque a lo mejor estás harta de ser tan buena, ¿no?

—¿Perdona? —tartamudea en un susurro que va directo a mi polla.

No me sorprende que se quede lívida, pero sí el deseo que veo por un instante en sus ojos cuando me aparto. Eso indica que el instinto

no me ha fallado, pero no voy a presionarla. Esperaré a que se dé cuenta ella sola.

—Cuando lo descubras, ven a buscarme.

La oigo soltar un jadeo detrás de mí mientras voy a buscar un sitio para sentarme, con una sonrisa de satisfacción en la cara.

Hasta ese preciso instante me importaba una mierda dónde hacerlo, pero ahora quiero estar en algún lugar desde el que pueda observar a Brinley más de cerca. Si resulta ser tan sosa como parece, puede que consiga dejar de pensar en ella de una puta vez.

Voy hacia el centro de la sala y elijo una mesa, consciente de que, me siente donde me siente, mis hermanos y sus mujeres me seguirán, así como mi presa.

7

Gabriel



Como era de esperar, mis hombres me han seguido a través de la multitud, con Layla y su pandilla de chicas a la zaga.

Las mesas son grandes y en cada una caben fácilmente doce personas. Observo cómo Brinley se sienta con inseguridad justo enfrente de mí, desdobla la servilleta y se la pone en el regazo como si estuviera en una cena de gala.

El movimiento que hace al sacudir el trozo de tela envía su aroma hacia mí. Huele a flores dulces de verano y a miedo. Es jodidamente embriagador. Juguetea con los cubiertos, cambiándolos de sitio. Observo con atención cómo coloca el tenedor a la izquierda y el cuchillo a la derecha, como seguramente le habrán enseñado. Una niña buena con modales, etiqueta y clase. Ahora mismo debería estar aburrido de cojones, pero hay algo en ella que sigue atrayéndome. Pasa el dedo índice por la hoja afilada del cuchillo de la carne, acariciándolo antes de darle un trago a la copa de vino. Me pregunto por qué habrá elegido el cuchillo para calmarse mientras me bebo el whisky en silencio. Continúa haciéndolo sin darse cuenta al tiempo que mira a su alrededor, y mi mente se dispara al imaginar lo que podría ocultar bajo la superficie.

Toda la mesa presta atención en cuanto Kai se pone a contar alguna historia, para variar. El muy cabrón no se calla ni debajo del agua. Me inclino hacia adelante en la silla, lo suficiente como para captar el olor de Brinley con claridad… Inhalo su aroma embriagador y se me hace la boca agua. Jazmín con un toque de madreselva.

La gente no para de hablar mientras traen más whisky y sirven la cena. La empresa local de catering contratada por el club lleva todo el día trabajando en la cocina industrial que hay al lado del salón.

Veo a Brinley escuchar con atención cuando Layla le habla de los detalles de la boda, pero en realidad no oigo nada. La luz de las velas de la mesa proyecta sombras sobre su piel hidratada y sus labios brillan, pintados de un rosa resplandeciente. Los posa sobre el borde de la copa. Cuando la polla me palpita, me doy cuenta de que el plan de encontrarla poco interesante no está funcionando.

Se encuentra completamente fuera de su elemento, pero siente curiosidad. Mira a toda la gente de la sala intentando entendernos, intentando descubrir por qué parecemos tan civilizados. No lo somos, pero lo que está viendo es a los miembros del club comportándose lo mejor posible por Ax.

—Brinley, ¿te criaste aquí? —le pregunta Kai, apoyándose en la palma de la mano, con una mirada de «fóllame» en esa cara de niño guapo.

Ella le responde con una sonrisa y se me ponen los putos pelos de punta. La forma en la que esos labios carnosos se curvan hacia arriba sobre los dientes blancos y perfectos por Kai me hace hervir la sangre.

Como los preciosos hoyuelos que aparecen en sus mejillas para él. A juego con el que tiene en la barbilla.

Qué hijo de puta. Seguro que aún tiene la polla húmeda por la rubia que se ha llevado hace un rato a la sala de billar.

—Sí, en la esquina de Netherwood y Spruce —responde ella, con su voz ronca y suave—. Volví a casa la semana pasada. La heredé cuando mi madre murió, pero no la he cuidado mucho estos dos últimos años.

—Los McCurry le han dado un presupuesto astronómico para cambiar el porche —comenta Layla antes de comer un pellizco de pan fresco—. Tenéis que hablar con ellos del tema —decide, dándole un codazo a Ax.

Ax asiente, por supuesto. Es el puto esclavo de esa mujer.

—No pasa nada, arreglar lo de las termitas es muy caro… —dice Brinley—. No quiero… tener problemas. —Mis hombres se miran entre ellos, sentados alrededor de la mesa, y sonríen. Es amiga de Layla, así que serán respetuosos. Seguro que piensa que les vamos a echar la puerta abajo y amenazarlos. Y podría ser, pero aun así el tópico me parece divertido—. Hay que cambiarlo entero. Acabo de empezar a trabajar con el hermano de Layla en Crimson Homes. Estará listo a finales de verano. No hace falta que habléis con nadie —añade Brinley, apoyando la mano en el brazo de su amiga. Sus uñas rosa pálido brillan en la penumbra. El animal que hay en mí se imagina qué aspecto tendrían con mi sangre debajo después de que Brinley me destrozara la espalda.

—Yo soy bastante bueno con la madera, si quieres podría ir a echarle un vistazo. —Kai le dedica una sonrisa radiante y yo aprieto los dientes para evitar darle una colleja.

Brinley sonríe nerviosa y aparta los ojos de los suyos, víctima de su inocencia. Le doy una patada fuerte a Kai por debajo de la mesa sin dejar de mirar el filete. Él me mira. Levanto la vista mientras mastico un bocado y niego discretamente con la cabeza una sola vez, sin que nadie más se dé cuenta. Kai asiente y pone mala cara al darse cuenta de que le estoy pidiendo que pare.

Miro a Brinley y, en cuanto me encuentro con sus ojos, aparta la vista. Me como otro bocado de carne mientras observo cómo habla con Layla. Cada vez que noto que me mira, levanto la vista hacia ella, pero siempre aparta la mirada, fingiendo que no me estaba observando.

Podría tirarme toda la noche jugando a este jueguecito.

«Puedes apartar la mirada todo lo que quieras, pero no podrás huir de mí, pequeño colibrí».

Jake, mi primo y vicepresidente del club, se levanta haciendo un gesto con la cabeza y sonriendo con picardía hacia la mesa de al lado. Veo que está mirando a una gatita y sé que se larga a echar un polvo. Además de ser un juerguista, Jake también es tremendamente impulsivo, por eso su padre, mi tío Ray, me nombró

a mí presidente antes de morir y no a él. No me hacía ninguna gracia quitarle el cargo a Jake, pero, por suerte para mí, a él le dio exactamente igual. Le pareció perfecto convertirse en vicepresidente. Así podría beber hasta caerse de culo y pasarse de fiesta toda la vida. Dos cosas que yo no tengo ningún interés en hacer. Puedo tomarme un par de copas de whisky, pero, quitando eso, mi cuerpo es un puto templo.

Lo agarro del brazo.

—Vuelve en treinta minutos, no quiero que te pierdas los brindis —le digo. Él asiente, antes de salir por la puerta del club.

Jake me obedece y vuelve a su sitio veinticinco minutos después, justo cuando Shelly abre la ronda de discursos posteriores a la cena y hace llorar a todas las chicas de la mesa. El padre de Ax fue el supervisor de mi tío y, antes de eso, su padre fue sargento de armas de mi abuelo. Ax y yo llevamos el club en la sangre y tenemos una relación de hermandad inquebrantable. Servimos juntos tres veces en Oriente Próximo. Y eso une más que cualquier otra cosa en el mundo.

Observo a Ax mientras su madre habla y Layla llora a moco tendido. Está enamorado hasta las trancas de esa puñetera mujer, o al menos eso parece.

Reconozco que Layla es una tía de puta madre, pero al tiempo que escucho, no se me va de la cabeza una imagen de Ax de hace poco menos de un año, antes de conocerla, de rodillas en medio de la mesa de billar mientras dos morenas se la chupaban por turnos delante de todos. Compitiendo para ver cuál era la primera en tragarse su semen.

Después intentó pasárnoslas a los demás, pero yo me negué rotundamente. Me encanta follar, pero ninguna tía va a convencerme para que le deje meterse mi polla hasta la garganta. Y menos a las que se dejan caer por aquí. Quién sabe dónde habrán tenido la boca.

Observo a los dos tortolitos, que están al otro lado de la mesa. Ax tiene el brazo alrededor del cuello de Layla y la besa en los labios

como si de verdad se estuviera comprometiendo con ella para toda la eternidad.

Layla anima a sus chicas a tomarse otro chupito y, después de los discursos, empieza la fiesta. Dedico unos minutos a hacer una ronda por la sala para hablar con todas las personas importantes. Han venido varios miembros de diversas asociaciones y algunas de sus jefas. No todos las han traído; para algunos, este tipo de acontecimientos son como unas vacaciones de sus parejas. También hay varios compañeros exmilitares que han venido a vernos a Ax y a mí. Tíos con los que estuvimos en Kuwait y Afganistán. Ver a esos hombres aquí esta noche me trae todo tipo de recuerdos de ambos extremos del espectro. Cuando vuelvo a la mesa, veo a Brinley y a Layla bailando sentadas una especie de coreografía y me quedo mirando al pequeño colibrí, que parece que está empezando a soltarse.

—Hicimos al menos diez de estas, en todos los años que estuvimos en los grupos juveniles de la iglesia —les explica Brinley a las chicas.

—¿Todavía te acuerdas de todas? —le pregunta Layla, riéndose, mientras yo me reincorporo.

—Soy incapaz de imaginarte como la niña de la primera fila que va a misa todos los domingos… —le dice Chantel a Layla con una carcajada, antes de beberse otro chupito; probablemente el décimo. He visto a esa mujer beber mucho más alcohol que un hombre en una noche cualquiera—. Puede que a la chica nueva sí —añade, señalando a Brinley. Todas vuelven a reírse. Todas menos Brinley, lo que me confirma que no siempre le gusta su papel de modosita.

Antes de que pueda decir nada, me siento. Ella se endereza enseguida y mira nerviosa hacia cualquier sitio menos a mí, centrándose en su copa medio vacía, en la gente que habla y pulula por la sala, y en las chicas.

No pasa nada, tengo un ego lo suficientemente grande como para soportar sus evasivas. Ahora conozco su secreto. Sé que quiere mirarme.

Cuando estamos brindando con Chantel, tras su discurso de dama de honor, me suena el móvil encima de la mesa. En cuanto se oye el mío, todos los de mis hombres empiezan a sonar y a vibrar a la vez.

Me pongo en alerta máxima de inmediato y poso la mano sobre la pistola que llevo en la cadera, oculta bajo el chaleco, mientras echo un vistazo a la sala en busca de alguna amenaza. Abro el mensaje. Es una foto de ayer enviada desde un número desconocido en la que salimos Kai, Ax, Jake y yo en el viejo Silverado del padre de mi primo. Estamos en un semáforo, saliendo de Lakeshore. En territorio de los DDP.

Habíamos ido hasta allí para vigilar desde enfrente de la cafetería a los hombres de Gator, que estaban recogiendo el pedido semanal de Percocet. Ni siquiera se nos ve a través de los cristales tintados. No entiendo cómo sabían que estábamos allí. La camioneta de Jake no está a su nombre. Es imposible que supieran que éramos nosotros.

Todo el edificio tiembla al tiempo que se oye una explosión en el exterior del club. El caos es instantáneo. Las mujeres gritan y la gente se pone en pie y echa a correr para ponerse a cubierto. Yo me levanto sin pensar y voy a toda prisa hacia Brinley. La agarro por la cintura con un brazo. Ella ahoga un grito y echa la cabeza hacia atrás para mirarme a los ojos, con la cara a escasos centímetros de la mía. Me observa aterrorizada mientras la cojo en brazos como si fuera una muñeca de trapo y sigo a Ax y a Layla para meter por seguridad a las chicas en un cuartito sin ventanas que hay en el pasillo.

Dejo a Brinley en el suelo y esta abre la boca, pero no dice nada. Respira entrecortadamente, como suele suceder cuando entramos en modo de supervivencia.

—Quédate aquí —le ordeno.

Ella cierra la boca, traga saliva y asiente. Sus ojos oceánicos y el movimiento de su cuello al tragar saliva amenazan con retenerme, pero sé que debo irme.

—¡No las dejes ni un puto segundo! ¡Y que nadie salga del edificio! —le grito a Mason por encima del hombro, antes de girarme hacia Chris, uno de nuestros aspirantes—. ¡Cerrad todas las puertas ahora mismo!

No han pasado ni veinte segundos y ya voy corriendo hacia la puerta principal, que se encuentra a más de diez metros de distancia. Veo el Silverado envuelto en llamas en el aparcamiento que hay al lado de la entrada. Salimos a toda velocidad por la puerta del club. Ni siquiera tengo que girarme para saber que Jake, Ax y Robby J. —uno de los hombres más fieles y veteranos del club— me pisan los talones.

Mason, Kai y el abuelo del grupo, Flipp, se han quedado dentro, intentando tranquilizar a la gente. Aquí fuera estamos preparados para atacar a quienquiera que haya conseguido burlar nuestro puto sistema de seguridad y cruzar la puerta.

Ax y yo somos los primeros. Nos movemos como soldados profesionales, organizados y sigilosos. Busco algo, cualquier cosa a la que poder disparar. Señalo con el dedo a Jake y a Robby J., y luego hacia el bosque que hay más allá de nuestras instalaciones. Acaban de salir dos hombres más del club para apagar el fuego con la manguera de sesenta metros que utilizamos para humedecer el edificio metálico.

Camino sobre la grava sin hacer ruido con las botas. Oigo algo cerca de la puerta, me giro y apunto con mi 1911 personalizada hacia el ruido. Localizo de inmediato al hijo de puta detrás de un montón de palés que hay al lado de la puerta. Su chaleco revela que es un aspirante de los Discípulos del Pecado. Pues acaba de suspender.

Seguramente nos lo cargaremos, pero antes quiero sacarle toda la información posible. Voy hacia él, enfurecido. Quiero saber cómo coño ha conseguido saltarse el sistema de seguridad del portón. Se lleva la mano a la espalda mientras me acerco. Sabe que no tiene sentido resistirse. Si huye, está muerto.

—Ni se te ocurra —le advierto. Intenta sacar el arma y apuntarme, pero yo soy más rápido. Disparo y le doy en una mano, reventándole dos dedos. Él deja caer la pistola, aullando de dolor—. Como te muevas un centímetro, te quedas sin el resto —le digo tranquilo, sin moverme. Cuando llego hasta su cuerpo arrodillado, veo que está intentando desesperadamente apretarse los dos dedos cercenados, tratando de detener la hemorragia. Levanto a ese tío enclenque por el cuello de la camisa y le arranco el chaleco de un tirón, lo tiro al suelo y escupo sobre él. Nunca más se lo volverá a poner. Le hago un gesto a Ax mientras arrastro a ese cabrón hasta la furgoneta que hay junto a la sede del club.

Qué hijo de puta.

No puedo tomarme ni una puñetera noche libre.

8

Brinley



Qué pasa, Layla? —susurro, tan aterrorizada que hasta mi propia voz me suena rara cuando hago la pregunta. Estamos detrás de uno de los imponentes y terroríficos miembros del club desde que Wolfe me ha cogido en brazos, haciendo que se me saliera el corazón del sitio, y me ha metido aquí.

—Ya te puedes largar, Mason. Creo que estamos a salvo —dice Layla tan tranquila, aunque cabreadísima porque esto haya ocurrido en mitad de la cena de ensayo.

Echo un vistazo con disimulo al tal Mason. No quiero mirarlo con descaro, pero casi me da tanto miedo como Wolfe. Mide más o menos lo mismo y parece un armario empotrado. Lleva un pañuelo negro en la cabeza y una perilla y un bigote desaliñados, aunque no tiene pinta de ser mucho mayor que yo. Tiene la mandíbula fuerte y permanentemente apretada, en una mueca impávida y seria. Lo que más me asusta no es su aspecto, sino la expresión de sus ojos: es como si nada le afectara porque ya ha visto y hecho de todo. Hasta ahora solo le he oído decir unas cinco palabras.

—Me largaré cuando me confirmen que estáis a salvo —replica Mason con voz grave, bajando la vista hacia mí. Yo desvío la mirada —. No tengas tanto miedo. No van a entrar aquí, chica nueva. Este sitio es como Fort Knox —dice, dándole unos golpecitos a la pared de hormigón que tiene detrás.

Lo miro de reojo, pero aparto la vista lo más rápido posible. Soy incapaz de entender lo que veo. Me parece oír unos disparos fuera y

tengo la sensación de que me voy a desmayar. Se me acelera la respiración.

—Tranquila, no pasa nada —me asegura Layla—. Sean y Wolfe formaron parte de las fuerzas de reconocimiento. ¡Aunque nunca pensé que necesitaríamos sus servicios en la cena de ensayo! —Mira a Mason con los ojos entornados, como si aquello fuera culpa suya y no le tuviera ni pizca miedo. Eso sí que es estar desensibilizada.

—Es para entretenernos un poco después de la cena —responde él, con una sonrisa malvada que revela que habría disfrutado jugando con quienquiera que esté ahí fuera.

Yo me estremezco.

—¿De las… fuerzas de reconocimiento? —pregunto, en parte para distraerme, en parte porque de verdad siento curiosidad. Debo de mirar a Layla con cara de no entender nada, porque Mason interviene.

—De los Marines. Los dos. Tres largas misiones —dice—. Una pequeña explosión no es nada para ellos; apenas se les acelerará el pulso.

Trago saliva y asiento con la cabeza. Sigo aterrorizada, pero, no sé por qué, me siento mejor al saber que Wolfe está ahí fuera.

Veinte minutos después, alguien vuelve a poner la música y la gente se pone a beber de nuevo como si no hubiera pasado nada. Mason saca el móvil, lee un mensaje y se levanta.

—Podéis iros, no hay ningún peligro. Solo una cosa: esta noche no os está permitido salir de aquí. Tendréis que esperar a mañana —dice antes de mirar a Layla—. A ti te acompañarán a tu casa para que cojas lo que necesites antes de irnos a Tybee —añade.

A Layla le da igual, pero a mí me entran ganas de vomitar.

No pienso quedarme a dormir aquí.

—Ni de coña, esto no formaba parte del trato —le digo a Layla, en un tono de voz dos octavas por encima de lo normal—. Si ni siquiera he traído nada para dormir —protesto, captando la atención de Mason.

Mi plan era salir pitando de aquí en cuanto nos dieran el visto bueno.

—Seguro que Shelly tiene todo lo que necesitas. Es solo por precaución, chica nueva. No queremos que la gente ande entrando y saliendo mientras descuartizamos a alguien ahí fuera —añade Mason, y le da una palmadita en el hombro. No sé si lo dice en serio.

—Solo está bromeando —replica Layla. Debe de haberse dado cuenta de que estoy aterrorizada. El caso es que tampoco parece muy convencida.

Miro a Mason cuando se aleja y me pregunto cómo alguien puede llegar a ser así. Da un miedo que te cagas. Sigo a Layla automáticamente, todavía un poco mareada por los chupitos y el vino que me he tomado antes de la cena. Estoy convencida de que el alcohol es lo único que me mantiene en pie. Volvemos a la barra y nos encontramos con Chantel, María y Amber, que tampoco parecen haberse inmutado.

Los disparos y las explosiones deben de ser algo normal por aquí.

Me echo la bronca para mis adentros por haberme permitido venir.

—Tómate otra copa —me dice Layla, ofreciéndome algo de aspecto afrutado—. Respira. Solo es un daiquiri. Remi hace los mejores de todo el pueblo. —Le guiña un ojo amistosamente a la pelirroja que está detrás de la barra y le sonríe mientras *Seven Nation Army*, de The White Stripes, empieza a sonar por los altavoces.

Echo un vistazo a la fiesta, que está en pleno apogeo, después de que todos hayan olvidado hace tiempo el drama del exterior. Intento por todos los medios hacer que mi cuerpo recupere la normalidad. Llevo casi media hora sudando y con el corazón desbocado. Hace menos de un mes estaba en Atlanta, viendo *The Real Housewives* en el sofá y comiendo helado. Le doy un trago al daiquiri, que entra fenomenal y la verdad es que está delicioso.

Cuando empieza a sonar *Hounds of Hell* («Perros del Infierno») por el altavoz, todo el mundo empieza a corearla.

Niego con la cabeza mientras miro a mi alrededor, resignada a contagiarme un poco de la energía que desprende la multitud eufórica y despreocupada. Sin duda estoy en una especie de universo alternativo.

A la mierda. Bebo otro trago. Si voy a tener que quedarme aquí toda la noche, puede que me tome seis daiquiris más. Desde luego parece más fácil que hacer frente a los peligros que acechan por todas partes.

9

Gabriel



Observo cómo Rick, el médico del club, le venda la mano al hijoputa del aspirante de los DDP. No quiero que ese cabrón lo llene todo de sangre.

—Dejadme inconsciente… —gime por debajo de la mordaza. Cobarde.

—Solo son un par de dedos. —Le doy una palmadita en la espalda y me agacho—. Todavía te quedan ocho más. Verás cuando les toque el turno a las rótulas. Entonces sí que vas a querer morirte —añado. Él empieza a golpearse la cabeza contra el interior de la furgoneta, supongo que intentando perder el conocimiento. Pongo los ojos en blanco—. Por el amor de Dios, eso no va a funcionar, gilipollas. —Me giro hacia Rick—. ¿Tienes algo para dormir al bebé? Paso de preocuparme por él el resto de la noche. El día ya ha sido lo suficientemente largo.

—Claro —dice Rick, que asiente al mismo tiempo que coge el maletín médico.

—¿Tenía que pasar la puta noche anterior a mi boda? —se lamenta Ax mientras se acerca haciéndose el ofendido. Sé que en el fondo le encantan estas mierdas. Se detiene para guardar la pistola en la funda que lleva en la espalda—. El resto del perímetro es seguro. No tengo ni idea de cómo ha entrado este cabrón…, pero vas a decírnoslo, ¿verdad? —añade antes de agarrar al intruso por el pelo —. Podría haber mujeres o niños ahí fuera, hijo de puta… —Le da un cabezazo contra el lateral de la furgoneta.

Niego con la cabeza. Justo lo que quería ese gilipollas.

—Le sacaremos todas las respuestas que queremos…, pero eso será mañana —digo cabreado, sobre todo porque me haya alejado de mi pequeña obsesión, ahora que estaba empezando a conocerla. Me vuelvo hacia mi prisionero—. Consulta con la almohada lo leal que piensas ser a un club al que ni siquiera perteneces todavía. —El tipo gime tras la mordaza improvisada—. Y no te preocupes. Mañana tendrás un poco de compañía. Si juegas bien tus cartas, tal vez sobrevivas —le digo, revelándole el secretillo de que vamos a traer a un amigo para él.

—Wolfe —dice Ax, a mi lado—. Kai ya está haciendo lo que le has pedido y la fiesta ha vuelto a empezar.

Asiento con la cabeza.

—Hasta mañana no saldrá de aquí ningún invitado. Si los miembros del club quieren irse, que se vayan, pero el que no pueda protegerse a sí mismo, se queda —decido, sin querer arriesgarme a que alguien resulte herido al salir. Pienso en concreto en la mujer que acabo de dejar detrás de Mason, en el pasillo. Parpadeo para intentar pensar en otra cosa—. A la luz del día será más fácil verlo todo e inspeccionar los bosques que nos rodean —añado.

—Serán al menos cincuenta personas —dice Ax.

—No pasa nada. Tenemos espacio de sobra —digo tranquilamente, encogiéndome de hombros—. Dile a Kai que empiece a avisar a la gente. —Miro hacia la parte trasera de la furgoneta—. Quédate aquí toda la noche; en cuanto empiece a despertar, ponle otra —le digo a Rick a la vez que le inyecta algo al aspirante—. Que siga dormido hasta después de la boda. Aplazaremos el problema hasta mañana por la noche. —El chute no tarda en surtir efecto y el aspirante se desmaya y se golpea la cabeza contra el suelo de la furgoneta con un ruido repulsivo—. Y, por cierto…, te lo compensaremos —añado, para que sepa que recibirá una bonificación por vigilar veinticuatro horas al prisionero—. Si necesitas un descanso, Chris puede sustituirte —le digo.

Rick asiente y le hago un gesto a Ax para que avise a Chris.

Compruebo que el incendio de la furgoneta de Jake está apagado y envío un mensaje a mi contacto de la oficina del sheriff. La policía no va a venir a no ser que ocurra algo gravísimo, pero me gusta asegurarme y adelantarme. Si alguien ha visto las llamas, puede que los haya avisado.

Me giro hacia Ax.

—Reúne a los chicos, capilla de emergencia ahora mismo. —Me miro la ropa, que está cubierta por la sangre de ese gilipollas y el hollín de las llamas—. Y después necesito darme una puta ducha.

Ax sonríe con maldad y se saca la polla de los vaqueros para mear en las botas del gilipollas, que tiene las piernas colgando de la parte trasera de la furgoneta y los pies apoyados en la hierba.

Niego con la cabeza, riéndome.

—Puto macarra —murmuro.

Rick ni siquiera levanta la vista. Lleva años a nuestro servicio y está acostumbrado a nosotros.

Los dejo custodiados por nuestro aspirante, Chris, durante la noche y vuelvo a entrar. Tengo que ver las grabaciones de seguridad antes de ir a la capilla y necesito una puta copa.

Va a ser una noche muy larga y, por desgracia, mi pequeña obsesión tendrá que esperar.

10

Brinley



Estoy borracha. Creo que más borracha que nunca.

¿Es buena idea pillarse un buen pedo después de un suceso traumático? Seguro que no, pero yo lo he hecho de todos modos, en contra de lo que me decía a gritos el sentido común. Lo bueno de estar así de mareada es que resulta mucho más sencillo ordenarle a esa voz que se calle de una puñetera vez.

Llevamos horas bailando, o eso me parece. Hace rato que no veo a Wolfe ni a ninguno de los otros chicos que estaban en nuestra mesa. Estoy sudando y tengo ganas de hacer pis. Y tampoco me vendría mal otra copa.

—¿Dónde está el baño? —le grito a Layla por encima de la música.

Ella sonríe y me da las indicaciones. Las voy repitiendo mentalmente para no olvidarme.

«Cuarta puerta a la izquierda…, ¿o era a la derecha?». Ahora mismo hay muchísimo ruido y gente por todas partes. No entiendo lo de esta noche ni cómo me he metido en este lío. Sobreviviré a ella como pueda y mañana, ya en la intimidad de mi hogar, podré pensar con claridad e inventarme alguna excusa para evitar la boda de Layla. No pienso ir ni loca.

Cruzo a trompicones la zona de la barra, en busca del escurridizo pasillo del baño. Me aliso el vestido y el pelo, intentando caminar lo más recta posible. O estoy teniendo alucinaciones, o aquí están sucediendo cosas muy raras. Por el camino veo a una mujer tumbada sobre una de las mesas de billar, a otra sacándose un trozo

de lima de entre los pechos con los dientes y a gente enrollándose… por todas partes.

Hay un hombre sentado metiendo las manazas por debajo de la falda de cuero negro de una mujer que está de pie frente a él. Le estruja el culo. No puedo verlo por detrás de la chica, solo veo unas manos enormes que casi le cubren todo el cuerpo. Le levanta la falda por encima del culo y le aparta el tanga mientras ella echa la cabeza hacia atrás y gime sin ningún pudor. El hombre la acerca más a él y mete las piernas entre las de ella, separándoselas con las botas para introducir dos dedos en su coño desnudo.

Los miro boquiabierta. Debería apartar la vista, pero… no lo hago. Siento cómo mi entrepierna empieza a calentarse ante la imagen que tengo delante. Subo lentamente la mano por el pecho y el cuello hasta mis labios, intentando sentir la consternación que sé que debería sentir, pero no es así. Esto está muy mal. No debería observarlos. Pero no puedo evitar que el calor se apodere de mi cuerpo.

La mujer gime mientras él le mete los dedos con saña y me parece oír al hombre decirle que «los disfrute como una buena zorra». Cuando su cara asoma por encima del hombro de ella, me sorprende ver que se trata de Kai, ese chico tan mono y agradable. Me sonríe. Joder…, eso sí que no me lo esperaba.

—Tengo otra mano, si te interesa, chica nueva —dice mientras yo parpadeo al darme cuenta de que estoy de pie delante de ellos, mirándolos con descaro.

Kai se ríe en el momento en que voy a todo correr hacia el único pasillo que veo y empujo una puerta batiente para entrar en él. Allí hay menos ruido y está más oscuro. ¿La puerta del baño era la cuarta o la quinta? Estoy un poco perdida. Decido ir abriéndolas todas al pasar. Al otro lado de la mayoría de ellas hay habitaciones desordenadas que parecen dormitorios. Por suerte, encuentro el baño. No creo que hubiera podido aguantar mucho más.

Me lavo las manos con un jabón francamente bueno. Suelto una risita.

«Por favor, hay que ver lo que descubre una cuando está borracha como una cuba».

Me acicalo lo mejor que puedo antes de volver al salón. De forma milagrosa, el maquillaje sigue prácticamente intacto. Cuando llego al oscuro pasillo, miro a ambos lados mientras intento recordar de dónde he venido. Oigo gemidos a lo lejos y mi cuerpo sigue entrando en calor. ¿Qué leches me pasa? ¿Por qué me excita así este lugar tan lujurioso?

Decido ir a la derecha y paso por delante de la primera puerta. Tiene una placa atornillada a la puerta que pone: PARA LOS QUE LES GUSTA FOLLAR.

Pues a los que están al otro lado les gusta hacerlo, a juzgar por los ruidos.

Una luz capta mi atención en la oscuridad del pasillo. Se filtra bajo una puerta que hay al fondo.

Ignorando el sentido común y haciendo caso a la vocecita perversa de mi cabeza que me dice que me acerque, abro la puerta. Es una habitación grande y ordenada. En ella hay una bandera estadounidense enorme con un águila en medio de la pared. Está clavada muy recta y tensa sobre un sofá de cuero de aspecto cómodo y desgastado. El suelo es de madera oscura y está impoluto. Huele a cedro y puedo ver una pequeña cocina al fondo. Casi parece una especie de estudio. Al fondo del amplio espacio abierto hay un tabique de madera maciza.

Me atrevo a cruzar al otro lado, como si tuviera permiso para hacerlo, mientras me digo a mí misma que no pasa nada por husmear en la habitación de un desconocido. Hay una cama gigantesca, mucho mayor de lo normal, hecha de forma impecable con unas sábanas de color gris oscuro. También veo tres metros de estanterías repletas de libros. Me quedo alucinada al acercarme a ellos y leer algunos títulos, al tiempo que recorro los lomos con los dedos. Para una amante de los clásicos como yo, esto es lo más.

El arte de la guerra, *Fuego en el cuerpo*, una colección de Maquiavelo que tiene pinta de ser antiquísima, *El Gran Gatsby*,

Hermosos y malditos, *1984*…

Y las estanterías continúan, repletas de obras clásicas de la literatura. Me quedo allí plantada, pasando el dedo sobre ellas y observando el resto de objetos. Hay unas fotos que me llaman la atención. En ellas salen Wolfe, Sean y otros hombres vestidos con ropa militar beis de pies a cabeza. Hasta los cascos son de ese color. Les doy la vuelta para ver si hay algo escrito por detrás. «Field Lights, 2009», «Roaring Lion, 2010», «Eagles Trace, 2012».

En todas ellas pone: «9.º regimiento, 2.º batallón».

¿Serán misiones?

Algunas son en entornos informales, mientras que otras parecen hechas en acto de servicio. Acaricio con un dedo la cara de Wolfe en una de ellas. Lleva una camiseta blanca polvorienta, está tan moreno que su piel resulta irreconocible y tiene delante, sobre una mesa, un arma de aspecto aterrador. Parece que la está limpiando. Aunque en esas fotos tiene muchos menos tatuajes que ahora, la inexpresividad de sus ojos es la misma.

La mirada de un hombre que lo ha visto todo.

Sigo husmeando, cojo un ejemplar de *El Gran Gatsby* y acaricio con los dedos el lomo desgastado mientras lo hojeo. Los ojos de la cubierta, totalmente azul, se clavan en los míos. Nunca había visto esa edición y me doy cuenta de inmediato de que es muy antigua. Lo abro y leo la dedicatoria manuscrita del interior de la cubierta.

«Para mi fiel protector: nunca olvides que hay vida más allá de nuestro jardín trasero». Y un corazón debajo.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta una voz grave. La misma que me pone la piel de gallina. Me doy la vuelta y pego la espalda a la estantería, haciéndola traquetear.

Wolfe está a tres metros de mí. Acaba de ducharse, tiene el pelo suelto y los mechones húmedos le rozan las orejas. Se ha puesto una camiseta negra limpia y unos vaqueros del mismo color. Lleva el chaleco en la mano. Me fijo en sus antebrazos musculosos, tatuados y surcados por venas gruesas, mientras se echa el cabello hacia atrás. Abro la boca, pero no tengo nada que decir. Es imposible

escaquearse, me ha pillado fisgoneando en su habitación. Pero ¿a quién quiero engañar? Supe en cuanto vi las fotos que este cuarto era suyo o de Ax. Si todavía tengo su libro en la mano, por el amor de Dios.

—Te he preguntado qué haces aquí, y no soy de los que preguntan dos veces —repite, dejando el chaleco sobre la cama con una lentitud deliberada, y su voz profunda de terciopelo me acelera el corazón a la vez que lo calma.

—Es que… he visto la luz encendida y me ha parecido que era la salida —contesto con inseguridad mientras el rubor me sube por el cuello—. En realidad, has sido tú el que ha dejado la puerta abierta, así que la culpa es tuya —añado, intentando que suene lo más convincente posible.

Wolfe avanza hacia mí antes de que pueda decir una palabra más, eliminando la distancia que nos separa en apenas dos zancadas. Levanto la vista hacia él y le clavo la mirada. Está cerquísima. Peligrosamente cerca.

Eleva una mano y no puedo evitar sobresaltarme, temiendo que me haga daño.

Wolfe observa mi reacción con una sonrisa burlona casi imperceptible mientras la vergüenza inunda mi pecho, pero en vez de detenerse me roza el pómulo con los nudillos y empieza a bajarlos por mi cuello. Me está acariciando. Acabo de conocer a este hombre y ya me está acariciando.

Se detiene al llegar a la base de mi cuello y posa los dedos sobre los latidos de mi corazón desbocado.

—Otra vez esa impertinencia. No te cortas ni un pelo, pero estás aterrorizada, pequeño colibrí.

Me mira fijamente a los ojos, antes de levantar la mano y agarrarme por el cuello. Su palma me lo cubre por completo y entiendo de inmediato por qué me llama así… Porque puede ver y sentir mi corazón latiendo a millones de kilómetros por minuto. Me acaricia con las yemas de los dedos el cuero cabelludo, introduciéndolas entre mi pelo, antes de agarrarme de él con fuerza

y tirarme del cuello para acercar mi cuerpo al suyo y pegarme a él, de forma que no me quede más remedio que levantar la vista hacia sus ojos grises. ¿Creerá que he venido aquí para acostarme con él? Dejándome llevar por el instinto, levanto el brazo y le doy una bofetada. A juzgar por el sonido, ha sido bastante fuerte, pero creo que me ha dolido más a mí que a él, porque ni siquiera se inmuta. Me tira del pelo con tanta fuerza que me hace gritar. Me escuece como si me lo estuviera arrancando de raíz.

—Y yo que creía que estabas deseando librarte de esa fachada tan estudiada… Pero ahora lo entiendo. El colibrí quiere resistirse… —gruñe, con una expresión sádica en los ojos.

Por primera vez veo algún tipo de emoción en ellos. Vuelvo a pegarle, consciente de que tomará represalias, pero no puedo evitarlo. Una fuerza oscura se apodera de mí. Vuelve a ponerme la mano en el cuello, abarcándolo por completo, mientras mi mano aterriza en el mismo punto de su mejilla en el que lo ha hecho hace unos instantes. Me aprieta los laterales del cuello de una forma tan controlada y con tanta práctica que inmediatamente empiezo a ver estrellitas. Tiene razón, estoy muerta de miedo, pero algo más está ocurriendo. Algo que no podría comprender por mucho que me esforzara. Aprieto los muslos y siento que el deseo se acumula en mi entrepierna, aun con sus manos impredecibles sobre mí. El corazón se me acelera y soy incapaz de contener un pequeño gemido. Noto el efecto de su tacto en todas las partes de mi cuerpo. Siento el calor de sus labios cada vez más cerca de los míos mientras se inclina hacia mí, y su olor a cedro y a especias, mezclado con el aroma fresco y limpio del jabón, me resulta irresistible.

—«Y la miró de esa forma en la que todas las mujeres desean que un hombre las mire» —dice Wolfe inexpresivamente, con voz profunda, apretándome el cuello con una mano y bajando los nudillos de la mano libre por mi cuerpo, hasta pasar sobre el vértice de uno de mis pezones endurecidos. Me estremezco al saberme indefensa. Pero Wolfe no se detiene en mi pecho, sino que sigue descendiendo hasta la curva de mi cintura. Me acaricia con lentitud

el antebrazo, coge el libro que sigo teniendo en la mano y me lo arrebata con brusquedad—. Nick Carraway —dice, enseñándome *El Gran Gatsby*, como si yo ignorara que ese es el nombre del narrador. Vuelve a dejar la novela en el lugar que le corresponde de la estantería, sin dejar de apretarme el cuello—. Esto no es una biblioteca. Cuando te has dado cuenta de que era mi habitación, ¿por qué te has quedado, Brinley?

No soporto que me guste tanto cómo suena mi nombre en sus labios.

—Suéltame, por favor. Siento haber entrado aquí, no sabía que era tu cuarto. He visto los libros… y me ha picado la curiosidad —digo, entre jadeo y jadeo.

Me aferro en vano a la mano que tiene alrededor de mi cuello y la claustrofobia se apodera de mí. Borracha y todo, le araño los antebrazos mientras él me aprieta más, hasta un punto en el que me cuesta respirar, pero no me resulta imposible.

Mientras tanto, mi entrepierna sigue palpitando y me cuestiono seriamente mi cordura.

Sus ojos grises se han vuelto tormentosos y oscuros, y están clavados en los míos. Me sorprendo cuando Wolfe deja de apretar y empieza a acariciarme de un lado a otro en el centro del cuello, ascendiendo hasta detenerse debajo de la oreja, donde sigue con las caricias.

—Pues yo creo que te has dado cuenta de que era mi habitación en cuanto has entrado y querías que te pillara —dice, dándome un baño de realidad que me empapa de la cabeza a los pies. La forma en la que está acariciando en círculos lentos ese punto tan sensible con la yema callosa del pulgar casi me hace poner los ojos en blanco —. Crees que debes luchar contra tus deseos. Toda la vida te han dicho que deberías contenerte, pero tú no quieres. Quieres que te toque así.

Me mira de arriba abajo, como si intentara comprenderme. Lo observo mientras toma una decisión y empieza a deslizar la otra mano gigantesca por la parte exterior de mi muslo. Wolfe no pierde

el control, su respiración es tranquila y uniforme, pero sus ojos, que suelen ser claros, están tan oscurecidos por el deseo que no puedo evitar perderme en ellos. Me encuentro totalmente a su merced. Se me acelera la respiración a la vez que sus ojos siguen analizándome.

—Te pone que te mire —comenta.

Aprieto los muslos en cuanto me agarra del cuello con más fuerza y el calor se extiende por mi interior con cada palabra, con cada caricia. Intento resistirme con todas mis fuerzas.

—Suéltame —murmuro, haciendo un último esfuerzo mientras mis inhibiciones van disminuyendo a marchas forzadas.

—Resístete a mí si quieres, pequeño colibrí.

Wolfe me echa la cabeza hacia atrás, dejando expuesta la parte delantera de mi cuello. Posa los labios sobre el punto en el que está el pulso, lo besa una única vez y yo me rindo. Todo se intensifica, la aspereza de su barba en contraste con la suavidad de sus labios cuando entran en contacto con mi piel es como la energía estática de una descarga eléctrica. Puedo sentirlo absolutamente todo. Mi clítoris ansioso, la ropa sobre mi piel, el aire que me rodea, de un frío glacial cuando el calor de la boca de Wolfe se disipa y su delicioso aliento me atrae hacia él.

—Resístete —me ordena, con una voz de barítono aún más grave —. Te prometo que lo único que conseguirás será más placer.

Nos miramos fijamente por un instante mientras me decido y un torbellino de actividad y oscuras fantasías se apoderan de mi mente sin que pueda evitarlo. Intento darle un rodillazo, pero él me lo impide y vuelve a tirarme del pelo. Le doy otra bofetada, pero Wolfe me suelta el cabello y me levanta de golpe las dos muñecas por encima de la cabeza, antes de sujetármelas con una sola mano con la misma fuerza con la que me ha apretado el cuello. Físicamente no soy rival para él, pero tengo que intentarlo, ¿no? Pienso en sus palabras… «Me resisto porque me han dicho que lo haga». Porque siempre me han enseñado que un hombre debe ganarse el derecho a tocarme así. Wolfe tiene razón en eso, pero también la tiene cuando dice que quiero que me toque. Deseo que lo haga. Con mis

manos como rehenes, Wolfe me separa las piernas con su fuerte rodilla y pega su cuerpo al mío. La madera de la estantería se me clava en los omóplatos.

—Puedes fingir que no me deseas, pero tu cuerpo demuestra lo contrario. Mira… —Me acaricia con el pulgar el cuello, donde mi pulso sigue palpitando atronadoramente. No soporto no poder moverme. Estrecho sin querer su pierna entre mis muslos, lo cual me ofrece una ligera fricción que no hace más que aumentar el sufrimiento de mi entrepierna. Él se acerca y me araña con los dientes la piel del cuello. «Joder», murmura con un gruñido grave. Respondo con un gemido mientras mi pecho sube y baja a causa de mi respiración entrecortada, empujando mis tetas hacia él en cada inhalación—. Así es como se te acelera el corazón cada vez que estoy cerca de ti. Estás deseando que te meta mano por debajo del vestido. —«¿Lo estoy deseando?»—. Te mueres por averiguar a qué velocidad puedo hacer latir ese corazón.

—¡Que te jodan! —le espeto con todas mis fuerzas. Nunca uso palabras así, y me resulta raro oírlas salir de mi boca, pero ahora ya no puedo atacarlo con las manos. Tiene arañazos de mis uñas en la piel y la mejilla roja, pero parece que ni siquiera se ha dado cuenta —. Se me acelera el corazón porque… me das miedo —le digo con sinceridad, mirándolo a los ojos, con la esperanza de que se sienta lo bastante mal como para dejarme marchar y al mismo tiempo deseando que no lo haga.

—Ya lo sé —gruñe—. Y me encanta.

—Por favor… —gimo, medio excitada, medio aterrorizada.

Este tío está empeñado en asustarme y no sé de lo que será capaz.

Levanto la vista hacia esos ojos violentos y ese rostro digno de un dios que parece carecer por completo de empatía. Es un cazador cuyo único propósito es atrapar a su presa y, ahora mismo, esa presa soy yo.

—Seguro que siempre has hecho lo correcto, ¿verdad? —me pregunta Wolfe mientras acerca la mano que le queda libre a la

cremallera de la parte de atrás de mi vestido palabra de honor.

—S-sí —tartamudeo.

—¿Sabías que los humanos somos la única especie que necesita pedir permiso para hacer algo sexual? El resto de las criaturas que hay sobre la faz de la tierra lo hacen y punto. —Me baja de un tirón la cremallera y, antes de que me dé cuenta de lo que ocurre, el vestido está tirado a mis pies—. El deseo y los instintos básicos son las únicas normas por las que se rigen —dice. Jadeo cuando los pezones se me ponen todavía más duros al sentir el aire frío. Eso hace gruñir a Wolfe, que agacha la cabeza, se mete uno en la boca caliente y juguetea con él con la lengua. Quiero resistirme, pero… Joder. Me encanta. Apoyo la cabeza en la estantería y suelto un gemido entrecortado, empujando sin querer las caderas hacia él—. Es muy sencillo. Solo tienes que dejar que tu cuerpo tome lo que quiere. —Wolfe me mordisquea el pezón antes de lamerlo y me estremezco bajo sus labios.

—Tú no tienes ni idea… de lo que quiero… —jadeo. Se centra en el otro pecho, se mete el pezón en la boca para jugar con él un instante y estoy a punto de consumirme por un placer que nunca he sentido.

—Claro que sí… Ya te he calado. —Sus labios recorren mi cuerpo mientras sigue sujetándome las muñecas con una mano y con la otra me rodea la cintura, abarcando toda la piel que puede—. Quieres saber lo que se siente al estar con un hombre que sabe lo que hace. Con un hombre que pueda satisfacer todos los deseos perversos que has tenido pero que nunca te has atrevido a reconocer.

—Ya he estado con hombres capaces de hacer eso —miento, en un intento patético de defenderme.

Mis palabras suenan confusas y se desvanecen en un gemido cuando sus labios rozan mi pecho y su lengua juguetea con la punta de mi pezón. Mi valentía infundida por el alcohol solo consigue enfadarlo. Me muerde el pezón y grito mientras unas pequeñas descargas de placer se apoderan de mi interior.

Acerco más las caderas hacia él sin ningún pudor y me doy cuenta de que esto es lo que quiero. Lo que siempre deseé con Evan. Pero ahora sé que Evan no era capaz de dármelo. Nunca pensé que ningún hombre lo fuera…

—Mentira, pequeño colibrí, porque acabas de conocerme. —Baja la cabeza hacia el punto situado bajo el lóbulo de mi oreja, apretándome las manos con tal fuerza que empiezo a perder la sensibilidad mientras me las sujeta. Wolfe se toma su tiempo para inhalar mi olor, recorriendo con la nariz la parte delantera de mi cuello—. No es muy inteligente por tu parte ser tan impertinente conmigo. Ya estoy agotando hasta la última gota de paciencia que me queda al permitirte estar aquí —gruñe antes de darme un buen mordisco en el lóbulo de la oreja.

Gimo de dolor, pero suena como si lo hiciera por placer.

—El dolor no te asusta… —No es una pregunta, sino un comentario, pero no se me escapa el ligero tono de sorpresa de su voz. «Claro que me asusta», quiero replicar, pero no lo hago. Mi cuerpo no escucha a mi mente como debería y ahora mismo mi cuerpo está ganando de goleada. Wolfe desliza la mano sobre el fino algodón de mis bragas y gira la muñeca para darme un manotazo en la entrepierna. Debo de estar teniendo una experiencia extracorporal, porque vuelvo a gemir, y esta vez muy alto—. Esto te pone —gruñe, con el ceño fruncido por la frustración.

—¿Por qué te enfadas? —le pregunto sin aliento, deseando para mis adentros que siga.

—Porque quiero hacerte cosas malas. Muy malas. Y el hecho de que no intentes impedírmelo es peligroso para ti.

Wolfe me separa todavía más los pies con la bota y me inmoviliza con su poderoso cuerpazo. Su polla dura me presiona la cadera. Parece tan grande como sugiere su actitud y me pone a cien imaginármela llenándome como nunca me han llenado.

Si tuviera las manos libres, se las metería por debajo de la camiseta para saber qué se siente al tocar a un hombre como este. Aunque solo fuera una vez.

Wolfe me arranca las bragas de un tirón, como si fueran de papel de seda, y jadeo al quedarme totalmente desnuda ante este hombre al que acabo de conocer, mientras que él sigue completamente vestido y en su terreno, controlándolo todo.

Él tiene el poder.

No sé si será culpa del miedo, del alcohol o de lo que sea, pero el caso es que estoy tan húmeda que tengo los muslos empapados.

—Por favor —murmuro antes de volver a gemir e inclinar las caderas hacia él, sin saber muy bien lo que le estoy pidiendo. En cuanto esas dos palabras salen de mi boca, un leve gruñido retumba en su pecho, pegado a mí.

—Por los putos ruiditos que haces, cualquiera diría que me estás pidiendo que te coma viva. —Wolfe posa los labios sobre mi cuello y me acaricia con ellos la clavícula, los hombros y los pechos, a veces mordisqueándome y a veces besándome con la boca abierta. Mientras baja la mano por mi vientre hasta el vértice de mis muslos, espero anhelante como arcilla entre sus manos.

Finalmente, la yema de su dedo corazón encuentra mi clítoris y las pocas fuerzas que me quedaban para resistirme desaparecen.

Así que cierro los ojos, me pego aún más a él, dejo que mi cuerpo tome el control y le suplico que siga.

11

Gabriel



Yo no beso a las mujeres. Nunca me ha parecido que hacerlo mereciera la pena. Cuando era más joven, se trataba de un trámite necesario para alcanzar mi objetivo, que era correrme. Cuando dejé de tener que usarlo como herramienta para conseguirlo, dejé de hacerlo. No hace falta andarse con sutilezas cuando las mujeres se quitan la ropa directamente y te piden que las folles.

Pero ahora tengo que reprimir el deseo de besar a Brinley. No por alimentar sus sentimientos ni por la ternura que implica. No, se trata de una necesidad carnal en la que no puedo dejar de pensar. Me hace desear llevarme a la boca todas las partes de su cuerpo para poder devorarla entera y luego darme un banquete con los restos hasta que no quede absolutamente nada. Deslizo los dedos entre sus muslos y gimo sobre sus labios mientras sigo negándome sus besos.

—Mmm… Y este coño tan húmedo…, ¿está así por el hombre que tanto miedo te da? —comento.

—Sí —susurra ella, pegada a mí, al tiempo que hundo un par de dedos en su interior caliente y apretado.

«Joder, es tan estrecho que parece que nunca la han follado».

—Me estás empapando la mano. El miedo y el dolor te ponen.

—N-no lo sé… —murmura suavemente mientras la abro con los dedos.

—Claro que sí, te estás dejando en evidencia al mojarme tanto, Brinley… —El mero hecho de pronunciar su nombre hace que mi polla cobre vida—. Más todavía —le digo.

Ella vuelve a gemir mientras intento entender a esta mujer y el poder que ejerce sobre mí.

La polla me palpita bajo la cremallera. No recuerdo la última vez que deseé así a nadie; puede que nunca.

Abre los ojos de par en par cuando me pongo delante de ella y observo su cuerpo desnudo, acariciándole el clítoris con los dedos antes de deslizarlos dentro de ella a un ritmo lento y constante, saboreando cada uno de sus gemiditos. Tiene un cuerpo perfecto. Suave, sedoso y curvilíneo, con tantos rincones tentadores en los que deleitarse que no soy capaz de decidir cuál acariciar primero.

Los pequeños jadeos que emite mientras la penetro con los dedos reconocen lo que sus labios se niegan a admitir. Recorro con la lengua la parte delantera de su cuello, disfrutando de la extraña sensación de tenerla así de dura por el simple hecho de haber posado la boca sobre su piel.

Rodeo con los labios su pezón endurecido y tiro ligeramente de él con los dientes. Ella se estremece e inclina las caderas hacia mí.

Sonrío.

Dice que no me desea, pero su actitud es ávida y ansiosa.

—Yo no hago estas cosas… No puedo… —gime, totalmente fuera de control, cuando empiezo a mover los dedos más deprisa, entrando y saliendo de su sexo excitado con ligereza cuando empiezo a acariciarle el clítoris hinchado con el pulgar.

—Claro que puedes. Lo estás haciendo —la animo—. Toma lo que deseas.

Le rozo el punto G y, cuando la veo poner los ojos en blanco, me doy cuenta de que nunca había sentido nada parecido. El ruido de su coño húmedo mientras meto y saco los dedos de su interior me vuelve loco, por no hablar de los gemidos guturales que me regala.

Sigo lamiendo con la lengua su precioso pezón rosado. Todo me parece poco. Su sabor es tan dulce como su olor.

—Ni siquiera te conozco… Por favor, necesito…

La protesta de Brinley entra en conflicto con el movimiento de sus caderas cuando vuelvo a curvar los dedos hacia el punto de su

interior que necesita que estimule para volverla completamente loca. Sigo mirándola fijamente mientras sus pupilas se dilatan y aumenta el rubor de sus mejillas. Los sonidos que emite y la forma en la que me mira revelan que esta experiencia es nueva para ella, lo que hace que tenga aún más ganas de devorarla.

—¿Qué quieres, pequeño colibrí? —Juego con ella a la vez que unos leves gemidos de frustración salen de sus labios—. Dime qué quieres que te haga. ¿Quieres utilizar mis dedos para correrte?

—Sí —reconoce, lo que envía otra descarga eléctrica a mi polla.

—Pues pídemelo con esa boca tan impertinente que tienes.

—Quiero utilizarte. ¿Puedo utilizarte, por favor? —susurra con timidez. Casi parece una súplica.

Joder, la maravillosa sumisión de esta mujer está hecha a mi medida.

—Si dejo que me utilices, más vale que lo aproveches… y que te corras bien —le ordeno mientras sigo metiéndole los dedos.

Dejo de sujetarle las muñecas por encima de la cabeza y ella no vacila ni un instante. Desliza las manos bajo mi camiseta por la parte baja de la espalda. El tacto de sus dedos suaves y cálidos sobre mi piel me abrasa el cuerpo. Yo sigo adelante, sin darle tregua, empotrándola más aún contra la estantería. En cuanto siento que su coño apretado se tensa alrededor de mis dedos mientras ella me clava las uñas en la piel, los saco de su interior, le doy una buena palmada en el clítoris y luego se lo acaricio para aliviar el dolor.

Pongo a Brinley al límite antes de volver a meterle los dedos, esta vez tres. Las piernas empiezan a temblarle a medida que se acerca al clímax y yo estoy a punto de correrme como un puto crío por culpa de sus gemidos.

Finalmente se deja llevar y grita mientras llega al orgasmo.

—¡Dios, Wolfe! —gime, estremeciéndose al culminar. Le tiemblan las piernas y la sostengo mientras se corre sobre mi mano.

Su respiración se ralentiza y los gemidos se vuelven más suaves. Saco los dedos de su interior y le humedezco el clítoris con sus fluidos. Ella se estremece, sensible y desfallecida entre mis brazos.

Me llevo los dedos a los labios, los chupo uno a uno y vuelvo a por más. Es tan dulce que deseo hasta la última puta gota de ella. Vuelvo a levantar la mano para embadurnarle con su propio flujo los labios y la barbilla. Presiono el pequeño hoyuelo y, sin pensar, se lo lamo y la saboreo.

«Joder, es que no me canso de ella». Le pinto los labios aterciopelados y carnosos con sus fluidos.

—Pruébalo —le ordeno, deseando ver cómo se descubre a sí misma. Brinley se lame los labios y cierra los ojos. La pizca de autocontrol a la que me estoy aferrando empieza a flaquear cuando vuelve a chuparse el labio y la necesidad de besarla me abruma.

—Presi, perdona, pero creo que deberías venir a ver esto cuanto antes. —Oigo a lo lejos la voz de Jake, que acaba de llamar a la puerta.

Jake nunca invadiría mi privacidad si no estuviera desesperado, pero aun así puede que le pegue un tiro en la cabeza.

Brinley jadea bajo mis manos durante unos segundos. La observo a medida que abandona el ambiente embriagador que nos envuelve y recupera la lucidez.

—Mientras estoy haciendo que te corras, tu dios soy yo. El único nombre que puedes gritar es el mío. Recuérdalo la próxima vez —le advierto.

—La próxima vez… —empieza a decir, pero le toco los labios para hacerla callar.

—Quédate aquí.

Me mira fijamente con los ojos muy abiertos y vuelvo a sentir la atracción que ejerce sobre mí; es como si intentara ver el interior de mi alma. Aunque, si pudiera hacerlo, no le gustaría nada. Sin mediar palabra, cojo el chaleco de la cama y la dejo desnuda en medio de la habitación. El aroma dulzón de su coño todavía me impregna los dedos y las papilas gustativas. Sin mirar atrás, abro la puerta y la cierro al salir.

—Más vale que sea una puta cuestión de vida o muerte —le advierto a Jake.

Y nunca he hablado más en serio.

12

Gabriel



Me tapo la cabeza con la manta para no oír el ruido. Otra vez está rompiendo cosas; otra vez mamá está llorando. Me pongo a tararear en voz baja la canción que ella me enseñó. «Hotel California». Una y otra vez.

«Cántala cuando él se ponga así. Cierra los ojos y verás qué rápido pasa, mi pequeño guerrero», me decía.

Sigo oyendo el ruido de la fiesta de fondo, a la gente gritando, ¿por qué no se lo impiden? ¿Por qué no la protegen? Oigo el golpe repugnante de su puño golpeándole la cara.

—¿Por qué has dejado que ese cabrón te mirara? ¡Eres mía!

—Yo no he hecho eso, Shamus. —Otro golpe.

—No me mientas, zorra. —Esa es la voz de enfadado de mi padre. La que anuncia que le va a hacer daño a mamá. Cierro fuerte los ojos y canto más alto, pero sigo oyéndolos.

Mi madre se desploma sobre el suelo de madera y veo que se me queda mirando. Sonríe, con el ojo ya medio hinchado.

—No pasa nada. Cierra los ojos. Canta, cielo —me susurra.

Cuando lo veo ponerse encima de ella, no puedo evitar salir de debajo de la cama corriendo para interponerme entre ambos. Nunca había estado tan asustado.

Levanto la vista hacia él. A lo mejor consigo que me pegue a mí unas cuantas veces antes de volver a golpearla a ella.

Mi padre levanta el puño para atacar de nuevo, pero clava los ojos en mí como si quisiera atravesarme con la mirada. La puerta se abre y entra mi tío.

—Ya basta, Switch —dice, llamando a mi padre por su apodo. Su voz profunda resuena en la habitación silenciosa.

Mi padre baja el puño. Intento no llorar de alivio porque mi tío haya aparecido. Mi padre nunca desobedece a mi tío. Me dedica una sonrisa burlona que me hace desear ser más fuerte. Tanto como para hacerle daño. Intento con todas mis fuerzas contener las lágrimas. Si lloro, me pegará. Ojalá pudiera hacerlo sangrar como él la hace sangrar a ella.

—Ya tendrás la oportunidad, lobezno —me dice mi tío, como si pudiera leerme el pensamiento.

Sé que él es el jefe. Le llaman «presi». Mi padre es el VP. Vuelvo a mirar a mi tío mientras mi padre se quita de encima de mi madre y se sacude el puño ensangrentado.

—¡Stace! —Mi tío llama a mi tía—. Ven a ayudar a Theresa a limpiarse.

—Estaba dejando que Tank le mirara el culo —se justifica mi padre, pero mi tío no pierde ni un segundo y le arrea un puñetazo en la cara que le parte los labios.

—Una cosa es pegarle y otra dejarla inconsciente, joder. Contrólate un poco. —Mi tío es el único hombre sobre la faz de la tierra que da más miedo que mi padre, pero sé que nunca me haría daño. A mi padre le resbala la sangre por la barbilla. Y eso… me hace feliz.

Sonrío mientras los ojos de mi padre se clavan en los míos. Se acerca a mí rápidamente y me agarra por la parte de arriba del pijama.

Yo gimo.

—Algún día serás lo bastante mayor como para que te borre esa sonrisa de la cara, mierdecilla.

Mi sonrisa se desvanece al oír sus palabras. Siempre me amenaza cuando bebe tanto whisky.

Lo único en lo que soy capaz de pensar es que, cuando llegue ese día, estaré preparado.

—Mi guerrero —dice mi madre a mi lado, poniendo una mano sobre la mía—. Gabe. Mi pequeño guerrero.

Me incorporo empapado en sudor frío y me froto los ojos con las palmas de las manos. Las seis menos cuarto de la mañana. Ya han pasado veinticuatro años y sigo soñando con la noche en la que juré hacer sufrir a mi padre. Son sueños recurrentes que se mezclan con los del día en el que vi cómo la vida abandonaba los ojos de mi madre. Y todo por su culpa.

Se oye el sonido de un trueno por la ventana. Allá afuera está oscuro como boca de lobo y yo sigo en la capilla con mis hombres; al parecer, el sol todavía no ha salido. Intento centrarme y veo a Mason y a Robby durmiendo sentados en el sofá más allá de la mesa, frente a mí. Kai está despierto en la mesa, mirando las grabaciones de las cámaras de seguridad del piso franco de los DDP y bebiendo café en un vaso de papel.

Hemos organizado turnos para vigilar y dormir. Anoche nos enteramos de que iban a sacar a Gator del piso franco después de que nos vieran en Lakeshore y tenemos a varios miembros del club allí, al acecho, mientras nosotros permanecemos apostados aquí, observando a través de las cámaras, preparados para ponernos en marcha si lo hacen. Por otro lado, Kai ha montado una grabación en bucle para engañarlos cuando vayamos hoy a por él, exactamente a mediodía, para pillarlo cuando esté menos protegido. Por mucho peligro que crean que corre, confiamos en la necesidad semanal de sus hombres de echar un polvo.

—Buenos días, jefe —me dice Kai—. ¿Has dormido bien? —me pregunta, consciente de que ni de lejos.

—Tanto como tú —replico, con la voz ronca por la falta de sueño—. Voy a darle un rato al saco —le digo.

Lo necesito. En la sede del club tenemos un gimnasio con pesas y sacos de boxeo. No lo frecuento mucho, pero me sirve para un apuro cuando tengo un millón de responsabilidades encima y, en cuanto me despierto del todo, soy incapaz de quitarme de la cabeza

la imagen de Brinley de hace unas horas. Al momento vuelvo a estar empalmado sin posibilidad de alivio. Esta puta mierda duele un huevo y es algo a lo que no estoy acostumbrado. Nada me apetece más que ir a follarme ese coño prieto con el que llevo soñando desde que la vi en la cafetería hace diez días, pero eso es algo que tendrá que esperar. Hoy no puedo distraerme ni un instante. Le doy una palmada en el hombro a Kai.

—¿Te importa quedarte solo un rato? —Es una pregunta retórica. Ya sé que no.

—Qué va, voy a despertar ahora a Robby y luego a ver si duermo un poco.

Asiento con la cabeza, me levanto y me estiro, preguntándome si Brinley me habrá hecho caso y se habrá quedado en mi habitación. Hay una parte de ella que desea el lado más oscuro que pueda ofrecerle. Lo he visto en sus ojos cuando se ha corrido en mi mano. Ahora tengo claro que no voy a parar hasta desenterrarlo por completo y quedármelo todo para mí. Sus bragas rotas me queman el bolsillo mientras reclamo lo que es mío.

En cuanto tomo una decisión, nunca vacilo ni me pregunto por qué. Lo único que sé es que deseo a Brinley Rose Beaumont de una forma incomprensible y que aún me queda mucha oscuridad por descubrir en ella.

13

Brinley



Ay…». Abro los ojos al oír sonar mi teléfono en el suelo.

Creo que me he desmayado. Los cierro rápidamente al darme cuenta de que me duelen al mirar… hacia cualquier lado, y de que estoy en la cama de un desconocido. Ay, Dios. Empiezo a recordarlo todo como si fuera una película, una película de terror en la que participé encantada. No lo evité, ni le pedí que parara; lo deseaba. Más de lo que he deseado jamás a ningún hombre y no tengo ni idea del porqué. Solo sé que necesito salir de aquí.

Perdona, me he quedado dormida en una habitación
No sé de quién

Miento, avergonzada por haber sido el juguetito de Wolfe esta noche, o al menos uno de ellos.

CC
Mentirosa
Wolfe ya se ha levantado y ha dicho en el gimnasio que has dormido en su habitación
Perdona que alucine, doña «cómo puedes estar con un tío así?»

Mierda.

No nos hemos acostado
Estaba borrachísima

Me giro rápidamente, presa del pánico, y veo que el pestillo de la puerta sigue echado. No creo que haya vuelto desde que se fue. Tengo la pobre cabeza a punto de estallar, pero no hay tiempo para pensar en eso. Me pongo en marcha. Solo me falta que Wolfe regrese y tener que salir de aquí muerta de vergüenza, caminando delante de él. De repente caigo en la cuenta de que, aunque he juzgado a Layla por estar con Sean, yo he ido directa a la habitación de Wolfe y he caído en sus redes sin vacilar.

Me pongo el vestido por encima del cuerpo desnudo. Todavía son las siete y media. No recuerdo nada de lo que pasó después de que él se fuera, aparte de haberme quedado frita en su cama. Me pongo a buscar como una loca las bragas, pero no las encuentro por ninguna parte y entonces recuerdo que me las arrancó. Rebusco en los armarios de la cocinita, desesperada por encontrar algo para el dolor de cabeza, pero solo hay suplementos, vitaminas y electrolitos. ¿Quién coño es este tío?

Todo está perfectamente ordenado y organizado. Me pregunto si vivirá siempre aquí. Me dirijo al cuarto de baño privado, que también está vacío y ordenado. Por fin encuentro un paracetamol normal y corriente en el botiquín y, aliviada, me tomo dos pastillas con una botella de agua de la mininevera.

Cojo los tacones con una mano y el bolso con la otra, antes de levantar el edredón por si encuentro las bragas destrozadas. Ni rastro.

Abro la aplicación y pido un Uber. Cuanto antes llegue, mejor. Necesito dormir y quería llevar la camioneta de mi padre a Alchemy Customs. Lo bueno es que voy a tener todo el día para hacerlo, porque no pienso ir a la boda. A Layla no le va a quedar más remedio que entenderlo.



—No hace falta que mientas. Creo que te viene bien vivir nuevas experiencias y Wolfe acaba de irse al pueblo con Robby, así que ya

puedes dejar de buscarlo —dice Layla, disfrutando como una enana de la situación, cuando entro en la sala común del club.

Ya han limpiado los restos de la fiesta de anoche y todo vuelve a estar en orden. Huele a beicon y a huevos. Me rugen las tripas, pero sé que tengo que largarme de aquí. Miro hacia la mesa, donde las chicas están disfrutando de un desayuno tranquilo.

—No nos hemos acostado, no estaba mintiendo —le susurro mientras las otras tres chicas de la pandilla se ríen entre dientes. Compruebo por dónde va el Uber para evitar mirarlas.

—Pero seguro que te ha proporcionado un orgasmo alucinante —comenta Amber, recostándose en la silla.

Yo la miro.

—¿Es que os lo contáis todo? Y estoy diciendo la verdad. No nos acostamos, no hubo nada, cero patatero. —Hago el gesto del cero con la mano al tiempo que miro el café de Layla. Huele de maravilla.

—Yo no he dicho que os acostarais. Pero es imposible que hayas dormido en la cama de ese tío, porque nadie duerme nunca en su cama. De hecho, ni siquiera creo que nadie haya entrado jamás en su habitación —dice Amber, mirando a las otras chicas para que confirmen lo que dice.

—Te arrancaría las tetas —dice María, riéndose.

—Exacto…, así que no vengas diciendo que no te corriste. Joder, si hay veces que yo estoy a punto de hacerlo solo con mirarlo —dice Chantel, con una sonrisa.

No me gusta que hable así de Wolfe, aunque no sé por qué. Un simple orgasmo no me otorga ningún derecho sobre él. Bueno, un orgasmo muy intenso. El mejor que he tenido nunca.

Hago una mueca mientras intento entender una vez más qué fue lo que me hizo dejar en la puerta de su habitación todos los valores y la moral de los que me siento tan orgullosa.

María se fija en mi expresión y se echa a reír.

—Os lo dije.

—Joder. —Pongo la cabeza entre las manos—. Nunca más. Va a ser humillante volver a verlo esta noche —digo antes de robarle un

trozo de beicon a Layla y empezar a mordisquearlo, nerviosa.

Layla extiende la mano y me agarra del antebrazo.

—Oye, espabila —me dice, dándome una palmada en el brazo. Yo asiento, como una colegiala nerviosa—. No eres ninguna pobre incauta a la que Wolfe ha engañado para que se líe con él. No pasa nada porque te atraiga. Si no me equivoco, y sé que no, tú también te fijaste en él anoche. Ha molado mucho, pasara lo que pasara…

—El pedazo de orgasmo que jura no haber tenido. —Amber suelta una risita.

La miro esbozando una leve sonrisa de derrota. Estas chicas son espíritus libres y, aunque yo no estoy acostumbrada, resulta bastante agradable no tener que sentirme mal conmigo misma todo el rato o intentar ser «mejor» porque creo que alguien espera algo más de mí. Es agradable poder ser yo misma, con errores y todo.

—Ha sido la leche —reconozco, y las cuatro empiezan a reírse como locas.

—Te lo mereces. Y no te preocupes por lo de sentirte incómoda. A él no le van las relaciones, ya te lo he dicho. No espera nada más de ti —dice Layla.

—Puff, tendrás suerte si se acuerda de tu nombre, chica nueva. —Eso me duele un poco, aunque ya lo sabía. Pero ¿qué esperaba, después de haberle entregado mi cuerpo tan fácilmente?

—Vas a venir a mi boda. Ya te estoy viendo la cara. No creas que te vas a librar. Quiero que vengas, no ha sido un error volver a casa, Brin. Vamos a bailar, a divertirnos y ya decidirás si vuelves sola a tu habitación o no. Pero aquí no juzgamos a nadie. —Layla dibuja un círculo con la mano, señalando a todas las chicas—. ¿Que te enrollaste un pelín con Wolfe? Pues ole tus ovarios. Vete a tu casa y haz el favor de darte una ducha; límpiate, que apestas a vodka. Hoy al atardecer voy a estar yendo hacia el altar —dice tan tranquila antes de darle un mordisco a la tostada.

Yo me río, sintiéndome mejor, curiosamente.

Mientras miro a Layla, me doy cuenta de que tiene razón. Por primera vez en mi vida, la única persona a la que tengo que dar

explicaciones esta mañana es a mí misma.

—Ole mis ovarios —repito—. ¿Así de sencillo?

—Así de sencillo. Ole tus ovarios —repite Layla—. Actúa como si hubiera tenido suerte por haberle permitido hacer que te corrieras. —Me guiña un ojo y la miro boquiabierta mientras se ríe—. Acepta tus deseos, Brin. Deja de fustigarte.

—Bueno, ya, no pasa nada por cometer un error si aprendes algo de él. —Hago para mis adentros una mueca de horror al darme cuenta de que ya parezco mi madre.

—O no aprendas nada y alégrate de haberte divertido —replica Layla, sonriendo, antes de comer un poco de huevo.

Me suena el móvil y veo que ha llegado el Uber. Les sonrío, le doy un abrazo a Layla y me despido de las otras chicas con la mano antes de coger un trozo de beicon para el camino.

—¡Oye, Brin, ponte supersexy! —me grita Layla, mirando hacia atrás, mientras voy hacia la puerta—. ¡Dale en las narices! ¡Tú tienes el coño, tú tienes el poder! —exclama Layla en voz demasiado alta, teniendo en cuenta la cantidad de gente que hay alrededor.

Me pongo roja como un tomate y salgo por la puerta del club bajo una lluvia torrencial para subirme a la parte de atrás del Uber. Me hundo en el asiento, saludo al conductor y suspiro aliviada cuando da la vuelta y arranca.

Lo último que veo antes de cruzar el portón es a Wolfe saliendo de un Dodge Ram negro mate con Robby, que lleva una bandeja con un montón de cafés grandes.

Wolfe me mira a los ojos.

Es obvio que me estoy escabullendo y me da tanta vergüenza que lo único que deseo es que me trague la tierra. Me recuesto en el asiento.

Sin duda es una mala decisión, quizá la peor que podría tomar en este momento de mi vida. Pero la forma en la que me mira hace que esté deseando tomarla.

Todas las veces que haga falta.

14

Gabriel



Me quito la mascarilla y echo un vistazo a la mezcla de pintura que Kai acaba de probar. Es para el depósito de gasolina de una Harley en el que estoy pintando a mano un hexágono. Nos hemos pasado por el taller para hacerlo antes de ir a buscar a Gator cuando sus escoltas se vayan de putas, como todos los sábados. No es lo más habitual cuando estamos planeando algo como lo de hoy, pero a veces me resulta difícil intentar conciliar los negocios legales con el día a día del club.

Ya he llegado más tarde de lo que pensaba porque la capilla se ha retrasado y he tenido que hablar con Mason para recordarle que no puede cargarse a Gator en cuanto lo metamos en la furgoneta. Necesitamos saber quién le dio la orden de ir a por su hermana pequeña y quién desvalijó dos de nuestras clínicas de Atlanta el mes pasado.

Lo sabemos perfectamente, pero necesitamos la confirmación para no iniciar una guerra innecesaria que ponga en peligro al club.

—Tiene que ser más llamativo —le digo a Kai. Sé muy bien lo que quiere mi cliente. Es muy quisquilloso y, con un poco de suerte, acabaremos el trabajo hoy y tendré una cosa menos de la que preocuparme—. Quiere que sea como una barra de labios con brillo, del tono exacto que usa su chica. —Le vuelvo a pasar la imagen del color para que lo iguale.

Imagino ese color en los labios carnosos de Brinley y la polla se me pone dura al pensarlo. Resulta irónico que siempre esté echando a las mujeres que llaman a mi puerta y, para una vez que decido

dejar que una se quede en mi habitación, como anoche, se escabulla y huya de mí en el asiento trasero de un Uber por la mañana.

Tengo que enseñarle que no puede largarse hasta que yo se lo diga.

Kai coge la tarjeta con el tono del pintalabios y se la guarda en el bolsillo del mono.

—Por cierto, eso es una puta pasada, tío —comenta, señalando con la cabeza el trabajo que estoy haciendo.

Aerografiar diseños complicados hechos a mano es mi especialidad. Este tendrá las celdillas de una colmena con el logotipo de Harley en medio, cuando acabemos.

Estoy a punto de volver a ponerme con ello cuando en el exterior del taller suena una especie de petardeo fuerte. Ambos nos sobresaltamos y dejamos lo que estamos haciendo. Apago el compresor al que está conectado el aerógrafo y voy hacia la puerta, que tiene la persiana medio bajada. La abro del todo, consciente de que no puede ser nada muy peligroso porque estamos en pleno centro de Harmony.

No sabría decir qué esperaba encontrarme delante del taller, pero nada comparable ni por asomo a lo que en realidad me encuentro.

A mi pequeño colibrí. Con los vaqueros cortos más ajustados que ha podido enfundarse y una camiseta negra de tirantes, floja. Está concentrada intentando levantar el capó de un Ford oxidado y hecho polvo.

Solo le falta un lazo rojo enorme y una etiqueta con mi nombre.

Extiendo la mano sobre el pecho de Kai, que intenta acercarse enseguida. Ni de puta coña.

Él esboza una sonrisa burlona y se ríe entre dientes, antes de dar media vuelta y volver a entrar. Brinley consigue milagrosamente abrir el capó y lo sujeta con la varilla. La observo mientras aparta el humo con la mano y el top se aleja de su cintura curvilínea, haciendo que me entren ganas de arrancarle los pantalones y devorar el coño más dulce que he probado en mi puta vida. Ahí mismo, en medio del aparcamiento.

Me quedo allí plantado un rato sin que ella se dé cuenta de que la estoy observando, preguntándome de quién cojones será esa camioneta. No está en tan mal estado para ser original, pero es obvio que necesita algunos arreglillos. Me quito la mascarilla de la cabeza y me la dejo colgando del cuello mientras me seco el sudor de la frente con la manga de la camiseta.

Ya la he visto bastante de espaldas. Ahora quiero verla de frente, así que me aclaro la garganta.

Se gira de inmediato y, al darse cuenta de que soy yo, se queda con la boca abierta.

Lleva el pelo recogido en una coleta alta, de manera que su bonita cara en forma de corazón acapara todo el protagonismo.

«Joder, me deja tonto».

Brinley hace un esfuerzo por cerrar esos morritos tan monos. Qué pena.

No se puede estar más buena.

—¿Qué cojo…? ¿En serio? —murmura entre dientes al tiempo que se guarda el teléfono en el bolsillo trasero, con la respiración acelerada.

Su educada muestra de irritación me excita más todavía. Me encanta haberla puesto nerviosa.

Quiero más.

—Solo era… —Observo cómo el rubor empieza a subirle por el cuello y prácticamente siento cómo se le acelera el pulso—. Casi no consigo traerla hasta aquí. ¿Cómo es posible que estés en todas partes?

—Si por «todas partes» te refieres al pueblo en el que vivo y a mi empresa, la respuesta es obvia —le suelto.

—Ya, mi vecino me dijo que erais los mejores —replica, cruzando las manos por delante del cuerpo. Empiezo a darme cuenta de que es la forma que tiene Brinley de tranquilizarse cuando cree que se ha pasado o cuando está nerviosa; seguramente otra de las cosas que le enseñaron.

Joder, estoy deseando reeducarla para que no vuelva a disculparse nunca más.

—Y lo somos —declaro—. Hacemos trabajos personalizados de chapa y pintura, algo que salta a la vista que necesitas. Big Mike's, el de aquí al lado, se ocupa de la mecánica, que parece que también te hace bastante falta —comento, observando la camioneta humeante.

—No creo que… Puedo llevarlo a Taylor's. Allí era donde iba mi padre, solo he venido aquí porque parece que el señor Kennedy sabe de lo que habla…

—Taylor's ya no arregla carrocerías —digo, interrumpiéndola—. ¿Y por qué no ibas a querer a los mejores?

—Es que, bueno… Mierda. —Brinley endereza la espalda antes de hablar como si estuviera respondiendo a una pregunta de un concurso de belleza—. Por si no te has dado cuenta, esto no es fácil para mí. No suelo hacer cosas como las que hicimos anoche. Y tampoco tengo mucho dinero. —Sus ojos se cruzan con los míos y la miro descaradamente—. Además… —dejo que Brinley se atragante con las palabras—, necesito que los arreglos de la camioneta sean legales —dice, levantando la vista hacia mí e interrumpiendo el hambriento repaso que le estoy dando a su cuerpo con la mirada.

Levanto una ceja, me quito los guantes y avanzo hacia ella, eliminando rápidamente los tres metros que nos separan, para examinar más de cerca la camioneta. Aunque me muero por olerla, joder.

Brinley retrocede hasta chocar con el capó, sin saber qué hacer, mientras me acerco. Empieza a ponerse colorada de nuevo. Inhalo su aroma a jazmín y alargo la mano para agarrarla por las trabillas del cinturón con los dos primeros dedos y tirar de ella hacia mí. Abre la boca de golpe y me muero por meterle la lengua.

«¿Qué coño? Contrólate, joder».

Me quedo así unos segundos, simplemente para disfrutar de su resistencia, y luego aparto la mano.

Ella contiene la respiración como si creyera que le voy a hacer daño. Y como siga mirándome así, puede que se lo haga, pero me

aseguraré de que lo disfrute.

Le meto la mano en el bolsillo delantero del pantalón y le cojo las llaves. Cuando la suelto, se mete deprisa entre la camioneta y el coche de al lado para intentar alejarse de mí. Echo un vistazo rápido a la ruina que tengo delante.

—Lo que me has traído es un sistema eléctrico medio carcomido, probablemente por los ratones. No sé ni cómo has llegado hasta aquí.

—Mierda —murmura Brinley, bajando la vista, antes de volver a mirarme a los ojos.

—No es normal que una camioneta con tantos años tenga este cableado. ¿Alguien la ha restaurado? —le pregunto mientras sigo inspeccionándola.

—Mi padre —responde ella, ajustándose la larguísima cola de caballo.

Observo cómo su preocupación va en aumento a medida que le cuento todas las cosas que va a tener que cambiar y se van sumando signos de dólar.

—Big Mike puede darte un presupuesto detallado, pero… —Me quedo pensando un rato—. ¿Vas a venderla? ¿Por eso quieres arreglarla?

—Sí, esa era la idea. Para lo del porche delantero que comentó Layla anoche.

—Podemos llegar a un acuerdo —le digo, cerrando el capó. Me agacho y empiezo a examinar la carrocería pasándole la mano por encima, empezando por la parte delantera.

—Es que… prefiero no involucrarme en nada… que no sea legal —insiste.

Esta mujer no tiene ni idea de lo que significa respetar a los demás. Básicamente está insinuando que soy un delincuente. Y lo soy, pero aun así.

Me levanto y voy hacia la parte trasera de la camioneta para arrinconarla contra ella. Brinley retrocede, como si pudiera desaparecer en su interior, pero no antes de que le roce todo el

cuerpo y vea cómo se le acelera el pulso en el cuello. Me quedo pegado a ella por el mero placer de sentirla.

—Ni me conoces ni te fías de mí —digo, poniendo de manifiesto lo obvio y apoyando las manos a ambos lados de su cuerpo para acorralarla—. Pero vamos a dejar clara una cosa ahora mismo. No me gusta que hagan suposiciones sobre mí. Esta es una empresa legal.

—Vale —replica—. Perdona, no lo tenía muy claro…

—¿Crees que como dirijo un club de moteros te voy a estafar? —le pregunto. Me impulso en la camioneta para alejarme y liberarla, dejando que corra el aire entre nosotros. Brinley respira hondo de forma entrecortada, pero no se mueve. Vuelvo a ponerme uno de los guantes y paso la mano por la parte inferior de la puerta. El óxido va cayendo a medida que avanzo—. Más bien hay menos posibilidades de que te time porque dirijo un club de moteros. Primero de sentido común. Tenemos integridad —le digo.

—No lo dudo —replica Brinley, pero solo por miedo—. ¿Está muy mal? —me pregunta, cambiando de tema y observándome mientras inspecciono el resto de la camioneta. Yo me levanto y me guardo los guantes en el bolsillo trasero del mono.

—No va a ser fácil. Restaurar la carrocería va a requerir mucho trabajo. Nadie lo ha hecho nunca, ¿verdad?

—Creo que no —contesta, confirmando lo que ya sabía.

—La dejaremos del mismo color azul huevo de petirrojo que tiene ahora.

—¿Cuánto me va a costar? —dice, tapándose los ojos con la mano para protegerse del sol.

—Como te he dicho, podemos llegar a un acuerdo. —Me acerco más a ella—. Ni Mike ni yo te cobraremos un centavo hasta que la vendas. Le sacarás el doble de lo que cuesta la restauración. Puedo asegurártelo. Hasta conozco a algunas personas que podrían estar interesadas en comprarla.

Brinley baja la mano y el sol se refleja en sus ojos, volviéndolos de un azul tan claro que casi me dejan sin aliento. Mira hacia la

camioneta antes de volver a centrarse en mí.

—¿Puedo pensármelo?

—No. —Me guardo las llaves en el bolsillo—. Nadie te va a tratar tan bien como yo. Además, sería un peligro que te dejara volver en ella a casa.

Me dedica una mirada altiva para disuadirme, pero lo único que consigue es dejarme ver la chispita de fuego que sé que se esconde bajo esa apariencia remilgada.

—No iba a volver en coche a casa. El vecino del que te he hablado se ha ofrecido a venir a recogerme —dice justo cuando un cochecito beis entra en el aparcamiento.

Estoy a punto de decirle que el que la va a llevar a casa soy yo, no un puto tío al que no conozco, cuando veo que es un señor de unos setenta años. El hombre la saluda con la mano y le dedica una sonrisa arrugada, antes de hacer lo mismo conmigo, y caigo en la cuenta de que es cliente de Mike.

—Bueno, venga, dame tu teléfono —le digo a Brinley mientras saludo al hombre con la mano. Brinley no parece muy convencida y empiezo a perder la paciencia. Extiendo una mano—. ¿Qué quieres, que Mike salga a la calle principal y te dé el presupuesto a gritos? —le pregunto con aspereza.

Se mete la mano en el bolsillo sin apartar la mirada, lo desbloquea y me lo entrega, cruzando las manos delante de ella mientras espera. Añado mi contacto, me envío un mensaje y se lo devuelvo. Cuando va a cogerlo, lo aparto.

Brinley resopla y esa chispita vuelve a hacer acto de presencia, mientras sigue con la mano extendida.

—No tenemos diez años, devuélvemelo. —Vuelve a mirar a su feliz vecino—. No quiero hacerle esperar.

Llego a la conclusión de que Brinley Beaumont me gusta más cuando está un poco molesta y alterada.

—Y contesta cuando te llame —le ordeno con firmeza. Ella levanta la vista hacia el teléfono, antes de volver a mirarme.

—Vale —dice, intentando alcanzar el móvil. Le permito cogerlo y prácticamente sale corriendo hacia el asiento del copiloto del coche del viejo al tiempo que se lo guarda en el bolsillo—. Adiós, señor Wolfe —dice en un tono que pretende ser formal, pero que hace que la polla me palpite mientras ella se acomoda en el asiento delantero.

«Hasta pronto, colibrí. Hasta muy pronto».

15

Brinley



No consigo librarme de ese tío. ¿Es que tiene el único taller de chapa y pintura del pueblo? ¿No se supone que los delincuentes deberían estar delinquiendo y no trabajando de nueve a cinco, como todo el mundo?

Debo de estar volviéndome loca para haber confiado el bien más preciado de mi padre, por muy oxidado que esté, al líder de una banda de moteros que me pone a mil. Sobre todo con ese aspecto tan masculino y mugriento, después de haberse pasado toda la mañana trabajando entre piezas de motos con esas manos tan fuertes. Y encima esta noche me voy a meter en un sitio en el que no me queda otra que verlo de nuevo.

Le mando un mensaje a Layla mientras el señor Kennedy cruza tranquilamente el pueblo con la emisora local sintonizada y cantando un tema de John Prine.

No decías que me iba a ignorar?

CC
Debería

Pues no lo está haciendo, de hecho parece empeñado en cabrearme

CC
Qué curioso
Nunca había actuado así
Serás su nuevo juguete favorito

Pongo los ojos en blanco

Qué suerte la mía

CC
Debes de ser una especie de experimento científico

A mí no me hace gracia, tiene la camioneta de mi padre.
Espero que no la use para cargarse a nadie

CC
Por favor, claro que no va a cargarse a nadie
Quieres hacer el favor de mover ese culito e irte a casa a hacer la maleta?
Deberías salir en menos de cuatro horas para reunirte con este pibonazo despampanante

Casi ni he empezado a preparar la bolsa cuando, una hora más tarde, me llama por teléfono el mismísimo Big Mike para darme el precio del arreglo de la camioneta. Ni siquiera he terminado con esa conversación cuando me llega un mensaje.

W
Cambio de planes
Lleva pocas cosas y no salgas de casa sola, me oyes?

Alejo el móvil de la cara para leer el mensaje cuando acabo de hablar con Mike.

Lo miro fijamente durante un buen rato, después de colgar. Empiezo a escribir, pero me detengo. Ya lo he visto demasiado estos dos últimos días. Necesito un poco de espacio para pensar con claridad.

Dejo el teléfono sobre la encimera de la cocina.

Sé que es muy infantil, pero me resulta más fácil fingir que no lo he visto y, además, no tengo por qué darle explicaciones. En lo que

acabo de hacer la bolsa, me recuerdo que esta noche va a haber mujeres por todas partes. Un montón de ellas. Más que suficientes como para acaparar su atención. Mientras compruebo que todo está limpio y preparado para irme a pasar la noche fuera, me convenzo de que Wolfe solo me está haciendo caso porque esta mañana he pasado de él. Y puede que el gran presidente todopoderoso no esté acostumbrado a eso.

Por más que intento no pensar en él, las palabras que me dijo esta mañana para advertirme que contestara si me llamaba resuenan en mi mente con su profunda voz de barítono.

Me da igual. Estoy harta de hacer todo lo que me dice la gente.

Ya se le pasará.

16

Gabriel



Trazar un plan y ejecutarlo a la perfección para conseguir que todos tus hombres salgan ilesos genera cierto tipo de adrenalina, una especie de subidón.

Robby se cuela a través de la reja que hay en el lateral de la guarida de los DDP. Nos han chivado que uno de los escoltas de Gator acaba de llegar a la habitación del motel al que suele ir, con la chica habitual. Nunca lo dejan solo, pero esto es lo menos acompañado que va a llegar a estar.

Se está escondiendo como una puñetera zorra.

Yo debería estar ultraconcentrado. Debería estar pensando exclusivamente en entrar ahí, pillar a Gator y salir cagando leches, pero no es así. Estoy distraído por culpa de esa dichosa mujer que no ha contestado a mi mensaje en toda la mañana, después de que le ordenara expresamente que lo hiciera, lo cual me toca las pelotas.

—¿Cómo vamos? —le pregunta Robby a Kai por el *walkie.* Kai está en la furgoneta de apoyo, en el número tres de Country Road, el único acceso a esta casucha de mierda.

—Todo despejado —contesta Kai—. La grabación sigue reproduciéndose en bucle en el sistema de seguridad, daos prisa.

Robby, Ax y yo nos colamos por el agujero de la reja que da al bosque de la parte trasera de la casa y esperamos. Llevamos casi dos semanas estudiando el terreno, tenemos las escrituras de la propiedad y sabemos quién entra y quién sale en todo momento. Estamos preparados y no pensamos largarnos de aquí sin el hombre que le robó la inocencia a la hermana pequeña de Mason. Si

tenemos una puñetera regla, es que las mujeres y los niños son intocables. Ignórala y estás muerto, seas quien seas.

Presto atención por si oigo o veo algo, pero no hay nada. Solo insectos y naturaleza. La lluvia de esta mañana ha cesado hace horas, pero la hierba sigue húmeda bajo nuestras botas.

—Vamos —le digo a Ax, señalando la casa, que está a más de cien metros. Nos ponemos en marcha, avanzando con paso firme entre los árboles, y salimos cerca de la parte de atrás de la vivienda. Siento el peso tranquilizador y familiar de la pistola en la mano mientras vamos hacia el claro que hay entre el bosque y la parte trasera de ese tugurio al que llaman «casa». En cuanto pongo una bota en el borde del claro, empiezan a dispararnos. Ya nos lo esperábamos.

Giro la cabeza hacia Robby para comprobar que está bien. Se agacha detrás de un barril, mientras que Ax y yo nos agazapamos tras la barandilla del porche, que está lleno de muebles y neumáticos viejos que nos sirven para ponernos a cubierto. Averiguamos de dónde vienen las balas y cuántos tiradores hay. El tiempo pasa mucho más lento cuando estás en combate.

Es la forma que tiene el cuerpo de luchar por la supervivencia. Todo lo que has aprendido entra en juego y empiezas a funcionar en piloto automático, movido por el instinto. Te vuelves extremadamente consciente de todo lo que te rodea: la forma en la que se mueven los árboles, los crujidos de las tablas, el viento… todo.

Apunto y disparo a una lata de cerveza vacía situada en el lado opuesto del porche en el que me encuentro, con la esperanza de que quienquiera que esté dentro de la casa no sea tan listo como yo. Me alegra comprobar que no, porque abre la puerta y dispara. Le pego un tiro detrás de la oreja, cae muerto en el porche y espero. Lo conocía, era un miembro normal y corriente de la banda, un chapucero que siempre iba colocado. A estas horas suele haber dos, así que esperamos un rato al segundo objetivo, aunque sabemos que solo disponemos de un margen de cuarenta y cinco minutos

antes de que vuelva el tercero. La ausencia del segundo tirador me pone nervioso.

Miro a Robby a los ojos y señalo la ventana lateral. Ni de coña vamos a ir por la parte de atrás y convertirnos en blancos fáciles para Gator. Me arrastro por el lateral del porche hasta debajo de la ventana, saco un espejito de bolsillo del chaleco y lo uso para ver el interior. Una mano temblorosa sujeta una Glock 17 y apunta hacia la puerta de atrás. Espero.

Podría considerarse un efecto secundario de haberme criado con mi padre. Me refiero a la paciencia. La capacidad de mantener la calma en una situación límite. Podría lanzarme a lo loco y quitarle la pistola de la mano de un disparo, o podría esperar a tenerlo más a tiro y saber si en realidad es Gator el que nos está disparando y si está solo. No sabe que estoy aquí, así que tengo ventaja. Avanza unos centímetros y confirmo que se trata de él. No está en su mejor momento. Aunque supongo que cualquiera que estuviera encerrado prácticamente solo en una cabaña con cantidades industriales de analgésicos y alcohol tendría ese mismo aspecto sucio, nervioso y asustado.

Por eso nunca me he metido esa mierda en el cuerpo. Es una vía de escape para cobardes.

En cuanto lo tengo claramente a tiro a través de la ventana, disparo. No quiero matarlo. Todavía.

Antes vamos a divertirnos un poco con él y a dejarle bien clarito por qué follarse a una niña de dieciséis años es una decisión nefasta.

El disparo alcanza de lleno en el hombro derecho a Gator, que baja el brazo y tira el arma al suelo. Giro la cabeza hacia Robby y luego hacia Ax, que sigue detrás de la barandilla del porche, mientras señalo la puerta trasera. Ax se sube al porche y yo lo cubro. Si Gator se las apaña para intentar alcanzar la pistola, tendrá una mano de menos antes de llegar siquiera a cogerla.

Le hago un gesto a Robby para que avance. Irrumpe por la puerta principal y le da una patada al arma de Gator, lanzándola al otro lado

de la habitación. Miro fijamente la silueta de Robby a través de la ventana mientras se mueve por la casa diminuta.

—Todo despejado —dice, para que sepa que ya podemos entrar.

Saco el *walkie* del bolsillo de atrás.

—¿Sigue todo en orden? —le pregunto a Kai—. Vamos a embalar el paquete.

—Sí, todo en orden —responde Kai.

Al cabo de un rato, después de haber amordazado y arrastrado al puto Gator, que pesa una tonelada, casi durante todo el camino mientras cruzamos la propiedad, una moto baja a toda leche por el viejo paseo que conduce a la casa y el joven piloto salta de ella en cuestión de segundos para dispararnos. Me vuelvo hacia él y utilizo a Gator como escudo humano. Como he dicho, preferiría que no muriera todavía, pero somos o él o yo.

El recién llegado corre hacia nosotros intentando esconderse detrás de los trastos que hay por todo el patio. Estoy casi seguro de que es un aspirante. Por la forma en la que dispara, resulta obvio que está nervioso. Todos los tiros le salen desviados o demasiado altos y a medida que se acerca vemos que está temblando.

Alguien ha enviado a este chico aquí en el momento equivocado. «Deberías haber pasado de todo, chaval».

Robby dispara y le da en el hombro derecho. El chico cae al suelo y llegamos a la linde del bosque con sus gritos confusos de fondo, justo cuando Kai y Mason irrumpen entre los árboles para ayudarnos.

—¿Te estás ablandando? —le digo a Robby, riéndome, mientras meto los pies de Gator, que está hecho polvo y no para de quejarse, dentro de la parte de atrás de la furgoneta. Sigue toda llena de sangre por culpa del aspirante de anoche, que está inconsciente al fondo. Gator abre los ojos de par en par al ver a otro miembro de su club y esa adrenalina que siempre persigo empieza a correr por mis venas.

—Si es un crío, colega. Joder, no debe de tener más de diecisiete años. ¿Pero qué coño le pasa a ese puto club? —pregunta Robby

retóricamente, antes de darle un golpe en la cabeza a Gator contra el lateral de la furgoneta.

—Ya te digo —replico—. El chaval les contará a los del club que te hemos pillado —le digo a Gator—. Puede que intenten venir a salvarte. —Me río, consciente de que ni de coña va a ser así. Gator murmura algo por debajo de la mordaza. Está cagado de miedo, sabe que está jodido—. Intenta no llenar demasiado de sangre todo esto —añado antes de cerrar de un portazo.

—Ha sido fácil. Creía que ibas a tener que reventarle una de las rótulas para traerlo hasta aquí —dice Mason, echando un vistazo mientras vamos hacia la puerta del copiloto para decirles a él y a Kai que ya pueden largarse.

Me encojo de hombros.

—A veces es fácil y a veces no. —Le doy una palmadita en el brazo —. Paciencia. Ya lo tenemos y es todo tuyo. Miro a mi alrededor, pero no veo a nadie. Aún faltan quince minutos para que vuelva el tercero en discordia. Ax, Robby y yo nos subimos a mi camioneta para seguir al furgón—. Hora de destripar calamares, chicos —digo por el *walkie,* para que me escuchen en el furgón de Kai. Tanto los hombres que van conmigo como los del furgón gritan eufóricos, cada uno a su propio estilo. Yo sonrío.

El principal problema de hoy ya está solucionado.

Ahora, a enseñar a mi pequeño y rebelde colibrí el arte de hacer lo que se le dice.

17

Brinley



Son exactamente las dos y cuarto de la tarde. Estoy a punto de salir por la puerta con unos vaqueros ajustados y mis inseparables Chuck Taylor, cuando oigo el ronroneo de unas motos. Cojo el bolso, apago todo y echo a correr para intentar sacar ya el coche del camino de acceso, por si acaso. Pero cuando llego al porche, me doy cuenta de que ya hay algo bloqueándolo. Una Harley. Una muy elegante que no vi la primera vez que me encontré a Wolfe en el centro del pueblo. Esta es de color negro mate aterciopelado y tiene pinta de ser un diseño personalizado muy bien hecho.

Pero no es la moto lo que capta mi atención, sino el hombre que está apoyado en el sillín. Precisamente el mismo al que llevo intentando evitar todo el día, con pinta de rompecorazones y de ser el más peligroso de los pecados.

Por primera vez desde que me fijé en él lo admito abiertamente y sin vacilar: Wolfe es tan guapo que me deja sin aliento, y por alguna razón disparatada está sentado delante de mi casa, esperándome.

—Parece que tener el mejor taller de chapa y pintura del pueblo tiene sus ventajas —digo, señalando la moto con la cabeza. Lleva otros vaqueros negros que le sientan de escándalo y una camiseta negra bajo el chaleco. Wolfe no me contesta; se limita a quedarse allí plantado, así que intento seguir picándolo—. ¿Te has perdido? —le pregunto, esforzándome por parecer tranquila y serena. Por supuesto, estoy tan tranquila y serena como él perdido. De hecho, parece que Wolfe se siente como en casa en la entrada de la mía.

Me quedo inmóvil al tiempo que él descruza los brazos, y me pregunto por qué se habrá empeñado en presentarse aquí justo en este momento.

—Te dije que si me habías oído —replica enfadado, con sus ojos clavados en los míos—. Menos mal que he llegado un poco antes. Está claro que pensabas largarte sola.

Me encojo de hombros.

—No me has llamado, me has mandado un mensaje. Y no eres mi presidente.

En cuanto esas palabras salen de mi boca, me arrepiento. No sé qué tiene ese hombre para hacerme perder el filtro y meter la pata de esta manera.

Me encojo de miedo al verlo levantarse de la moto y acercarse a mí a grandes zancadas, con su imponente estatura. Tiene la mandíbula tan apretada que parece que se le va a romper un tendón.

—¿Recuerdas lo que te dije sobre las impertinencias? —Me vienen a la mente varias imágenes de los dos juntos. Asiento con la cabeza —. La próxima vez vas a contestarme. Venga, vamos. —Vuelve a apretar la mandíbula.

—¿Vamos? —le pregunto, sin moverme.

—Te vienes conmigo —dice.

Observo la moto que está detrás de Wolfe, antes de volver a mirarlo.

—De eso nada, me llevo el coche. Después de lo de ayer, prefiero poder largarme si algo más salta por los aires. —Levanto la vista hacia él, que ahora está solo a unos centímetros de mí, e intento buscar la mejor forma de ser sincera. Al ver que no dice nada, golpeo inquieta el suelo con el pie. Me pone nerviosísima—. Nunca me he subido a una moto y mucho menos he ido por ahí en una, y no pienso empezar hoy. No es mi rollo. Creo que deberíamos reconocer que no pegamos nada el uno con el otro y que lo que pasó anoche fue algo puntual. Había bebido demasiado —le suelto de carrerilla, armándome de valor.

Wolfe me mira casi como si le hiciera gracia.

—Mmm. ¿Te refieres a cuando me suplicaste que te hiciera correrte?

Lo ignoro. Hasta las obscenidades que dice me provocan todo tipo de deseos incomprensibles, así que me limito a continuar.

—Tú tienes tu estilo de vida y yo el mío, y el mío no es… como el tuyo. Yo no encajo con…

Wolfe pone los ojos en blanco y gruñe, perdiendo la paciencia.

—Basta —dice en un tono que no da lugar a réplica—. Después de la amenaza de anoche, no vas a ir sola a Tybee. Ni tú ni nadie. —No me esperaba una excusa tan práctica. Abro la boca para contestar, pero me quedo sin palabras. Él responde bajando la vista hacia mis labios y veo que traga saliva antes de volver a mirarme a los ojos. Se inclina hacia mí, baja la voz y se me seca la boca—. No es negociable y estoy empezando a cansarme de que no hagas lo que te digo. —Se limita a señalar la moto con la cabeza.

—Es que… —Intento decir algo, pero no me salen las palabras. No puedo creer que las mujeres le permitan que les hable así. Observo la carretera, vuelvo a mirarlo y trato de ser más valiente que ayer. No va a hacerme nada en plena calle, en este barrio tan tranquilo y familiar—. No me gusta nada que me mangonees. No voy a permitirlo.

—Pues no me lleves la contraria —me suelta, como si fuera algo obvio, percibiendo mi evidente reticencia a irme con él. Wolfe me pone las manos en los hombros y acerca los labios a los míos, algo que me aturde durante un momento y me hace sucumbir—. Súbete a la puta moto, Brinley —me ordena en un tono de voz más grave y dominante que el habitual, que es mucho más aterciopelado.

En cuanto lo oigo, sé que no tiene sentido seguir resistiéndome, a pesar de todas mis objeciones silenciosas, porque la forma en la que me da órdenes, con esa voz tan grave, me cala hasta los huesos, como si su único destino fuera llegar a lo más profundo de mi ser. No espera a que le responda, sino que baja las manos por mis

brazos, da media vuelta y se va, como si no tuviera ninguna duda de que lo voy a seguir.

Algo que, por supuesto, hago.

Wolfe extiende una mano cuando me acerco, me coge la bolsa de viaje y la pone en la enorme moto con la suya. Luego se gira para examinarme. No tengo más remedio que quedarme allí plantada, nerviosa, y dejarle hacer. Cruzo las manos delante del cuerpo.

Él se da cuenta, baja la vista y me sorprende al extender una mano y separármelas con el ceño fruncido. Luego vuelve a mirarme a la cara, me pone la mano en la nuca y me quita la pinza que llevo en el pelo. Vuelve a clavar los ojos en los míos al tiempo que la melena me cae sobre los hombros, pero yo permanezco inmóvil, asimilando la forma en la que me mira, casi como si estuviera enfadado mientras me observa fijamente. Algo tan sencillo como quitarme la pinza del pelo y ya estoy mojando las bragas por ese hombre. Wolfe coge un casco negro más pequeño y me lo pone en la cabeza, me lo engancha debajo la barbilla y aprieta la correa con sus dedos gigantes hasta que queda perfectamente ajustado. Luego saca una chaqueta como la suya de la parte de atrás de la mochila. La rechazo, encogiéndome de hombros cuando intenta ponérmela.

—¿A cuántas mujeres se la has puesto? —le pregunto, arrugando la nariz. Me doy cuenta de que estoy tensando demasiado la cuerda cuando responde con un gruñido de frustración.

—Niñata impertinente —dice. Me coloca de nuevo la chaqueta con fuerza y me obliga a ponérmela. La verdad es que es ligera y muy suave, y cuando me sube la cremallera veo que me sienta como un guante—. Hoy es un día de novedades para los dos —añade mientras me observa vestida con la cazadora de cuero.

—Ah, ¿sí? —pregunto.

—Tú nunca has montado en moto, lo cual era obvio antes de que me lo dijeras —replica bruscamente—. Y yo nunca he llevado a una mujer en la mía. —Me quedo con la boca abierta mientras se sube a la moto y me indica dónde sentarme detrás de él—. Pon los pies aquí —indica, señalando los estribos. Me cuesta subirme, pero al

final lo consigo—. Da por hecho que todo está caliente y quema —me dice por encima del hombro mientras me acomodo en el asiento detrás de él.

Madre mía, qué bien huele. A cuero, a especias y a ese toque de humo de la sede del club. «Resístete, Brinley», me digo a mí misma, pero mi cuerpo no está por la labor. Traidor. Hago una especie de coreografía torpe al intentar agarrarme a sus hombros y luego a sus costados, pero a Wolfe no le parece bien.

—Sujétame por aquí —me dice.

Me pone los brazos alrededor de su cintura y, cuando está satisfecho con el punto en el que descansan sobre él, me aprieta las manos. Soy incapaz de oponerme cuando extiende los brazos hacia atrás y me agarra por los muslos para tirar de mí hacia delante y pegarme a su espalda.

—No me sueltes, pajarito —me dice en voz baja, por encima del hombro.

El rugido de la moto al cobrar vida entre mis muslos me causa una especie de subidón de adrenalina que no había sentido en la vida.

Cuando Wolfe sale del camino de mi casa y llega a la calle, veo a Sean con Layla, a Jake y a Kai en sus propias motos. Kai me saluda con la mano, sonriendo de oreja a oreja como un bobo. Le devuelvo el saludo. Es el más risueño del grupo, pero la ferocidad con la que le estaba metiendo los dedos a aquella mujer ayer por la noche sin ningún pudor me recuerda que no deja de ser uno de ellos. A continuación establezco contacto visual con la novia. Me entran ganas de matarla por no haberme avisado de que iba a ir con escolta a su boda.

Wolfe ocupa su lugar, al frente y en el centro, para liderar al resto del grupo que va detrás de él. Solo nos lleva diez minutos cruzar el pueblo. Cuando llegamos a las afueras de Harmony y Wolfe acelera al tomar la carretera que se extiende ante nosotros, me aferro a él con tal fuerza que me planteo si estaré cortándole la circulación, aunque si es así no parece importarle. Apoyo la cabeza en su espalda mientras alcanzamos la velocidad de crucero.

El viento me azota el pelo, solo puedo olerlos a él y a su moto, y esbozo una gran sonrisa. Creía que no me iba a gustar nada, pero nunca me había sentido tan libre.

El viaje transcurre muy rápido y de camino a Tybee cruzamos otro pueblito. La gente de por allí parece bastante acostumbrada a ver pasar a los PDI, así que nadie nos presta atención, salvo algunas personas que nos miran con cautela mientras atravesamos esa pequeña localidad de Georgia y pasamos por delante de unos cuantos puestos de nueces pecanas y algunas granjas. Solo nos detenemos una vez, en el semáforo principal de la ciudad, pero cuando Wolfe echa la mano hacia atrás para acariciarme el costado del muslo, casi tengo la sensación de que está comprobando si estoy bien. La forma en la que posa su mano grande y cincelada sobre mi pierna no me ayuda a mantener las bragas secas, mientras rodeo con los brazos su ancho torso.

Wolfe tiene una confianza y una seguridad que se reflejan en todo lo que hace, hasta en su actitud al montar en moto. Es como si jamás se le ocurriera dudar de sí mismo. No tiene nada que ver con ningún otro hombre con el que haya estado. Sé que no tiene reparos en usar la violencia. Sé que tiene que ser despiadado para dirigir el club. Pero ahora mismo todo me resulta contradictorio, porque no puedo evitar sentirme segura con este hombre, cuando no debería hacerlo. Ahora mismo, lo único que siento es que me están protegiendo y cuidando.

Cuando llegamos al hotel, me quedo alucinada. En directo es realmente impresionante. El sol brilla con fuerza, como si el cielo entero se hubiera abierto sobre nosotros. El océano centellea por detrás de la enorme edificación blanca. Se encuentra en una finca aislada con varias hectáreas de bosque y unos cuantos embarcaderos que salen del edificio principal y se adentran en el mar. Detrás de la gigantesca construcción principal, que parece hecha prácticamente a base de ventanales, se encuentran varias casitas situadas a orillas del agua. No hay nada más en varios kilómetros a la redonda.

Me bajo de la moto y me quito el casco, intentando asimilarlo todo. El aire tiene un aroma salado y fresco. La brisa marina me agita el pelo alrededor de la cara, al tiempo que el sol se posa sobre el agua. Lo único que se oye es el rumor de las olas.

—Impresionante —susurro, digiriéndolo todo.

Puedo sentir y oler a Wolfe antes de verlo.

—Mmm —murmura, acercándose a mí por detrás.

Cuando levanto la vista, veo que me está mirando.

—Te ha gustado sentir toda esa potencia entre los muslos, eh —comenta antes de desviar la vista hacia el agua, cuando algunos de los otros chicos empiezan a acercarse a nosotros.

No puedo evitarlo. Esbozo una pequeña sonrisa, pero sigo mirando fijamente hacia el mar para no darle demasiada satisfacción.

—No ha estado mal —replico, encogiéndome de hombros.

Wolfe se acerca a mí para que solo yo pueda oírlo.

—El cuero te sienta que te cagas, colibrí.

—¿Preparado, jefe? —le pregunta Robby.

Wolfe lo mira, señala a los otros chicos y se inclina sobre mi oreja.

—Ya te sientes un poco menos niña buena, ¿no? —dice, sin darme opción a responder, antes de dar media vuelta. Luego gira la cabeza y vuelve a mirarme.

Lo observo mientras se aleja, un poco sofocada y muy excitada, simplemente por el rumor grave de su voz en mi oído. Solo estoy sola unos segundos, hasta que Layla se baja de la moto de Sean y se acerca dando saltitos. Su chaqueta es distinta. Lleva la insignia del club y en la espalda pone «Propiedad de Ax».

—¿No decías que no era tu tipo? —dice, sonriendo.

—Podías haberme avisado de que iba a venir —replico—. Por cierto, feliz noche de la boda, CC. —La abrazo. Huele al mismo perfume de siempre, solo que ahora mezclado con cuero. Layla 2.0.

—Si te hubiera avisado, te habrías rajado y escondido en el armario mientras él llamaba al timbre. Han pasado muchos años, Brin, pero sigo conociéndote como la palma de mi mano y quería que estuvieras aquí.

—¿Esconderme en el armario? Porque tú lo digas —refunfuño, dándole una patada a una mala hierba con la punta de la zapatilla.

—Pues sí, porque yo lo digo —me suelta Layla. En su cara se dibuja lentamente una sonrisa—. ¿Y qué? ¿Ha sido tan terrible?

Miro hacia donde se ha ido Wolfe y dejo escapar un suspiro al verlo hablar con sus hombres.

—Pues la verdad es que no —respondo.

—Creo que le gustas —comenta Layla mientras vuelve a mirar hacia el mar.

—A él no le gusta nadie, ¿recuerdas? Me lo dijisteis vosotras.

—Ya, pero nunca había llevado a una mujer de paquete en la moto —replica ella.

—Eso mismo me ha dicho él —contesto rápidamente.

—Lo que te decía: es un experimento científico. —Layla se ríe mientras un todoterreno se detiene y aparca cerca de nosotras, con Joan Jett a todo volumen.

Chantel, Amber, María y otra mujer se bajan del coche cargadas con neceseres de maquillaje, artilugios de peluquería y portatrajes.

Es evidente que el salón de belleza móvil para la boda de Layla acaba de llegar.

Esta me agarra del brazo para ir hacia ellas.

—Mmm —murmura—. Acabo de darme cuenta de una cosa.

—¿De qué? —le pregunto, deseando oír la respuesta. Sé que será algo descabellado, porque así es Lay.

—Podías haber venido con las chicas, pero él se ha empeñado en traerte, así que la trama se complica.

Yo resoplo.

—Lo que tú digas. Pero ya te he dicho que no es mi tipo ni de lejos.

—¿Cuántas veces te lo has repetido a ti misma? —comenta entre risas—. ¿Las suficientes como para empezar a creértelo?

18

Gabriel



Mason y Kai llegan una hora más tarde que nosotros y les hacemos ir con el furgón por el camino de tierra hasta la cabaña de mantenimiento que hay en los terrenos del hotel. Está vacía y oculta entre la arboleda, bastante alejada de los edificios principales donde se va a celebrar la boda, tal y como dijo Ax, y ya la hemos preparado. Nadie sabe que estamos aquí, así que si tenemos que enterrar a esos dos en el bosque, será el último lugar en el que busquen. Aun así, los hemos traído encapuchados, por si dejamos vivo al aspirante.

Es un sitio amplio con dos espacios, una cocina-comedor y un dormitorio. No se usa desde los años setenta y está casi en ruinas, ahora que el complejo subcontrata al personal. Está desprovisto de muebles, salvo por una vieja mesa de cocina de madera. Ya hemos amordazado y esposado al radiador de la habitación al aspirante de ocho dedos de anoche. Si es listo y nos dice lo que queremos saber, dejaremos que viva para transmitir un mensaje a su patético club.

Ahora mismo, Gator está inconsciente gracias a los sedantes de Rick, pero debería despertarse durante el banquete, lo cual nos viene como anillo al dedo.

Mason está que echa espuma por la boca deseando empezar a arrancarle las uñas y, después de haber venido hasta aquí con Brinley detrás en la moto, yo también tengo ganas de descargar un poco de agresividad. Vi cómo me miraron mis hombres esta tarde, cuando Ax sugirió que Chantel y las chicas recogieran a Brinley y yo me negué.

Sé que es raro que haya querido recogerla yo —a ella o a cualquier otra chica, en realidad—, pero me importa una mierda lo que piensen. No sabría decirles por qué tengo esta fijación con ella, ni les debo ningún tipo de explicación. No hay ninguna justificación lógica para estar pensando en ella a cada minuto del día. Esta energía mutua que de algún modo nos une es inexplicable y la forma en la que se le dilatan las pupilas cuando me mira deja entrever su verdadera esencia, una esencia que estoy deseando descubrir.

Dejamos a Gator en medio de la cocina y le atamos los pies. Está amordazado y, al igual que el aspirante, tiene los brazos sujetos con bridas a la espalda.

Se ha meado encima por el camino y está con la boca abierta, durmiendo por los efectos del sedante. Mason aprieta la mandíbula y sé que está pensando en la cara de su hermana cuando se enteró de que los Discípulos del Pecado habían enviado los vídeos a todo el club.

—A la mierda —murmura, sacando un cuchillo Bowie de la funda que lleva en la cadera. Me mira, con los ojos ardiendo por la necesidad de venganza—. Sé que está inconsciente y que no se va a enterar, pero yo sí. Ya le dolerá cuando se despierte —me dice—. Quiero los dedos de su mano derecha, los dos primeros —añade. Luego aprieta los dientes.

Sé por qué necesita hacer eso.

Asiento con la cabeza una sola vez y la sed de sangre le ilumina la mirada. A veces pienso que Mason está aún más trastornado que yo.

Se acerca a Gator, se arrodilla al lado de su brazo, le extiende los dedos y se los corta de cuajo. La mano empieza a sangrar copiosamente sobre el suelo cubierto de lona. Mason pisotea los dedos cercenados con una de sus pesadas botas, generando un crujido repugnante, antes de tirárselos a Gator en el regazo y venir hacia mí.

—Algo es algo —dice de forma inexpresiva.

Lo rodeo con un brazo.

—¿Te sientes mejor? —le pregunto, riéndome entre dientes.

—Me sentiré mejor cuando en vez del tío que se folló a mi hermana pequeña, sea el cadáver que lo hizo.

Vuelvo a mirar a Gator, que está llenándolo todo de sangre con la mano destrozada, y le pido a Rick que lo deje así. De todas formas, es hombre muerto y pensarlo me tranquiliza. No me gusta arrebatarle la vida a nadie a la ligera, pero hay cosas que simplemente no se pueden obviar. Si hubiera sido uno de mis hombres el que se hubiera tirado a una menor de edad, yo mismo me encargaría de que sufriera el mismo destino sin remordimientos. La diferencia es que la mayoría de mis hombres son soldados y buena gente. Puede que a veces se les vaya un poco la pinza, pero ninguno de ellos es un cerdo pederasta. Últimamente, los DDP han estado incorporando a sus filas a todo tipo de personajes y no son capaces de controlar como es debido a sus supuestos «discípulos». Quizá, porque el jefe del club se mete su peso en coca y siempre está pasadísimo, igual que el resto.

De tal palo, tales astillas.

Algún día acabaremos con ellos o los conquistaremos, y la zona de Atlanta en la que trapichean con drogas pasará a manos de alguno de los clubes con los que estamos hermanados.

Hasta entonces me conformo con ir eliminándolos uno por uno, sobre todo si eso impide que alguna otra niña vuelva a ser víctima de un hijoputa como Gator Freeland.

—Bueno, una cosa menos. ¿Creéis que ahora podré casarme sin que suceda ninguna otra catástrofe antes de que os pongáis a trinchar a este pavo? —nos pregunta Ax, colándose entre ambos y poniéndonos los brazos sobre los hombros.

—No puedo prometer nada —digo con sinceridad.

—¡Al menos intentaremos esperar a que acabe la ceremonia, tortolito! —grita Flipp, detrás de nosotros.

Qué cabrones. Con estos es imposible aburrirse.

19

Brinley



He vivido en Georgia toda la vida, pero no había vuelto a Tybee desde niña. Había olvidado lo mágico que es.

El interior de la iglesia en la que se va a celebrar la ceremonia está lleno de arreglos florales blancos que crean un ambiente de ensueño. Al igual que en la cena de ensayo de anoche, hay plantas, luces y farolillos colgados por todas partes, velas por todos los rincones y a través de la pared acristalada del fondo puede verse el mar.

Justo cuando el sol empieza a ponerse, el órgano comienza a sonar y los miembros del club entran vestidos todos iguales; no de traje, sino con vaqueros negros, camisa negra de manga larga y sus chalecos. Los que tienen anillos los llevan puestos y van todos acicalados, con el pelo retirado de la cara o recogido en la nuca, si lo tienen más largo. Deben de ser unos cincuenta y entran todos juntos. Es casi hipnotizador verlos. No me imagino a mí misma tan implicada en algo, ni tan entregada a una causa.

Niego con la cabeza al darme cuenta de que estoy idealizando todas sus actividades, con toda probabilidad ilegales, única y exclusivamente por una razón, y esa razón acaba de entrar con el novio. Con el pelo ondulado y unos mechones sueltos por detrás de las orejas, Wolfe está… espectacular. Caigo en la cuenta de que ni siquiera sé su nombre de pila.

Sus ojos se clavan en los míos y hago todo lo posible por resistirme a su atracción. Sus poderosos hombros se tensan

mientras aparta la mirada y me libera para estrechar la mano a otros miembros del club.

Va hacia el altar para felicitar a Sean con un apretón de manos y lo veo sonreír por primera vez al tiempo que le da el abrazo más varonil que he presenciado nunca, de esos en los que los implicados se dan una sola palmada en la espalda. Wolfe siempre está impresionante, pero esa sonrisa lo cambia todo y transforma a ese hombre frío y desalmado en uno que siente un profundo afecto por sus hombres. En menos de un segundo me atrae como la luz a una polilla.

Espero a que sus ojos vuelvan a posarse en los míos y, mientras lo hago, una especie de euforia nerviosa se apodera de mí, como si estuviera subiendo poco a poco a una montaña rusa muy alta y me estuviera anticipando a la caída.

Esos ojos me buscan…, se posan en los míos…, me miran fijamente y… se apartan.

Wolfe se da la vuelta para ponerse al lado de Sean mientras empieza a sonar la música y, una a una, las damas de honor se van acercando al altar. Sus vestidos fluyen hasta el suelo como cascadas negras y sedosas que cada una luce con su propio estilo. Todo el mundo se queda boquiabierto cuando Layla entra del brazo de Dell. Sonrío al verlo y él me saluda discretamente con la mano. Es agradable ver una cara conocida entre la multitud y está muy guapo.

La ceremonia, oficiada por un capellán del club de Rochester, es muy breve. No tiene ninguna connotación religiosa y escuchamos cómo Layla y Sean pronuncian sus votos. Sean añade que promete obedecer a Layla todo lo posible y Layla añade que promete desobedecerlo, lo que nos hace reír a todos. Es una ceremonia extrañamente tierna y emotiva, y mientras el sol da el último adiós al día, los declaran marido y mujer. Se besan entre el estruendo de los vítores y los flashes de los fotógrafos.

Cuando acaban de hacer las fotos y nos pasan a la sala del banquete, que también es preciosa, ya estoy relajada y me alegro de haber venido. Layla me había comentado que a veces la actividad

del club era muy intensa y puede que yo hubiera tenido la mala suerte de comprobarlo nada más llegar, ayer por la noche. Una vez más me sorprende lo diferente que es este grupo de lo que me esperaba.

—Qué casualidad encontrarte aquí —dice Dell justo detrás de mí mientras estoy en la barra. Me giro con una copa en la mano para saludarlo con el típico «¡hola!» y darle un amistoso abrazo lateral—. No estoy muy en mi ambiente, ¿dónde te han sentado? —me pregunta.

—En la mesa seis —digo, sonriendo.

—A mí también, me alegro de tener a alguien conocido con quien hablar. —Dell sonríe. Siempre ha sido guapo, con un estilo pijo y elegante. Habría sido totalmente mi tipo, si no fuera el hermano de Lay. Lleva el pelo brillante y con la raya al lado, como si se hubiera tomado su tiempo para peinárselo.

—Igualmente —digo muy en serio, con una sonrisa.

Cuando era más joven, Dell siempre fue como un hermano mayor para mí. Y ahora que trabajamos en el mismo sitio, estar con él me parece más fácil y seguro. Coge una copa y echamos a andar juntos hacia la mesa seis, charlando sobre el trabajo y sobre Layla. Reconoce que al principio tenía dudas acerca de la nueva vida de su hermana, pero que sabe cuánto la quiere Sean y lo bien que se porta con ella.

—Tengo que confiar en Lay. Siempre ha tenido buen ojo para las personas. Y, de todos modos, tampoco me iba a hacer caso… —Dell se encoge de hombros, le da un trago a la jarra de cerveza y esboza una gran sonrisa, acercándose más a mí—. Además, él es mucho más fuerte que yo, así que mejor estarse calladito —añade entre risas, lo que me hace reír a mí también.

—Al menos eres sincero —le digo, dándole una palmada en el brazo.

No llevamos ni un minuto hablando, cuando Kai se presenta a mi lado en la mesa.

—Creo que se han liado con lo de los asientos. Layla quería que te sentaras en su mesa —me dice al tiempo que le dedica a Dell una sonrisa amplia y amistosa, como diciendo: «Soy un buen tío, pero podría destrozarte». No sé cómo lo puede hacer tan bien.

Vuelvo a mirar a Wolfe, que está sentado dos sillas más allá de Layla y Sean, en la mesa principal. Me mira fijamente mientras bebe un trago de whisky de color ambarino.

—No, gracias. Prefiero quedarme aquí —digo con educación, sin romper el contacto visual con Wolfe. En realidad me siento cómoda con este amigo íntimo de la familia, y es obvio lo que está pasando. Puede que Wolfe esté acostumbrado a conseguir lo que quiere, pero me niego a estar a su entera disposición. Por no mencionar que alejarme de él es lo que más me conviene, porque cuando está demasiado cerca soy incapaz de pensar con claridad—. Por favor, ve a decírselo a Layla. —Subrayo su nombre porque sé perfectamente que no es ella la que quiere que me cambie—. Me voy a quedar aquí.

Kai sonríe todavía más.

—¿Vas a llevarle la contraria a la novia el día de su boda?

Miro a mi amiga y la veo sentada a la mesa, saludándome emocionada. Está guapísima con su vestido de princesa, como ella lo llama. Es el clásico vestido blanco ceñido a la cintura y con vuelo, pero alrededor del corpiño y en la cola lleva un delicadísimo encaje negro. Me recuerdo a mí misma que es el día de su boda y que no estaría bien montar un pollo con el exasperante presidente del club.

—Vale —accedo, y me levanto para seguirlo—. Lo siento, Dell —me excuso, poniéndole una mano en el hombro.

Él me hace un gesto con la mano.

—¡No te preocupes, Brin! ¿Bailamos luego? —me pregunta, poniéndose de pie, completamente ajeno a todo.

—Por supuesto —le digo, dándole un amistoso abrazo lateral.

Sigo a Kai al tiempo que fulmino con la mirada a ese engreído que se dispone a darme la bienvenida.

20

Gabriel



Cinco segundos después de ver a Brinley tocar al hermano pijo de Layla decido que no pienso permitir que sigan así toda la noche. Puede que Dell parezca el típico tío con quien ella cree que debería estar, pero eso es porque él sacia sus retorcidos fetichismos cuando nadie lo ve. Nunca había visto tanto complejo de Edipo en un historial de búsquedas en internet.

Brinley va a sentarse conmigo porque como tenga que pasarme un puñetero segundo más sin respirar su dulce aroma me voy a volver loco de remate. Seguramente no le hará ninguna gracia cambiarse de sitio pero, le guste o no, Brinley Rose Beaumont ya es mía. Esa mujer tiene algo que me hace desear desnudarla, destrozarla y volver a juntar las piezas exclusivamente tal y como a mí me convenga, como si en su vida hubiera un antes y un después de entregarse a mí, y para eso necesito más que una sola noche.

Cuando Brinley llega a la mesa, obviamente solo hay una silla disponible. Está a mi izquierda, entre Layla y yo. Me limito a apartarla, sin levantar siquiera la vista. Ella suspira y prácticamente la oigo poner los ojos en blanco.

No pasa nada. Mientras haga lo que le digo, puede enfadarse conmigo todo lo que quiera.

Layla la mira y sonríe.

—¿Te vas a sentar con nosotros? ¡Genial!

Brinley le devuelve la sonrisa con los labios sonrosados entreabiertos, luciendo los hoyuelos de sus jugosas mejillas, y me quedo hipnotizado. Joder, nunca en mi vida había visto una criatura

tan hermosa. El vestido que lleva esta noche es del mismo tono de azul que sus ojos grandes y almendrados. Se trata del azul más tenue y seductor que he visto nunca. La prenda deja a la vista sus espectaculares hombros y baja por sus delgados brazos como si hubiera sido creado expresamente para torturarme.

Cuando he entrado en la iglesia y la he visto allí de pie, exhibiendo sus largas piernas bronceadas, con ese vestido de espalda descubierta y la espesa melena azabache ligeramente ondulada y recogida a media altura con un pasador, he estado a punto de tirármela encima de un banco. Reconozco sin rodeos que pienso tanto en esa mujer como para cuestionarme mi puta cordura. Eso si estuviera cuerdo, que no lo estoy. Simplemente la deseo y me da igual el porqué.

Los ojos de Brinley se encuentran con los míos y la sonrisa de sus labios se desdibuja. Extiende el brazo hacia el centro de la mesa, coge la botella de vino tinto y se sirve una buena copa mientras traen los primeros aperitivos para cenar.

—Dell es estupendo, Lay. Estoy encantada de trabajar con él —dice sin desviar la mirada al tiempo que se sirve el vino tinto. Su sonrisita de suficiencia es un juguete con el que estoy a punto de empezar a jugar.

—Se os ve muy bien juntos. Está claro que le gustas —le digo, con un toque de sarcasmo que ella no pasa por alto.

Me doy cuenta de que todos los chicos me miran. Sobre todo Jake, que está sentado a mi lado, escuchando con suma atención.

Layla se ríe.

—Qué va, es que tienen mucha confianza, se conocen desde niños —dice su amiga, hablando por ella, antes de volverse para decirle algo a Ax.

Me acerco más a ella, para que nadie pueda oírme.

—Aunque, ahora que lo pienso, en realidad no eres su tipo —le digo, con los labios sobre el lóbulo de su oreja—. Para eso tendrías que ser mucho mayor y estar dispuesta a darle unos buenos azotes si no hace lo que le mandas.

La sonrisa burlona que Brinley tiene en los labios se transforma inmediatamente en desconcierto. Mira a Dell antes de volver a girarse hacia mí. Yo me recuesto en la silla y bebo un trago de whisky.

Su expresión de suficiencia ha desaparecido y ha sido sustituida por un leve rubor en las mejillas.

«Mucho mejor».

21

Brinley



No tienes hambre? —me pregunta Wolfe, cortando un filete.

No dejo de darle vueltas a la comida en el plato mientras escucho al resto de la mesa hablar de un montón de cosas que demuestran lo bien que se conocen los unos a los otros.

—Es que me gustaría saber qué hago aquí —replico, levantando la vista hacia él—. Todas las mujeres de esta sala están pendientes de ti. —Y algunas valientes incluso se han atrevido a acercarse. Él les ha contestado con un «no» rotundo y a las que han insistido las ha mandado directamente a la mierda, pero mejor obviar el tema.

Wolfe mastica un bocado de carne y se lo traga, pensando en lo que le he preguntado.

—¿Alguna vez dices que no, Brinley? —me dice. Observa mi expresión al ver que su pregunta me deja estupefacta.

—¿Y tú siempre respondes a una pregunta con otra? —replico antes de comer un poco de ensalada.

—Sí —responde con vehemencia—. Te toca. ¿Alguna vez dices que no?

—Sí —respondo de inmediato, sin pensármelo siquiera.

—O no me has entendido, o no estás siendo sincera —dice Wolfe con una sonrisa de superioridad mientras coge una botella de whisky del centro de la mesa, me sirve un poco en el vaso y luego se echa en el suyo.

—¿Qué quieres decir? —Bebo un trago porque necesito urgentemente algo que me tranquilice. Lo que sea.

—Cuando alguien importante para ti, como tus padres, tus amigos o puede que un novio, o un compañero de trabajo, te piden que hagas algo que no te apetece hacer pero que les haría sentirse más felices o más cómodos, aunque no sea lo que tú quieres, ¿les dices que no? ¿O les dices que sí, solo porque crees que debes hacer lo que te dicen?

Levanto la vista hacia sus ojos hipnotizadores. La luz de las velas se refleja en sus motitas plateadas y, no sé por qué, respondo con sinceridad.

—Seguramente lo haría para no decepcionarlos, pero… —Me pongo a la defensiva—. A veces hay que hacer cosas así por las personas que quieres.

—Tal vez —dice Wolfe, cogiendo mi cuchillo, que está sin usar, y jugueteando con la punta afilada sobre la mesa—. Supongo que a veces puedes decirles que sí para ayudarles. Pero si lo haces siempre, empiezas a olvidarte de quién eres y a vivir para ellos. Dejas de ser tú misma y te conviertes en la persona que ellos quieren que seas.

—¿Y qué me quieres decir con eso? Me gusta ser amable —replico. Parece que la copa de vino y el medio vaso de whisky me han infundido un poco de valor.

Me recuesto en la silla, cruzo los tobillos y poso las manos sobre el regazo. Veo cómo él sigue mis movimientos con la mirada.

—Cuando te has enterado de que quería que vinieras a sentarte aquí, no has dudado en negarte —dice Wolfe, apoyando la punta del cuchillo sobre la mesa de madera rústica. La luz se refleja en la hoja mientras habla—. Has dicho que no de inmediato, aunque estoy seguro de que sabías que quería que te sentaras conmigo.

Deja el cuchillo y espera a que le conteste.

Trago saliva y me quedo pensando un rato, intentando descubrir adónde quiere llegar para poder adelantarme.

—Como no te conozco, no creo que te deba nada —digo con valentía. Dejo de mirar el cuchillo que acaba de posar sobre la mesa y levanto la barbilla.

Wolfe esboza una sonrisa burlona sin dejar de mirarme fijamente, al tiempo que agarra la parte de abajo de mi silla con ambas manos y me acerca a él con un movimiento rápido. Se me corta la respiración cuando nuestras rodillas se tocan.

Se inclina hacia delante y, sin dejar de mirarme a los ojos, pone sus manos enormes sobre las mías, que están en mi regazo, me las separa y me pone una sobre cada muslo. Respiro hondo sin querer.

—O… puede que, simplemente, conmigo no te dé miedo ser tú misma, aunque seas un poco distinta a lo que los demás esperan.

Bajo la vista, nerviosa, antes de volver a mirarlo.

—Vale…, ¿y? Aunque tengas razón, ¿en qué te afecta a ti que sea distinta de lo que la gente se espera? ¿Por qué te importa tanto? —le pregunto, levantando la vista hacia él antes de preguntarle lo que de verdad quiero saber—. ¿Por qué yo?

Wolfe sonríe como si conociera un secreto que yo ignoro. Parece a punto de hablar, cuando Jake le da unos golpecitos con el dedo en el hombro y le murmura algo en voz baja al oído.

Él asiente, pero no dice nada. Veo que Jake se levanta y les señala a Kai y a Robby la puerta con la cabeza.

Wolfe vuelve a mirarme como si estuviera eligiendo minuciosamente sus próximas palabras antes de acercarse a mí. Se me acelera el corazón y me pregunto si alguna vez eso dejará de sucederme cuando él esté tan cerca. Vuelve a posar las manos sobre las mías y el corazón me da un vuelco.

—Quiero descubrir quién es Brinley Rose Beaumont cuando, para variar, decida ser ella misma. Quiero estar presente cuando por fin se permita ser tan perversa como desea.

Parpadeo boquiabierta al darme cuenta de que se sabe mi nombre completo, aunque no sé por qué me sorprende tanto. Él mismo ha dicho que lo sabe todo de todo el mundo, lo cual obviamente me incluye a mí. Wolfe me suelta las manos y se levanta mientras el ruido de las conversaciones de la gente va en aumento al haber finalizado la cena. Me mira antes de abandonar la sala con buena parte de sus hombres.

Sean le susurra algo a Layla al mismo tiempo que el DJ empieza a pinchar un poco de música.

—Dice que ahora vuelve —me dice mi amiga para justificarlo.

Asiento con la cabeza mientras sigo procesando la conversación.

¿Tendrá razón? ¿Estaré renunciando a ser yo misma porque mi prioridad es agradar a los demás?

Layla intenta arrastrarme a la pista de baile y, en lugar de plantearme dudas existenciales, me sirvo otro trago de whisky de la botella que sigue delante de la silla de Wolfe, me lo bebo de un trago y me voy con ella. Me pregunto por un breve instante adónde habrá ido la mitad del club con tanta prisa. Pero, con la misma rapidez, me recuerdo a mí misma que no es asunto mío, que este no es mi mundo y que solo estoy de paso.

Para intentar olvidar lo mucho que me ha gustado que me haya llamado perversa, me pongo a bailar con Layla y sus amigas, y así pasamos las dos horas siguientes. Hay muchísima gente y Sean entra y sale cada cierto tiempo para ver cómo está Layla y hablar con los invitados. Dell incluso se une a nosotras mientras bailamos nuestras canciones favoritas.

No vuelvo a ver a Wolfe ni a ninguno de sus hombres, salvo a Sean, y a medianoche estoy deseando tomar un poco el aire y beber algo de agua. Cojo una botella del bar y le digo a Layla que necesito un poco de brisa fresca y que vuelvo enseguida.

Salgo por la puerta lateral de la sala de baile, abro la botella de agua y le doy un trago que me eriza el vello de la nuca. El frescor de la brisa marina me sienta de maravilla.

Miro a mi alrededor. Hay luna llena y el cielo está despejado. Observo cómo el agua baña la orilla allá abajo y me parece oír delfines. Echo a andar, simplemente para despejarme. No hay ni un alma ahí fuera, pero oigo a un grupo de gente en el patio exterior, al otro lado del edificio, y huelo el humo del tabaco y la marihuana. Me pregunto si Wolfe estará allí; no lo he visto desde la cena.

Antes de saber siquiera hacia dónde voy, me pongo a caminar sin rumbo hacia el agua, pensando en la persona que soy y en lo que

me ha dicho Wolfe de que sea quien deseo ser. En realidad, ahora que no estoy con Evan, ni siquiera sé quién soy, más allá de la persona que mis padres me enseñaron a ser. La persona que Evan quería. O incluso la que en su día quiso la Iglesia.

El chapoteo del agua en la orilla y las miles de estrellas que brillan en lo alto me están llamando y parece que el caminito por el que voy conduce hasta el mar.

Paso al lado de varias cabañas por el camino. En algunas hay gente de fiesta. Oigo los gemidos de una mujer a través de una ventana abierta. Me pregunto si estarán todas ocupadas por miembros de los PDI. Finalmente, todo se queda en silencio mientras bajo por la colina hasta un sendero que hay al lado del bosque. Es allí, justo antes de agacharme para quitarme los zapatos y caminar descalza por la arena, donde lo oigo.

Uno de esos chillidos desgarradores que inmediatamente hacen que se te encoja el corazón, porque sabes que algo terrible le está sucediendo a la persona de la que procede.

Giro la cabeza hacia la izquierda y veo un destello de luz más allá de la primera fila de árboles. Me quedo inmóvil, pero no oigo nada más, salvo las olas chocando contra las rocas a lo lejos y lamiendo la orilla. El agua se retira hacia el mar y, una vez más, vuelvo a oír un grito ahogado acompañado de unas voces. Sin duda es una persona y está herida en esa cabaña. Voy hacia allí lo más rápido que me permiten las sandalias. ¿A quién se le ocurre alojarse ahí, tan lejos de todo?

Oigo un chasquido repugnante mientras me acerco. El sonido vuelve a repetirse y se oyen más voces. La cabaña ni siquiera está elevada, así que llego hasta la mosquitera abierta y se me ponen los pelos de punta al echar un vistazo al interior.

El hedor a carne quemada inunda mis fosas nasales y hace que me entren ganas de vomitar.

Caigo de rodillas porque, simplemente, no tengo palabras para lo que veo ante mí.

Si tuviera que intentarlo con alguna, sería… carnicería. Matanza. Tortura.

Hay dos hombres arrodillados, sin camiseta. A uno de ellos lo han molido a palos hasta dejarlo irreconocible y la saliva ensangrentada que le cae de la boca se acumula en la lona roja y húmeda que tiene debajo. A ambos les faltan varios dedos. Tienen la cara hinchada y hay algunos dientes en el suelo. El más corpulento tiene tantas heridas que mi mente no es capaz de asimilarlas todas. Está sangrando por los oídos, por los ojos… por la entrepierna. «La madre que me parió».

Y de pie ante ambos, como un majestuoso dios oscuro y aterrador, se encuentra Wolfe.

Avanza para ponerse delante de ellos y contempla sus cuerpos destrozados desde lo alto, con una especie de soplete de butano en la mano. Lo levanta con un brillo maligno en la mirada, lo enciende y una llama fina sale por la punta.

Observo horrorizada cómo Wolfe agarra al más grande por el pelo y le levanta la cabeza. Le acerca lentamente el soplete al cuello y, mientras sus gritos ahogados resuenan en la habitación, le quema la piel desde la oreja hasta la clavícula, para borrarle un tatuaje. Está concentradísimo, como si el dolor del hombre no significara nada. Como si ni siquiera oyera sus gritos.

El hombre susurra algo que no puedo oír y Wolfe baja el soplete un momento para escucharlo.

Si no fuera por los gemidos imperceptibles que salen de sus labios, casi pensaría que acaba de quedarse inconsciente. Su piel sigue chisporroteando mientras un olor intenso y acre llena la habitación. Debería levantarme y echar a correr, pero soy incapaz.

No puedo dejar de mirar lo que imagino que será un tatuaje relacionado con algún club o banda de la que forma parte, ahora brutalmente eliminado por Wolfe y sustituido por su propia piel carbonizada.

Estoy respirando tan agitada y silenciosamente que ni siquiera sé si me llega el aire a los pulmones. Mi cerebro vuelve a gritarme que

me levante y me esconda, pero estoy paralizada como un ciervo ante los faros de un coche.

Debería sentir repugnancia. Debería estar horrorizada.

Pero lo único que veo es el poder siniestro del hombre que tengo delante. Él sabe perfectamente quién es y no siente ningún tipo de vergüenza, culpa o remordimiento.

Resulta… inquietantemente hermoso.

Estoy tan abrumada por los horribles sentimientos que se apoderan de mí al decidir quedarme allí, que ni siquiera me doy cuenta de que Kai me ve arrodillada en la puerta de la cabaña, sobre la fría tierra cubierta de hierba. Wolfe deja el soplete, pero en su rostro no hay ni un ápice de arrepentimiento por lo que está haciendo. No dice nada. Tan solo saca la pistola.

Creo que me voy a desmayar.

Alguien está llorando.

—Wolfe. —Kai me señala con la cabeza. Lo miro al oír su nombre. Él se gira, clava sus ojos grises en los míos y me mira fijamente durante los diez segundos más largos de mi vida.

Su mirada me devuelve a la realidad y me doy cuenta de que soy yo la que llora.

—Ya he oído bastante —oigo decir a Mason.

Veo que la boca de Wolfe se mueve, pero no oigo lo que dice. Entonces dispara un único tiro…

Un tiro que alcanza al hombre más corpulento justo en medio de la frente. Este cae sin vida al suelo y su cabeza choca con la lona ensangrentada con un sonido repugnante.

Yo grito y, no sé cómo, me las apaño para levantarme y echar a correr. No he llegado muy lejos cuando me doy cuenta de que lo que Wolfe me estaba diciendo era «no mires». Demasiado tarde.

22

Brinley



Nunca pensé que, a las puertas de la muerte, fuera a asaltarme esta incredulidad. Es como si esto no pudiera ser real, como si tuviera que haber otra explicación. No puedo haber venido al mundo para esto. Algo o alguien debería salvarme, ¿no? ¿De verdad todas mis acciones y decisiones me han traído hasta aquí, como siempre me decían mis padres? Si hubiera seguido con Evan, estaría sana y salva en casa, en el sofá del salón, en vez de intentando huir de un psicópata. Todos esos pensamientos se agolpan en mi mente cuando echo a correr hacia el bosque. Me arden los pulmones mientras corro sin parar, al tiempo que unos sollozos incontrolables me sacuden el cuerpo y la adrenalina me inunda las venas.

Acaba de matar a ese tío. Y a estas alturas seguro que habrá matado también al otro. Los ha asesinado. Después de torturarlos durante quién sabe cuánto tiempo. Les faltaban varias partes del cuerpo. Los dedos. Los dientes. ¿Los genitales? Me vienen a la cabeza un montón de imágenes que por fin soy capaz de asimilar. El hombre más corpulento tenía varios cortes profundos en el torso que no paraban de sangrar, además de un ojo hinchado. El más menudo tenía el brazo roto por más de un sitio y colgando delante del cuerpo. Parpadeo para borrar de mi mente esos recuerdos y sigo llorando.

Es ahí a donde ha ido después de cenar. A torturar y matar a esos hombres. Como si para él fuera lo más normal del mundo. «Es que lo es», me recuerda la vocecita de mi cabeza.

He dejado que ese hombre me tocara. Lo deseaba. E incluso al verlo delante de ellos, como su ángel exterminador personal, me avergüenza admitir que seguía deseándolo.

Y ahora me va a matar a mí también, y probablemente me entierre con ellos.

Pierdo la noción del tiempo. Estoy llena de cortes y arañazos. Me he caído un montón de veces. No sé cuánto tiempo llevo corriendo. No dejo de rezar para que aparezca un camino o un claro entre los árboles y poder pedir ayuda a gritos, pero no encuentro ninguno. No sé adónde ir y el sonido de las pesadas botas sobre el suelo a mi espalda me incita a seguir corriendo, pero estoy agotada. Necesito parar.

—Brinley.

Oigo resonar la profunda voz de Wolfe en las copas de los árboles. Ni siquiera se le nota cansado. Es más, parece bastante tranquilo. Me quedo inmóvil pegada a la corteza áspera y fría de un árbol al tiempo que intento esconderme detrás de él. Noto el escozor de la suciedad en los rasguños de la piel mientras jadeo tan silenciosamente que me da la sensación de que apenas estoy respirando.

—Correr no te sirve de nada. Puedo oler tu puto perfume, colibrí. —Su voz retumba en el bosque, cada vez más cerca.

Vuelvo a ponerme en marcha y sigo corriendo tanto como puedo. Más de una vez estoy a punto de torcerme un tobillo por culpa del terreno desigual. Las ramitas chasquean bajo mis sandalias de cuña y sé que no podré seguir así mucho más tiempo. Lo oigo todo el rato. El sonido constante y firme de sus botas al pisar las hojas caídas durante su persecución por el bosque casi me hace gritar. Pero, ahora mismo, gritar no me ayudaría. No creo que nada pudiera hacerlo.

Me detengo al ver una luz entre los árboles y deseo con todas mis fuerzas que sea una carretera u otra cabaña, algún sitio en el que haya gente y pueda ponerme a salvo. Voy directa hacia ella,

moviendo los pies doloridos y cansados tan deprisa como puedo, suplicando a mi respiración que se calle para que él no la oiga.

Veo un árbol grande a unos seis metros y me propongo llegar hasta él, pero no he dado ni cinco pasos cuando alguien me agarra con fuerza por el cuello y me lanza de espaldas contra el tronco grueso de un roble. Y aunque pone la otra mano detrás de la cabeza para impedir que me golpee, la corteza se me clava en los hombros.

—Deja de resistirte —me suelta Wolfe. Yo lo ignoro y me rebelo, forcejeando y arañándolo, espoleada por el miedo a una muerte inminente—. Que dejes de resistirte —repite mientras grito. Me quita la mano de la nuca, me agarra por las muñecas y me las sujeta delante del cuerpo para que no pueda seguir arañándolo, al tiempo que me pone la palma gigantesca de la otra mano en el pecho—. Respira —me dice, casi de forma tranquilizadora.

Intento respirar hondo. Ahora sé cómo calman los depredadores a sus presas antes de matarlas.

—Vas a… Has matado… a esos pobres inocentes… —Sollozo.

—Ni se te ocurra. No vuelvas a llamar inocentes a esos tíos —gruñe Wolfe en voz baja mientras sube la mano por mi pecho agitado para agarrarme del cuello.

Incluso en la oscuridad puedo ver cómo clava sus ojos grises en los míos. Está enfadado, pero ya no estoy tan asustada. Soy lo que mi padre llamaría una masoquista. Hay que ser idiota para dejarse tranquilizar por el hombre que está a punto de hacerte daño. Wolfe deja de apretarme el cuello para poder acariciarlo suavemente con los nudillos, como si estuviera intentando decidir entre asfixiarme y consolarme. Es un baile al que no le encuentro sentido.

—Uno de ellos fue el que voló la camioneta de Jake ayer por la noche. Cualquiera podría haber estado por allí cerca, o dentro, y a ese no nos lo hemos cargado. Va a entregar un mensaje de nuestra parte a su mierda de líder. —Respiro de forma entrecortada e intento recuperar el aliento—. Y el otro, el hijoputa al que acabo de disparar, engañó, drogó y violó a una chica de dieciséis años hace casi un año, y luego difundió las fotos y los vídeos. Básicamente le jodió la

vida. Estuvo dos meses sin salir de casa. —El corazón me da un vuelco y el tiempo parece detenerse. De repente estoy tan enfadada como él—. Y es de la familia. La hermana pequeña de uno de mis hombres. —Me quita la mano del cuello para volver a posarla sobre mi pecho, que sube y baja con violencia—. Era de un club rival. Estaban un poco cabreados. Hicimos una cosa que les jodió el negocio de metanfetaminas que tenían montado en Atlanta, una de sus zonas más rentables.

—No me lo cuentes. No quiero saberlo —digo, presa del pánico.

«Si me lo cuenta, estoy muerta».

—La chica era la hermana pequeña de Mason; fue una venganza repugnante y va en contra de todo lo que defendemos los hombres como nosotros. Así que, ¿he permitido que su hermano le hiciera cosas indescriptibles? Sí.

«¿La hermana de Mason?». Me estremezco al imaginarme a Mason enfadado. Me sorprendo preguntándome si esa chica a la que ni siquiera conozco estará bien. Mientras habla, Wolfe me pasa una mano por el pecho, empieza a acariciarme de nuevo lentamente la clavícula con los nudillos y continúa hacia el hombro, al tiempo que me sigue agarrando las muñecas con la otra. Me doy cuenta de que mi respiración se ha ralentizado involuntariamente. Aprieta el cuerpo duro contra el mío y una parte perturbada de mi ser desea que siga ahí, se siente más segura con él pegado a mí. Posa los labios en mi cuello y me sorprende al empezar a lamérmelo lentamente hacia arriba, saboreando mi sudor a medida que avanza. Sin pensar y con las manos aún sujetas, agarro la parte inferior de la cálida camiseta que lleva puesta por debajo del chaleco.

—¿Que si después de dejar que su hermano lo torturara y le sacara todo lo que quería, le he disparado a sangre fría?

Wolfe me suelta, baja las manos para acariciarme el exterior de los muslos y me levanta el vestido hasta más arriba de las bragas, dejándolo alrededor de mi cintura desnuda. Mi cuerpo trastornado se enciende con esa caricia suave e íntima. Es un momento que

seguramente recordaré como traumático el resto de mi vida, pero jadeo mientras me acaricia con los pulgares el bajo vientre.

—Pues claro que sí, joder. Y volvería a hacerlo. No me arrepiento lo más mínimo. Lo único que lamento es que no hayamos podido torturarlo durante más tiempo —gruñe Wolfe en un tono siniestro que me atraviesa el cuerpo.

Gimo cuando me atrae hacia él y me rodea la cintura con las manos. Me roza con los labios la garganta y la clavícula, pasándome la lengua por la piel. Me aferro a su camisa con más fuerza, pero no sé si para alejarlo o acercarlo. ¿Tiene sentido resistirse? Me derrumbo completamente sobre él, derrotada. Wolfe me recorre los hombros con la boca, mordisqueándolos, lamiéndolos y mordiéndolos, como si fuera tan incapaz de controlarse como yo. Le meto las manos por debajo de la camisa y gimo al sentir bajo ellas el calor de su cuerpo duro y musculoso.

Es demasiado fuerte y, ya que voy a morir, prefiero hacerlo de esta forma, dejando que me toquen así, con más pasión de la que he sentido en mi vida. Me acaricia con un deseo que nunca había experimentado.

No puedo explicarlo. No puedo entenderlo. Qué leches, si ni siquiera soy capaz de asimilar que esto está ocurriendo de verdad. Ni siquiera me pregunto por qué tiemblo de deseo cuando Wolfe me agarra las bragas de algodón y me las arranca, como hizo anoche. Solo que esta vez se las acerca a la cara. Sé que están húmedas y que contienen todas las pruebas que él necesita para demostrar que, por muy retorcido que sea esto, quiera admitirlo o no, lo deseo. Condenada oscuridad.

Wolfe cierra los ojos e inspira, antes de exhalar muy despacio con un gemido profundo, frotando el algodón húmedo entre el pulgar, el índice y el dedo corazón, como si estuviera comprobando lo mojadas que están. Lo observo fascinada cuando se las lleva a la boca, como si fuera a lamer toda mi excitación. Y eso es precisamente lo que hace. No me queda más remedio que observarlo al tiempo que me mira y esboza una sonrisa perversa.

—¿Entiendes lo que significa que acabes de ser testigo de los negocios del club? —me pregunta, guardándose las bragas empapadas y rotas dentro del chaleco.

Asiento ligeramente con la cabeza, consciente de que esto es el final. El pánico se apodera de mí.

—No diré nada, no…

—Chiss —me dice Wolfe, acariciándome el labio inferior con el pulgar. Me calmo al instante.

Rezo en silencio para que no me duela.

—Escúchame bien, pequeño colibrí. Tienes dos opciones: morir en este bosque o salir siendo mía de él. —Lo miro a los ojos, estupefacta—. Y cuando digo mía… —Wolfe retrocede y se desabrocha el cinturón. No tengo ni idea de lo que va a hacer, pero me sorprende verle sacar de él un gran cuchillo envainado. La respiración se me acelera y se vuelve de nuevo frenética mientras baja la mano hacia mis muslos— me refiero a que tú también tendrás que cargar con todo lo que he hecho esta noche.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres…?

—Deja de preguntarme por qué, joder —dice Wolfe con voz frustrada y grave, apretándome contra el árbol. La corteza se me clava en la piel.

Me aparta suavemente el pelo de la frente húmeda y cierra los ojos un instante, como para calmarse.

—No tengo ni puta idea de por qué no puedo dejar de pensar en ti. No sé por qué te deseo de esta forma —dice inexpresivamente.

Me agarra con fuerza por la cintura con un brazo, mientras que con el otro me baja de un tirón la parte de arriba del vestido, dejándome los pechos al descubierto. Gimo y echo la cabeza hacia atrás para apoyarla en el árbol. Me muerde un pezón con la boca ardiente y el coño me palpita de deseo al sentir el dolor. Antes de que pueda siquiera gritar, vuelve a metérselo en la boca y lo lame para aliviar el escozor, incendiando mis entrañas. Vuelvo a fantasear con la sensación de tener su boca sobre la mía.

—¿Por qué decido no acabar contigo aquí mismo? ¿Por qué quiero poseerte, marcarte y tenerte para mí solo?

Desliza dos dedos enormes en mi entrepierna, vergonzosamente empapada, mientras sujeta el cuchillo con esa misma mano. Siento cómo el mango me presiona al ritmo de sus dedos. El miedo que me invade al pensar en lo que podría hacerme me pone a mil. Un gruñido profundo retumba en su pecho cuando me mete los dedos más adentro.

—Pues por la misma razón por la que tú estás así de húmeda…, así de mojada por mí —murmura Wolfe, al tiempo que saca los dedos y esparce mis fluidos por mi labio inferior, antes de volver a bajarlos para acariciarme lentamente el clítoris con los nudillos. Me chupa el labio inferior y se lo mete en la boca. Noto mi sabor en su boca y me doy cuenta de lo retorcido que es que esté deseando que este asesino me bese—. Es irónico que siempre deseemos lo que no tenemos. —Me muerde el labio y gimo.

De repente me doy cuenta de que, al igual que yo ansío su oscuridad, él debe de ansiar mi luz. Empujo las caderas hacia su mano en busca de algo que me haga sentir más cerca de él, que me proporcione más contacto, más de lo que me está dando. La pericia con la que alterna entre acariciarme el clítoris y meterme los dedos hace que mis paredes se estrechen con fuerza a su alrededor y tengo la sensación de que voy a llegar al clímax en cuestión de segundos.

—Vivo para tomar lo que no debería desear, lo que no debería merecer. Nunca me pregunto por qué quiero las cosas. —Me baña con su voz profunda y aterciopelada mientras mi coño se cierra en torno a sus dedos. El sonido de las cigarras y mis gemidos desesperados inundan el aire, resonando en los árboles como una banda sonora, la banda sonora de Wolfe tocando mi cuerpo como si se tratara del más íntimo de los instrumentos—. Si eliges la muerte, nunca lo sabrás…

Estoy a punto de correrme sobre sus dedos.

—Wolfe… —gimo.

—Si eliges ser mía, descubrirás lo fácil que es aceptarte tal y como eres… —Saca de golpe los dedos de mi interior y clava el suave mango del gélido cuchillo en mi entrepierna, deslizándolo arriba y abajo por mi interior húmedo y resbaladizo. Mi cerebro me suplica que me rebele. Por dentro, estoy gritando. Por fuera, lo agarro del chaleco y lo acerco más a mí—. Del mismo modo que tu corazón no se pregunta por qué se acelera por mí, yo no me pregunto por qué te deseo. Me limito a tomar lo que quiero, colibrí.

Agarra la funda de cuero de la hoja y desliza un poco más el mango dentro de mí. Grito cuando me lo mete, pero aun así no le pido que pare. No soy capaz de pedirle que lo haga.

—Siento haberlo visto… —digo de carrerilla—. No se lo contaré a nadie. —Abro los ojos de par en par mientras me mete un poco más el mango.

—No necesito que me pidas perdón —dice Wolfe, introduciendo el mango un centímetro más—. Necesito que seas mi cómplice —gruñe mientras me mete el suave mango hasta el fondo.

Jadeo al sentirlo completamente dentro de mí. Lo vuelve a sacar y empieza a follarme con él a un ritmo infernal. Me quita la otra mano de la cintura para posar el pulgar sobre mi clítoris y acariciarlo con una presión perfecta, dándome justo lo que necesito. Me estremezco cuando el éxtasis y la adrenalina se apoderan de mí.

—Necesito que este coño me desee. Que me suplique que lo tome cuando quiera. —Lo estoy oyendo, pero es como si mi alma hubiera abandonado mi cuerpo. Sus actos demenciales me están llevando a lugares que solo he visto en mis sueños más lujuriosos—. Necesito que me desees tanto como yo a ti. —Vuelve a mirarme y sonríe con las pupilas dilatadas, rebosantes de una sed de sangre brutal—. Elige bien, Brinley, para que no tenga que cambiar de sitio el cuchillo y rajarte con él ese cuello tan bonito.

Empiezan a temblarme las piernas y mi objeción muere antes de alcanzar mis labios. Sucumbo ante él. El orgasmo ya es inevitable y me dejo llevar por lo que quiera que sea esto, por quienquiera que sea yo, cuando estoy con él.

El corazón me late con fuerza en el pecho mientras el mango ligeramente curvado llega a lo más profundo de mis entrañas y tengo la sensación de que voy a explotar, a perder el control de la vejiga o ambas cosas.

Inclino la cabeza hacia delante y lo miro a los ojos. Subo la mano hacia el lateral de su fuerte mandíbula y le acaricio el pómulo con el pulgar.

—No quiero morir —gimo en voz baja.

—Pues entonces córrete, pequeño colibrí, y di mi nombre mientras lo haces —me ordena.

Mi mano parece minúscula sobre su cara y la suave caricia que le ofrezco en este momento parece inapropiada, pero sus ojos perciben la mirada de deseo que seguramente tengo y se llenan de hambre, como si fuera a devorarme en cualquier momento.

—No sé cuál es tu nombre —jadeo—. Dímelo —añado a la vez que una tensa espiral de calor se apodera de mi vientre, de mis muslos y de mi alma.

—Gabriel —responde suavemente sobre mi oreja.

—Gabriel… —susurro su nombre por primera vez y él emite un gruñido animal que basta para lanzarme al precipicio, para hacerme caer en sus oscuras y tormentosas profundidades mientras llego al clímax con el mango del cuchillo dentro—. ¡Gabriel! —vuelvo a gritar, esta vez más fuerte, y él responde con un gruñido profundo que le retumba en el pecho.

—Otra vez —me ordena.

Hago lo que me dice y pronuncio su nombre mientras el éxtasis eufórico de un orgasmo explosivo me golpea procedente de todas y cada una de las células de mi cuerpo y me corro con más violencia que nunca, empapando el mango del cuchillo, la mano de Wolfe y su antebrazo.

Sin un final a la vista, vuelvo a gritar su nombre acompañado por alguna versión de «por favor, dame más» y «no pares», al mismo tiempo que aborrezco el hecho de desearlo, de desear a este hombre de ojos grises y vacíos al que ni siquiera conozco.

Cuando por fin abro los ojos con el sonido de nuestra respiración de fondo, solo están las copas de los árboles, mi vergüenza y las estrellas.

¿Quién soy ahora mismo? ¿Quién es esta mujer que acaba de correrse de forma tan violenta sobre la empuñadura del cuchillo de este asesino? ¿Y dónde está el malestar que debería sentir?

Gabriel saca el cuchillo de mi interior y, al mirar hacia abajo, descubro que ha agarrado la hoja envainada con tal fuerza que esta ha atravesado la funda y le ha hecho un corte en la mano. La sangre le gotea por la palma y cae sobre la tierra cubierta de hierba. Vuelve a ponerse el cuchillo en la cadera y me acaricia la entrepierna con los dedos, introduciendo su sangre dentro de mí y esparciéndola por mis labios hinchados. Es como si me estuviera marcando, como si me reclamara como suya. Luego los aparta lentamente y acerca la mano a mi cara para esparcir su sangre y mis fluidos por mis labios, como si pintara una obra maestra.

—Ahora vivo dentro de ti, pequeño colibrí —dice.

Se acerca mirándome fijamente y posa sus ojos de mercurio sobre mis labios. Lo único que oigo es su respiración. En sus ojos se libra una batalla mientras me pone una mano en la nuca y me agarra posesivamente, antes de perder el control y sujetarme con violencia por el pelo. Me tira con brusquedad de las raíces y me echa la cabeza hacia atrás, justo antes de posar los labios sobre los míos y besarme con pasión. Me quedo sin aliento, sorprendida por ese beso que nunca pensé que fuera a llegar. Con sumisión, me adapto a Wolfe de inmediato. Me besa como si estuviera desesperado por sentir mi sabor. Aprieta los labios contra los míos y me devora con su lengua ávida. Yo se la acaricio con la mía, tan ansiosa como él. Siento un sabor metálico en la boca acompañado por el de mi propia excitación y él gime sobre mis labios antes de soltarme, dejándome completamente descolocada. Solo se ha deleitado conmigo durante unos segundos, pero ha sido el beso más maravilloso que me han dado en la vida, un beso que se ha apoderado de todo mi ser. Lo observo mientras intenta serenarse y me doy cuenta de que hay una

parte de él, por pequeña que sea, que también es capaz de perder el control.

—Joder —dice, girando la cara hacia un lado. Cuando vuelve a posar los ojos sobre los míos, tiene las pupilas contraídas. Ahora su mirada está desprovista de toda emoción, otra vez bajo control. Me agarra por el cuello—. Haz lo que te digo y seguirás con vida —me dice en voz baja.

Luego da media vuelta y se echa a andar, esperando que lo siga, y me pregunto qué es lo que acaba de suceder. Cómo puede pasar con tanta facilidad de ser tan intenso a ser tan frío e insensible. El miedo regresa casi de inmediato. La turbación del orgasmo y del beso desaparece a marchas forzadas y vuelvo a verlo todo con claridad.

Caigo en la cuenta de que en realidad no tengo ni idea de lo que significa ser suya, y el hecho de descubrirlo me aterroriza. Salgo del bosque detrás de Gabriel, consciente de que la mujer que era antes de conocerlo está tan muerta como el hombre al que él acaba de asesinar.

23

Brinley



Voy a coger una infección por lo del cuchillo —digo mientras subimos las escaleras de madera y los peldaños crujen bajo nuestros pies.

Gabriel abre la puerta de su cabaña privada y me hace entrar. Llego a la conclusión de que me gusta más su nombre real y la única razón que se me ocurre es que lo hace un poco más humano que el otro.

—Acababa de destripar a un hombre con él. Estaba completamente esterilizado. Doble desinfección. Como en un hospital. —Se acerca a mí y su olor vuelve a abrumarme. El esfuerzo del bosque parece que ni siquiera le ha hecho sudar—. Y jamás se me ocurriría dejar que su sangre te tocara —replica con brusquedad.

—Pero si me toca la tuya, ¿no pasa nada? —le pregunto, quitándome las sandalias de cuña embarradas. He tenido suerte de no haberme roto un tobillo corriendo con ellas.

—Mi sangre está limpia —dice Gabriel, viniendo hacia mí después de haber encendido una luz. Se detiene y me mira a los ojos. Pasa un nudillo por el pulso de mi cuello, como si me tomara las pulsaciones—. Y pienso hacer con ella lo que me dé la gana. Meterla dentro de ti, mancharte con ella o mezclarla con la tuya. Si quiero que te la bebas, lo harás. Me debes la vida. Deberías estar dándome las gracias.

La rabia me invade e intento por todos los medios no llorar. Me obligo a no darle la satisfacción de demostrar que le tengo miedo.

—Gracias —respondo de forma inexpresiva.

—Hora de asearse —dice antes de llevarme hasta el único cuarto de baño que hay. No tengo nada aquí. Hasta me he dejado el teléfono y el bolso en el comedor, encima de la mesa.

—Tengo que ir a mi habitación a coger las cosas —replico—. No he traído nada.

Gabriel saca el móvil y manda un par de mensajes. Cuando acaba, se guarda el teléfono en el bolsillo.

—No te vas a mover de aquí. Es peligroso que andes por ahí sola hasta que pueda explicar el trato que hemos hecho. —«Es decir, que los del club podrían intentar matarme por ver lo que he visto»—. Quítate la ropa —me ordena al tiempo que abre la ducha y pone la mano bajo el agua para calcular la temperatura—. Ahora te traen tus cosas.

—Mi número de habitación es… —Por la forma en la que me mira, me queda claro que ya lo sabe.

—Ahora te lo traen todo —repite Gabriel, sin darme opción a rechistar—. Y será mucho mejor para los dos que dejes de cuestionar todo lo que digo. Así no tendré que repetir las cosas dos puñeteras veces —añade.

Le suena el móvil y mira hacia abajo antes de salir por la puerta del baño para hablar. Aprovecho para cerrarla y apoyarme en ella, consciente de que es mejor que no eche el pestillo. De todos modos, si quiere entrar aquí, esta cerradura cutre no se lo va a impedir, así que ¿para qué molestarse?

Mientras está fuera, aprovecho para hacer pis, rezando para que el cuchillo estuviera tan limpio como dice. Tengo la entrepierna sensible e hinchada y estoy deseando el alivio que me proporcionará el agua caliente. Cojo unas toallas grandes limpias y una toallita de mano de la estantería, me quito la ropa y me miro al espejo. El maquillaje con el que tanto me esmeré hace unas horas está emborronado y los restos de la máscara de pestañas forman una mancha oscura bajo mis ojos y se deslizan por mis mejillas aún coloradas, dibujando unas líneas negras y descoloridas donde se ha

mezclado con las lágrimas. El pelo, que me había rizado y recogido con horquillas, está hecho un desastre y me cae en ondas sobre la espalda, lleno de palitos y zarzas que se han enredado en la maraña de nudos. Tengo la piel manchada de barro y un moratón incipiente en el cuello que él me ha hecho al sujetarme contra el árbol. Me doy la vuelta y veo los arañazos de los omóplatos. No son muy profundos, pero… ahora estoy marcada.

El timbre grave de la voz de Wolfe resuena a través de la puerta hueca mientras habla con alguien por teléfono.

«Haz lo que te digo y seguirás con vida», me ha dicho. E iba en serio.

Lo único que me queda es mi soberanía.

No la soberanía de mi cuerpo, que está claro que le pertenece a él.

Lo único que me queda es mi capacidad de decisión.

Puedo decidir ser un libro abierto o cerrado, según me convenga. Puedo decidir no involucrarme en su mundo hasta que lo entienda mejor.

Puedo decidir perdonarme por desearlo. Ya solo tengo que preocuparme por mí misma.

También existe la posibilidad de que se canse de mí y me deje marchar tranquilamente. No es muy probable, pero a estas alturas ni siquiera ha intentado hacerme suya metiéndome la polla, lo cual contradice por completo la opinión que tienen de él todos los que lo rodean.

Eso me hace pensar que puede que yo sea tan extraordinaria para él como él lo es para mí. Una luz en su oscuridad.

El espejo empieza a empañarse y me saca de mis cavilaciones, recordándome que tengo que meterme en la ducha humeante, justo cuando Gabriel vuelve a entrar en el cuarto de baño.

Se apoya en el lavabo y me observa mientras dejo que el agua caiga como la lluvia sobre mi piel y el calor alivie mis músculos doloridos y todavía exhaustos por la adrenalina. Estoy a punto de taparme con los brazos, en parte por costumbre y en parte para

evitar que siga mirándome, pero en vez de eso me enfrento a mis miedos.

Levanto los brazos y me giro hacia él. Inclino un poco la cabeza y me paso las manos por el pelo, mirándolo fijamente al tiempo que exhibo mi desnudez.

—¿Tienes que quedarte ahí sentado mientras me ducho? —le pregunto, enjuagándome el champú con olor a hotel del pelo. Ya me ha visto entera. En realidad, no debería molestarme que vea correr el agua por mi cuerpo desnudo, pero aun así, no puedo evitar preguntárselo.

—Sí —responde sin más Gabriel a la vez que se acomoda.

«Son mis decisiones. Y mis pensamientos».

Yo voy a decidir cómo ser su prisionera. No pienso proporcionarle ese miedo que parece desear, a no ser que yo quiera. Ya he visto de lo que es capaz, así que, por extraño que parezca, no tengo nada que temer.

—Tú mismo —replico, encogiéndome de hombros mientras me echo una buena cantidad de acondicionador en la palma de la mano.

No se me escapa su sonrisa burlona mientras me afano en eliminar todos los pecados de esta noche. Él se acomoda y cruza los brazos sobre el pecho.

Debería sentirme vulnerable ante él, pero la forma en la que me mira y recorre todo mi cuerpo con esos ojos normalmente claros oscurecidos por el deseo, sin perderse ninguno de mis movimientos, solo consigue que me sienta poderosa.

Más poderosa que nunca.

24

Gabriel



Observo a Brinley al otro lado del cristal de la ducha mientras se aclara el pelo. No tiene ni idea de lo cerca que ha estado de la muerte. De la suerte que tiene de que le haya salvado la vida…



—Tiene que morir. Lo sabes, ¿no? —dice Jake.

—Limpia todo esto —les ordeno a Robby y a dos aspirantes, señalando el cadáver patético que yace boca abajo sobre la lona—. Y devolvedles a este con el juego extra de huevos en la boca, cosédselos y luego ponedle la nota con un imperdible en los labios, para que todos se enteren de que esto es lo que les espera si vuelven a tocar a alguno de los nuestros.

—¿Quieres que persiga a esa ninfa, jefe? —me pregunta Kai, señalando con la cabeza hacia el bosque, por donde se ha largado Brinley. No me gusta que la llame ninfa, niña buena. No sé por qué, pero sus suposiciones me tocan las narices.

—No me jodáis, es la amiga de Layla —dice Ax.

—No nos queda otra —replica Jake.

—Mierda. —Ax se pasa una mano por la barba—. Si tienes que hacerlo, hazlo ya.

Niego con la cabeza. Lo único que soy capaz de pensar es «ni de coña».

—No. Que nadie toque a Brinley —les ordeno—. Yo me ocupo de ella —digo, mirando hacia atrás. Me aseguro de que todos asientan antes de abrir la mosquitera e ir tras ella.

El suspiro que suelta Brinley en el baño lleno de vapor me devuelve a la realidad. Por segunda vez en cuarenta y ocho horas he sido testigo de cómo se enfrentaba a una situación traumática y, sin embargo, aquí está, delante de mí en todo su esplendor, como si no le hubiera afectado lo más mínimo.

No puedo apartar la mirada de su cuerpo. No pensaba quedarme cuando he entrado para ver cómo estaba después de acabar de hablar por teléfono con Ax, pero en cuanto he visto el agua corriendo sobre esas tetas tan grandes y perfectas, y bajando por su cintura suave y curvilínea, me he dado cuenta de que no iba a ir a ninguna parte.

Mis ojos se deleitan mientras catalogo todas sus curvas y recovecos. Unos muslos torneados que llegan hasta el coño más bonito que he visto en mi vida, y un culo perfecto y redondo que se curva hasta desembocar en la parte baja de su espalda y formar un suave hueco que está pidiendo mis manos a gritos. Y, tal como sospechaba, sin un solo tatuaje o piercing.

Es un lienzo en blanco. Y pienso dejar mi firma en él una y otra vez, en todos los lugares que pueda.

La polla me palpita bajo la cremallera mientras ella se escurre el pelo y se pasa las manos por el cuerpo. Sus pezones endurecidos son dos puntitos perfectos de color rosado que suplican que los muerda. Brinley se echa un poco de gel del hotel en la palma de la mano y empieza a enjabonarse los hombros, mientras la espuma la acaricia y se pega a ella como el mar que lame la orilla allá fuera. Frunzo el ceño al darme cuenta de que se va a cargar su olor, algo que no me hace ninguna gracia.

Cuando levanta la vista hacia mí y se pasa las manos por las tetas para quitarse la espuma, me desabrocho los vaqueros sin pensarlo dos veces. Desde la primera vez que la vi, tuve claro que esta mujer

era territorio desconocido para mí. En cuanto me permita a mí mismo correrme con su nombre en los labios, estaré sucumbiendo completamente a esta obsesión, y ese momento ha llegado.

Me saco la polla, que sale de los calzoncillos y apunta directamente hacia ella. Me escupo en la palma de la mano y me la agarro antes de que Brinley se dé cuenta de lo que estoy haciendo. Es decir, hasta que cierra el grifo y me mira. Nunca la he tenido tan dura ni tan caliente, después de esta tortura visual. Lo primero en lo que se fija Brinley es en el tamaño, antes de mirar con gran curiosidad los seis piercings que forman una escalera en la parte inferior. Me doy cuenta al instante de que no tiene ni idea de para qué son ni por qué los tengo, pero pronto se enterará. Veo la intriga en sus ojos, que me dicen que nunca ha visto a un tío con piercings, lo cual no me sorprende. No me esperaba menos de ella.

—Ven aquí —le ordeno mientras se envuelve en una toalla. No parece muy convencida, pero sus ojos expresan algo por completo distinto. Su mirada revela que desea todo lo que le pueda ofrecer, pero su buena educación le hace resistirse al impulso de mirarme—. Mira —le digo, señalando hacia abajo con la cabeza—. Mira cómo me pones, Brinley Rose —añado, acariciándome lentamente la polla dura como una piedra mientras ella se queda de pie delante de mí.

Abre todavía más los ojos al verme y el rubor que tanto ansío empieza a ascender poco a poco por su cuello. Bajo la vista hacia ella: está tan indefensa, tan limpia delante de mí, que siento la necesidad de ensuciarla mientras paso el pulgar por su jugoso labio inferior.

—Eso ha debido de doler mucho, ¿para qué los tienes? —me pregunta, refiriéndose a los piercings, sin comprender que el dolor no es algo que quiera evitar, sino que más bien lo busco. Sus ojos tienen ese brillo de descaro que despertarlo se está empezando a convertir en mi objetivo vital.

Le devuelvo la sonrisita burlona y deslizo un dedo entre sus pechos, aún resbaladizos, para quitarle la toalla. Esta cae el suelo

mientras sigo tocándome. Brinley se lame los labios y, al verla, el líquido preseminal empieza a brotar para ella.

—El dolor es la cuestión. Muy pronto, cuando permita que me folles con ese coño apretado, entenderás cuál es la recompensa por ese dolor.

Brinley traga saliva y su sonrisa de suficiencia desaparece. Se pone muy seria y ese miedo que tanto ansío regresa a su mirada. Todo eso combinado es demasiado para mí.

Extiendo la toalla con el pie, todavía sin descalzarme, le doy un par de golpecitos con la gruesa bota y espero. Hace muchísimo que… Joder, ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que tuve la polla en la boca de una mujer. Ese pensamiento me abruma y Brinley la pilla al vuelo y se arrodilla.

Se estremece, empezando a enfriarse después de la ducha, y los pezones se le endurecen todavía más. Mira lentamente mi polla de arriba abajo, antes de volver a levantar la vista hacia mí.

—Supongo que estoy aquí para servirlo, ¿no, amo? —dice en un tono tan lujurioso que me acelera la sangre, como si fuera directamente a mis venas, y me doy cuenta de lo peligrosa que es para mí esta mujer, porque desea mi rabia.

Brinley me agarra la polla con una mano diminuta y me acaricia los piercings con un dedo, uno por uno. Acerco el pulgar a su labio inferior para abrirle la boca. Ella mueve la lengua sin darse cuenta y levanta hacia mí sus grandes ojos azules para mirarme con ingenuidad. La imagen me pone al límite.

—Ahí está esa niñata que tanto me gusta —replico. Ella gime, confirmando lo deseosa que está. Con la punta de la polla golpeo de forma delicada sus labios suaves como la seda y mi voz se vuelve aún más autoritaria—. Abre. —Ella saca la lengua y lame el líquido preseminal que la está esperando. Estoy a punto de poner los ojos en blanco—. Ahora chúpamela —le ordeno.

Brinley obedece y empieza a juguetear con la punta de mi polla. Gruño mientras saca la lengua y empieza a lamerme los piercings uno a uno. Emite un gemido que hace que todo mi cuerpo vibre. La

miro y me fijo en que está apretando los muslos al tiempo que cierra con fuerza la mano que le queda libre sobre el regazo. Sonrío, pensando que muy pronto reconocerá abiertamente lo mucho que me desea.

—No has hecho muchas mamadas, ¿verdad? —le pregunto, señalando lo evidente con una sonrisita burlona. Ella levanta los ojos hacia los míos y niega ligeramente con la cabeza, con mi polla aún en la boca. «Joder». Pues yo encantado de enseñarle—. Ahueca las mejillas. —Le tiro un poco de la mandíbula—. No te limites a chupármela. Trágate mi polla, colibrí —le digo, con voz ronca y lujuriosa.

No tiene ni idea de lo que está haciendo, pero aun así es la mejor mamada de mi vida. Ella obedece, me lame lánguidamente de forma intencionada e intenta metérsela más adentro. Cuando va por la mitad, llego al fondo de su garganta. Eso le produce una arcada y se atraganta. Me rodea la base del miembro con la mano, rozándome apenas con los dedos, pero ni siquiera es capaz de llegar con la boca hasta el puño. Al verla, siento el impulso de llenar todos sus orificios, para los que sé que soy demasiado grande.

—Eso es, usa la lengua —le digo mientras empieza a coger el ritmo.

La agarro por el pelo para ayudarla. Brinley vuelve a atragantarse y la baba le cae por la barbilla cuando alcanzo el fondo de su garganta. Estoy harto de ir despacio, ya no puedo más. Sentir esa boca ardiente envolviéndome es como criptonita para mí. Aprovechando que la estoy agarrando por el pelo, bajo los pulgares hasta su mandíbula y se la abro todo lo posible. Eso le produce más arcadas y me encanta. Su resistencia me pone aún más cachondo.

—Acostúmbrate a tragártela entera —gruño—. Ver esa cara tan bonita mientras te la meto hasta el fondo de la garganta acaba de convertirse en mi nueva imagen favorita.

Brinley vuelve a atragantarse, medio asfixiada, pero yo no me apiado de ella. Continúo metiéndosela hasta el fondo de la garganta una y otra vez, sin parar. ¿Durante cuánto tiempo? No tengo ni idea.

Sigo sacándosela lentamente y volviéndosela a meter, por el mero hecho de disfrutar de la sensación. Me muero por aguantar aunque sea solo un segundo más. Todos los pensamientos que he tenido sobre ella desde que la vi por primera vez, sentada al sol, salen a la superficie a la vez que aparece una mezcla de miedo y deseo en sus ojos, sin ninguna línea que los separe. Ella gime y suspira, moviendo el cuerpo, girando las caderas y apretando los muslos mientras yo me quedo un instante en el fondo de su garganta.

—Baja la mano hacia ese coño y tócate. Quiero que te corras al mismo tiempo que yo —le digo, consciente de que no va a tardar mucho. Brinley abre los ojos de par en par y, joder, me entran ganas de correrme encima de ella. La miro embelesado al ver cómo baja un dedo hacia su entrepierna con delicadeza, casi con elegancia, y se lo introduce en el coño empapado—. No seas tan educada. Toma lo que deseas. Métete otro —le ordeno. Ella suelta un gemido y obedece. Añade otro dedo y lo desliza hacia arriba para acariciarse el clítoris en pequeños círculos—. Así se hace —la animo, entrando y saliendo de su garganta mientras ella se masturba.

Resulta obvio que eso también es nuevo para ella, pero sabe lo que quiere, simplemente necesita la confianza necesaria para obtenerlo. Salgo de su interior para dejarla respirar a la vez que intento controlar la necesidad de destrozarla. Ni siquiera ha acabado de coger aire cuando vuelvo a metérsela. Pero es lo que quiere. El sonido de su coño empapado nos excita a ambos mientras ella sigue moviendo las caderas, corcoveando sobre su propia mano al acercarse al orgasmo. La baba le resbala por el cuello, y mis pelotas se agitan y se tensan. Se la meto hasta el fondo de la garganta cuando mi propio clímax se acerca, recorriéndome todo el cuerpo.

El gemido entrecortado de Brinley al correrse con mi polla en la boca es demasiado para mí.

Me salgo unos instantes, le doy un golpecito en los labios con el vértice hinchado de la polla y ella saca la lengua con toda la naturalidad del mundo. No puedo más. Me corro con intensidad. Ella

cierra los ojos previsoramente mientras los chorros calientes impactan en sus labios, mejillas y cuello.

—Joder, Brinley… —gruño.

Ella me mira, con el semen goteando de sus labios carnosos e hinchados. Todavía la tengo dura de cojones y sigue chorreando. Me limpio el semen del capullo con el pulgar y le meto el dedo entre los labios. Ella me mira con los ojos vidriosos, pero se mete el pulgar en la boca. La miro, jadeando. No recuerdo la última vez que me corrí con tanta fuerza. Pero no es suficiente, el aspecto que tiene ahora mismo hace que tenga ganas de más.

—Eres una chica muy mala, Brinley, quieres hasta la última gota de lo que te ofrezco. Eso es lo que significa ser mía.

25

Brinley



El semen de Gabriel todavía embadurna mis mejillas, mis labios y mi lengua, además de su pulgar, y mi lado perverso está deseando que me llene con él. Le chupo el dedo mientras lo miro con deseo. En cuanto se ha mordido el labio inferior y ha gemido mi nombre, me he dado cuenta de que estaba perdida. Y cuando ha salido de mi boca y se ha corrido de una forma que siempre había considerado degradante, pero que me ha encantado, he sabido que no había vuelta atrás. Que nunca dejaría de desear esto, de desearlo a él. Y ser consciente de ello hace que me cague de miedo. El pelo húmedo se me pega a la piel y aprieto los muslos, todavía con ganas de más. Quiero que me lo dé todo.

—Jefe. —Una voz grave retumba a través de la cabaña. Gabriel me quita el pulgar de la boca con un pequeño chasquido—. Hemos traído sus cosas para que te deshagas de ellas y… ya estamos listos —dice la voz.

«¿Para que se deshaga de ellas? ¿Es que creen que estoy muerta?».

Gabriel se mete la polla todavía dura en los calzoncillos y se sube los vaqueros. No tengo mucha experiencia con los hombres, pero los pocos con los que he estado no se parecían en nada a él. Tiene la polla más bonita e imponente que he visto en mi vida. Nunca había conocido a un tío que la tuviera tan grande y mucho menos llena de piercings. Sinceramente, no sé si me entraría. ¿Cómo será tenerla dentro? ¿Me dolerá? «¿Lo descubriré?».

Baja una de sus enormes manos para ayudarme a levantarme. Yo la agarro. Se da la vuelta en silencio, humedece una toalla pequeña con agua caliente y me limpia con ella hasta el último rincón de la piel en el que su semen se ha depositado.

—Vístete —me ordena, recuperando el tono de voz sereno y autoritario. Tengo las piernas entumecidas después de haber estado arrodillada y corriendo por el bosque. Gabriel me observa mientras me pongo de pie y me quedo desnuda ante él. Reprimo el impulso de cruzar las manos delante de mi cuerpo—. Ponte la ropa de una vez —repite—. Como te quedes un segundo más ahí de pie, así, me costará un triunfo no quedarme aquí contigo, en vez de ocuparme de las necesidades del club.

Asiento con la cabeza, pero el corazón me da un vuelco y al mismo tiempo me derrito.

Me devuelve el vestido sucio. Me lo meto por la cabeza y me siento en la silla que hay al lado de la cama. Gabriel me echa un último vistazo, como para asegurarse de que esté completamente tapada, antes de abrir la puerta de par en par.

Jake está al otro lado, cubierto de sangre de pies a cabeza. Se le ha secado sobre la camisa. Puedo verlo en la penumbra. Se ha lavado las manos, pero aun así veo las salpicaduras que tiene en el cuello y en los brazos. Es un cruel recordatorio de que el hombre al que acabo de hacerle una mamada ha matado a alguien esta noche y de que estos tíos no dudan en ayudarle a ocultarlo.

Jake me mira antes de volver a centrarse en Gabriel. Sus ojos se preguntan por qué sigo viva.

—¿Quieres ir a algún sitio? —le dice.

—¿Dónde están Robby y Kai? —le pregunta Gabriel.

Jake vuelve a mirarme y aparto la vista.

—Ya están… en el bosque… —Jake me echa otro vistazo— trabajando.

Gabriel me pasa la bolsa.

—Ya puedes cambiarte. Mejor hablamos fuera —le dice a Jake antes de dar media vuelta, salir y cerrar la puerta.

Voy al cuarto de baño. En cuanto cierro la puerta, se me llenan los ojos de lágrimas, pero le tengo demasiado miedo como para no obedecer. Simplemente me muevo como un robot y hago lo que me ha dicho.

Me pongo unas mallas y una camiseta, me cepillo el pelo y me dejo la melena suelta para que acabe de secarse. Me echo un poco de agua fría en la cara y, al cerrar el grifo, oigo el eco de las voces ahogadas de Gabriel y Jake en el porche. No es fácil entender lo que dicen, pero con un poco de concentración lo consigo.

—¿Ya lo habéis preparado? —pregunta Gabriel. Reconocería su voz en cualquier lugar. Aunque hace muy poco que lo conozco, ya se me ha quedado grabada.

—Sí, lo voy a entregar yo —responde Jake.

—Llévate a alguien contigo —le ordena Gabriel.

—Qué va, eso sería darle demasiada importancia y vas a necesitar a todos los chicos para meter en el hoyo a ese cabrón. El suelo de arcilla es duro de cojones. Puedo ir solo, ahora mismo está fuera de combate. —Se me saltan las lágrimas. En este momento están enterrando a ese hombre ahí fuera. Me viene a la cabeza su masa encefálica salpicando la pared detrás de él y se me revuelven las tripas. Voy hacia el váter y meto la cabeza dentro, esperando que el estómago se me vacíe de un momento a otro—. Le hemos dicho a Ax que vuelva a la fiesta. No puede escaquearse de su propia boda —dice Jake.

—Vale —contesta Gabriel—. Dale la noche libre —añade con ironía —. Vamos a enterrar a ese tío. Nos vemos aquí en un par de horas, ¿no? —pregunta.

—Sí, más o menos. Depende. Voy a ir con el furgón por carreteras secundarias. Por cierto, ¿te ocupas tú de lo de ahí dentro? ¿Necesitas ayuda? —le pregunta Jake.

Un escalofrío de terror me recorre el cuerpo y vuelvo a sentir náuseas al darme cuenta de que se refiere a mí. Yo soy «lo de ahí dentro».

—Ya me encargo yo —responde Gabriel.

Jake se ríe entre dientes.

—Joder, no te pega nada dejar que se te vaya la olla por un coño. Te ha visto apretar el gatillo, es una estirada y una ninfa de manual. Irá directa a la policía.

—Basta —le ordena Gabriel, enfadado—. He dicho que ya me encargo yo.

—Vale, ya lo pillo, tío. ¿Quieres divertirte un poco antes? —Su risa es atronadora, pero no oigo la respuesta de Gabriel.

Vomito con fuerza. Creía que iba a salir viva de esta isla, pero por lo que he oído, siguen queriendo matarme. No se fían para nada de mí y sé que eso significa que soy una amenaza.

Tiro de la cadena y me apoyo en la bañera fría. El frescor me alivia.

Siento en mis entrañas un fuego que nunca había experimentado.

«No pienso rendirme sin luchar. Conseguiré solucionarlo».

Me levanto, me lavo los dientes y respiro hondo al oír el ruido del furgón, la camioneta o lo que sea que tenga Jake.

Me limpio las lágrimas de la cara, me aliso el pelo y salgo del baño con la barbilla bien alta. Cuando Gabriel me ve en el umbral de la puerta, levanta la vista de la pistola que se está enfundando en la cintura, que da bastante miedo. Saca el móvil y se concentra en él, hablándome sin levantar la mirada.

—Quédate aquí, ahora vuelvo. Chris está en la puerta.

—¿Cómo eres capaz de no pensar en ello? La imagen de la muerte de ese hombre me viene a la cabeza una y otra vez. No puedo dejar de verla —digo en tono inexpresivo. No debería preguntárselo, pero necesito saberlo. Cierro los ojos cuando esta vuelve a aparecer. La forma en la que se le abrió la nuca. El sonido que hizo su cuerpo al chocar contra el suelo pegajoso. No fue como en las películas. Fue como si le explotara la cara. Abro los ojos—. Nunca voy a poder olvidarla —declaro, abriendo más los ojos horrorizada mientras una lágrima me resbala por la mejilla.

Gabriel se planta a mi lado en dos zancadas rápidas. Me agarra por el pelo de la nuca para tirarme de la cabeza hacia delante y

secarme la lágrima con la otra mano.

—Puedes decidir ser más fuerte que esta mierda —me suelta—. La gente nace y muere. Métete de una vez en la cabeza que era un puto desgraciado. No vuelvas a pensar en ese tío y mucho menos a derramar una lágrima por él. Solo tienes que decidirlo. ¿Entendido?

Levanto una mano hacia la que él tiene en mi pelo y se la aprieto lo más fuerte que puedo mientras se me llenan los ojos de lágrimas.

—No es tan fácil…

—Pues sé más fuerte —dice Gabriel, con voz grave y tranquila. Me está sujetando con tal fuerza que solo puedo mirar-lo a los ojos y el resto de mi cuerpo es incapaz de liberarse. Está tirando con mucha fuerza e intento arañarle la mano con la que me agarra el pelo. Me dedica una sonrisita sádica—. Si lo que quieres es ponérmela dura otra vez, está funcionando —declara.

La respiración se me acelera y entorno los ojos. Gabriel me suelta el pelo.

Mi captor. Quiero hacerle daño y, al mismo tiempo, comérmelo.

La puerta de la cabaña ni siquiera se ha cerrado del todo cuando cojo un jarrón y lo estampo contra la pared, frustrada por esta situación insostenible en la que me encuentro. Se hace añicos. Genial. Espero que Gabriel se corte con él al entrar. A lo mejor eso también se la pone dura.

Todavía me duele la nuca por donde me ha agarrado del pelo, pero me limito a quitarme las mallas, apagar la luz y meterme en la cama. Dejo caer las lágrimas.

26

Gabriel



Son más de las tres de la mañana cuando por fin me reúno con mis hombres en medio del bosque, más allá de la cabaña de mantenimiento. He venido hasta aquí solo, andando, para ver si me aclaro de una puta vez las ideas.

Estaba centradísimo antes de que ella apareciera. Lo tenía todo controlado. Pero ahora mismo lo único que tengo en la cabeza es una puñetera película mental de su cara, su coño apretado, su voz y el fuego que veo en sus ojos. Ese puto deseo. Debería estar muerta, pero lo único en lo que podía pensar cuando Kai se ha ofrecido a perseguirla esta noche era en que nadie, excepto yo, iba a tocarle un solo pelo de la cabeza.

La celebración de la boda ya ha terminado, pero he visto que algunos han continuado la fiesta en algunas de las cabañas del hotel. Ax tiene la noche libre, así que somos uno menos. Kai, Robby, Mason y Flipp ya han cavado más de medio metro. Falta metro y medio más. Cavar a mano no es rápido. Y menos en arcilla de Georgia.

Todos se detienen cuando me ven acercarme. Observo los restos de Gator. Está tendido sobre una lona, con todas las partes que le faltan esparcidas a su alrededor. Ya está empezando a ponerse tieso.

—Jefe, ¿tienes algún plan del que no estemos al tanto? ¿Hay algo que quieras contarnos sobre ti y esa ninfa? —me pregunta Kai.

—Aún sigue viva…, así que, ¿tienes alguna idea que no estés compartiendo con los demás? —dice Flipp.

El puto Jake debe de habérselo contado.

—Lo ha visto todo. Hay que eliminarla —añade Robby.

—Es la hija de un ricachón. Una niña bien, un lastre —murmura Flipp, frunciendo su ceño curtido.

—Basta —gruño—. Ahora es cómplice, sí, pero es mía. ¿Entendido?

Absolutamente todos asienten para indicar que lo han pillado. Brinley es intocable. Solo yo decido si muere y cuándo, y hasta entonces van a tratarla con el mismo respeto que a mí. El ambiente cambia cuando todos asumen sin necesidad de recibir más explicaciones que ahora su misión es protegerla. Cojo una pala que está apoyada en la parte de atrás de la camioneta de mantenimiento.

—¿Alguien tiene algún problema? —pregunto.

—No, jefe —murmuran todos.

—Pues volved al trabajo —les digo. Voy hacia la tumba, todavía superficial. Intento buscar una excusa racional para no matarla mientras trabajo en silencio con mis hombres. No sé qué hacer con esta necesidad cegadora de protegerla, porque solo he sentido la necesidad de proteger a otra mujer. Y esa mujer murió por culpa de mi padre y de ese mismo club.

Debería cargarme a Brinley. Si no fuera un cabrón egoísta, lo haría.

Pero lo soy y ya es demasiado tarde. Me he convertido en un adicto.

Tres horas después devolvemos a Gator a la tierra, donde los gusanos podrán darse un banquete con su cuerpo, o con lo que queda de él. Vuelvo a la cabaña y me quito las botas embarradas. Doy un paso y me hago un corte en la planta del pie con algo afilado. Maldigo en voz baja mientras lo desincrusto, y me corto el dedo índice y el pulgar en el proceso, antes de echar un vistazo a la habitación. El suelo está lleno de cristales.

No puedo evitar sonreír. Al final parece que mi pequeño colibrí sí tiene carácter. Los fragmentos brillan en la penumbra. Vuelvo a ponerme las botas. La obligaré a limpiarlo por la mañana. Es una buena oportunidad para que aprenda que las rabietas tienen consecuencias.

Estoy lleno de barro hasta las cejas, pero me importa una mierda. Me siento en la silla que hay frente a Brinley mientras ella duerme profundamente e inhalo el aroma de su piel limpia, aunque hay algo que no me gusta. Huele demasiado a jabón de hotel mezclado con mi olor a colonia y a humo. No me gusta y, sencillamente, no me sirve. Busco su bolsa por la habitación con la mirada y voy hacia ella sin pensar para coger de dentro su perfume. Lo saco de un pequeño neceser de flores y abro el tapón del botecito de *roll-on*. Inhalo el dulce aroma a jazmín antes de echarme un poco en el pulgar. Me escuece al mezclarse con la sangre, pero es como si una parte de ella se filtrara en mí. Vuelvo a la cama, me siento en el borde y le paso suavemente el perfume por las muñecas y la clavícula. Me acerco a ella para olerla. Hace un ruidito y se mueve, despertándose un poco. Sigo notando un poco el olor a jabón de hotel. No es perfecto, pero está mejor.

Brinley tiene las manos entrelazadas bajo esa cara tan bonita, la boca ligeramente entreabierta y el pelo de ónice esparcido por todas partes. Me limito a observarla durante un rato, fijándome en pequeños detalles: el hoyuelo diminuto de su barbilla, la forma en la que descansan sus largas pestañas, sus labios carnosos y cómo me hipnotizan por completo…

Aprieto los puños e intento comprender por qué esa sensación tan extraña que solo puedo relacionar con la paz ha aflorado silenciosamente en mi frío corazón de plomo al tocarla. No sé cuánto tiempo sigo observándola mientras duerme, acariciándole el cuello y la mandíbula. De repente abre los ojos de par en par y siento una presión en el pecho cuando su mirada se posa sobre la mía.

Es demasiado buena. Demasiado pura, y yo estoy deseando corromperla.

En cuanto me sumerja en sus profundidades y la haga mía, me transformaré. Puede que para siempre. Estoy convencido de ello. Pero no se me da muy bien negarme a mí mismo lo que deseo, así que el tiempo no corre a su favor.

27

Brinley



El tacto dulce de una mano en la cara y la caricia suave de un pulgar cálido y áspero me despiertan de la pesadilla. Una pesadilla que, como recuerdo de inmediato, resulta ser real. Abro los ojos, me incorporo en la cama e inhalo sobresaltada. Todavía no me he acostumbrado a Gabriel, al tipo de hombre que es. Y menos cuando está así tan cerca, mirándome fijamente. Todo su ser resulta perturbador. Y encima está sucísimo, lo que le da un aspecto aún más intimidante.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —murmuro.

—Un rato —contesta, levantándose para ir hacia la cafetera de cápsulas que hay encima de la mesa. Pone una taza debajo. Yo lo observo. Me resulta tan raro verle hacer una tarea tan simple y normal que no sé cómo reaccionar. Supongo que los asesinos también necesitan café—. Tu teléfono no ha parado de sonar. Layla y Evan —dice Gabriel mientras la taza se llena y el aroma del café inunda la habitación.

Cojo el móvil. Diez llamadas perdidas de Lay, de esta mañana.

Y un mensaje de Evan que puede leerse en la pantalla bloqueada.

EV
Espero que haya ido bien la vuelta a casa
Llámame si te apetece charlar un rato

Hago una mueca. Ahora mismo, la vida que tenía con Evan me parece algo superlejano. Surrealista.

Le mando un mensaje a Layla para que no organice una partida de búsqueda y me pregunto si de verdad será consciente de la vida que llevan estos hombres. De la vida que lleva su marido.

Estoy perfectamente
Nos vemos en el comedor

CC
Has pasado la noche con Wolfe, no?

No deberías estar en la cama con tu maridito?

CC
Mi pobre chichi maltrecho
también necesita un descanso de vez en cuando

Demasiada información

CC
Estás con Wolfe, o no?

No

CC
Pues Chantel ha ido a buscarte a tu habitación
esta mañana para bajar al spa y no estabas

Que no estuviera no significa que esté con él

CC
Sí estás con él. Nos vemos en el desayuno
Aprovecha para abrir un poco el apetito 😉

—Y, ahora, ¿qué piensas hacer conmigo? —le pregunto directamente a Gabriel mientras dejo el teléfono.

Él me mira, añade un poco de leche al café sin azúcar, viene hacia mí y me lo ofrece. Yo lo acepto, mirándolo a los ojos.

—Cuando digo que lo sé todo, es porque lo sé todo —dice.

No sé si esto me acojona o me pone.

—Pues entonces ya sabrás quién es Evan.

—Sí. —Gabriel se apoya en el aparador de madera al tiempo que empieza a preparar un café para él. Recorro con la mirada los músculos y las venas de sus brazos esculpidos. Se encoge de hombros—. Quería ver si seguías pillada por él. Si iba a ser un problema. Supuse que me daría cuenta al verte la cara cuando dijera su nombre.

—¿Y lo has hecho? —Bebo un sorbo de café.

—Sí —se limita a decir.

Aunque ya no esté enamorada de Evan, lo último que quiero es que se vea involucrado en esto.

—Esa parte de mi vida hace tiempo que acabó. Seguro que solo me ha mandado el mensaje para saber cómo estoy. —Espero mientras Gabriel me analiza—. Aún no me has contestado… a lo de qué piensas hacer conmigo —digo, cada vez más cohibida, todavía aquí sentada, solo con una camiseta, bajo su mirada atenta y embriagadora. Este tío hace que se me pongan los pezones duros solo con mirarme, por el amor de Dios. Lo de mi cuerpo es una causa perdida.

—Porque todavía no sé lo que voy a hacer contigo —contesta con franqueza.

—¿Layla está al corriente? —le pregunto—. ¿De… lo que hacéis?

Gabriel entorna los ojos y se gira para coger el café. No le añade absolutamente nada. Obvio. Tenía toda la pinta de tomárselo solo.

—No puedes saber lo que hacemos solo por haber estado ahí una noche —contesta.

—Creo que tengo una idea bastante aproximada —le digo en un tono más cortante de lo que pretendía.

—No tienes ni puñetera idea —replica.

Decido no llevarle la contraria, pero solo porque la forma en la que Gabriel lo dice indica que es mejor que no lo haga.

—Los miembros del club pueden actuar de dos formas con sus jefas, o con las mujeres a las que estén protegiendo, en tu caso.

—Reteniendo —lo corrijo.

Él se encoge de hombros.

—Pura semántica. —Observo cómo Gabriel posa sus labios perfectos sobre el borde del vaso de papel para beber un sorbito de café—. La mayoría, o se lo cuentan todo, o no les cuentan nada.

—Así que Layla no tiene mucha información —susurro, bajando la vista hacia mi vaso. Gabriel niega con la cabeza, confirmándomelo—. ¿Él se lo contaría, si ella quisiera saberlo? —le pregunto con verdadera curiosidad.

—Depende. Cada cual decide lo que quiere que sepa su jefa. Puede que él no quiera que se entere o que piense que ella no va a ser capaz de gestionarlo.

—Yo querría saberlo todo. Nunca toleraría eso —digo sin rodeos, en un tono muy parecido al que usaría mi madre. Me estremezco para mis adentros—. Hipotéticamente hablando, claro —añado. Gabriel esboza una sonrisa burlona y yo me ablando. No tengo ni idea de por qué esta versión suya sucia y ensangrentada me pone tanto, pero es así. Bebo un buen sorbo de café y me aliso el pelo. Lo tengo ondulado y enredado después de haberlo dejado secar al aire ayer por la noche, al quedarme dormida llorando—. ¿Voy a volver a casa? —le pregunto, sintiéndome débil y a su merced. No soporto esta sensación.

Gabriel bebe un trago enorme de café, probablemente todo el vaso.

—Todavía no puedo confiar en ti. —Me mira de arriba abajo mientras lo dice, pero eso no me da ninguna respuesta en cuanto a mi destino. Me acabo lo que me queda en el vaso—. Vete con tu amiga. —Señala mis útiles de aseo y mi ropa, que están debajo de un espejo que hay colgado en la pared—. Yo voy a darme una ducha. Tengo que solucionar unos asuntos del club y luego te veo en

el desayuno —añade, mientras saca ropa limpia de la mochila—. Y recoge esos cristales. No vuelvas a hacerlo, las pataletas no te van a servir de nada.

—No soy ninguna cría —replico con más carácter del necesario y, admitámoslo, exactamente como una niña malcriada. Miro hacia abajo y veo que lleva una venda blanca en el pie.

—Pues no te comportes como tal —me dice—. Chris está fuera. Te acompañará al edificio principal —añade.

—¿Corro peligro por lo que vi anoche? —le pregunto. Gabriel está a punto de entrar en el baño, pero se detiene en seco. Da media vuelta y viene hacia mí, se sube a la cama y me agarra por los muslos. Me quedo sin respiración mientras me pone debajo de él y se coloca encima de mí. Su olor a hoguera y a cuero, mezclado con el de su colonia o loción para después del afeitado, basta para hacerme sucumbir.

—Corres peligro porque eres mía, no por lo que viste —dice. Sus palabras y su proximidad hacen que se me acelere el pulso. Obviamente, Gabriel se da cuenta. Observa los latidos en mi cuello, antes de volver a mirarme con curiosidad—. ¿Qué es lo que te da miedo? ¿Que te diga que eres mía o que corres peligro? —me pregunta en voz baja.

—Ambas cosas. —Trago saliva—. No sé qué me asusta más. Estar contigo o estar lejos de ti —respondo con sinceridad.

Gabriel baja la vista hacia mi boca. Su nuez oscila y la tensión se refleja en la barba incipiente de su mandíbula. Se agacha y me roza los labios con los suyos.

Basta un instante de ese suave beso para insuflar vida a todas las células de mi cuerpo. La euforia me invade mientras lo prolonga un instante más, antes de apartarse. Yo tardo otro en abrir los ojos.

—Bien —es lo único que dice antes de levantarse e irse a la ducha.

El sonido del pestillo me deja las cosas muy claras. Yo le pertenezco y puede mirarme, utilizarme y modelarme a su antojo. Pero él no me pertenece a mí.

Respiro hondo y me tumbo en la cama. Ni siquiera puedo contarle a Layla nada de esto. Ella no sabe de lo que es capaz este club. Ni siquiera conoce al hombre con el que se ha casado, ¿o puede que sí y haga la vista gorda?

«Aún no puedo confiar en ti». Las palabras de Gabriel resuenan en mi cabeza.

Tengo la sensación de que las discusiones con este hombre todavía no han terminado, porque ni de broma pienso irme a vivir a un club de moteros. Es mejor que Gabriel me pegue un tiro en la cabeza ahora mismo, si cree que eso va a suceder.



—¡Por fin! —exclama Layla, guiñándome un ojo mientras el enorme diamante brilla en su mano izquierda.

Está en una mesa del comedor principal del hotel con las chicas. La sala se encuentra llena. Hay miembros del club por todas partes, yendo de aquí para allá y charlando. Algunos están llenándose los platos con la comida del bufé.

Voy a buscar algo de comer, pero nada me apetece. Me sirvo zumo y café. Ax se acerca a la mesa al mismo tiempo que yo y nos sentamos cada uno en un extremo. Tiene el plato lleno hasta los topes de huevos con beicon.

—Buenos días, chica nueva —dice, como si anoche no hubiera pasado nada—. He olvidado la sal y la pimienta, querida. —Le da un beso en la cabeza a Layla y va a buscarlas al bufé.

—¿Has dormido bien? —me pregunta Layla en voz baja.

—No nos hemos acostado —digo automáticamente.

Las cuatro chicas levantan la vista.

—¿Dos noches sin sexo? —pregunta Chantel—. ¿Y qué hacéis, entonces?

—No sé. Discutir, básicamente —respondo con sinceridad, removiendo el zumo en el vaso.

Me inclino hacia Layla.

—¿Puedo hablar contigo sin que me hagas preguntas? —le susurro. Debe de haberme visto la cara, porque se pone seria al instante.

Asiente y se levanta.

—Claro, vamos al baño. —Justo cuando echamos a andar, veo la silueta de Gabriel entrando por la puerta del comedor, pero me cuelo en el aseo antes de que clave sus ojos en los míos—. Me estás asustando, Brin. ¿Te encuentras bien? —me pregunta en cuanto nos ponemos a salvo detrás de la puerta. Yo me vengo abajo. Esto ya es imparable. Las lágrimas empiezan a desbordarse. Layla tira de mí y me abraza con fuerza—. ¿Qué ha pasado? ¿Te ha hecho daño? Porque te juro que lo mato.

—No. —«La verdad es que no…, al menos nada que yo no disfrutara».

—Entonces ¿qué ha pasado?

Sollozo.

—No te lo puedo decir. Creo que solo necesito un abrazo.

—Brin. ¿Has visto algo que te ha asustado?

—¿No lo sabes, Lay? ¿No sabes… lo que hacen? ¿De verdad que no? —le pregunto, aunque sé que me voy a meter en un lío simplemente por haber sacado el tema.

Ella sonríe y me aparta el pelo de la frente.

—Sé muchas cosas, amiga. Pero no es lo mismo querer saber o preguntar qué hace el club, que saberlo de verdad. No puedes estar casada con un miembro de los PDI y ser una ilusa. Claro que he visto y oído algunas cosas. Sé que puede que ahora mismo te cueste creerme, pero estos tíos son mejores de lo que pueda sugerir cualquier cosa que hayas visto u oído.

Yo resoplo.

—¿Es normal que retengan a alguien que ha visto algo? —le pregunto.

—¿Qué? —me pregunta, riéndose, como si le pareciera divertido.

—Según él, me está reteniendo por eso —le suelto, muy seria.

—¿Qué? ¿Cómo que te está reteniendo?

No sé si reír o llorar.

—Es o él o la muerte.

Ella se echa hacia atrás y me mira a los ojos.

—¿Wolfe te ha dicho que tienes que quedarte con él? —Asiento con la cabeza, secándome una lágrima de la cara. Cualquier rastro de humor desaparece de los ojos de Layla, que baja la vista concentrada, como si estuviera analizando la situación—. No quiero saber lo que has visto —dice, volviendo a mirarme a los ojos—. No quiero que me digas lo que ha pasado, porque prefiero no saberlo. Pero ¿podrías evaluar, en una escala del uno al diez, lo grave que ha sido?

—Veinticinco.

—Joder —murmura Layla—. Wolfe no retiene a la gente así porque sí —susurra, probablemente intentando encontrarle un sentido a las cosas.

—Qué suerte la mía. Así que soy un experimento. Me va a tocar vivir en el club con mi secuestrador.

—Escúchame bien, Brin. No quiero ni imaginarme lo que habrás visto, pero tienes que hacer lo que él te diga —me suplica Layla—. De momento tienes que seguirle la corriente. Esto no es… nada típico de Wolfe… y seguro que estará intentando no hacerte daño porque eres amiga mía. En el fondo tiene su corazoncito. Debe ser eso.

—No me digas —replico con ironía.

La puerta del baño se abre y Layla y yo disimulamos al ver entrar a dos mujeres. Layla las conoce y empiezan a charlar.

Aprovecho para arreglarme un poco mientras hablan. Me lavo las manos y me aliso el pelo.

—Podría ser la primera del fin de semana —dice una mujer morena muy guapa. Miro hacia atrás—. No lo he visto con nadie. De hecho, apenas lo he visto. —Tiene la voz ronca y parece varios años mayor que yo.

—Pues buena suerte. No le van las reincidentes —dice otra chica morena, más bajita y con el pelo rizado y alborotado, mientras se

pinta los labios.

—El fin de semana ya casi ha acabado —les dice Layla—. Es un hombre, chicas, no una polla con patas, por el amor de Dios. Además, los chicos han tenido mucho trabajo estos dos días —añade, mirándome.

Me doy cuenta al instante de que esas mujeres están hablando de Gabriel y, curiosamente, no me hace ninguna gracia. Me pregunto por qué un hombre con esa reputación de tirarse a todo lo que se menea no ha intentado acostarse conmigo. No habrá sido por falta de oportunidades.

Saco el brillo de labios del bolso.

—Hay un montón de armarios de mantenimiento por ahí. Voy a ver si consigo encerrarme en uno con él antes de que nos vayamos —dice la mayor de las chicas morenas.

—¡Qué mala eres! —replica su amiga, riéndose.

No me quedo a oír el final de la conversación. Las esquivo para volver al comedor, rozando sin querer a una de ellas al pasar. A la más alta, que tiene el pelo largo y liso.

—Al menos pide perdón, zorra —me dice.

Miro hacia atrás.

—Lo siento —replico mientras ella se ríe.

—No se te ocurra volver a hacer eso, Sandra Dee —me grita.

Contengo las lágrimas mientras cruzo el pasillo del baño y vuelvo al comedor. Me siento tremendamente fuera de lugar en medio de esta gente. ¿«Sandra Dee»? ¿La de *Grease*? ¿Esa es la imagen que tienen todos de mí? ¿La de una niña buena con un lazo en el pelo?

Cuando llego al comedor principal, Gabriel está en mi mesa. Completamente limpio. No queda en él ni rastro de lo de anoche. Lleva unos vaqueros negros, una camiseta blanca por debajo del chaleco y las típicas botas de motero. Tiene el pelo, todavía húmedo y ondulado, sujeto detrás de las orejas.

Miro a mi alrededor, preguntándome si habrá estado con todas las mujeres de la sala.

«Con todas menos conmigo», me recuerda la vocecita de mi cabeza.

Voy hacia la mesa y me doy cuenta de que está justo en la silla que hay al lado de la mía, zampándose un plato lleno hasta los topes. En mi sitio hay otro plato con huevos humeantes, beicon, fruta y una tostada. Su olor a limpio me vuelve loca incluso antes de sentarme.

—Come —me dice en cuanto ocupo mi lugar.

Toda la mesa se me queda mirando mientras me siento y rechazo su ofrecimiento.

—No, gracias —respondo.

Kai y Chantel se quedan con la boca abierta, literalmente.

«¿Cómo me atrevo?».

Miro a Gabriel, que se está metiendo un buen trozo de beicon entre esos dientes tan blancos y perfectos. Lo muerde y sus ojos se cruzan con los míos.

—No me obligues a decírtelo dos veces —murmura en voz muy baja, para que nadie más pueda oírlo, y vuelve a ponerme el plato delante.

Llego a la conclusión de que es mejor que elija mis batallas, al tiempo que me recuerdo a mí misma que el único poder que tengo ahora mismo es la capacidad de decisión, y la fruta tiene buena pinta. Pincho una bolita de melón con el tenedor y lo miro fijamente mientras me la acerco a los labios, los entreabro y pongo la bola entre ellos, antes de cerrarlos sin prisa.

—Mmm, qué rico —digo con un gemido.

Alguien (creo que Kai) deja caer un cubierto, y veo que una tormenta comienza a formarse en los ojos color pizarra de Gabriel.

Empiezo a masticar y clavo la mirada en él mientras me quito el tenedor de la boca, mucho más despacio de lo debido.

—¡Por fin te encuentro! —exclama la mujer del baño, con su voz ronca. La observo con más detenimiento. No debe de tener más de treinta años. Tiene una melena abundante y huele a un perfume afrutado. Lleva una camiseta blanca corta y una falda de cintura

alta. Aun así se le ve una franja de piel en el ombligo. Un tatuaje de una serpiente le asoma por la manga y debe de recorrerle todo el cuerpo, porque también se le ve en la cintura y por debajo de la falda. La gente de la mesa se ha puesto a charlar de nuevo—. ¿Puedes escabullirte un ratito? —le pregunta a Gabriel.

Yo no levanto la vista. De hecho, intento mirar hacia cualquier otro lado. Si piensa irse con ella, algo que esa mujer tiene tan claro que hará, no quiero que se dé cuenta de que me importa lo más mínimo. Me como otro bocado de melón y espero su respuesta con el corazón en un puño. Layla se sienta a mi otro lado con el plato, después de que Gabriel le haya robado su anterior sitio.

—¿Por qué no le preguntas a Brinley qué le parece? —le dice Gabriel a la mujer, con arrogancia. Ella gira la cabeza hacia un lado y me mira. La humillación y la rabia hierven en mi interior. Estoy a punto de estallar.

—Claro, Sandra. —Me guiña un ojo. Me dan ganas de pegarle una torta—. Tú también puedes venir. Pero espero que no me aburras como una ostra —dice con una sonrisa.

Caray. Hay que ver cómo se las gastan estas tías.

«Que les den a los dos». Ya estoy harta de que la gente piense que puede pisotearme. Suelto una risita burlona.

—Tampoco creo que sea para tanto —le digo.

—¿Perdona? —replica ella, girándose para mirarme de frente, como si fuera a pegarme.

Como otro trozo de melón, sonrío y mastico.

Nunca me había sentido tan libre. Un recóndito rincón de mi cerebro me dice que Gabriel no va a permitir que esta mujer me haga daño, así que ahora mismo me siento lo bastante fuerte como para meterme con los dos.

—Uy, perdona —digo, hablándole como si fuera una niña pequeña —. ¿No me has entendido bien? Te lo explicaré más claro. ¿Es que su polla es mágica o qué? —le pregunto, señalando a Gabriel con la cabeza. La inclino hacia un lado y a alguien se le escapa una risilla. Quizá debería parar, pero no lo hago—. Porque hace menos de cinco

minutos me has llamado «zorra» en el baño de chicas. ¿Y ahora quieres montártelo conmigo? —le pregunto.

Toda la mesa se queda en silencio.

—Brin —me advierte Lay, que sigue sentada a mi lado, apretándome el muslo.

—Cassidy, ¿verdad? —le dice Gabriel, sin dejar de mirarme fijamente.

—Chelsea —lo corrige ella.

—No me refería a que Brinley se uniera a nosotros… —Levanta la vista hacia ella y la chica se derrite ante su mirada. Pongo los ojos en blanco—. Me refería a que le preguntaras qué le parecería que te llevara al baño más cercano y te follara hasta que grites —le explica, volviendo a clavar los ojos en los míos con firmeza.

—Adelante —contesto, encogiéndome de hombros y siguiéndole el rollo. Levanto la vista hacia Chelsea—. Yo no soy su niñera —añado.

Por el rabillo del ojo, me parece ver una sonrisa de satisfacción en la cara de Gabriel.

—¿Me estoy perdiendo algo? —pregunta Chelsea.

Bebo un buen trago de zumo y vuelvo a mirarla.

—No —contesto, chasqueando los labios—. Todo tuyo, guapa. Pero yo que tú le pondría una gomita a ese chisme, que a saber dónde lo habrá metido.

—Pero ¿tú quién coño te crees…? —empieza a decir la chica, pero Gabriel alarga la mano y la agarra con fuerza del brazo. Ella se calla al instante—. Bueno…, ya me voy. Solo quería saber si te apetecía divertirte un rato. Paso de meterme en medio de esto, sea lo que sea —dice Chelsea, señalándonos a ambos.

—Buena idea, Cassidy —le dice Gabriel sin mirarla—. De todas formas, no iba a follarte.

Chelsea se marcha murmurando algo ininteligible sobre mí y Gabriel, que deja de mirarme a los ojos y sigue comiendo, como si nada. La veo alejarse y hago un esfuerzo para no alegrarme de que Gabriel la haya rechazado. Él no dice ni una palabra y continúa comiendo en silencio sin más, aunque estoy segura de haber visto

una especie de brillo de orgullo en su mirada cuando me he defendido.

Pero no era solo eso lo que Gabriel deseaba. Sé que intentaba que reconociera mi deseo, que me sometiera a él como el resto de las mujeres que están aquí. Pues no pienso hacerlo, era él quien quería una niñata.

—¿Qué mosca te ha picado? —me pregunta Layla alucinada, con los ojos abiertos de par en par.

—No tengo ni idea —susurro con sinceridad.

¿La respuesta corta? Gabriel Wolfe me vuelve loca. Me hace perder el control en todos los sentidos.

Lo ignoro mientras como, pero él se levanta y se va en mitad del desayuno con Ax, Flipp y Robby. No me dice adónde ni cuándo volveré a verlo. Simplemente me da unas instrucciones y un apretoncito en el hombro. Que vuelva a casa con Layla y las chicas y empiece a recoger mis cosas. No me queda más remedio que ir con ellas en el todoterreno de Chantel.

Durante el camino de vuelta a casa me pregunto cuándo volverá a buscarme. Layla se queja de que han tenido que posponer el viaje de la luna de miel a California porque Sean «tiene que trabajar». Yo no hablo mucho. Estoy deseando llegar a casa, darme una ducha caliente, cerrar todas las puertas con llave y meterme en la cama.

Me yergo en el asiento al doblar la esquina de Spruce al ver que mi casa es un hervidero de actividad. Hay dos furgonetas aparcadas delante y temo que haya reventado una tubería, o algo así, hasta que nos acercamos un poco más. Hay varios montones de madera de cedro en el jardín delantero, un contenedor de basura en el camino de acceso y como diez hombres en diferentes sitios, derribando el viejo porche podrido.

28

Gabriel



No creo que se lo vayan a tomar muy bien —dice Jake, cuando estamos todos reunidos en la capilla ese mismo día. Miro el reloj que hay en la pared detrás de él y luego la enorme obra de arte de metal que hay debajo, que representa la insignia de nuestro club. La temible calavera de lobo que cada día me recuerda por qué estoy aquí sentado.

—Desde que abrieron hace un mes el centro para drogodependientes en la zona de Chestnut, están empezando a limpiar las calles. Creo que su mercado de azul se ha visto afectado —comenta, utilizando el nombre que se le da al fentanilo en las calles de Savannah.

—Bueno, al menos esas son buenas noticias —digo.

Acabamos de volver de una reunión con nuestro proveedor de Canadá. Allí abunda la metadona y es fácil conseguirla a través de la frontera si tienes los contactos adecuados. Acabamos de conseguir la suficiente para abastecer a otras dos clínicas de la zona de Savannah a medio plazo. Gracias a las donaciones de los beneficios, que retornan a la comunidad a través de una de nuestras empresas ficticias, podremos pagar el sueldo de dos asesores más. Puede que vendamos drogas ilegalmente, pero no de la forma que la mayoría de la gente se esperaría. Me he propuesto como objetivo vital facilitar el acceso a fármacos sustitutivos como la metadona, que se usan para ayudar a los toxicómanos a desintoxicarse, a los centros que les ayudan a recuperarse. Hay quien considera que traficar con

ese tipo de fármacos es ilegal; para mí es simplificar la burocracia. Y encima es muy rentable. Así que todos salimos ganando.

Obviamente, a los Discípulos del Pecado —los proveedores de azul, heroína y otras mierdas que traen de El Paso— no les gusta que vayamos por ahí abriendo clínicas y ayudando a limpiar las calles donde intentan trapichear. Es malo para el negocio que estos yonquis tengan otras opciones y recursos.

—¿Cómo va lo de la entrega del mensaje? —pregunto.

—El aspirante de los DDP ha ingresado esta mañana en el Hospital Peachwood de Savannah. Lo han dejado allí en una furgoneta gris plata. Max ha dicho que no ha entrado nadie con él, así que creo que el mensaje ha sido contundente —dice Flipp, mencionando a uno de nuestros miembros más recientes, al que hemos enviado a vigilar las urgencias del hospital.

—Tardará en decir algo, si es que llega a hacerlo. Es difícil hablar sin lengua y escribir sin dedos. —Kai sonríe—. No creo que vuelva a disparar un arma ni a hacer volar nada por los aires en mucho tiempo.

Niego con la cabeza.

—Deberían haberlo matado por dejarse pillar. No tiene sentido —digo, frotándome la mandíbula con la mano—. Lo han dejado con vida por algo.

—Sin duda intentarán buscar la forma de sacarle más información —replica Kai, encendiendo un cigarrillo.

—Yo no me preocuparía por eso —opina Jake—. Hablando de personas que deberían estar muertas… —añade sin dejar de mirarme—. Nosotros intentamos entender qué coño te pasa.

—¿A qué cojones te refieres? —replico. No me gusta que se me cuestione.

—Sabes de sobra a qué me refiero. A la chica. Sabe demasiado… Es decir, debería estar muerta. Anoche no te presioné, pero el club es de todos. Queremos saber cómo piensas asegurarte de que no nos joda.

Aprieto el puño por debajo de la mesa para mantener la calma.

—La chica es cosa mía —digo. Todos los hombres que están alrededor de la mesa me miran como si no supieran qué opinar al respecto—. Sé que es poco ortodoxo. —No pienso mostrar ni una pizca de debilidad. No entiendo por qué deseo tanto a esa mujer, pero eso no es de su puñetera incumbencia—. Nos resultará útil —digo, solo para que se callen—. Confiad en mí. Y no volváis a preguntarme. —Jake aprieta la mandíbula. Me giro hacia Ax—. Cuando metiste a Layla en tu casa a las dos semanas de conocerla, nadie te cuestionó.

—Ahora Layla es mi mujer —replica Ax.

—Tu mujer. ¿Por qué? ¿Porque lo dice un trozo de papel? Entonces no lo era. Solo lo cuestionáis porque se trata de mí —digo.

—Pues sí.

—Exacto.

Todos contestan afirmativamente.

—Sabes que esto no es típico de ti, jefe. Solo queremos asegurarnos de que estás pensando de forma racional. Con esa carita, jamás sobreviviría en Henderson —dice Kai, refiriéndose a la cárcel local.

—La chica es cosa mía —repito—. ¿Alguno de vosotros duda de mis decisiones? ¿O de mi capacidad de liderazgo? —Doy un puñetazo en la mesa.

—En absoluto, jefe. —Kai es el primero en responder. El resto niega con la cabeza o contesta en voz alta, como él.

—Todos confiamos en ti… Es que… queremos asegurarnos de que no sea una distracción —dice Jake.

—No lo es —les aseguro.

—¿Por qué ella? —me pregunta Kai, con verdadera curiosidad.

Los miro a todos.

—Cuando descubra por qué cojones, os lo diré. Hasta entonces, la chica es cosa mía, y no estoy distraído.

Dicho lo cual, doy un golpe con el mazo para hacerlos callar a todos de una puta vez.

Llego a la esquina de Netherwood y Spruce justo cuando el sol empieza a ponerse. El equipo está trabajando duro, tal y como se le ordenó.

Ya casi han echado abajo el gran porche viejo de la enorme casa centenaria y eso que solo ha pasado un día. Hay varios palés de cedro nuevo en la entrada y el todoterreno de Chantel hace tiempo que ha desaparecido, pero la moto que hay delante de la casa y el aspirante que está sentado en una silla de jardín bajo un árbol indican que Brinley está dentro. Le he dicho que tenía asuntos que resolver, que se fuera a casa con Layla y las otras chicas, y que metiera en una bolsa sus cosas, todo lo que quisiera llevarse.

Veo que aparta un poco el visillo del interior de la cocina mientras apago la moto. Me pregunto cómo me la encontraré. ¿Qué llevará puesto cuando entre? ¿Me habrá hecho caso y habrá empezado a recoger y a prepararse para irse, o me dedicará una de esas miradas retadoras y me plantará cara? ¿Agradecerá que haya enviado a una cuadrilla a arreglarle el porche, o le habrá sentado mal que me haya entrometido?

—Gracias, tío —le digo a Austin, nuestro aspirante más reciente, por encima del ruido de las sierras de demolición y las voces de los obreros. Le doy una palmadita en el hombro—. Chicos, podéis dejarlo ya y marcharos, para contentar a los vecinos; ya es bastante tarde.

—Vale, como querías que fuera lo más rápido posible, no hemos querido parar hasta que tú nos lo dijeras. —Asiento con la cabeza. Un tío listo—. ¿Van a hacer los chicos o Shell alguna barbacoa esta noche? —me pregunta.

—Puede, pásate a ver —le digo mientras se abrocha el casco. Me giro para saludar con la cabeza al equipo del porche: otros dos aspirantes del club, un miembro mayor que ya apenas usa la moto y su nieto, que tiene el título de carpintero—. Buen trabajo, chicos —les digo, yendo hacia la puerta principal.

—Mañana acabaremos de derribar el resto del porche viejo y empezaremos con el nuevo.

—Llevaos los restos de madera a Millers Farm y decidles que me lo carguen a mí —les digo antes de hacerles un gesto con la cabeza para que se larguen.

Empujo la mosquitera y entro en la casa en penumbra con el sonido de fondo de las herramientas cayendo en las cajas y de las camionetas y las motos arrancando.

Levanto la vista hacia el vestíbulo de dos plantas. Es una casa enorme, demasiado grande para una sola persona. Sin embargo, está ordenada y huele a una mezcla de aire estancado y limón o cítricos, pero todos los muebles están limpios y destapados, y las paredes son de color gris claro.

—Estás perdiendo el tiempo. Como comprenderás, ni de coña pienso irme contigo a vivir a la sede del club.

Me giro para enfrentarme a la voz desafiante que resuena detrás de mí. Brinley está allí de pie, con los pies descalzos, unos pantaloncitos cortos de tela, una camiseta de tirantes negra corta y el pelo alborotado y suelto sobre los hombros. Tiene los pezones duros bajo la camiseta y los brazos cruzados bajo las tetas, formando una pequeña repisa para ellas. Su bonito y provocador ceño fruncido indica que tiene intención de resistirse.

Joder, está impresionante cuando se enfada.

La miro fijamente a los ojos desde el otro lado de la habitación.

En una cosa tiene razón: estoy perdiendo el tiempo, pero no en el sentido que ella cree.

Nunca voy a poder superar el deseo que siento por ella.

Brinley no tiene salvación.

Su respiración se vuelve más superficial y saca la lengua para humedecerse el labio inferior. Por fuera es pura fortaleza, pero sus ojos de color azul claro arden a fuego lento. Cuando se cruzan con los míos, veo en ellos un leve atisbo de miedo.

Esa fracción de segundo es lo único que mi cuerpo necesita para que un instinto básico y primario se apodere de mí. El instinto de

darle caza, de poseerla por completo.

El poco autocontrol que me queda se rompe como una ramita bajo el peso de mi bota, y me doy cuenta de que no hay vuelta atrás.

29

Brinley



Estoy paralizada, no me atrevo a moverme ni a respirar. En el poco tiempo que ha pasado desde que conozco a Gabriel, lo he visto enfadado, entretenido, intimidante, concentrado y divino.

Pero nunca así. Soy incapaz de interpretar esta mirada.

No recibo ninguna contestación.

Me observa fijamente con ojos penetrantes, como si tocara con ellos hasta el último pelo de mi cabeza y cada centímetro de mi piel. Como si estuviera memorizando todo mi cuerpo. Temo volver a hablar, e incluso respirar.

Espero como una mosca atrapada en una telaraña.

En cuanto Gabriel se mueve, me sobresalto. Él esboza una sonrisa burlona, se quita tranquilamente el chaleco y lo deja sobre el respaldo de una silla en la sala de al lado. Se gira y regresa en silencio a la puerta principal. Posa una mano en el centro de esta, se apoya en ella y baja la cabeza para hacer una pequeña pausa, casi como si necesitara serenarse. Veo cómo sus hombros suben y bajan mientras inspira y después suelta un profundo suspiro. Levanta la otra mano, la posa un instante sobre el picaporte y echa lentamente el cerrojo de la puerta con un sonoro «clic» que resuena en toda la casa. Percibo el peligro, pero sigo clavada en el sitio, demasiado asustada para ir a ninguna parte. Gabriel se aleja despacio de la puerta y mira el chaleco que ha dejado en la silla. Pasan un par de segundos antes de que pose de nuevo sus ojos amenazantes sobre los míos.

—Corre —gruñe.

Vuelvo a estremecerme cuando su voz grave resuena en el silencio de la casa.

—¿Qué?

—Parece que estamos en un punto muerto. —Empieza a acercarse y me preparo para huir—. Voy a darte un minuto de ventaja. —En ese instante me doy cuenta de que reacciono fatal ante el miedo, porque sigo sin moverme. Me limito a observar a cámara lenta cómo el cazador viene hacia mí, me agarra por los brazos y me atrae hacia él bruscamente. Nuestros cuerpos se funden y su dulce aroma me envuelve, atrayéndome todavía más—. Si te encuentro antes de que se ponga el sol, te follaré y a partir de entonces tendrás que recordar que eres mía.

Acerca los labios a los míos mientras enreda las manos gigantes en mi pelo y siento su erección presionándome el abdomen.

—Podrás follarme, pero nunca serás mi dueño —replico, poniéndolo a prueba.

Gabriel me agarra el pelo con fuerza por la raíz y me echa la cabeza hacia atrás con violencia para tener mejor acceso a mí.

—Puta niñata.

Su voz profunda hace que un escalofrío me recorra todo el cuerpo. Baja la boca y la acerca a la mía mientras yo espero, jadeante, porque no puedo moverme. Tiene las manos enredadas de tal forma en mi pelo que, si intento huir, podría arrancármelo del cuero cabelludo. No podré escapar hasta que me suelte y lo sabe. Su aliento mentolado e impregnado en bourbon me invade en cuanto desliza la lengua por mi labio inferior. Luego se lo mete en la boca y lo muerde con tal fuerza que empieza a sangrar. Mi cerebro lo registra como dolor, pero mi cuerpo se enciende, mi entrepierna empieza a palpitar de inmediato y gimo sobre su boca.

—¿Qué me estás haciendo? —me pregunta, con voz entrecortada y casi tan jadeante como yo.

Lo miro a los ojos y tenso un poco más la cuerda al recordar lo que me dijo Layla. Es mi cuerpo lo que quiere, es a mí a quien

desea. Saco fuerzas de flaqueza y me armo de valor. Bajo la vista antes de volver a mirarlo.

—Por favor… —gimo, como si estuviera deseando que me devorara.

Él gruñe pegado a mí e identifico el instante en el que se rinde y pierde por completo el control, que cae al suelo junto con todas mis inhibiciones.

—Joder…

Apenas ha acabado de hablar, cuando sus labios se estrellan contra los míos, igual que en el bosque, solo que esta vez no se detiene. Gabriel me quita las manos del pelo y me las pone a ambos lados de la mandíbula, en un movimiento fluido y deliberado, antes de inclinarme la cara para poder acceder mejor a mí, deslizar la lengua en mi interior y moverla muy despacio al ritmo de la mía para saborear hasta el último rincón de mi boca. Su beso rebosa una pasión que soy incapaz de explicar. Es un torbellino de labios, lenguas y dientes. Con él me hace suya, besándome como si el tiempo no existiera. Y soy consciente de que nunca me habían besado de verdad.

Es como si el resto de los hombres no contaran.

Le rodeo los hombros con los brazos, noto sus músculos ondulantes bajo la camiseta y me muero por sentir su piel, su cuerpo desnudo pegado al mío. Deslizo las manos hacia arriba y las enredo en el pelo de su nuca. Tiro de él con fuerza y Gabriel gime en mi boca. Necesito tenerlo aún más cerca, así que lo agarro con desesperación y lo atraigo hacia mí, obligándolo a aproximarse. Me pego a él como si su cuerpo estuviera hecho para encajar con el mío, aunque por más que lo manoseo no obtengo lo que necesito. Gabriel me besa con tal intensidad que no sé cuánto tiempo hace que no respiro, pero me da igual. Ojalá muriera así, entre sus brazos. Ojalá este subidón durara para siempre. Al cabo de unos segundos vuelve a enredar las manos en mi pelo. ¿O han sido minutos? No tengo ni idea.

Acerca la frente a la mía.

—Escóndete bien, pequeño colibrí. Cuando te encuentre, te voy a destrozar.

Gabriel está respirando tan rápido como yo, y a mi lado sádico recién descubierto le encanta darse cuenta de que soy capaz de hacerle perder el control tanto como él a mí. Un rumor profundo retumba en su pecho y me suelta de golpe, dejándome en un estado en el que apenas soy capaz de mantenerme en pie. Deja caer las manos a los costados. Veo cómo aprieta los puños y tensa la mandíbula.

—Corre —me ordena una vez más.

Inmediatamente salgo disparada.

Cruzo la casa tan rápido como me permiten los pies y estoy a punto de caerme por las escaleras mientras las subo, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. Pienso en todos los lugares en los que podría esconderme. A medida que corro, aguzo el oído para comprobar si Gabriel ha faltado a su palabra, y no dejo de contar: «veinticuatro, veinticinco…». Sé que dispongo de poco tiempo. Abro todas las puertas de par en par, para que no sepa en qué habitación me he metido, y voy hacia el último dormitorio del pasillo. Es pequeño, discreto y silencioso. «Treinta y ocho, treinta y nueve…».

Aparto una mecedora de la pared lo justo para colarme por detrás de ella, girar la manilla que sé que está oculta en el revestimiento y abrir la puerta secreta que lleva al viejo trastero del ático. Cierro con sumo cuidado la puerta después de entrar, con manos temblorosas. «Cuarenta y seis, cuarenta y siete…». Tengo la sensación de que el corazón se me va a salir del pecho mientras corro escaleras arriba como si huyera de un incendio. Sé perfectamente adónde ir. Estoy cagada de miedo, pero al mismo tiempo quiero que me encuentre. «Cincuenta y uno, cincuenta y dos…».

Llego al final de la escalera del ático, me detengo para recuperar el aliento y echo un vistazo rápido a la habitación en la que mi abuela guardaba los trastos viejos. Miro a mi alrededor, intentando buscar el lugar menos visible. Trepo por encima del baúl de cedro de mi abuela y me agacho detrás de él, en la parte más oscura del desván.

«Cincuenta y seis, cincuenta y siete…». Estoy eufórica y rebosante de deseo. La emoción de la espera me consume mientras cuento los últimos segundos que faltan para que mi lobo venga a buscarme. «Cincuenta y ocho, cincuenta y nueve…».

«Sesenta».

30

Gabriel



Observo cómo desaparece su silueta escaleras arriba en la oscuridad de la casa y de repente me encuentro peleándome contra mi propia naturaleza, esforzándome por darle la ventaja que le he prometido. La bestia que hay en mí intenta librarse de las cadenas, desea atraparla entre sus fauces, zambullirse en su calor y poseerla por completo. Nunca la había tenido tan dura. Nunca en mi vida había estado tan desesperado por algo como lo estoy ahora mismo, en este preciso instante, por Brinley Rose Beaumont. El mundo entero podría arder en llamas a nuestro alrededor y ni aun así dejaría de perseguirla para follármela sin parar hasta que ambos acabáramos reducidos a cenizas.

Echo un vistazo por la ventana trasera de la casa y veo que el sol empieza a ocultarse en el horizonte. Los sesenta segundos que le he dado pasan con una lentitud agónica mientras oigo el repiqueteo de sus pasos por encima de mí. El ruido se aleja, desaparece y echo a correr escaleras arriba detrás de ella, convencido de que esa mujer va a hacerme perder la cabeza. Subo las escaleras de tres en tres, siguiendo el rastro de su olor a jazmín, que aún perdura en el vestíbulo. Miro hacia la izquierda. La zona del corredor donde están los dormitorios me parece demasiado obvia y, mientras el sol empieza a desaparecer rápidamente, tomo la decisión impulsiva de correr hacia el otro lado del pasillo. Entro en una de las habitaciones que hay en él y me detengo, aguzando el oído antes de salir y continuar con la búsqueda. No se oye nada en absoluto. Mi pequeño

colibrí ha encontrado un escondite. No sé dónde estará, pero no va a seguir allí mucho tiempo.

Mientras recorro la casa, mi formación se impone y mis pesados pies se vuelven ligeros. Llego a la última puerta, al final del pasillo, y veo que está abierta, como todas las demás. Pero el instinto me dice que está ahí y yo nunca dudo de mi instinto. Entro y me detengo para intentar escuchar el sonido de su respiración, el roce de algún tejido, cualquier cosa, pero sigo sin oír nada. Echo un vistazo a la habitación mientras el último rayo del sol se oculta en el horizonte. Estoy a punto de marcharme cuando algo capta mi atención: un pequeño tirador en el revestimiento de la pared. ¿Será una puerta secreta?

Voy hacia ella y la abro. Detrás hay una escalera que da al ático y sé al instante que Brinley está allí arriba. Caigo en la cuenta de que se ha escondido en un sitio del que solo puede salir pasando por donde yo estoy.

Subo esas escaleras con la misma rapidez que las anteriores, sin preocuparme por el ruido, porque no tiene escapatoria. La oigo inhalar hondo cuando llego arriba.

—Puedo olerte, Brinley. No hay ningún lugar de la casa en el que puedas esconderte.

Sonrío, consciente de que ha desatado algo en mí que ya es incontenible. No doy ni tres pasos antes de encontrarla, debajo de la escalera, tras un viejo baúl de cedro. La agarro por el pelo y la saco de allí tirándole de él. Sale sin oponer resistencia y le pego la cara a la pared de madera mientras ella extiende la mano hacia atrás y empieza a defenderse como puede, arañándome y pegándome. Aprieto mi polla contra su culo, haciéndole saber que estoy a punto de profanarla. Es la única advertencia que le hago. La aplasto con todo mi peso, invadiendo su espacio. Ella gruñe y patalea, intentando darme en alguna parte del cuerpo. Pero solo consigue ponerme más cachondo.

—Te he encontrado, pajarito —le gruño al oído, con voz grave. Inhalo profundamente su aroma al tiempo que giro la cara hacia su

cuello y poso la boca entreabierta sobre su pulso acelerado. Brinley deja de forcejear y siento un escozor en la piel de los antebrazos, donde me ha clavado las uñas.

Saco el cuchillo de la funda y deslizo el dorso de la hoja por la parte posterior de su muslo. Ella gime al sentirlo. La mezcla de placer y dolor que transmiten sus ruiditos hace que la polla me palpite en los vaqueros.

Meto el cuchillo por debajo de los finos pantalones cortos de tela de Brinley y, con un diestro golpe de muñeca, lo deslizo hacia arriba para cortar hasta el último centímetro de ellos, que caen al suelo mientras vuelvo a guardar el cuchillo en la funda y pego el pecho a la espalda de Brinley para inmovilizarla contra la pared.

Esta gime cuando acaricio su culo suave y redondo y lo aprieto con energía. Bajo la mano para darle una fuerte palmada en la nalga y ella chilla al sentirla. Se calma mientras le acaricio la zona para aliviar el dolor y enredo la otra mano en su pelo. Apenas soy capaz de distinguir en la penumbra del ático la huella que le he dejado con la mano, pero, joder, lo poco que veo me pone como una fiera.

Le doy la vuelta y le pego la espalda a la madera, le muerdo el labio inferior, lo succiono, lo lamo y lo mordisqueo. Le meto la lengua para acariciar la suya y juguetear con ella, a sabiendas de que, ahora que la he besado de verdad, no habrá un solo día que deje de hacerlo.

Brinley se abandona casi al instante y sus labios se vuelven maleables contra los míos, mientras me deja tomar su boca. La polla me palpita y su tensión va en aumento con cada roce de su lengua. Ella gime y jadea cuando deslizo las manos sobre su cuerpo, acariciando hasta el último centímetro de piel a la que tengo acceso y pegándola a mí todo lo que puedo. Brinley acerca su coño hambriento a mi polla y sus músculos tensos se aflojan a medida que empieza a acoplarse poco a poco a mí. Aumenta el ritmo y su lengua se encuentra con la mía, retándola a seguirla. Me deja apoderarme de su boca y yo la beso, la muerdo y luego la lamo para aliviar el dolor a la vez que ella tiembla entre mis brazos.

Le quito la camiseta por la cabeza y el pelo le cae sobre los hombros. Brinley me mira, prácticamente desnuda. Solo le queda un pedacito de algodón entre los muslos que me impide ver lo que deseo, lo que necesito.

Inhala hondo mientras le acaricio los pezones, se los pellizco, me los llevo a la boca y chupo esos dulces capullitos. Su sabor a miel me llena la boca y me vuelve loco.

Ella gime y frota su coño contra mí con más fuerza.

—Te haces la inocente, pequeño colibrí, pero esa cabecita tan mona está tan perturbada como la mía. Dámelo —le digo, soltándola para meter las manos entre sus muslos y acariciar el encaje de su tanga—. Dámelo todo. —Ella gime sobre mis labios—. En el fondo, siempre has deseado esto, ¿verdad? —le pregunto, seguro de que estoy en lo cierto. De no ser así, ella estaría llorando y oponiendo resistencia, no pegando su coño hambriento a mi polla, como si le fuera a dar la recompensa que anhela. Le aparto el tanga hacia un lado y compruebo que está empapada, tal y como sospechaba—. Ajá —confirmo—. Qué húmeda estás para mi polla. Parece que esta niña bien tan remilgada es en realidad una zorra que está deseando que la destroce.

Brinley puede mentir, pero su entrepierna no. Está chorreando. La agarro del pelo con la otra mano y le tiro de la cabeza hacia atrás, desde las raíces. Las suaves ondas negras se deslizan por mi antebrazo al tiempo que ella abre de par en par unos ojos rebosantes de deseo.

—No soy ninguna remilgada… —replica, medio gimiendo. Yo me río de ella y maldigo mientras deslizo la yema del dedo corazón entre sus labios y la poso sobre su clítoris.

—Ah, ¿no? Demuéstramelo —la reto con mis ojos clavados en los suyos y sin dejar de acariciarle enérgicamente el clítoris en círculos hasta que empieza a retorcerse, a arquearse y a impulsarse hacia delante para que le dé más.

Empieza a cerrar los ojos, pero vuelvo a tirarle del pelo y los abre de golpe. Niego con la cabeza para advertirle que siga con la mirada

clavada en mí. El tiempo se detiene mientras alterno entre introducir los dedos en su estrecha entrepierna y acariciarle el clítoris con el pulgar, justo hasta que está a punto de correrse sobre mi mano. Entonces me aparto. Brinley gime y hace un mohín cuando dejo de tocarla. Sé que ese mohín será mi perdición.

—Todavía no. Quiero que te corras sobre mi polla, pajarito.

Le muerdo el labio, lo suelto y observo cómo vuelve a su sitio mientras sigo agarrándola del pelo con una mano y me desabrocho los vaqueros con la otra. Me saco la polla dura y chorreante, y vuelvo a besarla.

«Joder». Sería capaz de sobrevivir sin comida ni agua, pero ahora que los he hecho míos, no podría sobrevivir sin estos putos labios.

Pongo las manos bajo los muslos de Brinley y la levanto para apoyarla en la pared. Ella me rodea la cintura con las piernas y frota su entrepierna empapada contra mi polla, arriba y abajo. Sus labios abrazan los piercings que tengo a lo largo del miembro y su respiración se acelera más y más al notar cada uno de ellos. Ese sonido me lleva al borde de la locura.

Nunca en mi vida lo he hecho a pelo con una mujer, jamás se me ha pasado por la cabeza. Pero ¿con Brinley? Ni se me ocurriría poner una barrera entre nosotros. La idea de enterrar mi semilla en las profundidades de su sexo me pone a cien.

—Un condón… —murmura mientras sigo deslizándome sobre ella.

—De eso nada —contesto con voz grave. Ella suelta un gemidito en respuesta.

—Es demasiado grande —susurra.

Sonrío con los labios pegados a los suyos. El mero hecho de sentirla frotándose así conmigo… Solo esa sensación ya casi me está haciendo correrme.

—Pues sí…, pero te va a encantar.

Coloco la polla en la coño de Brinley, la deslizo por su hendidura para prepararla y ella gime y se aferra a mis hombros. Sus ojos se encuentran con los míos mientras inclina las caderas hacia arriba. Le meto la punta y ambos contenemos la respiración, mirándonos

fijamente. Nos quedamos unos segundos inmóviles, hasta que nuestras respiraciones se sincronizan. Utilizo el dedo corazón para acariciarle el clítoris y le pido a Brinley que se amolde a mí.

Ella gime y se me agota la fuerza de voluntad. Me introduzco de golpe en su interior cálido, estrecho y húmedo. Las paredes de su vagina prácticamente me estrangulan la polla y ella grita mientras la penetro como nunca la han penetrado.

—Respira —le ordeno, acariciándole los muslos para intentar tranquilizarla.

Ella hace lo que le pido. La oigo coger aire y apoya la cabeza contra la pared, con las piernas temblando alrededor de mí.

Me obligo a respirar mientras me retiro y vuelvo a hundirme en su coño perfecto. Está tan mojada que no hay ningún tipo de roce cuando su coño apretado me engulle hasta el último centímetro, con piercings incluidos. Me cuesta muchísimo metérsela. Ambos inhalamos bruscamente cuando, al adentrarme más en ella, toco fondo y me quedo allí.

—La hostia, Brinley… Joder —murmuro sobre su pelo mientras su interior caliente, estrecho y húmedo me aprieta la polla como si fuera un torniquete. Ella palpita a mi alrededor a medida que se adapta a mi tamaño, jadeando y apretando las tetas perfectas contra mi camiseta. El inesperado deseo de sentir su piel desnuda sobre la mía me abruma.

La dopamina fluye por mis venas al tiempo que el colocón que me produce se propaga como un incendio por mi sangre.

La bestia que hay en mí enseña los dientes, consciente de que por fin está a punto de saciarse.

31

Brinley



Siento absolutamente todo el cuerpo, cada célula, cada terminación nerviosa. Percibo los movimientos de Gabriel como un eco que me envuelve. El calor de su aliento, sus dientes clavados en mi cuello, el placer y el dolor que me proporciona al metérmela, la reacción de mi cuerpo ante el suyo.

Está todo aquí mismo, al alcance de mi mano, pero no soy capaz de alcanzarlo. Estoy flotando.

Esto es puro éxtasis.

Gabriel me sostiene en alto, pegada a la pared, mientras me la mete hasta el fondo, a pelo. No sé si estará limpio, pero algo me dice que seguro que sí. Lo que más me choca es que no me haya preguntado si tomo la píldora, lo cual sí hago. Aunque, ahora mismo, eso es lo que menos me preocupa porque nunca había sentido nada parecido a lo que él me hace sentir y estoy convencida de que me va a partir en dos.

Mi cuerpo intenta a la vez acogerlo y rechazarlo mientras la áspera pared del ático me araña los omóplatos. Gabriel me baja las manos por los muslos hasta las pantorrillas y se quita mis tobillos de alrededor de la cintura. Me levanta las nalgas con sus enormes manos, sujetándomelas por debajo y separándomelas a la vez que me mantiene pegada a la pared, sosteniéndome solo con la fuerza de sus brazos. Me clava los pulgares dolorosamente en el interior de los muslos cuando se retira y vuelve a metérmela hasta el fondo. Cada una de sus profundas embestidas me hace subir un poco más

por la pared. Él observa con los ojos entrecerrados el punto en el que estamos conectados y, a continuación, mi cara, como si estuviera memorizando el efecto de todas sus caricias. Noto cada uno de los peldaños de la escalera de piercings que recorre su miembro mientras desaparecen en mí uno a uno. Jamás había sentido nada parecido a lo que él me hace sentir al separarme todavía más los muslos.

—Este coño tan estrecho… se está tragando toda mi polla… —gruñe Gabriel mientras se observa a sí mismo follándome lentamente—. Lo estás haciendo muy bien, pequeño colibrí… Mmm… Joder, qué coño tan apretado. Y tan mojado. Y tan perfecto. Vas a acabar conmigo —dice en voz baja, acabando cada frase con un gemido que revela que está diciendo la verdad.

Me embiste una y otra vez al tiempo que la madera me araña los hombros. Algo que, curiosamente, no hace más que aumentar el placer.

Gabriel no va poco a poco; no espera a que acabe de adaptarme a él, está decidido a tomar y reclamar su propio placer, por encima de todo.

Esto era lo que yo quería. No me había dado cuenta de cuánto lo deseaba hasta que su cuerpo ha conectado con el mío, pero es lo que quería. Su brutalidad me pone a cien. No quiero su piedad ni su indulgencia. Quiero que me posea. Quiero que me desee hasta tal punto que se convierta en una necesidad violenta e irrefrenable, en un fuego abrasador que no puede controlar.

Gabriel me embiste, luego la saca hasta la punta y vuelve a metérmela. Mi respiración se vuelve tan superficial que tengo la sensación de que me voy a desmayar. Pero entonces, justo cuando creo que ya no puedo más, mi núcleo empieza a tensarse y mi cuerpo pide más sexo salvaje, como el que me está proporcionando.

Me abandono, rodeando con más fuerza sus robustos hombros con los brazos y lo agarro del pelo, que es lo único que tengo para sujetarme. Empiezo a moverme con él y los pezones se me

endurecen todavía más al rozar su pecho. Todo mi cuerpo empieza a calentarse.

—Eso es. ¿Quieres ver cómo te follo? ¿Quieres ver cómo tu cuerpo me suplica que me corra dentro? —dice Gabriel, señalando con la cabeza el punto en el que estamos conectados.

—No… No puedo… —replico, dejando la frase a medias, y observo cómo nos movemos al mismo ritmo. Me quedo sin palabras mientras el dolor se mezcla con el placer hasta que la línea que los separa se desdibuja.

—Claro que puedes —gruñe Gabriel, demostrándome que ansía mi sumisión tanto como yo ansío a la bestia que hay en él.

Está tan enloquecido como yo.

Hemos enloquecido juntos.

Me aprieta los muslos con tal fuerza que seguramente me dejará moratones.

Me deshago y la electricidad fluye por todas mis células cuando el clímax asalta mi núcleo. Gimo mientras Gabriel me embiste una y otra vez; incluso he renunciado a intentar respirar como es debido. Él baja un poco el ritmo, pero no la profundidad con la que me está castigando.

—La de cosas que quiero hacerte. —Embestida—. Quiero destrozarte. —Embestida—. Machacarte. —Embestida—. Despedazarte y recomponerte. —Embestida.

—¡Gabriel, por favor! —grito cuando el orgasmo se apodera de todas las fibras de mi ser.

—Di mi nombre, dilo mientras me empapas la polla.

—Gabriel… —Me interrumpo porque me quedo sin fuerzas al correrme sobre él.

Su nombre todavía no ha abandonado mis labios, cuando él deja escapar un gemido profundo e implacable. Me tenso y le tiro tan fuerte del pelo que creo que estoy a punto de arrancárselo del cráneo. Pero Gabriel desea ese dolor.

Me mordisquea la piel y luego la lame para aliviarla mientras me la mete como si se hubiera vuelto loco. Siento cómo se le pone todavía

más dura justo antes de que su calor se extienda por todo mi cuerpo. Me muerde el labio inferior con tal fuerza que siento un sabor metálico en la boca, pero no tengo energía para resistirme.

—Joder, Brin —gime Gabriel al tiempo que su polla se sacude y palpita dentro de mí. Un lento hilillo de sangre me gotea por la barbilla, pero ya no estoy aquí.

La sangre me da igual.

Apoyo la cabeza contra la pared polvorienta del desván mientras noto cómo él me lame la sangre del cuello y la barbilla. Luego la inclino hacia delante para ver sus labios teñidos de rojo.

Es una imagen extrañamente erótica. Me besa y siento en la boca su sabor mezclado con el de mi sangre. Entonces sale de mi interior y me posa en el suelo con cuidado. Gimo al notar la sensación de vacío. Me sujeta por los hombros y me quedo desnuda ante él, que sigue con casi toda la ropa puesta. Lo miro fijamente mientras su semen brota de mi interior.

Él chasquea la lengua, contrariado, me mete la mano entre las piernas y la sube por dentro de mis muslos para llevar de nuevo el semen hacia arriba. Vuelve a meterlo en mi interior con los dedos índice y corazón, y gime.

—Hasta la última puta gota.

El pecho de Gabriel sube y baja mientras se guarda la polla, todavía medio dura, en los vaqueros y se abrocha la hebilla del cinturón. Tengo que hacer un esfuerzo monumental para no caerme al suelo. Seguro que me sangra la espalda. Las paredes son viejas y están llenas de polvo y clavos. Gabriel no dice nada. Se limita a cogerme en brazos al estilo nupcial, como si no pesara nada, y me aparta el pelo sudoroso de la frente. Luego me estrecha la cara con una de las manos y se acerca a mí para rozarme los labios con los suyos con una dulzura inusitada, después de todo por lo que me acaba de hacer pasar.

—Vamos a limpiarte.

Es lo único que dice. Le rodeo el cuello con los brazos y hundo la cara en su camiseta. Está sudada por el calor húmedo del ático y por

nuestros cuerpos. Su olor es más intenso que nunca y, cuando lo inhalo, él me abraza con más fuerza.

—El baño está al fondo del pasillo —le indico cuando llegamos al final de las escaleras del ático.

—Cuarta puerta a la derecha —dice él mientras recorre la corta distancia a la que se encuentra como si hubiera estado mil veces en mi casa.

—Cierto, había olvidado tu cerebro militar —replico, con una sonrisa.

—No puedo evitarlo, lo de analizar el entorno es un hábito —comenta Gabriel, esbozando también una sonrisilla.

Coge una toalla de la estantería y la pone sobre la amplia encimera del baño antes de sentarme sobre ella. La contradicción de que a este hombre tan feroz le preocupe que me enfríe al tocar el mármol me resulta tan enternecedora que no tengo palabras para expresarlo.

Observa mi espalda en el espejo que tengo detrás y aprieta la mandíbula.

—Estoy sangrando, ¿no? —le pregunto. Ya sé que sí, porque noto la sangre seca en la piel.

—Habrá que limpiarlo —contesta.

Gabriel va hacia la gran ducha de azulejos con una mirada inexpresiva y abre la puerta de cristal. Tarda un rato en conseguir ajustar la temperatura del agua porque las tuberías son viejas y les cuesta calentarse. Se gira hacia mí y tira con una mano de la parte posterior del cuello de la camiseta para quitársela por la cabeza.

Abro los ojos de par en par al ver que no se detiene ahí, sino que se desabrocha el cinturón, se quita las botas y se despoja del resto de la ropa, hasta desnudarse por completo ante mí. Solo se queda con las placas de identificación que lleva al cuello y el mural de tinta que cubre su cuerpo musculoso. Siento un hormigueo en la piel y los pezones se me ponen duros al verlo.

Es… arrebatadoramente bello.

Muevo los ojos con rapidez, intentando asimilar todo lo que pueda, sin saber cuándo volveré a verlo desnudo, si es que lo hago. Todo en él es pura potencia. De sus hombros, anchos y fuertes, salen unos brazos pesados y musculosos, llenos de venas y tendones ondulados. Y su pecho, poderoso y escultural, da paso a unos abdominales tan definidos que parecen una tableta de chocolate.

Tiene varias cicatrices en la piel: una bajo las costillas y otras dos en el hombro y el brazo derechos, que tienen pinta de agujeros de bala.

Cuando se gira para entrar en la ducha, veo que tiene una calavera de lobo hiperrealista tatuada en toda la espalda, con una cicatriz justo en un ojo que no forma parte del tatuaje, sino que es una cicatriz de verdad, irregular e impactante. La tinta se extiende por todas las zonas visibles de su piel. Los únicos piercings que tiene son los que conforman la escalera. Intento asimilarlo todo.

—Como sigas mirándome de esa forma, pequeño colibrí, no vas a llegar a entrar en la ducha. —Ni siquiera se gira hacia mí para hablarme, pero es como si supiera que lo estoy observando. Me obligo a cerrar la boca y observo cómo las gotas de agua bañan todo su cuerpo—. ¿Es que nunca has visto a un hombre desnudo? —me pregunta en un tono que revela que sabe que se me está cayendo la baba.

Me bajo de la encimera y lo miro con los ojos entornados, volviendo a sentirme más o menos normal. Me meto en la ducha llena de vapor y él retrocede, echándose el agua y el cabello mojado hacia atrás.

—Como tú, no —respondo con sinceridad. Él me agarra con cuidado por la cintura para girarme hacia el cálido chorro e inhalo entre dientes cuando el agua cae sobre mi espalda magullada. Gabriel gruñe mientras me limpia suavemente con el pulgar el polvo y la suciedad de las heridas—. ¿No querías marcarme? —le pregunto con sorna—. Creía que te alegrarías de que sangrara. ¿Por qué te molesta tanto?

Siento cómo se inclina sobre mi hombro. Pega los labios a mi oreja y el agua le gotea por la barbilla, antes de morderme el lóbulo de repente y luego succionarlo.

Se me corta la respiración en cuanto lo noto.

—Sí, pero quiero hacerlo yo. No que lo haga otra cosa —dice Gabriel cogiendo el jabón—. Esto te va a escocer, sin embargo no queda más remedio.

Me pica, pero tampoco es para tanto. Los arañazos no son profundos y me limpia en un abrir y cerrar de ojos. Luego se echa un poco de champú en la mano y me lo aplica en el pelo con un masaje. Sus manos parecen abrumadoramente grandes sobre mi cuero cabelludo. Cierro los ojos y me dejo llevar por su ritmo, indefensa bajo sus dedos mágicos.

—¿Te gusta? —me pregunta mientras el champú se cuela por el desagüe.

—Sí —murmuro, con los ojos aún cerrados, al tiempo que siento cómo el resbaladizo acondicionador me cubre el pelo—. Creo que este es mi sueño —le suelto.

—¿A qué te refieres, pajarito? ¿Por qué es tu sueño? —me pregunta con verdadera curiosidad.

—Por la forma en la que me tocas… de repente violenta y de repente dulce. Primero eres duro e implacable y luego vas y me lavas el pelo. Es desconcertante. —Gabriel me escurre el agua del cabello—. Ahora entiendo por qué tienes tanto éxito con las chicas —murmuro.

Él me deja caer el pelo sobre la espalda y me da la vuelta. Sus ojos grises son límpidos y traslúcidos.

—Nunca me había duchado con una mujer —confiesa, acercándose para besarme en los labios. Su torso fuerte y cálido me oprime los pechos. Me estremezco—. Nunca le había lavado el pelo a ninguna. —Me da otro beso—. Nunca había be-sado a nadie como te beso a ti. —Pasa suavemente un dedo por mi pezón endurecido y me acaricia con los labios el cuello y la clavícula—. Nunca había deseado tanto tocar a otra como deseo tocarte a ti. —Me pellizca el

pezón y una descarga de placer recorre mi interior—. Nunca había estado dentro de ninguna mujer sin condón. Jamás. —Posa sus labios calientes sobre uno de mis pezones mientras me acaricia la cintura y la parte baja de la espalda—. Pero contigo follaría todo el día, y nunca me cansaría de ver mi semen goteando por tus suaves muslos.

—Dios… —digo mientras me hace cosas con la lengua que nunca había experimentado.

—Eres la única, Brinley —dice, apretándome el culo con fuerza—. La única que siento la necesidad de poseer, de hacer mía.

—¿Por qué? —le pregunto, por la sencilla razón de que no soy capaz de entenderlo. He visto a las mujeres que frecuentan el club. Son guapísimas y atrevidas, totalmente diferentes a mí.

—Ya te he dicho que nunca me pregunto por qué —se limita a decir—. Mis hombres creen que estás haciendo que se me vaya la olla. Creen que eres una distracción, que eres peligrosa para mí.

—¿Y lo soy? —le pregunto, con un gemido ahogado. Todos los pensamientos abandonan mi mente mientras me agarra con fuerza con una mano por las caderas y me mete la otra entre los muslos, acercándose peligrosamente a mi núcleo, ya palpitante.

—Sí —responde Gabriel sin vacilar—. En el peor de los sentidos.

—¿Por qué? —Me mete un dedo, con sus ojos fijos en los míos.

—Porque no hay un solo pensamiento en mi cabeza que no empiece y acabe contigo —dice con sinceridad mientras me mete otro dedo y los mueve con tranquilidad para torturarme de la mejor forma posible.

—Ah… —es lo único que puedo decir mientras mi núcleo empieza a tensarse de nuevo.

Añade un tercer dedo y gimo sobre su pecho al tiempo que el agua nos baña a ambos.

—Por ejemplo, ahora mismo, lo único que quiere el animal que hay en mí es saborear ese coño apretado.

—Pues hazlo —gimo. «Sí, por favor, hazlo», suplico para mis adentros.

Gabriel gruñe a modo de respuesta y me sienta en el banco de la ducha. Se arrodilla mientras el agua me cae sobre el pecho y sigue embistiendo con los dedos mi vagina, que se cierra a su alrededor.

—Eres peligrosa porque ansías el mismo dolor que yo.

Me mordisquea los muslos a medida que asciende por ellos, tomándose su tiempo para prestar atención a ambas piernas. Cuanto más se acerca al centro, más fuerte me muerde, que es lo que deseo. Deseo que me duela. Pero ¿qué narices me pasa?

—Siempre estoy pensando en meter alguna parte de mi cuerpo en tu interior —gruñe Gabriel, abriéndome las piernas de par en par—. Este coño me está llamando a gritos. Me está suplicando.

Lame con firmeza mi abertura, de arriba abajo. Arqueo la espalda con tal brusquedad que estoy a punto de caerme del banco, pero él me sujeta y me pasa los brazos por debajo de los muslos para atraerme más hacia él, sentarme sobre su cara y convertirme en su alimento, alternando entre chuparme el clítoris y follarme con su lengua experta.

—Mmm —gime, pegado a mí. Todo mi cuerpo se estremece con la vibración de su boca—. Eres mi puto sabor favorito, Brinley Rose.

Gabriel se propone demostrarme lo que acaba de decir. No tengo ninguna posibilidad. Me acerca todavía más a él y claudico. Me abre más los muslos y se entrega por completo a mí, metiéndose mi clítoris en la boca y succionándolo, como si estuviera muerto de hambre. Observo al intimidante vikingo que tengo entre los muslos y se me retuercen las entrañas de puro deseo al verlo. Es como si todo mi cuerpo estuviera experimentando una sobrecarga sensorial. Gabriel mueve la lengua con un ritmo y una presión perfectos. Me levanta las piernas para ponérselas sobre los hombros y me acaricia un muslo con una mano mientras introduce dos dedos en mi ávida entrepierna. Apenas han pasado unos instantes cuando siento que empiezo a perder el control.

—Joder, Brin, qué bien sabes. Abre los ojos y mírame mientras hago que te corras.

Obedezco y levanto la cabeza para obligarme a mirarlo. Me tiemblan las piernas y mis gritos son cada vez más fuertes, pero él no se detiene y antes de que pueda darme cuenta de lo que está pasando, me estoy corriendo descaradamente sobre su cara. Gritando su nombre, moviendo las caderas contra él, tomando lo que necesito, lo que me apetece, sin pensar. Algo que rara vez he hecho con ningún hombre.

La cuestión es que Gabriel no me hace sentir cohibida, sino hermosa, me anima a dejarme llevar, a ser yo misma, sea quien sea.

—¡Sí! —exclamo. Empiezo a murmurar incoherencias mientras él sigue succionándome con fuerza el clítoris, todavía sensible, y me arranca un segundo orgasmo en unos instantes.

Creo que grito «más, por favor, Gabriel, dame más» mientras él me sujeta con fuerza, se apodera de todo mi ser y toma la decisión por mí. Lo único que puedo pensar es: «Por favor, Dios mío, si tengo que recordar alguna sensación durante el resto de mi vida, que sea esta: la de correrme con Gabriel Wolfe entre los muslos».

32

Gabriel



Cierro el grifo al sentir el agua fría sobre la espalda mientras Brinley se recupera del subidón del orgasmo. Abro la puerta de la ducha, le pongo una toalla gruesa sobre los hombros y yo me enrosco una a la cintura.

Entramos en su habitación, oscura y silenciosa. Ella se estremece al sentarse en la cama. Coge mi camiseta, se la pone y abre un cajón para sacar unas bragas que parecen pantaloncitos cortos. Solo tapan alrededor de un tercio de su culo perfecto y, aunque parezca mentira, ya estoy deseando volver a hacerla mía.

—Qué pinta de macarra tienes con mi camiseta.

—Está calentita y quiero verte bien el tatuaje sin ella.

Levanto una ceja.

—Si me vas a analizar, voy a necesitar una copa.

—Solo tengo la colección de bourbon añejo de mi padre. Sigue guardada bajo llave en el armario del estudio. Dos puertas más allá. —Asiento con la cabeza. Ya me había fijado antes en ella, pero no viene a cuento recordarle que he memorizado hasta el último rincón de la casa durante la búsqueda—. Lo guardaba en esa habitación, a oscuras, para una ocasión especial, y nunca llegó a abrirlo —dice al tiempo que salgo del dormitorio.

—Pues a mí me parece una pena desperdiciar un buen whisky escocés —le digo.

—Y tanto —replica ella, siguiéndome.

El estudio está en penumbra cuando entro. Enciendo una lámpara que hay bajo un gran ventanal. Es una especie de biblioteca antigua

con cortinas opacas. Al abrirlas, veo la luz de la luna y la extensa finca. Hay un viejo escritorio en una de las paredes de la habitación con pinta de antiguo y caro, y en otra un mueble bar que llega de lado a lado. Lleno hasta los topes.

—La llave está en el segundo cajón —me informa Brinley, entrando detrás de mí.

La cojo, abro el armario y saco un whisky Boralini de cuarenta años que debe de valer diez mil dólares.

—Yo no creo en las ocasiones especiales —digo, quitándole el corcho a la botella y girándola hacia mí.

Brinley me dedica una sonrisa burlona. No creo que pretenda ser sexy, pero lo es. Tiene ese brillo de recién follada. Sigue con el pelo húmedo y no lleva maquillaje. Es lo más bonito que he visto en mi vida y ella ni siquiera se da cuenta.

—Ni yo, así que… ¿chinchín? —dice, antes de ir hacia una estantería abierta y coger dos vasos de cristal. Levanto la botella y bebo directamente un trago a morro—. Mi padre debe de estar revolviéndose en su tumba —comenta Brinley, riéndose, al verme beber.

«Joder, está que te cagas».

—¿Qué les pasó? —le pregunto con verdadera curiosidad mientras me siento en un sillón de cuero que hay delante de una vieja chimenea de piedra, sorprendido porque me importe. Ella se sienta en el de enfrente, mirándome desde un metro de distancia.

—Mi padre murió cuando yo tenía dieciocho años y acababa de irme a la universidad. Se fue a trabajar, como todas las mañanas, y… Era abogado —aclara—. Aunque seguro que ya lo sabes.

Niego con la cabeza.

—Solo sé cómo se llaman y que no están vivos —contesto con sinceridad—. Cuando me enteré de que habían muerto, no me pareció necesario seguir investigando sobre ellos.

Ella asiente y se inclina hacia delante para coger la botella.

—Tiene sentido —dice.

Juego con ella un rato simplemente para ver esa chispa en sus ojos. Sujeto la botella con fuerza durante unos segundos, impidiendo que la coja. La mirada de determinación a la que estoy empezando a engancharme hace acto de presencia y le doy el whisky como recompensa.

—Estaba en la segunda reunión del día y murió de un infarto fulminante. Solo tenía cuarenta y ocho años —dice—. Hacía un mes que no lo veía y, aunque suene raro, apenas lo conocía, a pesar de haber estado toda la vida con él. Mi madre murió hace dos años tras una breve batalla contra el cáncer. —La escucho con atención mientras habla, porque no quiero perderme ni una sola de sus expresiones. La forma en la que la luz se refleja en su piel sedosa, las ondas de su pelo al secarse, el movimiento de sus labios al hablar; todo en ella es perfecto—. Mi padre siempre quiso que yo hiciera lo que él no pudo hacer de joven. Me envió a los mejores colegios y hasta formé parte del coro de la iglesia. —Brinley sonríe —. Allí fue donde conocí a Lay.

Le quito la botella y le doy otro trago largo.

—Y mira dónde has acabado: aquí, conmigo. Y ella casada con mi sargento de armas.

—Pero ¿de qué les sirvió a mis padres llevar esa vida tan íntegra? —me pregunta Brinley, quitándome la botella—. Ambos murieron antes de los cincuenta y cinco. Su matrimonio era aburridísimo. Ni una sola vez les vi hacerse un gesto cariñoso. Tenían sus cenas, sus eventos escolares y su estatus social. Su club de campo y su iglesia. Tenían todo esto —dice, y señala con la mano la elegante habitación —, pero no tenían nada. Ni yo los conocía ni ellos me conocían a mí. Creían que sabían quién era y viceversa, pero aprendí más de ellos revisando sus cosas cuando murieron que mientras vivían —declara, devolviéndome la botella.

Extiendo el brazo para cogerla, pero pongo la mano sobre la suya y tiro de ella hacia mí, para sentarla sobre mi regazo. Le acaricio un muslo y mi polla cobra vida en cuanto se sienta encima de mí. Lucho contra mí mismo mientras la observo y me resisto al impulso de

acostumbrarme a ella, consciente de cómo podría acabar por culpa de la vida que llevo en el club. Siempre había oído hablar de la conexión instantánea, de la atracción inmediata e inexplicable por alguien. El cabrón de Ax está todo el rato hablando de eso. Pero nunca jamás habría pensado que pudiera pasarme a mí. Bebo un trago mientras Brinley acaricia con un dedo el tatuaje de mi pecho desnudo, y clava sus ojos en la tinta. Las letras de las canciones y las citas que se entremezclan con las enredaderas, la insignia del club, una imagen de la muerte encadenada, números y frases que me recuerdan a mis estancias en el extranjero, a mi madre y a varios hombres que conocí y que han muerto. Es una amalgama muy ecléctica. Cuando te tatúas casi todo el cuerpo, tienes espacio para ser creativo.

—¿Son agujeros de bala? —me pregunta Brinley, pasando el dedo sobre la piel abultada.

—Sí. —Bebo otro trago.

—¿De tu época de marine?

—Uno sí —respondo.

Ella asiente, pero, en vez de preguntarme por la otra, me quita la botella. ¿Cuánto tardará en emborracharse? Este whisky es potente, así que supongo que no mucho.

—¿Pasaste miedo cuando estuviste fuera? —La miro fijamente mientras bebo un poco más—. Mason me dijo que fuiste tres veces —dice Brinley, encogiéndose de hombros al tiempo que se echa la melena sobre ellos.

—No, no tuve miedo —respondo.

—¿Ni un poco?

—No. No tiene sentido tener miedo. No sirve de nada —digo, sencillamente—. Todo tiene un final.

—Eso no es cierto —replica ella, y esboza una sonrisita tímida.

La observo durante un rato.

—Todo tiene un final —repito.

—El amor no —asegura, sonriendo con melancolía.

Yo resoplo y me paso una mano por el pelo.

—Esto es la vida real, no un libro de Fitzgerald. —Frunzo el ceño mientras veo la luz de la lámpara reflejada en sus ojos azules.

—¿Has leído a los clásicos?

—Sí.

—Pero no crees en el amor. ¿Y en el destino?

—No son reales. Llevo mucho tiempo estudiando el funcionamiento de la mente. —Retuerzo un mechón de su pelo entre los dedos. Ella se mueve encima de mí y su culo vuelve a despertar a mi polla—. Solo son cosas que utilizamos para crearnos la falsa ilusión de que la verdadera felicidad existe. Mientras entiendas que no son reales, puedes seguir disfrutando de ellas.

Brinley sonríe.

—¿No crees en nada de nada? ¿En que alguien vela por ti? —me pregunta, pasando un dedo alrededor de la cicatriz que me hice en las costillas cuando una alambrada me abrió en canal en Irak.

La miro y me paso una mano por el pelo.

—Solo creo en mí mismo —contesto.

—Pues qué triste —dice ella, empezando a arrastrar un poco las palabras. Cambia de posición encima de mí, frotándome un poco la entrepierna con el culo. Se me hace rarísimo tenerla en el regazo. Me he tirado a un montón de mujeres, a tantas que he perdido la cuenta, pero lo de conectar con otra persona es algo nuevo para mí. Brinley no deja de pasar el dedo por los remolinos de las enredaderas que tengo en la piel, algo que no me resulta nada desagradable.

—Justo en mitad de la segunda misión me quedé atrapado en una cueva con el agua por la cintura. Éramos diez. Íbamos a capturar a un operativo de un líder del ISIS —le digo, observando cómo me pasa los dedos por la piel—. Era una trampa y había minas terrestres bajo el agua. Seis de mis hombres murieron. Creí que no saldría vivo de allí. Saqué al hombro a un chico de diecinueve años. Se dejó parte de las piernas en la cueva. Sigo oyendo sus gritos todos los putos días. Vi a niños pequeños gritar de horror al ver morir a sus padres, impedí que violaran a un montón de mujeres, tanto los

putos soldados estadounidenses como su propia gente. Presencié cómo un terrorista le voló un brazo y una pierna a una niña de cinco años con un coche bomba. Y, sin embargo, aquí los pedófilos y los asesinos se pudren en la cárcel hasta los noventa años, cuando hay formas mucho mejores de hacerles sufrir. Dios no existe. Nada tiene sentido. Todos los días muere gente y la vida sigue adelante.

Brinley me mira fijamente con una expresión que no soy capaz de entender; no me está juzgando, sino intentando entender quién soy.

—¿Por eso en tu chaleco pone «Soldado de Bedlam»? ¿Es algo que llevan los militares? —me pregunta.

—No, eso se gana de otra forma —contesto, sin darle más explicaciones.

Debe de intuir que no estoy dispuesto a hablar de ello porque cambia de tema.

—Si has luchado por él, será porque crees en tu país.

Bebo otro trago; esta conversación se está volviendo un poco intensa.

—No es que crea en mi país, simplemente me importa, que no es lo mismo.

—¿No es lo mismo? —me pregunta Brinley, antes de beber otro trago.

—Para nada —le digo.

—Todo el mundo cree en algo —se limita a afirmar mientras un ligero rubor le tiñe las mejillas.

—Ya basta de alcohol, te va a sentar mal —replico—. Es añejo y te va a subir de golpe.

Milagrosamente, Brinley me hace caso y me devuelve la botella, ya medio vacía.

—Estabas diciendo que no creías en nada… —dice con una sonrisa burlona.

—Todos esos muertos. Todas esas personas que fueron allí para luchar. Que lo dieron todo por este Gobierno. Y al volver a casa se encontraron sin nada. Sin ayuda, con daños permanentes físicos o psicológicos, la mayoría de las veces con ambas cosas. Y su

Gobierno pasó de ellos —digo—. Por eso hacemos lo que hacemos —añado, tras vacilar un instante.

—¿Y qué es? —me pregunta y, por alguna razón que nunca entenderé, se lo digo.

—Ayudar a los adictos. A los olvidados. La gente no se da cuenta de que el Gobierno ayuda a los cárteles a meter drogas en el país, de que son ellos los que crean a los adictos. No facilitan la recuperación de la gente. De hecho, les ayudan a seguir siendo adictos. Nosotros financiamos clínicas y colaboramos consiguiendo los fármacos necesarios para ayudar a la gente a desintoxicarse. Si los medicamentos son más baratos, más personas podrán desengancharse.

—¿Traficáis con fármacos? —me pregunta Brinley. Qué chica tan lista. Me recuerdo a mí mismo que, aunque parezca una locura, solo hace semana y media que conozco a esta mujer. La miro sin acabar de decidirme—. Vi cómo matabas a un hombre —se burla—. Sé dónde está enterrado. Si abro la boca, estoy muerta de todas formas, así que, ¿qué más da que me lo cuentes? —me pregunta un poco achispada, con una sonrisita de superioridad.

Bebo un último trago. Me quito su cuerpo cálido del regazo, la dejo en el otro sofá y vuelvo a cerrar la botella para guardarla de nuevo en el armario, bajo llave.

—Sí, traficamos con fármacos. Principalmente con metadona. La suministramos a un precio muy reducido, lo que la hace más asequible para las clínicas. Cuanta más consigan, a más gente podrán ayudar. También contribuimos a la contratación de más asesores especializados en problemas de adicción. En lo que va de año hemos ayudado a financiar y a abrir cuatro centros en Atlanta, en los barrios más afectados. A los DDP no les gusta nuestro negocio. Menos adictos en las calles y más ojos alerta por las esquinas implican menos ganancias. —Miro por la ventana hacia el jardín vacío—. Muchos soldados se engancharon intentando ahuyentar a los demonios causados por toda la mierda que tuvieron

que soportar. —Me encojo de hombros—. Es la única forma que tengo de ayudarlos.

—A mí jamás se me habría ocurrido hacer algo ilegal por el bien común. Me crie creyendo que las cosas siempre eran blancas o negras. Lo malo estaba mal, y lo bueno, bien. —Brinley me mira, sujetándose el pelo detrás de la oreja.

—Y ahora ¿qué opinas? —le pregunto, sinceramente interesado en la imagen que tiene de mí.

Ella se levanta, se acerca a mí, me rodea la cintura con los brazos, se pone de puntillas y me da un beso en la mandíbula mal afeitada.

—Que me has dado una lección de humildad. Estaba equivocada —responde con sinceridad, y un nudo extraño se instala en mi pecho.

—Entonces ¿entiendes por qué hago lo que hago? —le digo, preguntándome por qué cojones me importa lo que ella piense.

Brinley asiente.

—Creo que sí. Eres una especie de Robin Hood, pero un poco más malote, ¿no? —replica, con una sonrisita burlona.

Aparto sus brazos de mi cintura y voy hacia su habitación. Ella me sigue en silencio, descalza.

—Tengo intereses muy egoístas en este negocio. Ganamos una pasta, pero si puedo ayudar a la gente que lo necesita, no dudaré en hacerlo —digo claramente, a la a vez que abro la puerta y enciendo la lamparita que hay al lado de su cama.

—¿Alguna vez te preocupa hacer lo que haces de forma ilegal? —me pregunta.

—No. No hay una forma mejor de hacerlo —declaro, sonriendo—. Y aunque me preocupo por mi país, odio al puto Gobierno. No es algo que me quite el sueño, pequeño colibrí, si es eso lo que me estás preguntando.

Brinley bosteza y se mete en la cama. Observo cómo se tapa antes de quitarse mi camiseta y mirarme, dando por hecho que seguiré su cuerpo semidesnudo hasta allí. Pero el peso de su belleza y de sus

expectativas sobre lo que quiera que sea esto me abruma y no estoy preparado para ello. Cae como una losa sobre mi pecho.

Me quedo paralizado junto a la cama cuando la imagen de la última mujer a la que creí que podía proteger me viene a la mente. Veo su expresión mientras la vida abandona sus ojos.

De repente pongo los putos pies en el suelo. Hay una razón por la que paso de la gente. Lo que está sucediendo entre nosotros no encaja en mi mundo. No sé lo que es esto, pero tengo claro que yo no soy Ax, no soy un puto matón enamorado y acabo de darle a una mujer a la que no conozco de nada demasiada información sobre el negocio. Me está pasando exactamente aquello contra lo que prevengo a mis hombres: estoy dejando que un coño me nuble el juicio.

Cojo la camiseta de la cama y me la pongo mientras veo esa mirada en sus ojos, la que se pregunta si voy a dejarla aquí tirada. Si fuera un buen tío no lo haría, pero no lo soy.

—No hagas ninguna tontería, pajarito. Recuerda que, esté contigo todo el rato o no, sigues siendo mía. —Es la única advertencia que le hago antes de dar media vuelta y bajar las escaleras.

Cierro la puerta principal y me adentro en la oscuridad. Pulso en el teclado el botón de cerrar con llave y me marcho sin mirar atrás.

Ahora mismo necesito la lucidez que solo una sesión intensa con el saco de boxeo y unas prácticas de tiro pueden proporcionarme.

33

Brinley



No sé nada de Gabriel en toda la semana, lo cual me afecta más de lo normal porque tengo la regla. Así que, básicamente, me dedico a devorar tarrinas de Ben & Jerry's y a hablarme a mí misma en tono agresivo para practicar lo que le voy a decir cuando lo vea. Lo más parecido a recibir noticias suyas es una llamada de Mike para decirme que van a tardar un par de semanas más en arreglar la camioneta, porque están esperando unas piezas.

La vida vuelve a ser extrañamente normal. Debería alegrarme. Pero ahora que se ha metido dentro de mí… tanto en mi cuerpo como en mi cabeza… ahora que he vislumbrado esa pequeña parte de él, tengo que reconocer que me alucinó y cabreó a partes iguales que Gabriel me dejara tirada en ropa interior, allí en la cama.

Lo que no me esperaba era que me hiciera entender su negocio, que me demostrara que estaba equivocada. Mis padres me enseñaron que había una línea, una bifurcación en el camino entre el bien y el mal. O elegías una vía o la otra. Gabriel me está enseñando que hay una forma de caminar sobre esa línea y que puede hacerse con elegancia, por razones que de verdad tienen sentido. No me esperaba que cometiera ilegalidades por una buena razón, lo que da lugar a una zona muy gris de actividades delictivas que nunca creí que llegara a cuestionarme. Ahora que he tenido unos cuantos días para pensar, me doy cuenta de que en realidad no quería entenderlo porque eso significaba que mis creencias no tenían por qué ser las mejores, sino que cabía la posibilidad de que simplemente fueran distintas.

Dicho eso, puede que esta vida aburrida sea la mejor opción. Me recuerdo a mí misma que, si de verdad ha decidido pasar de mí, al menos no tendré que volver a preocuparme por camionetas que vuelan por los aires y asesinatos a sangre fría, lo cual no está nada mal.

Hablo con Layla a diario, voy a trabajar, ceno y repito la misma rutina día tras día. Me concentro en el trabajo. Sonrío e intento fingir que la irrupción de ese hombre en mi vida no me ha afectado en absoluto.

El viernes, cuando salgo para ir a la oficina, los obreros y los miembros del club, a los que he estado llevando dulces de la pastelería del pueblo toda la semana, me dicen que ese día acaban el porche. Ha quedado precioso, pero a ver cómo pago la factura. Ni en sueños pienso permitir que mi rollo de una noche, barra secuestrador, barra hombre que me dejó tirada, se haga cargo de los gastos.

He empezado a trabajar un día más; se suponía que solo iba a ir los lunes y los miércoles, pero Dell ya me había comentado durante la formación que seguramente podría trabajar más horas, si me interesaba. Voy a quedar para comer con Layla y luego pienso pasarme el fin de semana acurrucada en pijama con algo de comida para llevar. Puede que trabaje un poco en el jardín. Como siempre, paro en la cafetería a coger un café con leche antes de entrar.

—Ya te había traído uno —me dice Dell, sonriendo alegremente, cuando llego al estudio—. Te he mandado un mensaje.

Saco el móvil.

—Ay, sí —contesto, con una sonrisa—. Bueno, pues ahora tengo dos. De todos modos, no me vienen mal. —Y es verdad, porque no he dormido muy bien. Desde hace un tiempo sueño que no estoy sola en la habitación por las noches. Me digo a mí misma que solo me pasa porque la casa es vieja y da un poco de miedo, porque cuando me despierto del todo, obviamente veo que no hay nadie.

—He sacado las muestras de mármol para el salpicadero de tus clientes, van a venir a las diez. Creo que las que has elegido

combinarán muy bien con la encimera de la cocina —comenta.

Y así transcurre el resto de la mañana. Trabajamos bien juntos, aunque, después del comentario que hizo Gabriel sobre él, me cuesta quitarme de la cabeza esas aficiones paralelas tan poco convencionales que tiene.

Cuando acabo y mis clientes se van del estudio a mediodía, saco el móvil. Layla va a llegar tarde, así que espero a ver el todoterreno de color plata, mirando a través de la ventana delantera. Vamos a comer en un restaurante que está en la manzana de al lado y pensábamos ir a pie. Diez minutos más tarde sigo mirando por la ventana. Todavía no ha llegado, pero no puedo evitar fijarme en una Harley negra que está aparcada enfrente, al otro lado de la calle. La he visto todos los días que he venido a trabajar esta semana, a la misma hora. El guardabarros y los paneles frontales personalizados con unas llamas rojas estampadas hacen que sea imposible no fijarse en ella. Tiene pinta de cara, pero es el piloto quien no tiene ningún reparo en llamar la atención. Es alto y fuerte y, como la mayoría de los tíos de los PDI que he visto, está lleno de tatuajes. Tiene la mandíbula ancha, el pelo ondulado despeinado y una barba descuidada. Lleva puestos unos guantes de motero y una chaqueta de cuero y está fumando tranquilamente, apoyado en la moto. Nunca lo he visto de cerca, pero lo primero que me viene a la cabeza es que se trata de una advertencia. Un amigo del club y de Gabriel, que quiere que sepa que me está vigilando y advertirme de que no acuda a la policía. Al segundo día llegué a la conclusión de que estaba en lo cierto; recibí su mensaje alto y claro. Tiene que ser de los suyos. No es normal que alguien de fuera merodee por aquí así.

Layla aparece diez minutos más tarde y, cuando salgo para reunirme con ella, me doy cuenta de que mi guardián ya no está. Charlamos con calma mientras caminamos hacia el restaurante Two Spoons y durante toda la comida.

—¿Sigue desaparecido en combate? —me pregunta Layla antes de meterse en la boca un trocito de sándwich club.

—Sí —contesto, echándole salsa a la fajita.

—Te dije que acabaría pasando.

—Pues sí, pero estoy preocupada. Ha pasado de querer obligarme a quedarme con él a desaparecer del mapa. ¿Estará planeando cómo eliminarme?

Layla se ríe, ajena todavía a lo que he visto. Está empeñada en no querer saberlo.

—Sean sabe que el club puede confiar en ti y seguro que se lo ha dicho a Wolfe. Pero yo creo que te están vigilando para asegurarse de que eres de fiar.

Me viene a la mente el motero que he visto delante de la oficina. Tiene sentido. Yo pienso lo mismo.

—No suelen tener prisioneros —dice Layla, limpiándose la boca con la servilleta. Asiento con la cabeza—. ¿Puedo ser sincera contigo?

Bebo un sorbo de té helado.

—Claro.

—Me da la impresión de que quieres verlo. Me refiero al señor Noesmitipo —dice Layla, imitándome a la perfección.

Resoplo mientras pienso en lo que pasó en el ático hace menos de una semana. Bloqueo el recuerdo y lo guardo bajo llave.

—La verdad es que no esperaba entenderlo, ni que me gustara. Pero la noche que vino a mi casa me di cuenta, por la forma en la que me miró antes de irse, de que no quiere que lo comprenda. Me di cuenta de que se arrepentía de haberme contado tantas cosas. —Miro hacia el ventanal que está detrás de Layla—. En fin, da igual. Seguro que a estas alturas ya se habrá tirado a otras diez chicas. Ya han pasado cinco días.

—Sean dice que apenas lo ha visto. Ahora mismo está trabajando en dos motos, una para una estrella de la NBA y otra para el jefe de un parque de bomberos de Kentucky. Mañana por la noche voy a ir al club. Ven conmigo. Si hay algo entre vosotros, lo sabrás en cuanto lo veas.

Me encojo de hombros mientras mi teléfono se enciende sobre la mesa.

—No sé yo.

Dell

El tío del revestimiento ha llegado antes de tiempo

Da igual, ya he acabado
Te llevo algo?

—¿Es mi hermano? —me pregunta Layla antes de zamparse el último bocado.

—Sí, se ha portado muy bien al enseñarme cómo funciona todo.

Ella se ríe.

—Creo que siempre le has gustado.

La miro sonriendo.

—¿Qué dices?

—En serio, todos los días después de clase me preguntaba: «¿Va a venir Brinley esta tarde?». —Layla se ríe—. Te lo juro, en nuestro último año de instituto era un adolescente muy enamoradizo —añade antes de sorber con un ruidito lo que le queda en el vaso.

Dell

Qué va, tranquila, pero gracias por acordarte de mí
No te apures, yo te cubro

Layla lee el mensaje en la pantalla bloqueada y se echa a reír.

—Él te cubre —dice, guiñándome un ojo.

—Cállate —replico, lanzándole la servilleta.

Cuando doblamos la esquina para volver a la calle principal, la moto de las llamas rojas vuelve a estar delante del estudio.

Layla la ve al mismo tiempo que yo y se para en seco.

Yo también me detengo, poniéndome de repente en alerta máxima, como ella.

—¿Qué?

Layla saca el móvil, pulsa un botón y empieza a caminar de nuevo.

—No lo mires ni dejes de andar. Y le diga lo que le diga, tú sígueme el rollo.

—¿A quién? ¿A qué te refieres? —le pregunto, pero me doy cuenta al ver a quién está mirando.

El motero que lleva una semana aparcado delante de mi trabajo se da la vuelta y aplasta la colilla con el tacón de la bota. Puedo verla a treinta metros de distancia: una imagen de la muerte montada en una Harley roja. La inscripción de color rojo que hay sobre ella salta a la vista y me basta para saber que la cosa no pinta bien.

«Discípulos del Pecado». Mi guardián no es un miembro del club: es el enemigo.

34

Gabriel



Vuelvo a guardarme el móvil en el bolsillo. Según el AirTag que pegué debajo del coche de Brinley, sigue en el trabajo. He corrido cincuenta kilómetros en los últimos cinco días, me he destrozado los puños con el saco y me he fundido casi mil cartuchos de munición. Pero nada ha funcionado.

No consigo aclararme la puta cabeza y me ha dado por seguir todos sus movimientos. El lunes me convencí de que era para asegurarme de que no contara nada, pero es obvio que no tiene intención de acudir a la policía. Me da la sensación de que está nerviosa casi todo el rato, como si estuviera esperando a que le sobreviniera el siguiente desastre.

El «siguiente desastre» soy yo.

He sucumbido a la necesidad imperiosa de volver a verla. La vigilo por las noches mientras está profundamente dormida. Durante el día, la sigo con la camioneta cuando va a la oficina, para asegurarme de que llegue sana y salva, y luego vuelvo a seguirla hasta su casa por la noche. No puedo dejar de pensar en ella. No puedo quitarme de la cabeza la forma en la que su cuerpo se amoldaba al mío. Me digo a mí mismo que se me acabará pasando, pero los días van transcurriendo y…

—Jefe, capilla —me dice Jake mientras miro por la ventana. Asiento con la cabeza—. Han asaltado la clínica de la calle Steele en plena noche —nos informa mientras nos reunimos—. Se han llevado toda la metadona que tenían.

—¿Cómo es posible? Si están vigiladas —digo. Tenemos varias cámaras en cada una de ellas.

Jake niega con la cabeza.

—Ni idea, tío, es como si conocieran los puntos ciegos. —Miro a todos los hombres que están sentados alrededor de la mesa. Esto no tiene ningún sentido. Conozco a esta gente casi de toda la vida. Son mis hermanos. Desconfiar de ellos me parece imposible—. Y eso no es todo, hay rumores por todas partes. Los miembros de los DDP están hablando. Se comenta que planean algo —añade Jake.

—¿Para la concentración de Glen Eden, tal vez? —pregunta Kai.

—No creo que esperen tanto —dice Flipp antes de encender un cigarrillo—. No es hasta el mes que viene y habrá un montón de bandas, ¿para qué iban a involucrarlas en nuestras mierdas?

Me encojo de hombros.

—Es lo que yo haría. Sería más fácil mezclarse con la multitud.

La concentración de la que hablan, Glen Eden, es anual y multitudinaria. La mayor del sur. Atrae a miles de personas, desde a todos los peces gordos de las bandas hasta a los clubes recreativos más pequeños. Es el lugar perfecto tanto para hacer contactos con los miembros de otros clubes como para divertirnos y relajarnos un poco. Está solo a cuarenta y cinco minutos al sur de aquí, en la aldea de Benson, Georgia. Invadimos el pueblo por completo, hasta las carreteras principales. Los terrenos de las afueras son propiedad de uno de los clubes con los que estamos hermanados, el club de los Titans, y hay cabañas y espacio para que la gente acampe. Es una fiesta por todo lo alto. Gente nueva, mujeres nuevas. Por lo general estoy deseando que llegue, pero este año la única mujer a la que deseo no tiene absolutamente nada que ver con mi mundo.

—Envía a un equipo a Atlanta, para que les ayuden a limpiar la clínica. Los maderos estarán encima del tema. Ponte en contacto con la comisaría de allí y averigua qué saben —le digo a Robby.

Él asiente.

—Llévate a un aspirante y a Flipp.

La policía de Atlanta es simpatizante del club. Unas veces hacen la vista gorda y otras aceptan nuestra ayuda. Si creen que hay algo que pueda ayudarnos a evitar que esto vuelva a ocurrir, nos lo dirán.

—Voy —dice Robby, y asiente con la cabeza.

—Vale, lo siguiente de lo que hay que hablar es…

El sonido de un cristal rompiéndose impide que Jake acabe la frase. La ventana principal de la capilla se hace añicos. Analizo todo lo que me rodea de un golpe de vista. No han roto la ventana con un arma, sino con algo que han lanzado. Echo un vistazo a la sala para asegurarme de que no sea un explosivo. Me quedo inmóvil y empiezo a contar. Si se produce otro impacto, por estadística tendrá lugar en los próximos veinte segundos.

Veo un ladrillo con algo atado, al otro lado de la habitación. ¿Es un papel? Inmediatamente le sigue la ventana de la pared del este, que explota hacia dentro mientras todos nos cubrimos la cabeza. Ninguno de nosotros tiene el móvil aquí dentro, así que esperamos sentados a que nos disparen o a que vuelvan a atacar durante los diez segundos restantes antes de ponernos en marcha. Salgo arrastrándome de la habitación con Jake y Ax a la zaga. Llego al vestíbulo principal y veo que la gente que estaba en la sede del club se ha tirado al suelo. Allí también hay cristales rotos por todas partes. Han destrozado dos ventanales y las mujeres están alteradas porque una de ellas se ha cortado y está sangrando.

Le hago un gesto con la cabeza a Flipp para que se ocupe de ella y voy hacia la puerta, sacando la pistola a medida que me acerco, pero los asaltantes ya se han ido. Los neumáticos escupen piedras y dejan una nube de polvo que impide distinguir de quién se trataba. Ya sé que de los DDP, pero de todas formas me habría gustado poder ver el vehículo.

Señalo las cámaras con la cabeza, mirando a Kai, que está al otro lado de la habitación.

—¡Compruébalas! —le grito por encima del ruido. Luego voy hacia el exterior con Ax pisándome los talones.

Aseguramos el perímetro y vemos a lo lejos que la reja está rota.

—Hay que arreglarla hoy mismo. Llama a Stevens Metalworx y que vengan esta tarde —le digo a Ax.

Él asiente.

Cuando solucionamos lo del exterior, volvemos adentro, donde las cosas se han calmado un poco.

—Ha sido un corte superficial —me informa Flipp, refiriéndose a la mujer, mientras paso corriendo a su lado para coger el móvil.

Los demás me siguen para hacer lo mismo. Alguien se ha puesto ya a barrer y oigo que Kai está hablando por teléfono con la empresa que arregla las ventanas. Esto no es ninguna novedad para nosotros. Sufrimos ataques más a menudo de lo que nos gustaría reconocer y tenemos que estar alerta, después de lo que le hicimos a Gator. Lo que no tiene sentido es que esta sea la segunda vez en dos semanas que entran en nuestra propiedad, cuando no es nada fácil hacerlo. ¿Cómo es posible que supieran exactamente cuándo estaríamos en capilla? Sé con certeza que hay algo raro, pero no logro identificarlo.

Recojo uno de los ladrillos del suelo. Tiro del papel que tiene pegado y lo examino con cuidado. Son unas fotos impresas en las que salen Ax y Layla bajándose de la moto delante de su casa, después de la boda. Hay otra de Robby y su jefa, Margo, comiendo, hecha a través de la ventana de la cocina. Y otra de Flipp y su hija adolescente, en uno de sus partidos de fútbol.

—Joder, jefe —murmura Ax, sosteniendo un ladrillo y más fotos suyas. Se las quito y veo que son todas muy parecidas: de mis hombres en diferentes momentos del día a día, en sus casas. Hay una nota metida entre las de Ax, escrita con letras recortadas, que pone: «Nadie está a salvo».

Vuelvo a la capilla, dejando a Ax en el vestíbulo principal mientras su teléfono empieza a sonar. Cojo otro ladrillo del suelo y miro las fotos, que están sujetas con una goma. Hay cinco y son todas mías. Pero no estoy solo, sino con Brinley. Una es en su casa y está hecha a través de la ventana del estudio del segundo piso. Se me ve a mí sin camiseta y con la botella de whisky de su padre en la mano.

Hay otra en la que se la ve saliendo por la puerta del estudio de diseño a mediodía, con Dell. En otra salgo yo abandonando su casa la noche que estuve con ella e incluye una nota que pone: «En la guerra hay que evitar las fortalezas y atacar las debilidades. ¿Hemos encontrado la debilidad del presidente?».

El último papel del montón asoma por detrás de los demás y una rabia que nunca había sentido —una ira profunda y oscura— brota en un lugar de mi interior que no me había permitido sacar a la luz en todo este puto tiempo. Es Brinley saliendo sola de la cafetería del pueblo, pero esta vez alguien le ha tachado la cara con un rotulador rojo y ha escrito debajo las palabras «muere, zorra».

—¡Jefe! ¡Tenemos que salir cagando leches! —grita Ax desde la habitación de al lado. Asoma la cabeza por la puerta de la capilla, agarrándose a ambos lados del marco.

Voy inmediatamente hacia él. Su mirada me confirma lo que ya sé.

Brinley corre peligro, y yo he sido tan ingenuo como para creer que esto no la afectaría, aunque me mantuviera alejado de ella.

¿Cómo no iba a afectarle, joder? La carnicería me sigue allá donde voy.

35

Brinley



Layla agarra con fuerza el teléfono mientras caminamos. Bajo la mirada y veo que ha marcado un número y le han contestado. No se lo ha acercado a la oreja ni ha puesto el altavoz.

—Es Aiden Foxx, el vicepresidente de los DDP. Su hermanastro dirige el club. Es muy, pero que muy chungo. No establezcas contacto visual con él, actúa como si no tuvieras ni idea de nada. Ya estamos llegando a Crimson —dice en voz mucho más alta de lo necesario. Cuelga mientras nos acercamos a él. Me doy cuenta de que estaba informando a Ax de lo que pasaba sin que ese hombre se diera cuenta de que estaba al teléfono.

Aiden no nos quita ojo de encima mientras vamos hacia el edificio del estudio y nos acercamos a él. Nos evalúa con la misma mirada autoritaria que me esperaría de Gabriel.

—¿Podemos hablar, señoritas? —nos pregunta con voz grave mientras recorremos el último tramo de acera para llegar a la puerta de la oficina.

Miro hacia la entrada, que está tan cerca pero tan lejos, antes de volverme hacia él. Sus ojos verdes me atraviesan. Layla se pone delante de mí, impidiéndome con el brazo que me acerque más.

—Si tienes algo que decir, dilo desde ahí. Y mi amiga no pinta nada aquí, solo ha quedado conmigo para comer.

Layla se gira hacia mí.

—Nos vemos, gracias por quedar conmigo —dice, obviamente pensando que ha venido por ella. Pero lo que veo en los ojos de ese

tío cuando me mira sonriendo me dice todo lo que necesito saber.

Está aquí por mí.

En cuanto deja de mirar a Layla, como si no le interesara lo más mínimo, y se me queda mirando, sé que tengo razón.

—Sabe de sobra que es con ella con la que quiero hablar y por qué, ¿verdad, Brinley? —Layla contiene la respiración y aparta el brazo—. Hace años que vigilamos a los Perros del Infierno, igual que ellos nos vigilan a nosotros. —Saca un paquete de cigarrillos del bolsillo mientras habla, agacha la cabeza, coge uno con los dientes y lo enciende. Le da una calada profunda para inhalar el humo antes de continuar—. Y nunca había visto a vuestro presidente con una mujer. Así que nos ha picado la curiosidad, Brinley.

—Solo fue un rollo de una noche —dice Layla.

Pongo cara de circunstancias.

Sé que solo quiere ayudar, pero aun así me molesta el comentario.

Aiden le da otra calada al cigarro, se apoya en la moto y cruza los brazos sobre el pecho.

—Es verdad. Solo fue una noche —confirmo, preguntándome si se dará cuenta de que estoy temblando como un flan.

—Y una mierda —replica él, clavando sus ojos en los míos—. ¿Tu mamá no te enseñó antes de morir que los hombres como nosotros somos malos?

Me quedo con la boca abierta al darme cuenta de todo lo que sabe de mí. Incluso cuestiones personales, como que mi madre está muerta.

—¿Hay algún problema ahí fuera? —grita Dell desde la puerta.

Me giro hacia él. El pobre está intentando por todos los medios que no se le note que está cagado de miedo por el motero macarra que lo mira desde el borde de la acera.

Aiden sonríe y tira el cigarrillo, que aterriza a los pies de Dell.

—Ya nos veremos, Brinley —dice, pasando la pierna por encima de la enorme moto y arranca con un sonoro estruendo.

Sus palabras me ponen la piel de gallina. Layla y yo vamos hacia Crimson y, para cuando entramos, estoy temblando.

—¿Estáis bien? ¿Qué quería ese tío? —nos pregunta Dell—. ¿No decías que tu marido no te iba a meter en estas mierdas? —le dice a Layla.

—Ese no tiene nada que ver con los PDI, y gracias por salir, pero… ahora déjanos un momento.

Dell me mira y aprieta la mandíbula al darse cuenta, por primera vez, de que estoy involucrada de algún modo en el mundo de Layla. Niega con la cabeza sin decir nada y vuelve a su despacho.

—¿Estás bien? —me pregunta mi amiga, cuando su hermano ya no puede oírnos, frotándome los brazos con las manos. Tira de mí para darme un abrazo rápido.

—Sean debe de estar de camino. Supongo que Wolfe vendrá con él. Creen que los DDP han lanzado unos ladrillos de advertencia contra las ventanas del club. No es normal que un miembro de los DDP se plante tan tranquilo en el centro de Harmony, y mucho menos el vicepresidente. Sean dice que no nos van a dejar salir de casa hasta que lo solucionen.

Asiento con la cabeza, todavía conmocionada.

Me suena el móvil en el bolsillo.

W

Ni se te ocurra salir de la puta oficina

Aunque estoy cagada de miedo, automáticamente me molesta que haya pasado de mí y que, cuando por fin decide ponerse en contacto conmigo, crea que va a poder mangonearme.

—¿No decías que solo había sido un rollo de una noche? —me pregunta Layla, como si le estuviera ocultando algo. La cuestión es que no lo estoy haciendo.

—Y lo fue. Hace una semana que no sé nada de Gabriel.

Layla se queda con la boca abierta.

—¿De «Gabriel»?

Yo la miro.

—¿Qué? —digo—. Se llama así.

—Nada, es que nunca había oído a nadie llamarlo por su nombre de pila. ¿En serio deja que lo llames así? —me pregunta, mirándome con atención.

Parpadeo.

—Sí.

—Mmm. Por lo que dice Sean, su madre era la única que lo llamaba por su nombre.

Layla saca el móvil y empieza a marcar un número mientras yo me doy la vuelta, sin saber qué pensar del hecho de que a mí me deje llamarlo por su nombre de pila cuando nadie lo hace, porque está claro que no quiere saber nada más de mí.

Respiro hondo para intentar tranquilizarme, pero no lo consigo. ¿Ese tío sabrá dónde vivo? ¿Qué querrá de mí? Necesito mejorar el sistema de seguridad de mi casa.

Es imposible no oír el ruido de las Harleys entrando a toda pastilla en el centro de la ciudad. Antes de conocer a Gabriel me habría inquietado. Ahora me produce una especie de alivio inexplicable. Hacen mucho ruido, incluso desde dentro del estudio.

Layla y yo nos giramos para mirarlos. Obviamente, su llamada ha hecho venir a Sean. Y estaba en lo cierto: Gabriel va delante de él. Los días que he pasado sin verlo hacen que su belleza me parezca aún más perturbadora e intimidante. Se me acelera la respiración cuando se detiene y se quita el casco, justo cuando Dell sale de la trastienda al oír el sonido de las motos.

—¿Qué leches está pasando? —pregunta mientras Gabriel y Ax entran en la oficina.

En medio segundo, Gabriel está a mi lado, examinándome en busca de heridas o de cualquier cosa que pueda alertarlo de que no estoy bien. Me toquetea la cara y los hombros para ver si tengo alguna lesión, pero yo me aparto.

—Estamos bien —le digo, desviando la mirada.

Él aprieta la mandíbula.

—Ya has terminado por hoy. Vámonos.

Clavo los ojos en los suyos.

—No salgo hasta las tres.

—Es tu día libre. Y ya has terminado. —La forma en la que lo dice me impacta y me hace pensar que es mejor no llevarle la contraria, pero estoy furiosa. Me planteo la posibilidad de irme con él simplemente para echarle la bronca por no haberme llamado en toda la semana—. Un aspirante vendrá a recoger tu coche. Se reunirá con nosotros en tu casa. —Gabriel no dice ni una palabra más. Se limita a señalar la salida con la cabeza y da media vuelta para largarse.

Veo cómo se sienta en la moto, convencido de que voy a hacerle caso. Miro a Gabriel y luego a Dell, una y otra vez. La mirada de decepción de Dell es similar a la que me imagino que pondrían mis padres en esta situación.

Levanta la mano para señalar la puerta, indicándome en silencio que me vaya, si quiero.

Layla se acerca a su hermano y lo abraza.

—No pasa nada. Estamos bien, solo es por precaución. Ese otro club es peligroso. Díselo tú —le pide a Ax, dándole con el dorso de la mano en el chaleco.

—Claro —responde él de inmediato—. Lo siento, tío, supongo que tendremos que esforzarnos más para mantener a esa escoria alejada de aquí.

—Eso parece —dice Dell, intentando parecer autoritario, pero sin conseguirlo.

Layla se acerca a mí y mira a Gabriel a través de la ventana.

—No sé qué hay entre vosotros, pero con él estás a salvo. Deja que te lleve a casa —susurra, abrazándome—. Luego te mando un mensaje —dice, yendo hacia la puerta detrás de Ax.

Me giro para mirar al hermano de Layla una última vez.

—¿Estás segura, Brinley? —me pregunta. No se me escapa el doble sentido: si de verdad me voy a marchar y si considero que es seguro irme con Gabriel.

Miro a Dell, que está de pie delante de mí, y luego a Gabriel, a través de la ventana. Uno representa la vida que tenía antes:

predecible, segura, aburrida. El otro, aunque sea desquiciante, representa lo desconocido. Por extraño que parezca, ni siquiera tengo que pensármelo. Cojo el bolso.

—Nos vemos el martes —le digo.

Echo un último vistazo a Layla y a Ax, que están de pie junto a la moto de este, salgo por la puerta y me monto detrás de Gabriel. Él me pasa el casco por encima del hombro. Me lo pongo y la rabia que siento se mezcla con algo más, algo tremendamente agradable, mientras le rodeo la cintura con los brazos e inhalo su olor por primera vez en cinco días. Él pone una mano sobre la mía y la aprieta.

Sigo enfadada, pero lo curioso es que nunca me he sentido más segura.

36

Brinley



Llegamos a la entrada de mi casa mientras me apunto un par de cosas mentalmente. Me bajo de la moto sin mediar palabra.

Número uno: llamar a una empresa de seguridad para que vengan mañana por la mañana.

Número dos: ¿tal vez hacerme con un perro? Sí, eso. Con un dóberman.

Desbloqueo la puerta principal con el teclado al tiempo que un aspirante aparca mi coche en la entrada. Le sigue otro miembro del club en una camioneta. Entro directamente y cierro de un portazo, antes de echar el cerrojo y apoyar la espalda en ella.

Oigo a través de la ventana abierta la voz de Gabriel, que está hablando con el aspirante. Cierro los ojos y rezo para que se vaya. Ya solo me faltaba que se pusiera a aporrear la puerta. Necesito conservar cierta dignidad. El fin de semana que pasamos juntos fue… No tengo palabras, pero cuando se quedó allí plantado al lado de mi cama, mirándome como si no quisiera saber nada más de mí… Aún tengo esa sensación demasiado fresca. Ya sé que soy boba, pero por una fracción de segundo, mientras estábamos juntos, pensé que quizá, a lo mejor, Gabriel pensaba lo mismo que yo, que no había nada en el mundo que me hiciera sentir mejor que él. Como si nuestros cuerpos estuvieran hechos el uno para el otro. «Boba» es la palabra clave.

Cruzo la casa para ir a la cocina y coger un vaso de agua. Cuando estoy a punto de beber un sorbo, oigo el pitido del teclado de

seguridad, seguido del horrible sonido de la puerta principal desbloqueándose.

«¿Tiene el código? ¿Cómo es posible?».

Gabriel entra en la cocina y deja la llave de la moto sobre la encimera. Se queda callado, de pie al otro lado de la isla. Saber que puede entrar y salir de mi casa cuando le apetezca hace que me parezca aún más imponente, más intimidante.

Me devora con la mirada, como si hubiera sido una tortura estar lejos de mí. Intento no pensar en el efecto abrasador de sus ojos. Está herido, tiene la camiseta blanca manchada de sangre en los hombros, y me doy cuenta de que debe de haberse cortado con los cristales de las ventanas al romperse.

Cruzo los brazos sobre el pecho y hago todo lo posible por parecer tan frustrada como me siento. En cuanto posa sus ojos sobre los míos, me cuesta no ceder, porque esa mirada hace que me derrita.

—Ya puedes largarte —le digo—. Y supongo que tendré que cambiar el código.

—No —replica él, negando con la cabeza—. Ve a coger algunas cosas; te vienes conmigo un tiempo, hasta que tenga claro que estás a salvo. Pensaba que estarías más segura si me alejaba de ti, pero me equivoqué.

Pongo los brazos en jarras. Sigue sin gustarme que me digan lo que tengo que hacer. Han estado diciéndomelo toda la vida.

—La única forma de demostrarle a ese tal Foxx que no le sirvo de nada es que te largues y no vuelvas más. Le dije que solo habías sido un rollo de una noche. Y estoy segura de que me creyó —miento.

Gabriel es tan rápido que no me da tiempo a reaccionar. Me acorrala con los brazos contra la encimera y se inclina hacia mí.

—Con tus cosas o sin ellas, vas a venir conmigo. Esto no es una discusión —dice, bajando la vista hacia mí. Su cuerpo está tan cerca que mi memoria muscular se activa automáticamente, como si se tratara de un miembro fantasma que me hubieran amputado. Desvío la mirada de sus ojos y me esfuerzo al máximo para no sentir la

atracción que nos une. Gabriel sube una mano y me levanta la barbilla con un dedo.

Yo se la aparto y veo que aprieta la mandíbula.

—Hace una semana te largaste y no volví a saber nada más de ti. No veo que estés yendo por las casas de tus otros rollos para asegurarte de que están a salvo. ¿Por qué a mí?

De repente, Gabriel me pone la mano alrededor de la garganta.

—Esto no es un puto juego —murmura.

Levanto el brazo para intentar apartar la mano de mi cuello; nunca me lo había apretado tanto y no puedo respirar. La ferocidad de su mirada indica que me he pasado de la raya. Lo araño y me rebelo con ambas manos, pero él ni se inmuta.

Acerca sus labios a los míos y se queda a un centímetro de ellos, mientras yo pido un poco de aire en silencio.

—No desaparecí. He venido aquí todas las noches para verte dormir, colibrí. Te he acompañado cada día a todas partes, absolutamente a todas, desde que salí por esa puerta. Pero no ha sido suficiente. Saben que estuve aquí y han llegado hasta ti. —Gabriel me suelta e inhalo jadeando mientras me agarro el cuello palpitante con una mano, medio asfixiada. Darme cuenta de que me ha estado observando, de que ha entrado en mi casa cuando dormía, me deja sin aliento, tanto como cuando me ha agarrado del cuello. Pero también me tranquiliza. Soy lo peor. Dejo escapar un suspiro—. No pienso volver a repetírtelo, ¿entendido? Coge tus cosas —me ordena Gabriel, casi en un susurro, aunque se trata de una advertencia. Si no obedezco, algo me dice que acabaré yéndome igualmente con lo puesto.

—¡Gabriel! —murmuro, todavía mareada—. Por favor…, ¿adónde me vas a llevar? No quiero vivir en el club —digo, desesperada.

No puede utilizarme y pasar de mí cuando le dé la gana. Necesito tener más dignidad que eso. No pienso convertirme en su *groupie* y vivir en el club, esperando a que me folle por las noches. Él esboza una sonrisa burlona, como si supiera algo que yo ignoro, y baja los labios de repente, casi hasta posarlos sobre los míos. Inhalo

bruscamente al sentirlo tan cerca. Pero Gabriel no me besa; se limita a dejar la boca cerca de la mía, a un suspiro de distancia, lo que hace colapsar todos mis sentidos. Jadeo, pegada a sus labios, reprimiendo las ganas de besarlo. Él me muerde el labio inferior, se lo mete en la boca y lo succiona con tal fuerza que noto cómo la sangre se agolpa en el punto que ha hecho suyo. Puedo percibir la lucha interna que le impide besarme y soy consciente de que nunca entenderé lo que pasa por esa mente atormentada. Gabriel me suelta el la-bio, que palpita cuando lo libera, y observa la marca que sin duda me habrá dejado.

—Por favor. Este es mi hogar —le digo, mirándolo a los ojos.

Gabriel niega con la cabeza despacio y baja un brazo para agarrarme de la mano. Se la lleva al pecho y la mete por debajo del chaleco para posarla sobre su corazón. Nos miramos fijamente, hipnotizados por un momento, y siento los latidos lentos y regulares de su corazón a través de la camiseta fina. Con una respiración profunda y tranquila, me saca de allí la mano y se la lleva a los labios para besarla una única vez.

—No, pajarito. Yo soy tu hogar. —Me deja la mano a un lado del cuerpo mientras yo me quedo allí plantada, estupefacta ante sus palabras—. Y no te voy a llevar al club —añade.

37

Gabriel



No pienso cometer dos veces el mismo error. Creí que podía alejarme y vigilar a Brinley desde la distancia, quitarme esta obsesión de la cabeza. Nunca me retracto de una decisión, pero siempre hay una primera vez y ya no hay marcha atrás. A la mierda.

Aiden Foxx es sin duda el mal menor en lo que se refiere a la familia Foxx, pero imaginármelo cerca de Brinley hace que me entren ganas de meterle el puño en el pecho, arrancarle el puto corazón con mis propias manos y metérselo por la puñetera garganta. Cuando vi aquellas fotos en la capilla, no tardé ni un segundo en darme cuenta de que me había equivocado al dejarla. Pienso quemar la sede de los DDP con todos los cabrones que haya dentro y reducirla a cenizas. Solo entonces estará a salvo.

El sol de julio se hunde en el horizonte, haciendo de telón de fondo de la campiña de Georgia mientras avanzamos por la carretera acompañados por el ronroneo de la moto. Brinley me abraza con fuerza por la cintura mientras yo miro alternativamente el tramo de carretera que tenemos delante y el que hemos dejado atrás. Conduzco por carreteras secundarias gran parte del camino, para asegurarme de que nadie nos siga. No he estado ocultando esta casa desde que la compré hace dos años para cagarla ahora.

Tomo una carretera comarcal sin señalizar, entro en el camino de acceso y pulso el botón del mando que llevo en el bolsillo interior del chaleco para abrir el portón automático. Recorro lentamente el paseo largo y sinuoso bajo la sombra de los robles laurel, hasta

detenerme delante de la casa. Apago la moto y contemplo la expresión de Brinley mientras se quita el casco.

Mi casa es mi fortaleza. Solo dos personas han estado aquí —Jake y Ax— y ahora va a ser su hogar. Un ciervo se escabulle por el arbusto que tenemos al lado y hace que Brinley dé un respingo.

—¿Dónde estamos? —me pregunta, mirando a su alrededor.

—En casa —respondo mientras desengancho su bolsa de la parte de atrás de la moto—. Vamos —le digo, echándomela al hombro. Esa mierda pesa como si estuviera llena de libros.

—Creía que…

Le quito el casco a Brinley y echo a andar hacia las escaleras de la entrada.

—Pues creías mal.

38

Brinley



No es fácil que alguien me sorprenda. La mayoría de los seres humanos son exactamente iguales, individuos normales y corrientes, tal y como uno se espera. Pensaba que se me daba bien calar a las personas, pero resulta que no. En absoluto. ¿Y Gabriel? No tenía ni idea de quién era en realidad. Él me ha hecho darme cuenta de que seguro que habré estado juzgando a la gente toda la vida basándome en lo que me enseñaron. ¿Y quién soy yo para hacer eso? Él me está demostrando que no se puede catalogar a la gente por su trabajo o educación, que ni siquiera aquellos que se dedican a actividades delictivas tienen por qué ser malas personas.

¿Está mal ayudar a la gente cuando el sistema les falla y sacar tajada de ello? ¿Qué diferencia hay entre eso y que mi padre intentara sacar el máximo provecho de cualquier mierda de negocio inmobiliario que había salido mal? Pues que una cosa es legal y la otra no. ¿Y quién decide eso? ¿Un grupo al azar de personas que solo sirven y protegen a los ciudadanos cuando les conviene?

Echo un vistazo a este lugar, fijándome bien en cada detalle, y exhalo un suspiro… Puede que Gabriel sea el que tiene las cosas más claras.

No hay palabras para describir la serenidad que me transmite lo que estoy viendo. Es como si hubiera entrado en una casita de un árbol. La amplia escalera de la entrada parece no tener fin. Como si hubiera que subir dos pisos para llegar a la puerta principal. La cabaña es larga, de madera teñida y cristal. Se trata de una

estructura enorme en forma de «A» que, más que haber sido construida sobre la colina en la que se asienta, parece haber brotado de la tierra. El musgo español que cuelga de los árboles le da al lugar un aire inquietante y tranquilo.

—¿Por qué está tan alta?

Gabriel se detiene delante de la robusta puerta de cristal y señala el portón de la entrada con la cabeza.

—Para poder ver a cualquiera que se acerque a trescientos metros de distancia. Aunque fueran a toda velocidad, trescientos metros me proporcionarían veinte segundos para prepararme. —Golpea el cristal con los nudillos de los dos primeros dedos—. Cristal blindado, como en el resto de la casa.

«Ah».

Si miro hacia dentro desde donde estoy, puedo ver toda la vivienda antes incluso de que abra la puerta principal. La casa está en un risco y tiene un gran jardín abierto y un lago en la parte de atrás. Las únicas habitaciones por las que pasamos para llegar a la zona principal son un pequeño cuarto de baño y un despacho. Las puertas interiores de la casa también son de cristal.

El sol todavía se está poniendo lentamente sobre el agua cuando entramos en el salón, y me doy cuenta de que estas deben de ser las vistas más bonitas que he visto nunca. Es fácil disfrutarlas porque la parte de atrás de la casa también es toda de cristal. Al mirar a mi alrededor, me fijo en que el interior no es demasiado grande, pero lo que hay está bien pensado y es muy pulcro y minimalista.

Gabriel me lleva hasta la cocina abierta, que se comunica con el salón. Tiene un estilo elegante y moderno mezclado con algunas paredes de madera rústica y barandillas abiertas de hierro forjado que conducen a la segunda planta y al sótano.

Me sorprende que esta sea la casa de Gabriel. Me acerco a la ventana para mirar hacia afuera. El agua brilla a nuestros pies y hay unas escaleras de madera que bajan hasta ella. También veo un pequeño anexo y una especie de siluetas de tiro colocadas en el

exterior, en el jardín llano, además de varias dianas blancas y negras repartidas al menos por la mitad de este y entre los árboles que hay más allá.

¿Tiene su propio campo de tiro? ¿Debería sorprenderme?

Gabriel se quita el chaleco y lo cuelga en el lateral de un sofá de cuero oscuro, en el salón. Hay otro igual y ambos están frente a una chimenea de piedra que va del suelo al techo y que alberga una repisa enorme de madera sacada de un granero. Entonces me fijo en que en esa habitación no hay televisor, algo que me extraña bastante.

Me doy la vuelta para mirar a Gabriel.

—¿Por qué me has traído aquí? ¿Qué hacía ese hombre hoy en mi trabajo? No pienso quedarme al margen de esto. Si no puedo volver a casa, quiero saber por qué. —Él me ignora y va a la cocina para sacar un tarro del armario y llenarlo de agua—. Gabriel —digo, cruzando los brazos sobre el pecho—. Quiero saberlo…

—Creen que eres mi punto débil. Han dejado clara la amenaza —dice, girándose para dejar el vaso en el suelo, antes de sacar la pistola y el cuchillo y ponerlos en una cesta en medio de la isla de la cocina.

Me doy cuenta de que es el típico sitio en el que la gente normal suele poner la fruta y cosas así.

—¿Y por qué estás tan empeñado en que no me pase nada? —insisto. Estoy harta de dejarme llevar por el miedo. Han pasado demasiadas cosas en las últimas semanas y estoy prácticamente segura de que si Gabriel Wolfe pensara hacerme daño, o algo peor, ya lo habría hecho, así que ¿por qué no hacer preguntas y decir lo que pienso?

—Ya te he dicho que nunca me pregunto por qué. Solo sé que necesito protegerte.

Me pongo una mano en la cadera y subo la barbilla mientras él levanta el vaso y bebe otro trago grande de agua.

—Eso no me basta —le digo, esperando transmitir la misma seguridad que mis palabras—. Necesito saber por qué no me

mataste aquella primera noche en el bosque y me dejaste marchar. Y necesito saber por qué vienes ahora a rescatarme.

Gabriel deja el vaso sobre la encimera de mármol y, sin previo aviso, se gira y viene hacia mí con un sigilo y una velocidad para los que no estoy preparada. Sé que cuando le replico se frustra. Probablemente porque nadie más lo hace. De repente me rodea la cintura con sus grandes manos y tira de mí para pegar mi cuerpo al suyo.

—No tengo por qué darte explicaciones. Estás viva porque no soportaría que ese puto pulso dejara de latir por mí, y esa es la única razón que puedo darte —gruñe.

Gabriel baja la cabeza para acercar la frente a la mía, antes de hacer una pausa para respirar hondo y recuperar la serenidad mientras me agarra la cintura con tal fuerza que me hace daño. Inhalo y exhalo con dificultad, pegada a él. Gabriel me está apretando tanto que me cuesta respirar. Se echa hacia atrás y recorre con la mirada las facciones de mi rostro. Mis ojos, mis labios, mi mandíbula. Observo su atormentada cara de concentración mientras me mira el cuello, posa una mano sobre él y respira hondo.

—No quiero que tengas nada que temer en este mundo, salvo a mí. Si alguien te amenaza o intenta hacerte daño, le haré sufrir tanto que el mismísimo Lucifer pedirá clemencia por su alma. Le arrancaré la carne de los huesos tira a tira y lo disfrutaré como el ángel sanguinario que me enseñaron a ser. —Gabriel desliza las manos por mi espalda hasta mi pelo, tira de mi cabeza hacia la suya y me inclina la cara—. Todo tu miedo es mío, pequeño colibrí. Mío y de nadie más.

—¿Y si no quiero darte esa parte de mí? —me atrevo a preguntar.

Él esboza una sonrisa burlona y su mirada me dice que no va a aceptar un «no» por respuesta.

—No tengo que pedir permiso para tomar lo que ya es mío —dice Gabriel lentamente, justo antes de posar los labios sobre los míos y besarme con ferocidad.

Sus palabras hacen que intente aferrarme con desesperación a cualquier capacidad de decisión, por ficticia que sea, y forcejeo para intentar zafarme de su abrazo, pero Gabriel se limita a apretarme con más fuerza y besarme con más pasión. Meto los brazos entre ambos y hago palanca mientras lo araño a través de la camiseta.

Él se aparta un poco y se quita la camiseta tirando de la parte de atrás del cuello con una mano. Acaricio con un dedo los cortes recientes que tiene en los hombros. No son muy profundos y ya no sangran.

Con la luz del atardecer entrando por la ventana que tiene detrás y envolviéndolo en un resplandor sobrenatural, no se me escapa la ironía de que, ahora mismo, Gabriel tiene exactamente el mismo aspecto que su homónimo. Parece un lobo. Un cazador. El pelo suelto y ondulado le enmarca la cara y lleva la barba un poco más larga que la última vez que lo vi.

«Joder, es impresionante».

—Si vas a arañarme, al menos hazlo como es debido —me dice con una sonrisa burlona que revela que desea todo el dolor que pueda ofrecerle, antes de volver a bajar los labios. Mentiría si dijera que no me muero por él.

Los botones salen volando y repiquetean sobre el suelo de madera cuando me arranca la blusa del cuerpo. Gabriel me devora la piel en cuanto esta queda al descubierto, besándome bruscamente con la boca abierta. Soy incapaz de seguirle el ritmo mientras me devora. Es como una especie de anarquía caótica. Me muerde los brazos, los hombros, todos los lugares con los que su boca entra en contacto, y me doy cuenta de que me desea tanto como yo a él. No logro entenderlo.

Le araño los hombros lo más fuerte que puedo y los pequeños cortes que tenía vuelven a abrirse. No lo hago a propósito, pero cuando empieza a sangrar soy consciente de que busco la sangre de Gabriel. Él gime sobre mi clavícula antes de morderme la piel. Yo grito y le clavo más las uñas. Sus labios vuelven a encontrarse con los míos y me obligan a abrir la boca. Cada uno de los movimientos

perfectamente sincronizados de su lengua aviva más el fuego que arde por él en mi interior.

Con un rápido movimiento del índice y el pulgar, me desabrocha los vaqueros. Me levanta con un brazo para quitármelos y estos caen al suelo en un movimiento fluido, sin que Gabriel deje de besarme ni un instante. Lo rodeo con las piernas mientras echa a andar. Me pega contra el vidrio del ventanal. Inhalo con ansia al sentir el frío en la piel.

Él acaricia con un dedo el valle que hay entre mis pechos agitados, lo baja hacia el ombligo y lo mete de golpe bajo las bragas de algodón negro y encaje que llevo puestas y que ya están empapadas. Gabriel emite un gruñido que nace de las profundidades de su pecho al encontrarse con mi deseo.

—Qué maravilla. Sabía que este coño empapado estaría deseoso y muriéndose por mí… —Echo la cabeza hacia atrás y la dejo caer contra el cristal mientras me mete bruscamente dos dedos—. ¿Así que no quieres mi protección, pero sí mi polla? —murmura.

—No sé lo que quiero —jadeo al tiempo que me aprieta el clítoris con el pulgar, aplicando una presión perfecta—. No…

—Ya que tanto deseas tener la ilusión de poder elegir… elige, Brinley. ¿Cómo quieres que te haga correrte primero? ¿Cómo quieres que te demuestre que puedo tener este coño perfecto cómo y cuándo quiera? —Mis jadeos inundan la sala mientras Gabriel me lleva al borde del orgasmo, antes de detenerse de repente. Un gemidito de desesperación sale de mis labios cuando saca los dedos de mi interior y eso le hace reír. Sería capaz de arrodillarme y suplicar por ese sonido tan profundo, oscuro y delicioso—. No tienes elección, pequeño colibrí. Y yo tampoco.

Su piel tatuada contrasta muchísimo con la mía, que no tiene ni una marca. Gabriel sujeta todo mi peso con los brazos flexionados y yo le clavo con fuerza las uñas en los hombros. Pero cuando sus ojos se encuentran con los míos, me vuelvo loca. Me mira como si fuera él quien estuviera suplicando.

—Me da igual cómo lo hagas, simplemente tómame. Tómame entera —le ruego, dejándome llevar, ahora que por fin me he permitido entregarme a aquello contra lo que luchaba.

Gabriel tiene razón, mi cuerpo ansía el suyo. Deseo hasta el último rincón de su ser. La cuestión es que ahora conozco su secreto.

Su cuerpo también ansía el mío.

39

Gabriel



Nada ha cambiado en los cinco días transcurridos desde la última vez que estuve dentro de ella, pero ahora todo me parece más intenso, más siniestro. La seguridad de Brinley está en mis manos. Hace cinco días, la única persona de la que intentaba salvarla era de mí mismo, de mi mundo. Tiene el pelo negro suelto y alborotado, las mejillas coloradas, los pezones duros y ese puto coño perfecto reluciente. Esperando a que lo haga mío.

Puedo vislumbrar los rescoldos ardientes de esa rabia que todavía no sabe usar en sus ojos azules. Quiero avivar esas brasas que tiene en su interior, hacerle sacar el fuego que lleva dentro. El hecho de que sea tan buena chica me hace querer hurgar en las profundidades de su alma para desenterrar todos los deseos oscuros y depravados que pueda encontrar.

—Me da igual cómo lo hagas, simplemente tómame. Tómame entera —dice, con un gemidito sincero, y su sumisión me afecta de una manera visceral sin pretenderlo.

Brinley chilla mientras levanto su cuerpo maleable y me lo echo al hombro como si no pesara nada. Está a punto de enterarse de lo que vale un peine. Voy a borrarle esa puñetera sonrisita de la cara.

Pulso el interruptor para encender la luz del dormitorio cuando cruzo la puerta. Mis botas retumban sobre el suelo de madera. Bajo de nuevo a Brinley y la lanzo sobre la cama. Sus tetas rebotan cuando cae de espaldas sobre el edredón y su pelo azabache se abre en abanico detrás de ella, enmarcándola como si se tratara de alguna deidad oscura. La observo con deseo mientras respira de

forma agitada. Me quito el resto de la ropa en un tiempo récord y voy hacia ella, acariciándome la polla lentamente, pero con firmeza, a la vez que avanzo hacia la cama. Unos pequeños regueros de sangre me caen por los brazos y ella se relame mientras me mira. La tengo dura como una piedra. Me limpio el líquido preseminal que gotea de la punta y Brinley me mira excitada pero un poco temerosa, como siempre.

Me pongo a horcajadas sobre ella y le aparto el pelo de la cara, antes de acorralarla entre los brazos y quedarme suspendido sobre su cuerpo un instante mientras una gota de sangre me resbala por el hombro y le cae encima. Se la extiendo por el cuello con un dedo. Cae una segunda y repito la operación.

Joder. El hecho de ver mi sangre sobre su piel, aunque sea una cantidad tan pequeña, hace que me entren ganas de abrirme en canal para bañarla en ella. Para marcarla con ella.

Veo el terror en su mirada cuando se da cuenta de que me pone ver mi sangre sobre su cuerpo.

—¿Tienes miedo? —le pregunto.

—Como siempre.

Sonrío mientras le paso la polla por la entrepierna resbaladiza.

—Así me gusta, cómo le pone a ese coño que lo acojonen…

Apenas he acabado de pronunciar esas palabras y ya estoy hundiendo las manos en los laterales curvilíneos de sus muslos. La arrastro para situarla completamente debajo de mí, le levanto una pierna y se la meto. Su cuerpo se estremece mientras salgo de su interior y vuelvo a hundirme en ella más hondo todavía.

—Joder —gemimos los dos, casi al unísono.

Solo ha pasado una semana, pero es como si lo estuviera haciendo con ella por primera vez. Ahora ya no hay forma de contener el ritmo que necesito para saciarme. Es brutal. Mi lado más primitivo se activa y me follo a Brinley como si fuera el aire que necesito para respirar, como si venerara el suelo que pisa. Me la follo como si no fuera a sobrevivir si dejo de hacerlo.

—Me has jodido la vida, Brinley —gruño, y ella se aferra a mí jadeando.

Se la estoy metiendo hasta el fondo.

—Qué llena me siento —gime mientras le mordisqueo el cuello, los pechos, el lóbulo de la oreja, cualquier lugar al que llegue con los dientes. Cuantos más mordiscos le doy, más gime y más se tensa su interior. La hago mía. Le dejo claro que es de mi propiedad y pienso dejarle marcas en la piel que lo demuestren—. Más adentro —gime —. Más.

Me pierdo con cada embestida. Las gotas de sangre han ido en aumento a medida que me he hundido más en ella y el aspecto que tiene ahora mismo me vuelve loco.

—Suplícame, Brinley —le digo—. Pídeme que te folle.

—Por favor —gime ella, sin dudar.

—Esa es mi chica —gruño—. Qué bien te entra mi polla, joder —digo, encantado.

—Sigue hablando —susurra tímidamente.

El animal que hay en mí se viene arriba.

La agarro del pelo y le levanto la barbilla para meterme en la boca el lóbulo de su oreja. El miembro me palpita al notar sus mechones negros acariciándome los brazos.

El fuego de sus ojos se aviva más que nunca y me demuestra que Brinley no solo es capaz de darme lo que necesito, sino que lo disfruta tanto como yo.

—Utilízame, Gabriel. Llename —susurra con un gemido.

—Quieres que te folle duro. Me deseas tanto como yo a ti y tampoco sabes por qué —le digo.

Me doy cuenta de que se corta a la hora de utilizar palabras a las que no está acostumbrada, pero quiero que lo haga y no pienso parar hasta conseguirlo.

—Pídemelo, niñata, pídeme que te folle como te gusta.

Brinley gime y aprieta las piernas a mi alrededor.

—Por favor —gime—. Fóllame —añade, en voz tan baja y educada que me mata.

Soy todo suyo.

Gimo, persiguiendo mi propio éxtasis mientras palpito dentro de ella.

Bajo la cabeza para lamer las gotas de sangre recién caída sobre su pecho y vuelvo a levantarla hasta sus labios para besarla apasionadamente, mezclando nuestro sabor con el de mi sangre.

Siento un subidón que ninguna droga sería capaz de proporcionarme.

Estoy en una puta nube.

Le pongo una mano en el cuello para besarla y apoyarme en ella para follarla con más fuerza. Mis testículos se tensan y se agitan mientras el clímax me acaricia la columna vertebral, las caderas y va acudiendo al centro tan despacio que apenas puedo soportarlo.

—¡No puedo más…! ¡Me voy a…! —exclama.

—Lo sé —digo—. Siento cómo tu coño está deseando que pinte de blanco tus entrañas. Quiere que me quede con él. Que se lo dé todo.

—Haz que… Dios, por favor, haz… Me encanta. —Acaba la frase susurrando, acercando los labios a los míos.

—Exacto, yo soy tu dios —le digo.

—Sí… —murmura.

Las palabras provocadoras de Brinley y su aspecto con mi sangre sobre la piel me llevan al límite y al final me corro. Pero no me detengo, sino que la agarro por el cuello y se lo aprieto con fuerza, eyaculando en su interior al mismo tiempo que ella llega al clímax con mi polla dentro. Aprieta mi erección con tal fuerza que siento hasta la última gota salir de mi cuerpo y entrar en el suyo, que es exactamente donde debe estar.

Pienso quedarme a vivir dentro de este coño… el resto de mi puta vida.

40

Brinley



No puedo estar siempre contigo. Tengo que trabajar. Hay cosas que hacer en el club —dice Gabriel mientras se sienta a mi lado en el balcón del dormitorio. Está apuntándome en el móvil los teléfonos de Kai, Mason y algunos de los otros chicos. Solo lleva encima unos pantalones negros de chándal y yo me he puesto su camiseta.

Se le tensan los músculos del brazo al pasarme un vaso con un licor rojizo. Bebo un trago y me arde la garganta, pero lo necesito para sobrellevar el caos que es estar con Gabriel Wolfe.

—Yo también tengo que trabajar —replico, con la vista clavada en las brillantes aguas del lago.

—De eso nada. Te vas a quedar aquí hasta que descubramos cuál es realmente el plan de ataque de los DDP.

—Ni de coña pienso quedarme escondida en esta casa mientras tú vas y vienes cuando te da la gana.

Gabriel bebe un trago de whisky y se lo traga. Observo cómo se le mueve la nuez mientras mira hacia el lago.

—Vale. Puedes ir a trabajar. Pondré fuera a un aspirante.

Me echo a reír.

—¿Vas a obligar a un pobre hombre a tirarse allí sentado todo el día?

—Sí —contesta sin dudarlo.

—Estás loco.

—También —dice sin el menor rastro de ironía.

La sed de sangre que vi en su mirada cuando la suya goteaba sobre mi piel me demuestra que sin duda lo está, y sin embargo sigo aquí sentada, deseando volver a tenerlo dentro de mí.

Le doy otro trago.

—Cuando no estés trabajando, te quedarás aquí. Voy a entrenarte. Tienes que aprender un poco de defensa personal. Y sobre todo tienes que aprender a disparar un arma. —Gabriel se levanta—. Ven conmigo… te voy a enseñar todo esto.

Me bebo el bourbon de un trago y me levanto. Tengo curiosidad por ver el resto de la casa.

Atravesamos el dormitorio. Es austero y moderno, como todo lo que he visto hasta ahora. La cama es de hierro, e incluso más grande que la del club. Me fijo en todo lo que me rodea mientras avanzo por el pasillo del segundo piso y veo lo que parece un dormitorio y un cuarto de baño. Sé que hay otro en la habitación de Gabriel.

Este me guía hasta la planta principal, que ya había visto, y sigue hacia las escaleras que llevan al piso de abajo.

El sótano no es en realidad un sótano. Las mismas barandillas de hierro forjado conducen a un espacio enorme. Es totalmente diáfano y hay unas puertas acristaladas que dan a un patio cubierto con vistas al lago.

El suelo es de caucho. La pared del fondo está recubierta de espejos. Lo importante no es tanto el espacio, como lo que hay en él: una zona enorme de entrenamiento rodeada de equipos para hacer ejercicio, mancuernas, pesas rusas, estanterías con más pesas, una cinta de correr ultramoderna y varios sacos de boxeo de distintos tamaños.

—Caray —digo—. Qué pasada. No me extraña que estés… así —le suelto. Él me mira de reojo, con una sonrisa burlona.

—¿Has visto el campo de tiro que hay fuera?

Asiento con la cabeza.

—Sí.

—Pues también vas a aprender a usarlo.

—Nunca he disparado un arma. Ni tengo intención de…

—Pues claro que nunca has disparado, pero aquí es donde vas a aprender a luchar, pequeño colibrí. Lo que he dicho iba en serio. No quiero que vuelvas a tener miedo jamás; si puedes pelear conmigo, puedes pelear con cualquiera.

Trago saliva y miro a mi alrededor, sintiendo el peso abrumador de lo que sé que me va a hacer sufrir.

—Cada instante que no estés en el trabajo y que yo tenga libre, lo pasaremos aquí. Voy a modelarte a mi antojo. Prepárate.

—Genial —digo.

Gabriel pasa a mi lado y me da una palmada en el culo, que solo llevo cubierto con unas bragas. Intento no pensar en lo mucho que me pone que me moldee.

—A dormir. El entrenamiento empieza mañana.

41

Gabriel



Levanto la vista después de dejar la bolsa en el suelo de cemento. Es la última. El coche que me viene a recoger para entrar de servicio llega dentro de ocho horas. Otra misión. La última duró dieciocho meses. Me han dicho que me prepare, que me mentalice.

Y yo los he mandado a tomar por culo. No me da miedo ir a Kuwait. Si me muero, me muero. Solo me importa una persona. Solo me afectan los sentimientos y la preocupación de una mujer. La única razón por la que no quiero ir es que no podré estar aquí para protegerla.

Miro a mi padre, que está sentado delante de la ventana al fondo de la habitación, fumándose el porro de marihuana del desayuno. Me sorprende que siga vivo después de la cagada de anoche. Mi tío Ray tuvo que ir a recogerlo al motel Cardinal de la 17. La puta rabia provocada por la cocaína hizo que estuviera a punto de cargarse de una paliza a una chica de veinte años después de follársela hasta dejarla sin sentido.

No es la primera vez que mi tío tiene que enfrentarse a una movida así. Es típico de mi padre y me sorprende que todavía no se lo haya cargado él mismo. Imagino que la única razón por la que no lo hace es porque ya tiene suficiente con sus propias mierdas. Últimamente no está bien y ahora mismo le cuesta muchísimo hasta levantarse de la cama por las mañanas. Aunque le haría un favor al club porque, a estas alturas, mi padre causa más problemas de lo que vale y todos lo tenemos claro de cojones.

Y más aún desde que nos hemos enterado de que la mujer a la que hizo daño anoche es la hija del vicepresidente de un club rival. El club Huesos Rosas, uno de los principales de Atlanta y Columbus. Tardaremos una puta eternidad en solucionarlo.

—Es mejor que vayas a buscar a tu madre. Lleva llorando toda la puta mañana —dice, entre calada y calada.

Aprieto los puños. La única razón por la que no le pego es porque mi tío me ha prohibido hacerlo. Algo que la mayoría de los días me exige un esfuerzo sobrehumano.

—¿Vamos juntos en moto? —me dice Jake, dándome una palmada en la espalda y ahorrándome responder al cabrón de mi donante de esperma.

—Vale —contesto.

—Está en el centro de jardinería —añade mi padre, antes de ponerse de pie y largarse dando tumbos.

Niego con la cabeza. Al menos me voy a tirar un año sin verlo. Puede que cuando vuelva ya la haya palmado.

Jake y yo tardamos menos de diez minutos en llegar al centro de jardinería de la calle principal, donde mi madre trabaja como voluntaria. Cuando me ve, empieza a saludarme con la mano incluso antes de que apague la moto. Desde hace un tiempo está más contenta. Mi padre pasa bastante de ella, ahora que sabe que se arriesga a que me lo cargue si le pone un dedo encima. Es consciente de que está bajo mi protección y mi tío se ha asegurado de que no la toque, al menos mientras yo no esté. La amenaza de dejarlo sin manos parece que ha funcionado.

Me sonríe, pero puedo ver la tristeza en sus ojos al aproximarme.

—Gabe. Mi guerrero. —Me acerco a ella y me recibe con un abrazo. Lleva el pelo, largo y oscuro, recogido para trabajar y las arrugas que tiene alrededor de los ojos me recuerdan que se está haciendo mayor. Espero encontrarla así de tranquila y sana cuando vuelva a casa. Jake va a hablar con la rubia con la que trabaja mi madre y nosotros decidimos salir a comer—. ¿Hay muchos novatos

entre los chicos con los que vas? —me pregunta mi madre durante la comida.

Asiento con la cabeza mientras me como un bocado de filete.

—Son de la Duodécima Unidad Expedicionaria y para muchos es su primera misión.

—Cuídalos bien —me dice. Esbozo una sonrisa burlona, como si no pensara hacerlo. Mi trabajo consiste en quitarles el miedo. En eliminar el último rastro de inseguridad que les queda y pisotearlo. Tienen que ir allí como si fueran máquinas, sin sentir nada. Solo entonces estarán preparados para enfrentarse a ello—. No te preocupes por mí. Shell y yo nos cuidaremos la una a la otra. Saber que Sean y tú estáis juntos nos hará sentir mejor. —Se le quiebra la voz. Sé que es duro para ella.

—Ni siquiera voy a estar en ninguna situación peligrosa, mamá, y si pasa algo… será que es mi destino.

—Es que no me gusta que te vayas. Cuando vuelvas, tienes que olvidarte de la rabia que sientes por él y centrarte en tu futuro. Sé que no soy un buen ejemplo. Que sigo con tu padre a pesar de todo. —Extiende el brazo y me da unas palmaditas en la mano. Ya conozco el discurso que me va a soltar. Theresa Wolfe no para hasta salirse con la suya. Incluso en este momento, en el que no tengo ningún futuro, sus ojos marrones están llenos de esperanza. Eso hace que mi sentimiento de culpa se multiplique por diez, porque sé que nunca sentaré la cabeza con ninguna mujer, que nunca me ataré a ninguna, que es lo que ella quiere—. Tú no eres él. Tienes que olvidarte de eso. Busca a una mujer y conviértela en tu reina. Algún día serás el líder de este club. Una vida en soledad es una vida vacía —añade, con una sonrisa—. Encontrar a una mujer a la que amar es el principio y el fin de todo.

Bebo un trago.

—Gracias por la Ted Talk *y por las citas de* El Gran Gatsby *—le digo con una sonrisa irónica, extendiendo la mano para ponerla sobre la suya—. Ya tengo una mujer a la que amar: tú. Y es Jakey el que va a tomar el relevo, no yo.*

Ella sonríe y niega con la cabeza.

—Cielo, si apenas pasa un día sin que meta la pata. Se parece mucho más a tu padre que tú. Ray no lo consentirá. Es a ti a quien tiene en mente. —Esboza una gran sonrisa—. En cuanto seas el presidente, busca a un ángel y conviértela en tu reina. Para que sea tu refugio en esta mierda de vida. Para tener hijos con ella, poder criarlos y convertirlos en tus herederos. No en los de él.

No estoy de humor para discutir con ella sobre cosas que nunca van a suceder. Al contrario, dejo que mi madre siga albergando la esperanza de que eso podría llegar a ocurrir.

—Ahora eso no importa. Si vuelvo, ya me ocuparé de ese tema. Ray seguirá encima de la moto al menos un par de años más y no me lo imagino pasando de su propio hijo. Jakey acabará enderezándose.

—Cuando vuelvas —me corrige mi madre. Aparto la mano para seguir comiendo y disfrutando de mi último almuerzo con ella antes de marcharme.

Mientras como otro bocado suceden cuatro cosas a la vez. Alguien grita cuando un El Camino rojo se detiene derrapando a nuestro lado. Siento un dolor agudo en el hombro antes de ver el arma y oír el sonido invasivo e inconfundible de los disparos.

Bajo la vista hacia mi camiseta, que se está empapando rápidamente de sangre, y me dispongo a lanzarme sobre mi madre, que está sentada frente a mí, pero llego demasiado tarde. El coche arranca con las ruedas chirriando, girando a toda velocidad y echando humo mientras mi madre —la única mujer a la que amaré jamás— yace sobre la silla. Los últimos restos de su corta vida se le escapan por la herida de bala de la sien.

Ni siquiera me ha dado tiempo a desenfundar el arma. Le he fallado.

Me siento en la cama agarrándome el hombro. La cicatriz del tiro que me pegaron cuando ella murió me duele en noches como esta. Estoy empapado en sudor frío. El sonido de unas pisadas me hace

actuar antes de que mi mente me diga que no lo haga. Saco la 45 milímetros de debajo de la almohada y apunto, mientras veo un destello de cabello azabache esconderse enseguida detrás de la puerta con un grito.

«Brinley». No es un intruso.

—Joder. —Bajo el arma. Se había quedado dormida en el sofá del salón, así que la he tapado y la he dejado allí—. ¿Cómo se te ocurre acercarte a mí tan silenciosamente? —le digo, más enfadado de lo que en verdad estoy. Ella no contesta—. No te voy a hacer nada —le digo, obligándome a usar un tono menos borde.

—¿Has tenido un recuerdo*?* —me pregunta, sin volver a entrar por la puerta, obviamente aterrorizada. Suelto un suspiro y me paso la mano por el pelo.

—Ven aquí —le pido.

Normalmente me quedo sentado en medio de esta nebulosa, recordando cómo salí a buscar al cabrón que mató a mi madre y le corté el cuello apenas una hora después de que ella muriera. El recuerdo de la vida abandonando poco a poco sus ojos suele tranquilizarme hasta que vuelvo a dormirme, pero cuando Brinley aparece solo con mi camiseta puesta, la bruma de aquel día empieza a desvanecerse.

—¿De cuando estuviste fuera? —me pregunta en voz baja, en la oscuridad.

Respiro hondo y me tumbo en la cama. Dejo que se acueste a mi lado y la acerco a mí porque necesito hacerlo y punto.

Se acurruca bajo mi brazo como si ese espacio de mi cuerpo estuviera diseñado expresamente para ella. Tomo una inhalación profunda. Su olor a jazmín se mezcla con el mío en su pelo y en su cuerpo, y no soy capaz de decidir cuál de los dos me gusta más.

—Mi madre murió delante de mí. El día que me fui a la última misión, a Kuwait. Mi padre era un cabrón. Le pegaba y le era infiel. Fue incontrolable desde el día que se conocieron. La noche antes de que muriera, se tiró a quien no debía y le pegó una paliza. Era la hija de uno de los miembros de una banda rival puertorriqueña. «Ojo por

ojo», dijeron. Mi padre no tenía ninguna hija, así que la mataron a ella. Él la mató.

—Qué horror —susurra Brinley al tiempo que acaricia con suavidad el tatuaje de mi pecho—. Layla me ha contado lo mucho que la querías. Dice que Ax habla de ella constantemente.

—También era como una madre para él.

—¿Y no te cargaste a tu padre?

Sonrío al darme cuenta de que ya me conoce.

—Lo intenté —reconozco. Joder si lo intenté—. La idea de matarlo fue lo que me hizo aguantar dieciséis meses de misión. Cada segundo que tenía para pensar lo dedicaba a maquinar cómo iba a asesinarlo por haber hecho que la mataran.

—Pero no lo hiciste.

—Cuando volví a casa, mi tío estaba muy enfermo. Había pillado una enfermedad rara, salida de la nada. —Aprieto la mandíbula. Hablar de esto suele causarme un tipo de ira que me cuesta controlar. Dejo escapar un suspiro y, en lugar de apretar los puños como haría normalmente, paso el pulgar encallecido por la mejilla suave de Brinley y sigo por el hombro. Le acaricio el brazo arriba y abajo mientras hablo. Eso me tranquiliza un poco—. Él me pidió que no lo matara. Me dijo que era su último deseo. Quería que me encargara de mantener la paz y me dijo que, si lo mataba, no sería mejor que él.

—¿Tu tío se portaba mejor contigo que tu padre? —me pregunta Brinley en voz baja.

—Sí, en todos los sentidos. Él me enseñó a pensar racionalmente, a ser paciente y a centrarme —respondo con sinceridad—. Me dijo que matar a mi padre era la opción más fácil. Él quería que sufriera hasta el último aliento. Y así fue…

—¿Cómo? —me pregunta Brinley a la vez que gira su bonita cara hacia la mía. No puedo resistirme a besarla; estoy obsesionado con esta mujer.

—Antes de morir, mi tío me propuso como candidato para ocupar su puesto. Pensé que a mi primo le sentaría mal que no lo eligiera a

él, pero en aquella época se le iba bastante la olla. Estaba en una etapa de experimentación. Ahora está mucho más tranquilo.

—¿Te puso como condición dejar que tu padre siguiera con vida para nombrarte su sucesor? —me pregunta. Su cuerpo cálido se mueve contra el mío y hace que mi polla se excite.

—No, simplemente me lo pidió. No puedes rechazar la petición de un moribundo. Tienes que respetarla. —Brinley se queda callada mientras sigo acariciándole el pelo y la piel—. Un año después de mi regreso, mi padre se saltó dos reuniones. Decidí que era mejor ir a comprobar si seguía vivo, así que me pasé por su casa. Cuando llegué, llevaba muerto unos ocho días, más o menos, según el forense. Llegaron a la conclusión de que se había corrido una buena juerga y se había ahogado con su propio vómito. Tuvieron que cortar la parte del suelo sobre la que había empezado a descomponerse. Estaba solo. Ni una puta persona en el mundo se había molestado en ir a ver cómo le iba.

—Siento que tuvieras que ver eso —dice Brinley. Le doy un pellizco y suelta un chillido.

—No desperdicies el verbo «sentir» para hablar de él. En mi opinión, Shamus Wolfe se fue de rositas con demasiada facilidad. Mi madre era increíble. Mantenía la esperanza y el positivismo en cualquier situación. Nunca se quejaba e hizo todo lo que estaba en su mano para protegerme de él. Era imposible, pero hizo todo lo que pudo. Siempre había una chispa de vida en sus ojos, como si estuviera esperando a que de repente sucediera algo maravilloso. El hecho de que mi madre muriera sin ningún puto motivo me confirma que no existe ningún ser supremo que nos proteja. Si lo hubiera, ella habría sido la primera en salvarse. La gente nace y muere. Todo es fruto del azar. Así que yo vivo como me da la gana cada puto día, consciente de que la muerte siempre está al acecho.

—Qué forma tan realista y pesimista de ver las cosas —dice Brinley con voz de cansada—. ¿Tampoco crees en el destino? ¿En estar en el lugar adecuado en el momento adecuado?

—No —respondo con una certeza absoluta.

—Pues yo sí —dice ella, con una seguridad que casi me da un poco de envidia.

—Puede que tu madre cuidara de ti mientras estabas en Oriente Próximo. Y puede que estuvieras destinado a liderar este club. Destinado a hacerlo mejor que tu padre. Ya lo estás haciendo.

—O el destino no existe y simplemente yo tomo mejores decisiones.

Brinley bosteza y se pega más a mí.

—Puede. Es como si no quisieras permitirte tener sentimientos, pero te he visto en el club. Sé que los tienes.

—Uf —refunfuño. Se está adentrando en las aguas inexploradas de las cosas de las que nunca hablo con nadie—. No puedo permitirme tener sentimientos, dedicándome a lo que me dedico. Cualquier persona que me importe se encontrará con la muerte llamando a su puerta.

—Todos tenemos ángeles que velan por nosotros. Incluso tú. A lo mejor vas tan rápido en la moto que los tuyos no pueden alcanzarte volando. Tal vez sea hora de que reduzcas un poco la velocidad, para que puedan pillarte. —La siento sonreír pegada a mí.

El pecho se me parte en dos y casi puedo notar cómo mi pesado corazón empieza a latir al recordar las palabras de mi madre… «Búscate un ángel y conviértela en tu reina, en un puerto seguro».

Le doy un beso a Brinley en la frente, consciente de que en estos momentos tengo entre mis brazos lo más parecido a un ángel.

Por un instante me siento abrumado por mis pensamientos.

«Joder, ya casi ni me reconozco a mí mismo».

—Vale, ya está bien —gruño—. Quiero sentir el sabor de ese coño en la lengua. Abre las piernas ahora mismo.

Le doy la vuelta, le arranco la camiseta mientras ahoga un grito y le demuestro todo lo que siento por ella hasta que empieza a salir el sol, hundiendo la polla en lo más profundo de su ser.

42

Gabriel



Cómo vamos? —pregunto en la capilla la noche siguiente.

—Creo que a mí se me ha ocurrido algo —dice Jake—. He estado dándole muchas vueltas. —Le hago un gesto con la cabeza para indicarle que tiene la palabra—. En la concentración de Glen Eden habrá un montón de miembros de los PDI. Queremos conquistar a los DDP, ¿no? ¿El plan sigue siendo ese?

Asiento con la cabeza.

—Pero no quiero cargármelos a todos, algunos pueden resultarnos útiles. Solo al hijoputa del presidente y seguramente también al VP, porque vendrá a por nosotros si no lo eliminamos. Después de eso, la conquista será fácil. Si es necesario, les pagaremos con su propia medicina, pero nada de tocar a sus hijos —digo, girándome hacia Kai.

—Creo que la concentración es el lugar perfecto para hablar con Otis y pedirle que nos ayude —dice Jake, refiriéndose al presidente de los Titans, un club con el que estamos hermanados.

—Estoy de acuerdo. ¿Tienes todo lo necesario sobre ellos? —le pregunto a Kai. Él entiende que me refiero a los miembros de los DDP.

—Estoy en ello. Pero sí.

—Bien. Propongo que nos carguemos la sede de su club —digo, dirigiéndome a toda la mesa—. ¿Podemos conseguir ANFO? —le pregunto a Jake. Si alguien sabe cómo hacernos con el suficiente nitrato de amonio y gasolina para volar el edificio, es él—. Nada de C4. No quiero arriesgarme a causar daños a ninguno de los edificios

colindantes. Está en un barrio muy poblado de Savannah; lo haremos de madrugada y vigilaremos la zona durante unas cuantas semanas para asegurarnos de que no haya sorpresas.

Él asiente.

—No hay problema. Conozco al tío adecuado.

—Vale, pues vamos a empezar a vigilarlos. Quiero saber todo lo que esos cabrones hacen durante el próximo mes. No podemos precipitarnos demasiado; seguro que esperan una represalia rápida. Tenemos que ser inteligentes. —Miro a todos mis hombres—. Más inteligentes que ellos, ¿entendido? Luego volaremos su sede y nos cargaremos al cabrón del presidente. Les cortaremos el talón de Aquiles. —Todos asienten—. Bien.

—¿Qué has hecho con Brinley? —Me pregunta Ax—. Lay quiere verla —añade, encogiéndose de hombros—. Le cabrea tener que estar prácticamente bajo arresto domiciliario hasta que acabe toda esta mierda.

Sé que Ax le ha dicho a Layla que solo puede ir del spa en el que trabaja como masajista a casa si va acompañada por un escolta o por él. Haremos lo mismo con todas las chicas. No podemos arriesgarnos.

—Brinley está en mi casa —respondo. Todos los ojos de la sala se posan en mí mientras lo digo. Los miro uno a uno.

—¿En tu casa? —Kai esboza una sonrisa burlona.

—Sé lo que estáis pensando y se va a quedar allí. No hay más que hablar.

Jake se ríe entre dientes y el resto de la mesa asiente con la cabeza.

—¿Qué nos parece que nuestro presi esté conectando con su lado humano? —les pregunta a todos Kai.

Ellos responden abucheándome y golpeando la mesa.

Ax me da una palmadita en el hombro.

—Bienvenido al lado oscuro, tío.

—Vete a la mierda —gruño.

—La protegeremos como te protegemos a ti, jefe —replica él, muy serio.

Asiento con la cabeza mientras doy un golpe con el mazo, sonriendo con ironía.

Cuando acabe de entrenarla, ella será capaz de protegerlos a todos.



—Lo más importante en defensa personal es saber siempre más que el enemigo —le digo a Brinley, al cabo de dos horas.

Estamos en el gimnasio después de una hora complicada en el campo de tiro durante la que Brinley no ha dado en el blanco ni una sola vez. Ya me lo esperaba. Me ha llevado cuarenta minutos conseguir siquiera que apretara el puñetero gatillo.

Lo que no me esperaba era que la oscuridad que hay en esta mujer fuera más profunda de lo que creía. Cuando por fin se ha decidido a disparar, no me ha quedado más remedio que hacerme a un lado y mirar.

Brinley no ha parado hasta vaciar el puto cargador. Luego se ha girado hacia mí con el pecho agitado y cara de determinación y me ha dicho: «Otra vez».

No voy a fingir que me haya resultado fácil limitarme a mirar al verla así, con el pelo recogido en una coleta, los cascos protectores puestos y cara de concentración mientras se mordía el labio y disparaba sin parar. He tenido que hacer un esfuerzo enorme para recordarme a mí mismo que tenemos trabajo que hacer.

Ya me la follaré más tarde.

Algo que me sigo recordando ahora que la tengo delante tras una sesión de pesas de treinta minutos en la que, curiosamente, lo ha hecho bastante mejor que en el campo de tiro. Ya está fuerte gracias al yoga que practica a diario. Solo tiene que ponerse más fuerte todavía. Yo no puedo estar con ella a todas horas y saber que

es capaz de defenderse me proporcionará un mínimo de tranquilidad, algo que nunca tuve con mi madre.

—No los vas a ver venir. El tiempo nunca va a estar de tu parte, así que tendrás que empezar a concentrarte y a ser muy consciente de todo en todo momento —le digo a Brinley, dándole un empujón en el hombro, quizá un poco más fuerte de lo que debería—. Podría ser algo tan simple como un empujón. —Ella entreabre la boca, sorprendida, cuando vuelvo a empujarla—. Nueve de cada diez veces, el agresor se acercará a ti por la espalda, así. —Le doy la vuelta bruscamente para agarrarla y aflojo un poco al recordarme a mí mismo que todavía no es una recluta.

Tiene el culo pegado a mi polla y mientras forcejea para intentar soltarse lo pega todavía más. Si lo hace a propósito, estoy orgullosísimo de ella, porque sería capaz de distraer a cualquier tío.

Creo que, por primera vez en mi vida, tengo que obligarme a centrarme mientras le rodeo el cuello con un brazo. Ella empieza a arañarme.

—Puedes arañar, pero no es muy eficaz —le digo. Soy consciente de que le cuesta respirar, pero aun así no la suelto. Tiene que saber lo que se siente para no asustarse si le ocurre de verdad—. Debes ser más lista que tu agresor. Tener una estrategia. Pararte un momento a pensar puede salvarte la vida y seguramente lo hará.

La suelto y ella respira hondo. Se inclina hacia delante para apoyar los codos en los muslos mientras recupera el aliento.

—Hijo de… —Se abalanza sobre mí y me da una bofetada por haberla dejado sin aire. Eso no me ayuda a contener las ganas de follármela.

La agarro por el cuello para calmarla, chasqueando la lengua.

—Que seas una impertinente no quiere decir que seas más lista —le digo.

—No podía respirar —replica, todavía jadeando un poco.

—Ya lo sé. Y es mejor que te acostumbres. Pienso asfixiarte todos los días hasta que seas capaz de soltarte.

Cojo un taburete que hay al lado de la pared y lo pongo en medio de la habitación. Este le proporcionará la altura suficiente para rodearme el cuello con el brazo. La levanto, aún enfadada, por la cintura y la subo a la banqueta antes de que pueda protestar. Luego me sitúo de espaldas a ella. Le agarro un brazo y me lo pongo alrededor del cuello. Ella me aprieta con energía y tira con fuerza. Me río entre dientes.

—Joder. Tranquila —le digo—. Ya tendrás más oportunidades de darme una paliza mientras aprendes.

—Por fin algo que me hace ilusión —gruñe Brinley, intentando sin éxito seguir sujetándome. La agarro por una mano y tiro hacia delante; ella grita de dolor.

Eso la hace centrarse.

—Tú eres la agresora —le digo, volviendo a ponerle el brazo alrededor de mi cuello—. Lo primero que voy a hacer es bajar la barbilla. Es mucho más difícil agarrarme y asfixiarme si la bajo. —Le doy un golpecito en el otro brazo—. Ahora ponme las manos alrededor del cuello.

Ella obedece y también consigue apretar bastante fuerte, pero no lo suficiente como para hacerme daño.

Lo hacemos varias veces hasta que parece haberlo pillado.

Me giro para mirarla. Sigue encima del taburete, casi a mi altura. Le doy un beso en los labios y frunce el ceño. Le inclino la cabeza, sin poder evitarlo, y le paso la lengua desde la clavícula hasta la mandíbula, dándome por satisfecho hasta el final del entrenamiento. Se estremece cuando la levanto del taburete, la pongo delante de mí y la giro de golpe para que me dé la espalda.

Le rodeo fuertemente el cuello con el brazo mientras le explico paso a paso cómo soltarse. Tras varios intentos, lo consigue.

—Esa es mi chica… y ahora, das un paso a un lado y coges impulso hacia atrás con la mano. Apunta a la ingle.

Brinley hace lo que le digo, pero me aparto a tiempo para que no me dé.

Practicamos los movimientos meticulosamente durante un rato hasta que estoy satisfecho con los avances y fuera el sol se ha ocultado en el horizonte. Me llevo un par de buenos golpes en las pelotas que a Brinley le parecen divertidísimos. Pienso castigarla por ello más tarde.

—Necesito un poco de agua —dice, jadeando.

Me recuerdo a mí mismo que ella no hace esto todos los días, como yo. La suelto y dejo que vaya a beber, observando su pecho agitado mientras camina. Sus pantalones azules de yoga se ciñen a ese puto culo tan apetitoso y, no sé cómo, hacen que parezca aún más perfecto de lo que es. Lleva un top a juego tan pequeño que bien podría ser un sujetador y al que habría que pagarle un sueldo por sostener esas tetazas. Brinley está bañada en sudor, lo que intensifica su dulce aroma. Tiene el pelo húmedo, y el cuello, y los brazos… Todo su cuerpo brilla y, joder, me muero de ganas de limpiarle hasta el último centímetro a lametones. Esbozo una sonrisa burlona mientras la veo beberse la mitad de la botella de agua y secarse la frente. Acabo de darme cuenta de que hay una manera de entrenarla y conseguir lo que quiero. Se gira hacia mí.

—¿Y ahora qué? ¿Cien flexiones? ¿Unos cuantos *burpees*? —me pregunta con una mano en la cadera y el pecho todavía agitado.

Deja el agua en el suelo. Seguramente mi cara le dice que estoy a punto de retarla.

Brinley no se mueve, tan solo ladea la cabeza y me observa mientras jadea. Doy media vuelta para ir hacia la puerta que da al jardín y al bosque. Quito el pestillo y la abro de par en par.

Me giro hacia ella, extiendo las manos frente a mí con los dedos entrelazados y los empujo hacia afuera hasta que crujen. Brinley me mira, intentando averiguar lo que estoy haciendo, y casi puedo sentir cómo se le humedece el coño.

Empiezo a acercarme lentamente a ella, levanto una mano hacia atrás y me quito la camiseta a la vez que avanzo. Cuando estoy a medio camino entre ambos, me detengo y le sonrío con aire burlón.

Joder, me encanta perseguirla.

—El enemigo se acerca, así que date prisa, pequeño colibrí. Corre.

43

Brinley



Sin pensármelo dos veces ni vacilar, salgo corriendo por la puerta tan rápido como me lo permiten las piernas, ya doloridas, y me adentro en la noche. El pulso me late con fuerza en la garganta mientras cruzo volando el jardín y voy hacia el bosque. Sé que hay un sendero, así que al menos no me romperé un tobillo. Gabriel dice que corre por él todas las mañanas.

Lo tomo, procurando ser lo más ágil posible. Sé que él es buen corredor, así que acabará alcanzándome y sé lo que me hará si lo consigue. Esa es la parte emocionante. Porque, aunque te persiga alguien en quien confías plenamente, sigues estremeciéndote de miedo ante la idea de que te atrape.

No tardo en oír el ruido sordo de los pies pesados de Gabriel en el sendero. No me llama, tan solo se detiene y escucha, así que me escondo detrás de un árbol. El chasquido de una ramita bajo mis Nike parece el estallido de una puñetera bomba en el bosque silencioso. Vuelvo a oír sus pies y me adentro más en la espesura, consciente de que, si no lo hago, me pillará.

El sendero se acaba y me detengo, mirando a derecha e izquierda para intentar averiguar hacia dónde ir en la oscuridad. Sigo mi instinto, giro a la derecha y me cuelo por detrás de un árbol para retroceder en dirección a la casa. Entonces lo oigo. La noche es húmeda y tengo toda la ropa pegada. Veo a Gabriel por el rabillo del ojo y siento un subidón de adrenalina mientras se acerca a mí. Me doy la vuelta para escapar, pero ni siquiera llego a donde empiezan

los árboles antes de que consiga agarrarme por la raíz del pelo y tire de mí hacia él. Choco de espaldas contra su pecho con tal fuerza que me quedo sin respiración.

—Te he pillado, pequeña. Seguro que ese coño tan apretado ha estado mojando las bragas desde que te he dicho que salieras corriendo —me susurra Gabriel al oído, rodeándome el cuello con el brazo y apretando con fuerza—. Vamos a ver cuánto más podemos mojarlas, ¿eh? —Entro en pánico, olvidando todo lo que he aprendido en el entrenamiento. Es como si todo sucediera a cámara lenta y me quedo sin aliento. Intento arañarle, pegarle, cualquier cosa para hacer que deje de apretar tan fuerte—. No —me dice Gabriel al oído, dándome unos toquecitos con el dedo en la cadera para recordarme que mantenga la calma.

Funciona. Bajo la barbilla y la introduzco bajo su brazo para alejarme a la vez que le doy un puñetazo en la ingle. Él me suelta para apartarse antes de que lo alcance. Caigo ante él sobre las manos y las rodillas, sin aliento, mareada, magullada y sucísima. Gabriel se arrodilla detrás de mí y me levanta el culo, empujando mi torso hacia la tierra. Me dejo hacer, porque ya no me quedan energías para resistirme. Me acaricia el culo y jadea cuando me pega a su erección. Gimo mientras ese deseo tan familiar y profundo me recorre todo el cuerpo. Es instantáneo. Basta con que Gabriel me toque para que mi cuerpo lo desee.

—Así que esta chica tan mala se ha puesto de rodillas para mí. Ahora separa los muslos y demuéstrame que te mereces mi polla —gruñe Gabriel, pasando los dedos por la entrepierna de mis mallas. Sujeta el fino tejido y lo desgarra por la costura, dejándome las nalgas al aire y descubriendo que no llevo nada debajo—. Sí, joder —dice, antes de hundir la cara en mi coño empapado, estrujándome el exterior de los muslos bajo los restos de los pantalones mientras mete y saca la lengua de mi interior.

Yo sigo boca abajo en el suelo, pero empujo hacia atrás el culo para pegarme más a él, gritando, porque no sé lo que está haciendo, pero va a conseguir que me corra sobre su lengua en

cuestión de segundos. Me pone las manos en las caderas para acercarme más. Me estabilizo en un ritmo que no quiero que pare nunca. Gabriel mueve las manos, agarrando y estrujando todas las partes de mi cuerpo que están a su alcance. Luego las desliza hacia arriba para bajarme el top deportivo. Mis pechos anhelantes se liberan y los dedos de Gabriel se topan con mis pezones endurecidos. Me los pellizca y doy un grito, echando la cabeza hacia atrás. Me incorporo sobre los codos para poder cabalgar mejor sobre su cara.

—Joder, hace horas que me muero por comerte. Empápame, Brinley.

—¡Sí! —exclamo, agarrándome desesperadamente al suelo mientras me muevo muy despacio sobre su cara y me corro en un tiempo récord, sintiendo cómo me estremezco alrededor de su lengua.

Gabriel no cede y sigue follándome con la boca hasta volverme loca. Entonces me levanta un poco más las caderas y me abre todo lo que puede, antes de hundir la polla con saña en mi interior con un profundo gemido.

—Joder, qué coño tan perfecto. —Gabriel me abre todavía más y grito mientras me mete el último centímetro—. Este puto coño empapado se muere por mi polla. Quiere tragársela entera y demostrarme que está hecho para mí.

—Por favor —le imploro, lo cual solo hace que me embista con más fuerza y profundidad.

Esto.

Estos momentos en los que se vuelve loco y pierde el control son los que quiero tener todos los días. Es lo que siempre he deseado y no he sabido cómo encontrar. Se hallan en la pasión implacable de Gabriel, que me demuestra lo que siente de verdad. Por la forma en la que me folla da la sensación de que me necesita tanto como el aire que respira. Y eso hace que me convierta en la versión más poderosa de mí misma.

Los codos se me resbalan hacia el frente y las piedras y las ramitas me arañan la piel mientras Gabriel me empuja hacia delante, follándome con violencia. Tengo los pantalones hechos trizas colgando alrededor de los muslos y me impulso hacia atrás para pegarme a él y mover las caderas para provocarlo mientras me la mete. Me siento todavía más poderosa al darme cuenta de que soy, sin duda alguna, la mujer que él desea. La mujer que ansía. ¿Hasta qué punto me desearía si lo provocara como él me provoca a mí?

Con Gabriel me resulta fácil ser valiente. Y esa valentía me anima a ser atrevida y me motiva para convertirme en la mujer que siempre he querido ser.

—Métemela hasta el fondo. Hazme gritar como si quisieras que todo el bosque se enterara de quién es mi dueño —ronroneo, sintiéndome por fin desinhibida y libre mientras me echo el pelo por encima del hombro y giro la cabeza para mirarlo.

Él me lo agarra con una mano y se lo enrolla en el puño antes de tirarme de la cabeza hacia arriba.

—Joder, Brin… —Gabriel se queda callado, como si me estuviera analizando, y me doy cuenta de que mis palabras lo han pillado por sorpresa. Me levanta la cabeza y me pega la espalda a su frente. Me da otro tirón suave, gira un poco más la mano y me echa la cara hacia un lado para posar los labios sobre los míos sin perder el ritmo —. Ni bosque ni hostias. Cuando acabe contigo, no habrá criatura en este mundo que no sepa a quién cojones perteneces —gruñe, y yo esbozo una sonrisa burlona sobre sus labios.

—Pues entonces haz que me corra, presi —susurro.

—Joder.

Los labios de Gabriel vuelven a chocar con los míos mientras busca con una mano mi clítoris. Lo pellizca con fuerza entre el índice y el pulgar, sin dejar de apretarlo al tiempo que me folla. Caigo en barrena.

Me corro y, cuando estoy empezando a relajarme, vuelve otro subidón. Pero él no se detiene. Me folla como si estuviera a punto de

llegar al clímax, pero quisiera contenerse. Como si la lenta tortura de no correrse fuera algo que no solo quisiera, sino que deseara.

Gabriel afloja el ritmo y puedo sentirlo todo, cómo cada centímetro de él entra y sale de mí. Eso me devuelve a la vida, avivando el fuego que todavía arde en mi vientre.

—Escupe —me dice, poniéndome la palma de la mano bajo los labios. Estoy tan ida que obedezco y escupo sobre sus tres primeros dedos. Él los baja y los desliza por mi clítoris mientras gruñe—. Puedes darme uno más, Brin. Vamos, nena, córrete sobre mi polla, solo uno más —me ordena Gabriel.

La sencillez y la dulzura de la palabra «nena» saliendo de su boca es lo único que necesito para volver a correrme y las piernas me tiemblan mientras veo las estrellas por segunda vez en cuestión de minutos. Gabriel me agarra con fuerza por las caderas, y siento cómo su erección se tensa y palpita. Su calor se extiende por mis entrañas cuando él pronuncia mi nombre y me acaricia el cuello y los hombros con los labios. Estoy agotada, llena de cortes, magulladuras y sangre. Y, aunque me sigue dando un poco de miedo, no puedo evitar preguntarme cómo he podido vivir sin él.



CC
Qué tal en la guarida de Wolfe?

Más sola que la una

CC
No me sorprende nada que cuando Wolfe por fin elige a una mujer decida ocultársela al mundo
Te está matando a polvos?

Más o menos
Estoy harta de salir de aquí solo para ir a trabajar

CC
Podríamos escaparnos para una noche de chicas, pero seguramente te habrá puesto un localizador en el coche

JAJA, muy graciosa
Más le vale que no

CC
Sean dice que en unas semanas todo volverá a la normalidad

Miro el teléfono con cara de circunstancias. Me cabrea un poco que Layla sepa más o menos cuánto durará esto y que Gabriel aún no me haya dicho nada. Me meto el labio entre los dientes y me lo muerdo.

Llevo dos días en esta casa y todavía no he fisgoneado a fondo. Voy hacia el dormitorio. Gabriel se ha ido y no tengo ni idea de adónde. «Negocios del club», según él.

Abro los cajones uno por uno; todo está perfectamente organizado. Calzoncillos negros y más calzoncillos negros. Del mismo color que las camisetas y los vaqueros.

Todo está perfecto. Demasiado perfecto.

Abro la puerta del armario y acaricio con los dedos las suaves camisas de franela que hay colgadas. Son todas Carhartt. En tonos negros y grises. Ni que tuviera acciones en la empresa. Cuando llego al fondo, me fijo en una cajita de madera con una incrustación ovalada.

La cojo, convencida de que serán cuchillos o algo igual de terrible, pero al abrirla veo varios compartimentos. Los abro uno por uno. El de arriba está lleno de medallas y artículos de alguna revista. Son sobre una misión que los marines del E-12 llevaron a cabo para acabar con un señor de la guerra, pero en la que, durante el ataque, el enemigo bombardeó su propia aldea. Aparto la vista al pasar la página. Hay fotos. En una se ve un pueblo lleno de gente por todas partes. De gente muerta. Otra igual, de un coche hecho pedazos. No me extraña que Gabriel no crea en Dios ni en el diablo. Normal que

no tenga fe en la gente. ¿Cómo puedes ver una carnicería así y seguir teniendo fe?

Abro los dos siguientes compartimentos, que también están llenos de fotos. Son antiguas. Lo reconozco al instante entre un montón de niños. Ya era alto y fuerte de pequeño. Debe de tener unos diez años y está de pie junto a su madre. Su belleza me sobrecoge. Tiene el pelo largo y oscuro, una cara preciosa y una sonrisa impresionante, igual que la de Gabriel. Hay más fotos con otros miembros del club. En una se ve a un hombre que debe de ser su tío, con el parche de presidente, a Gabriel y a otro niño en bicicleta. ¿Tal vez Sean?

Hay otra de Gabriel en la adolescencia, con los brazos cruzados sobre el pecho. Lo que más me impresiona es que es la primera foto que encuentro en la que sus ojos tienen la misma expresión vacía e impasible que tienen ahora. Vuelvo a mirar las primeras fotos, en las que su mirada tiene un brillo travieso. Las acaricio con el dedo y sonrío. Ese es el Gabriel que me gustaría haber conocido, antes de que la vida lo endureciera.

Abro otro compartimento y entrecierro los ojos. No sé qué es eso. Cojo uno. Es pequeño, del tamaño de una moneda de veinticinco centavos, y tiene el logotipo de Apple. Le doy la vuelta y leo el reverso: AirTag. «Se puede rastrear a kilómetros de distancia, o incluso en otro país, siempre que esté dentro del alcance del Bluetooth de un dispositivo Apple que forme parte de la red Find My».

¿En serio le ha puesto un localizador a mi coche? Cojo uno y me lo guardo en el bolsillo, antes de volver a ordenarlo todo lo mejor que puedo.

Bajo las escaleras y salgo por la puerta principal.

Saco el dispositivo, vuelvo a mirarlo y llego a la conclusión de que seguramente lo habrá escondido en el interior. Abro la puerta y empiezo a buscar, tanteando todas las ranuras y hendiduras que hay entre los asientos y bajo el salpicadero, pero hasta que no me pongo a cuatro patas no lo veo pegado debajo del asiento del conductor.

Qué hijo de puta.

¿Me obliga a quedarme aquí metida todo el día mientras él va y viene a su antojo? Me digo a mí misma que hasta aquí hemos llegado. A partir de ahora, pienso hacer que me lo cuente todo. ¿Y el minilocalizador?

Bueno, él no es el único que puede jugar a este juego.

44

Brinley



Más de tres semanas después

¡Que te jodan! —grito, usando una expresión con la que no me habría sentido cómoda no hace ni dos meses.

Sin embargo, ahora el eco de mi voz resuena en la sala. Tengo toda la ropa sudada y pegada al cuerpo. Vamos por la segunda hora de esta dichosa rutina que hemos acabado creando. La repetimos día tras día y estoy a punto de volverme loca. Pasamos siempre una hora en el campo de tiro y varias en el gimnasio. En las últimas semanas me he dado cuenta de que hasta el último centímetro del cuerpo de Gabriel forma parte del arma que es en realidad. Está lleno de músculos marcados y líneas definidas, y bajo la superficie hierven toda su potencia y su rabia. El hecho de que apenas sude cuando entrena conmigo me enfada tanto como me excita.

—No puedo hacerlo… pesas demasiado —protesto—. Y ya estamos los dos sangrando.

Él podría tirarse así días, mientras que yo estoy jadeando a los cuarenta y cinco minutos. Al menos esta semana he conseguido llegar a los cuarenta y cinco antes de estar con la lengua fuera, así que imagino que eso ya es un avance.

—Claro que puedes. Cabréate más. —Gabriel se ríe mientras intento zafarme.

Estoy inmovilizada debajo de él; llevamos días trabajando expresamente esta técnica. Todavía me sangra el labio porque hace diez minutos intenté sacármelo de encima del abdomen y él me

empujó hacia abajo. Me mordí la suave parte central del labio inferior y acabé clavándole las uñas en el cuello con tal fuerza que le hice sangrar.

—Nunca estás más vivo que cuando sangras —gruñe Gabriel sin dejar de sujetarme, no sé si con cara de querer apretarme con más fuerza, de besarme o de ambas cosas—. Si me hubiera rendido al ver mi sangre en aquella cueva, no estaría aquí. Cada gota que derramaba significaba que seguía vivo. —Lo miro fijamente mientras descubro una nueva faceta de su mente sádica. Gabriel se me acerca todavía más y la cruel luz de sus ojos brilla al tiempo que me agarra—. Además, me gusta ver mi sangre sobre ti, colibrí —dice, con voz ronca e inexpresiva—. Es cuando más vivo me siento. ¡Venga, ponte en posición y enfréntate a mí de una puta vez! —Hago todo lo posible por recordar los pasos mientras él me corta el suministro de aire con el antebrazo—. ¡Vamos! —gruñe—. Rodilla en el estómago, pie en la cadera.

Lo intento, pero pesa demasiado.

—Joder —mascullo entre dientes, pero no sé cómo, consigo reunir la energía necesaria para levantar su peso y a la vez girarlo con el pie y la rodilla, antes de usarlo contra él.

—Esa es mi chica —murmura Gabriel cuando aparto la mano y lo empujo hacia arriba con la pierna para quitármelo de encima. Caigo de espaldas sobre el suelo acolchado, con los brazos extendidos en forma de U.

Creo que voy a morir. Me duelen todos los músculos del cuerpo y parece que me ha atropellado un camión, mientras que él está como si acabara de volver de un paseíto tranquilo de diez minutos. Lo miro de arriba abajo, pero solo veo un ligero brillo de sudor en su pecho. Por muy desquiciante que sea, su cuerpo semidesnudo es una buena vista para contemplar mientras muero.

—Deja de comerte a tu enemigo con la mirada. —Gabriel esboza una sonrisa burlona, antes de ponerse la camiseta y pasar a mi lado para ir hacia las escaleras.

Suelto un suspiro, sorprendida de que hayamos terminado por hoy, aunque al mismo tiempo… menos mal, joder.



—Quiero acompañarte a la concentración de Glen Eden el fin de semana. Layla va a ir, va a haber puestos y un montón de personas. Necesito ver gente. Solo es un día —le suplico mientras me acomodo en la isla de la cocina.

Ya me he duchado y me siento un poco más persona después del entrenamiento. Gabriel está preparando otra versión de la misma comida que llevo tomando todos los días durante las últimas cuatro semanas. Algún tipo de proteína, quinoa o arroz de jazmín y verduras. No voy a mentir diciendo que los efectos que ha tenido en mi cuerpo no han sido asombrosos. En poco menos de un mes ya estoy más fibrosa, mi físico se ha fortalecido, levanto mucho más peso y soy más rápida. Físicamente nunca he estado mejor.

Mentalmente me estoy volviendo loca.

Gabriel me mira, todavía sin camiseta, mezclando el pollo con una especie de adobo casero en una sartén de hierro fundido. Me ruge el estómago mientras la comida hierve a fuego lento, pero no se me hace la boca agua por ella, sino por él.

No ha habido un solo día en el que Gabriel no haya entrado en mi interior por la noche, antes de pasarnos horas tumba-dos en la cama hablando. Por lo general es él quien me pregunta sobre todos los aspectos de mi vida: cuáles son mis comidas favoritas, quiénes son el resto de mis amigos de la infancia, si alguien se ha portado mal conmigo alguna vez… Está haciendo una lista, dice que piensa guardarla para un día lluvioso en el que tenga ganas de salir de caza. Pero a través de todo eso he podido conocerlo un poco mejor. O tan bien como Gabriel permite que alguien lo conozca. Sé lo que le motiva, como por ejemplo salir a correr por las mañanas, la pasión que siente por su trabajo, en el que crea motos preciosas de las que la gen-te se enamora, y también que nunca adorna una

historia. Cuenta las cosas tal y como son. Cuando me dice a qué hora va a llegar a casa, siempre es puntual. También ha sido sincero conmigo siempre que le he hecho alguna pregunta directa. Me he dado cuenta de que antes no era que quisiera ocultarme las cosas, sino que simplemente no estaba acostumbrado a que le hicieran preguntas. Gabriel me ha contado con franqueza todo lo que quiero saber, salvo que me ha puesto un localizador en el coche. Pero me da igual, porque yo también le he puesto uno a él.

Mientras estaba en la ducha, he levantado la gruesa plantilla de una de sus botas y le he metido dentro el pequeño AirTag, antes de volver a pegarla. Al principio me he sentido mal por hacerlo sin que él lo supiera, pero luego me he dado cuenta de que la que hablaba era mi conciencia y, si Gabriel me ha enseñado algo, es que no siempre tengo que hacer lo que esta me dicta, si es por una buena causa. Ni siquiera lo he rastreado nunca, pero si él puede saber dónde estoy, yo puedo saber dónde está él. Es como si le dejara seguirme por voluntad propia.

Dejo escapar un suspiro. Después del intenso entrenamiento, estoy dolorida, agotada y a la vez llena de energía, y voy a perder la cabeza como no me deje salir de aquí para algo más que para ir a trabajar.

—No es seguro —dice Gabriel, sin levantar la vista de los fogones.

—No soy Rapunzel —replico, preparándome para discutir con él—. Es el lugar más seguro al que podría ir. Layla me ha dicho que en esas concentraciones nunca hay malos rollos. Que tenéis la norma tácita de no meteros los unos con los otros. Van a ir cientos de personas, tú mismo lo has dicho… y estaría contigo. Además, siempre puedes darme una pistola, si tan preocupado estás —digo, levantando una ceja.

Gabriel suelta una de esas risas graves que tanto me gustan.

—No te pases, teniente O'Neill, solo le has dado un par de veces al blanco…

—Ayer siete de diez y tres fueron seguidas —le recuerdo, sonriendo con suficiencia.

—Siete de diez —repite él—. Eso no te convierte en ninguna experta. Nunca has disparado a nada real.

Me recuesto en la silla, mirándome los nudillos magullados e hinchados de haber estado golpeando con él el saco de boxeo. La cosa no está saliendo como esperaba.

—¿Y qué? ¿Voy a tener que cazar un animal, o algo así, antes de poder tener mi propia arma? —le pregunto, alzando un poco la voz al final. No creo que fuera capaz de hacerlo, pero puede que sea a eso a lo que se refiere.

Gabriel me sirve medio vaso de tequila solo; no es algo que suela beber, así que lo miro con curiosidad.

—Para los músculos —me dice, con una sonrisa burlona—. Y no vas a tener que cazar ningún animal salvaje… pero sí algo parecido.

—Quiero ir a la concentración —digo con firmeza, levantando la barbilla.

A Gabriel ni le afecta ni le divierte mi insistencia; es como si algo más le rondara la cabeza. Me recuerdo a mí misma que seguramente sea como cargarse al presidente de Discípulos del Pecado y conquistar su club. Me quedo absorta, pensando en lo que le espera mientras él llena los platos con cuidado.

He acertado: pollo salteado con pimientos de colorines y quinoa. Parece un chef siniestro del Canal Cocina, lamiéndose el pulgar y limpiando la salsa del borde del plato para que quede tan pulcro como el mío. Estoy muerta de hambre después de un día agotador de trabajo y entrenamiento.

En Crimson Homes estamos liadísimos porque tenemos a dos clientes a la vez, cada uno en una fase de construcción distinta. El ambiente ya no es tan distendido, pero sigue siendo tranquilo. Dell no me presiona y se porta bien conmigo, pero soy consciente de las miradas que me lanza cada vez que mira por la ventana de la oficina y ve a un aspirante esperando para acompañarme a casa al salir del trabajo. Sé que se pregunta en qué demonios estaré metida, igual que yo me preocupé por Layla cuando llegué aquí. Pero su actitud

crítica y su juicio silencioso cada vez me molestan más. Si ni siquiera conoce a Gabriel.

No lograré conservar este puesto mucho más tiempo si sigue habiendo miembros de los PDI merodeando por la oficina, pero de momento están contentos con mi trabajo y parece que me necesitan.

Es un medio para conseguir un fin. Gabriel nunca aceptaría ni un céntimo mío, ni yo se lo ofrecería cuando tengo una casa perfectamente apta para vivir al otro lado del pueblo. Así que estoy ahorrando todo lo que gano, aferrándome a la pequeña ilusión de poder abrir mi propio estudio de interiorismo en algún momento, cuando todo esto acabe. Con piezas de artesanos locales y un aire rústico georgiano.

—Come —me dice Gabriel, rompiendo el silencio y haciéndome dar un respingo.

Me armo de valor para contener las lágrimas y la rabia ante la idea de que me niegue lo que le estoy pidiendo.

Aparto el plato. Sé que me estoy comportando como una cría al chantajearlo rechazando esta comida tan estupenda que ha preparado, pero necesito que me escuche. Tengo que captar su atención. Encierra en una casa a una mujer durante casi un mes y verás lo cría que puede llegar a ser.

—No tengo hambre, gracias —le digo educadamente, encogiéndome de hombros.

Gabriel se detiene delante de mí unos instantes. Siento cómo me recorre con la mirada mientras yo observo mis uñas como si fueran lo más importante del mundo. Luego va hacia el otro extremo de la mesa y se sienta.

—Te estás comportando como una niña mimada, Brinley, y vas a comerte lo que me he molestado en prepararte.

Una furia latente se apodera de mí y levanto los ojos hacia él. Gabriel me mira y nos quedamos sentados, inmóviles, mientras espera mi respuesta. Noto cómo se me llenan los ojos de lágrimas

cuando la rabia que me causa toda esta situación aflora a la superficie.

—¿Y si me empeño en ir a la concentración? Tengo coche. ¿Qué vas a hacer? ¿Mandarme a mi habitación? ¿Castigarme? Uy, espera. —Suelto una carcajada arrogante—. Si ya estoy castigada. Indefinidamente.

Gabriel da un puñetazo en la mesa y me sobresalto.

—Basta —dice antes de coger un poco de comida con el tenedor y comérsela. Por muy amenazador que parezca ahora mismo sin camiseta en la mesa, me mantengo lo más firme que puedo, aunque solo sea para dejar claro mi punto de vista. Puede retenerme, pero no puede poseerme a menos que yo se lo permita.

Me recuesto en la silla, cruzo las manos sobre el regazo y me quedo inmóvil. Me ruge el estómago; espero que Gabriel no lo oiga.

—Dime que me vas a llevar contigo y me lo comeré todo —le suelto, esforzándome por hacerme la valiente.

Él se mete otro bocado entre los labios suaves. Lo observo. Esos labios van a ser mi perdición. Tan carnosos y perfectos, en contraste con los ángulos rectos y fuertes de su mandíbula. Es impresionante. No sé cómo no me di cuenta de lo guapo que era la primera vez que lo vi.

—No vas a llegar muy lejos chantajeándome, pequeño colibrí.

—Ya veremos —replico con impertinencia, tal y como habría hecho antes de conocerlo.

Gabriel no está acostumbrado a que la gente le plante cara y lo entiendo, pero esto es importantísimo para mí. Después de estar conviviendo con él, necesito conocerlo mejor. Saber más cosas de su vida. Cuáles son sus motivaciones. Por eso estoy tan empeñada en que me lleve a la concentración. Tengo que ir y esta vez no pienso permitir que me mangonee.

Gabriel come otro bocado y lo mastica lentamente mientras me observa. Cuanto más tengo que esperar a que acabe de comer, más nerviosa me pongo. Casi lo puedo sentir planeando la forma en la que piensa someterme o castigarme.

Noto sus ojos clavados en mí y empiezo a perder la confianza. Jugueteo con el dobladillo de la camiseta. Me aclaro la garganta y pongo la espalda recta, antes de posar las palmas de las manos sobre el regazo.

Él no dice nada, se limita a seguir comiendo al tiempo que analiza mi postura y ve cómo me voy poniendo cada vez más nerviosa bajo su mirada atenta. Para cuando ha acabado el plato, me sudan las manos ante la incertidumbre de lo que piensa hacer. Gabriel sigue con la mirada clavada en mí mientras bebe un buen trago de tequila.

Por fin, cuando estoy a punto de venirme abajo ante el peso de sus ojos, se levanta y va hacia la cocina. Saca de un cajón un rollo de cordel grueso. El corazón se me acelera de inmediato al ver que empieza a desenredar un trozo grande y lo corta.

Vuelve a guardar tranquilamente el rollo en el cajón y viene hacia mí.

—Cuando era niño, tenía que pelear por cada bocado de comida sana que podía meterme en el cuerpo —dice Gabriel, acercándose—. Mi madre intentaba preparar comidas decentes, pero era difícil porque mi padre siempre se bebía, esnifaba o se inyectaba hasta el último céntimo que teníamos.

Inspiro con un jadeo lento y superficial mientras Gabriel se coloca detrás de mi silla, me pone el cordel delante y me aparta el pelo del cuello, antes de agacharse y darme primero un par de besos en el hombro. Inhala mi olor a limpio con la nariz pegada a mi piel y luego desliza las manos por mis brazos, me quita las palmas sudorosas del regazo y las entrelaza con sus dedos para obligarme a relajarlas.

Empiezo a sentir la necesidad de apretar los muslos cuando de repente me agarra con fuerza por ambas muñecas y tira de ellas con violencia para ponérmelas a la espalda, sin preocuparse de si me está haciendo daño. El dolor me hace lanzarme hacia delante para intentar resistirme, pero es inútil.

—¿Qué haces? —le pregunto, con una voz más aguda de lo normal.

Gabriel me sujeta las muñecas por detrás de la silla mientras coge el cordel.

—Cuando tuve edad suficiente para trabajar, empecé a comprar comida y a cocinar para mí y para mi madre con ese dinero que él no podía tocar. —Siento cómo me envuelve la cuerda alrededor de las muñecas y tira de ella para tensarla. Tanto que me duele al clavarse en mi piel—. Y me prometí a mí mismo no volver a desperdiciar jamás una comida decente. ¿Sabes? Cuando tienes que luchar por algo tan básico como alimentarte, tiendes a apreciarlo más. Algo que tú no habrás tenido que aprender en todas esas clases de etiqueta principesca.

—¿Qué piensas hacer? ¿Obligarme a comer? —le pregunto enfadada.

Gabriel se planta delante de mí sin responder.

—Deja de resistirte. Es un nudo Klemheist; cuanto más tires, más se apretará. —Coge mi tenedor y lo llena de quinoa—. Vale. Ahora, come. —Me sujeta con fuerza la cabeza con una mano mientras con el pulgar de la otra presiona una articulación que está cerca de la mandíbula inferior. «La madre que lo parió». La boca se me abre al instante y Gabriel me mete el tenedor, lo saca y me cierra la boca—. Ya te lo he dicho una vez: no vas a ganar. —Se agacha para mirarme a los ojos antes de apartar la mano—. Así que haz lo que te digo de una puta vez.

Una rabia que nunca había sentido brota en mi interior. No debería contraatacar. Sé que ya lo he presionado bastante, pero mi lado retorcido, el que Gabriel hace todo lo posible por sacar a la luz cada día, se siente herido por la insinuación de que me estoy comportando como una princesita. Sin pensarlo, escupo la comida al suelo. Todavía no he levantado la cabeza, cuando él baja la mano para apretar todavía más el nudo que tengo en las muñecas. Grito de dolor, empujo la silla hacia atrás y empiezo a darle patadas. Él apoya tranquilamente ambos pies sobre los míos para que pare y me agarra el pelo por la raíz para inclinarme la cabeza hacia arriba y obligarme a mirarlo. Se agacha y me besa con suavidad la

mandíbula hasta llegar a ese lugar que tanto le gusta, justo debajo de la oreja. Me acaricia el pulso con los labios y la lengua, antes de darme un mordisco. Yo gimo y me pregunto por qué me pone tanto estar aquí atada, completamente a su merced.

—¿Quieres retarme? Una vez más te encuentras en una encrucijada —gruñe.

—No me dejas más opción que luchar. No soy una simple prisionera. Soy tu…

Gabriel me hace callar con un beso en los labios. Me acaricia el pómulo con los nudillos de la mano que le queda libre, y yo me resisto con lágrimas en los ojos para impedir que tire de mí hacia abajo mientras sigue agarrándome el pelo con la otra mano. Se aleja de mis labios y baja la vista hacia mi boca. Aprieta la mandíbula, traga saliva y me doy cuenta de que ahora mismo está tan excitado como yo. Imaginarme su polla dura tan cerca de mí amenaza con apagar hasta el último rescoldo de mi rabia.

—Eres mi pequeño colibrí. —Una sonrisa sádica se dibuja en su cara—. Y es hora de alimentarte, pajarito.

Coge el vaso de tequila medio lleno y me tira del pelo con más fuerza. Lo observo mientras clava la mirada en el líquido y lo agita con la mano, después se bebe la mitad de un trago y vuelve a dejar el vaso sobre la mesa. Antes de que me dé cuenta siquiera de que se ha movido, me presiona de nuevo ese punto de la mandíbula que me obliga a abrir la boca. Se agacha y me escupe dentro el tequila. Yo me atraganto, engullo lo que puedo y siento cómo me arde la tráquea. Gabriel me esparce más tequila por los labios con el pulgar antes de volver a agacharse y besarme con pasión. Mientras lo hace, confirmo lo que ya suponía al notar su miembro duro como una piedra contra el brazo. Ardiente y deseoso, Gabriel debilita mis defensas con cada lametón. Sigue sujetándome los pies, así que no puedo apretar los muslos.

—Si sigues resistiéndote, tendré que encontrar una forma igual de creativa para darte de cenar. Tú eliges.

Se me acelera la respiración al darme cuenta de que estoy librando una batalla perdida. Quiero ponerlo cachondo. Quiero que me obligue. Mi lado oscuro está deseando que lo haga.

Básicamente decido ceder y, mirándolo fijamente a los ojos, abro la boca y saco la lengua.

Él me agarra del pelo y se queda inmóvil, en silencio, durante unos cinco segundos, antes de soltar un gruñido. Luego se agacha y llena el tenedor. Me lo acerca a los labios y me inclino hacia delante con el pecho subiendo y bajando. Sin apartar los ojos de los suyos, me lo meto en la boca y me lo como todo. Siento su polla apretándome el brazo y me contoneo un pelín para torturarlo con un poco de fricción.

Mientras mastico, se me escapa un gemido larguísimo y seductor que no podría haber evitado aunque quisiera.

Joder, qué rico, estoy muerta de hambre.

Trago y abro la boca, volviendo a sacar la lengua para que vea que ya me lo he acabado.

—Más —le pido con dulzura, mirándolo con candor para provocarlo.

Es el único poder que tengo y me he dado cuenta de que es la única forma de salirme con la mía. Su autocontrol empieza a flaquear a pasos agigantados; vuelve a darme otro bocado y yo lo engullo, esta vez tardando todavía más en despegar los labios del tenedor.

—Qué bueno —gimo mientras mastico. Me froto un poco más contra su polla y le oigo murmurar «joder» en voz baja. Lo estoy poniendo al límite, pero tampoco me lo impide—. Dame más —le digo con una especie de jadeo entrecortado. Mientras vuelve a llenar el tenedor, veo una mancha de humedad en su pantalón de chándal gris claro por donde se está filtrando el líquido preseminal, solo para mí. Me trago el bocado y sonrío—. Y un poco más de tequila, por favor —le pido.

Gabriel coge mi vaso y se mete en la boca el poco que queda, antes de mirarme y hacerme bajar poco a poco la barbilla con el

pulgar. No tiene que esforzarse mucho. Abro la boca y saco la lengua. Él se agacha y pasa lentamente el tequila de su boca a la mía. Yo lo lamo, rozándole la lengua con los labios, saboreándolo y haciéndole sucumbir. Me basta con lamerle una vez más el labio inferior para que él pierda por fin el control y me bese mientras el tequila tibio me inunda la boca y el pulso me palpita en la entrepierna casi más que en las muñecas.

Gabriel se echa hacia atrás para mirarme fijamente, como si le sorprendiera que le hubiera dado la vuelta a su castigo.

Respiro de forma superficial mientras lo miro sin prisa de arriba abajo, como él suele hacer conmigo. Algo que antes me ponía nerviosa, pero que ahora simplemente me pone a cien. Poso la mirada en sus abdominales, en la profunda uve de su cintura y por último en su polla. La observo durante un rato y vuelvo a levantar la vista hacia él.

—¿Me sigues dando de comer? —le pregunto antes de abrir la boca y volver a mirar su polla.

En menos de un segundo se quita la ropa y me la mete en la boca. Yo la abro todo lo que puedo y la engullo con avidez, atragantándome y babeando cuando me la mete hasta el fondo de la garganta. Me pone la otra mano también en el pelo y la deja allí. Luego desliza ambos pulgares por mis mejillas y los usa para abrirme todavía más la mandíbula. Gimo con él en la boca. Gabriel empuja aún más y me deja la polla en el fondo de la garganta. Se me humedecen los ojos mientras lo miro con deseo.

—Eso es, pajarito. Chúpamela. Aliméntate de mí, como una buena zorra.

Se retira un poco antes de volver a metérmela y no puedo resistirme a arañarlo con los dientes.

—Joder —gruñe mientras sonrío alrededor de su polla y se la lamo con suavidad para aliviar el dolor que le haya podido causar, pasando la lengua por los piercings que tiene en la parte inferior—. Vuelve a hacerme eso con los dientes y me follo ese culo virgen aquí mismo, sobre la mesa de la cocina.

Levanto la vista hacia él. Observo la belleza siniestra de Gabriel mientras me la mete con violencia hasta la garganta. No sigue así mucho tiempo y me doy cuenta de que está a punto de correrse. A él también debe de haberle puesto cachondo verme atada y a su merced.

Gimo a su alrededor cuando me mete la polla con fuerza hasta el final. La baba me resbala por la barbilla a medida que me golpea el fondo de la garganta una y otra vez. Luego la saca casi del todo y me baja la barbilla con el pulgar mientras mi lengua sigue en contacto con él, y vuelve a metérmela centímetro a centímetro, lo más lento que puede. Le chupo los piercings uno a uno, él gime y yo me esfuerzo al máximo para que pue-da sentirlo todo: mi garganta abriéndose para recibirlo, mi lengua pegada a él… Gimo. Me pone tanto que estoy a punto de entrar en combustión. Estoy deseando poder moverme, pero sigo con las manos fuertemente atadas a la espalda, entumecidas y pesadas. Siento cómo se le pone todavía más dura sobre mi lengua.

—Saborea lo cachondo que me pones, niñata —gruñe, llenándome la boca sin previo aviso. Me atraganto con su miembro en la boca y me ahogo con su semen, que me golpea la garganta con fuerza. Gabriel se queda dentro de mí un instante y coge aire con el pecho agitado, como si no tuviera control sobre lo que acaba de pasar. Me encanta. Luego mira hacia abajo, me saca la polla de entre los labios y vuelve a meterme el semen en la boca—. Joder, estás increíble, así atada, con mi polla en la boca y mi semen goteando de esos labios tan bonitos. —Me pasa uno de los pulgares por la boca—. Impresionante.

Mi lado perverso se crece ante sus elogios. Gabriel se queda callado, vuelve a guardársela en los pantalones y va hacia el baño. Me quedo allí esperando y el dolor que siento en las manos se apodera de mí mientras la adrenalina de lo que acaba de hacer empieza a desvanecerse. Gabriel vuelve en menos de un minuto con una toallita caliente. Se arrodilla delante de mí y, sin mirarme, me desata las muñecas con una mano y con la otra me limpia las

lágrimas, las babas y el semen de la cara. Me llevo inmediatamente las manos al frente en cuanto me las suelta y Gabriel deja el paño en el suelo. Lo miro cuando empieza a masajearlas para que vuelvan a la vida.

—Eres la única persona de este puto mundo capaz de hacerme perder el control, Brinley. Y verme fuera de control es peligroso. —Gabriel me mira a los ojos mientras sigue frotándome las manos y los pinchazos que siento en las palmas empiezan a desaparecer.

Deja la toalla y me recoge el plato. Observo cómo se dirige de nuevo a la cocina y lo mete en el microondas para recalentar lo que queda. Podría levantarme, pero no lo hago.

Gabriel regresa al cabo de unos instantes y me pone la comida delante. Me levanta, se sienta en mi silla y me acomoda en su regazo. Sube una mano para apartarme el pelo sudoroso de la frente y darme un beso en ella. Podría intentar escaparme o huir de él, pero no lo hago. Me limito a abrir la boca para seguir comiendo.

—Puedes venir a la concentración del sábado, pero antes tenemos trabajo que hacer.

Levanta el tenedor y empieza a darme el resto de la cena. Nos quedamos allí sentamos, en silencio, mientras yo grito victoriosa para mis adentros.

Dejo las manos doloridas sobre el regazo y permito que Gabriel me dé de comer un bocado tras otro. Acepto todo lo que me ofrece.

Cualquier persona ajena que nos viera creería que está a mi servicio… Es como si él me perteneciera, y no al revés.

45

Gabriel



Que quieres que haga qué? —me pregunta Brinley mientras me quito la camiseta.

Joder, qué calor. Acabamos de correr el equivalente a cinco kilómetros y de caminar uno y medio por los senderos que hay alrededor de la casa. Observo el movimiento de su garganta cuando se bebe los electrolitos. Joder, está para comérsela.

Los pantaloncitos cortos de licra se le ajustan perfectamente al cuerpo y la camiseta holgada que lleva sobre uno de esos pequeños sujetadores deportivos es como un reclamo, por no hablar de la melena oscura que se ha recogido en lo alto de la cabeza. Cada día está más fuerte y, sin saberlo, se está convirtiendo en una pequeña arma gracias a mí. Aun así, su cuerpo sigue siendo igual de curvilíneo y no me canso de mirarlo; ese culo respingón y esas caderas tan deliciosas son un puto sueño.

Le pongo un cargador nuevo a la Glock 43 con la que ha estado entrenando y se la paso.

—Para tener un arma, debes demostrarme que sabes usarla. No es ningún juguete. Necesito saber que no te da miedo disparar y que puedes apuntar bien bajo presión.

Me alejo de Brinley y voy hacia un árbol que se encuentra a unos diez metros. No necesitará tener más puntería que esa en caso de amenaza y espero que sea tan precisa como lo ha sido durante la última semana. Me pongo al lado de un blanco que simula a una persona de pie, en el que hay una hoja nueva. La diana está a menos de medio metro de mí. Me quedo allí y la miro a los ojos.

—De eso nada, estás como una cabra —dice horrorizada.

Esbozo una sonrisa burlona.

—¿Y te das cuenta ahora?

—Gabriel —replica, de esa forma que siempre me hace palpitar la puta polla—. No puedo.

En serio, podría pasarme el día metido en alguno de los orificios de esta mujer y no cansarme nunca de ella. Tiene algo que me lleva al mismísimo borde de la locura y a la vez me tranquiliza.

—Claro que puedes. Ya no eres la Brinley Rose que los demás crearon. Sé tú misma, sé fuerte. Sé mi chica —le digo con firmeza.

Ella me observa con esos bonitos ojos azules entrecerrados y baja la vista hacia la pistola, antes de volver a mirarme.

La contemplo fascinado mientras se da cuenta de que podría matarme en este preciso instante. Lo que me llama la atención no es la forma en la que el miedo se apodera de su mirada, sino el brillo de emoción que veo en ellos cuando comprende… que tiene en sus manos todo el poder que me impulsa.

—¿No prefieres ponerte un chaleco antibalas?

—Ni de coña —respondo—. Por eso el objetivo está a mi derecha —añado, sonriendo—. Tengo más posibilidades de sobrevivir si me das en ese lado del cuerpo.

Brinley no dice nada. Se limita a inclinar las caderas como le he enseñado, con el sonido de las cigarras de finales de julio de fondo.

¿Que si tengo miedo? La verdad es que no. Lo único que lamentaría sería no haber podido pasar más tiempo con ella. Y si tengo que irme, qué mejor que hacerlo a manos de Brinley, contemplando su hermoso rostro. Mueve un poco la pierna izquierda hacia delante y la derecha hacia atrás, y luego levanta la pistola, sujetándola con ambas manos.

—El hombro —le digo, recordándole que lo incline un poco hacia delante para mitigar el retroceso.

Ella asiente con la cabeza mientras la determinación se apodera de sus ojos y de toda su cara.

Diez largos segundos de silencio después, Brinley vuelve a mirarme fijamente una vez más, antes de concentrarse en el objetivo y disparar.

46

Brinley



Observo con horror cómo la bala alcanza a Gabriel, que retrocede unos centímetros.

—Mierda —murmura mientras yo chillo y tiro la pistola.

Voy corriendo hacia él.

—¡Madre mía, te he dado! —grito, a punto de entrar en shock. La bala ha impactado en el árbol que tiene detrás y le ha hecho una herida muy fea en el bíceps. Está sangrando muchísimo.

—¿Qué te he dicho? No tires nunca la pistola. ¡Enfúndala o suéltala con cuidado! —refunfuña.

«¿Eso es lo que le preocupa ahora mismo?».

Gabriel se inspecciona la herida apretando la mandíbula antes de volverse hacia mí. Lo miro mientras baja la mano y rompe tranquilamente una tira de la parte baja de mi camiseta para enrollársela con destreza en el brazo y vendarlo, antes de mirarme. Su respiración es tranquila y regular, como si le diera igual que haya estado a punto de matarlo. Hago ademán de cubrirle la herida con las manos, pero no llego a tocarlo. Al final las dejo caer a los costados mientras intento volver a respirar con normalidad.

—¿Te duele? Sabía que no debía intentarlo. No necesito un arma. Podría haberte matado. Madre mía —exclamo, con los ojos llenos de lágrimas.

Gabriel me mira y me pone las manos en las mejillas. El único gesto de dolor que hace es una leve contracción de la mandíbula al levantar el brazo herido para acariciarme.

—Me alegra que te preocupes tanto por mí, pajarito, pero tranquilízate. Apenas me ha rozado. He tenido heridas mucho peores —asegura antes de darme un beso—. Ahora vuelve a ponerte en posición y esta vez dale al puto blanco.

—¿Qué? —chillo—. De eso nada, ni lo sueñes.

Gabriel levanta la mano izquierda y me da una palmada fuerte en la nalga. «¿Acaba de darme un puto azote?».

Es la primera vez que lo hace sin que estemos follando o a punto de hacerlo, y no sé si me cabrea o me pone. Probablemente ambas cosas.

—Respira, joder —gruñe—. No me obligues a decírtelo dos veces, Brinley. Tienes que superar ese miedo. Céntrate.

De repente posa los labios sobre los míos, me obliga a abrir la boca y me mete la lengua para buscar la mía. La adrenalina que me genera que me otorgue tanto poder se mezcla con el miedo. Me fundo con él sin poder controlar las lágrimas que brotan de mis ojos. En estas seis semanas he acabado cogiéndole cariño, más del que me atrevo a reconocerme a mí misma. Gabriel me mordisquea la lengua y la succiona para explorarla minuciosamente, como si fuera el último beso que me va a dar en la vida, y joder, puede que lo sea, porque sé que no tengo elección.

No va a permitir que me acobarde. Se aleja de mí, con los ojos brillantes y llenos de vida por el beso.

—No dejes que sea la última vez que saboreo esos putos labios —me dice, con ese destello de sadismo en la mirada, antes de darme otra palmadita en el culo—. Venga.

La emoción que me invade en este momento mezclada con la adrenalina de haberle disparado es incontrolable. Me lanzo a sus brazos y hago algo que nunca he hecho: abrazarlo. Bajo el sol moteado que se filtra a través de las copas de los robles del jardín, me aferro a Gabriel con todas mis fuerzas. Él permanece inmóvil como una estatua durante unos cinco segundos, antes de rodearme con sus fuertes brazos y corresponderme. No sé cuánto tiempo estamos así, solo sé que lo necesito. Ambos lo necesitamos.

Finalmente retrocedo y lo miro. Asiento con la cabeza y vuelvo al punto desde el que tengo que disparar. Cojo el arma y me pongo en posición. Miro a ese hombre que me ha dado tanto miedo, que me ha hecho pedazos y ha vuelto a recomponerme para convertirme en una versión más fuerte de mí misma, a ese hombre que me ha tenido aquí encerrada día tras día, a un hombre que no tiene fe en nadie y que acaba de depositar toda su fe en mí. Que me ha puesto esta pistola en la mano sin dudarlo, con toda confianza. Me doy cuenta de que podría acabar con él ahora mismo, si quisiera, pero tengo claro que es lo último que desearía hacer.

Pongo la mente en blanco y me concentro al máximo en la equis del centro de la diana, ignorando a Gabriel. Agarro bien el arma e intento que dejen de temblarme las manos.

—No pienses, Brin. Dispara y punto —me dice Gabriel.

Cojo aire. Recuerdo todo lo que me ha dicho. Hoy no va a morir por mi culpa. Puedo hacerlo. Soy fuerte. Soy su chica.

Exhalo mientras aprieto el gatillo.

—¡De puta madre, nena! —le oigo gritar justo antes de que su cuerpo se estrelle contra el mío. Gabriel me levanta en el aire y empieza a darme vueltas. Miro la diana y veo que le he dado justo al lado de la equis, un poco hacia la izquierda—. Eres la hostia —dice mientras me besuquea el cuello sudoroso, los hombros y los labios —. Mi niñata… La de cosas que te voy a hacer —dice, sonriendo—. Pero antes… creo que hoy también te va a tocar aprender a hacer suturas —añade antes de darme un beso en los labios.

«Genial».

El día mejora por momentos.

—¿No tienes nada para enfriarla? ¿No sería mejor llamar a Rick? —le pregunto a Gabriel mientras me pone una aguja estéril en la mano.

Él ignora mi estrés evidente.

—Solo son dos puntos, puedes hacerlo. ¿Nunca has tenido clases de costura?

Lo miro haciendo una mueca.

—Pues sí… pero con tela, no con piel humana.

—No hay ninguna diferencia, si no lo piensas. Esta es la parte esterilizada de la encimera. —Señala una zona que ha limpiado a fondo—. Y esta la no esterilizada. Tú te vas a sentar aquí, en medio. —Me levanta con un brazo mientras subo las manos recién lavadas como si fuera a entrar en quirófano. Este tío está completamente loco y, sin embargo, aquí estoy, haciéndole caso, así que no sé muy bien en qué lugar me deja eso.

Coge unas pinzas pequeñas y sujeta entre ellas la aguja, luego saca un mechero y acerca la llama a la punta para curvarla un poco. Se me revuelve el estómago al pensar en perforarle la piel con eso.

Observo alucinada cómo lo prepara todo. Limpia un vaso de cristal y echa dentro un poco de ginebra.

—Antiséptico. —Esboza una sonrisa burlona antes de darle un trago—. Por si tus dotes de costurera están un poco oxidadas.

—Cuidado, que soy yo la que tiene la aguja —le advierto, intentando restar importancia a lo que me espera.

—Solo porque ha sido en el brazo derecho, colibrí —replica él, frunciendo el ceño. Sé que le cuesta mucho confiar en alguien, cederme el control. Gabriel se echa yodo en el brazo y coge un paño empapado en alcohol para limpiarlo. La piel está desprendida y abierta, y ahí es donde entro yo—. Dos puntos como máximo. Con puntada simple interrumpida —me ordena, juntando los bordes de la herida. Asiento con la cabeza; al menos eso sí lo entiendo. Gabriel, que está en la zona esterilizada, se quita el guante de látex y me pone la aguja en la mano—. Arréglalo, colibrí, es todo tuyo. —Dicho lo cual, se da la vuelta para sentarse frente a mí y ponerme el brazo sobre los muslos. Empiezo a sentir que la respiración se me acelera, igual que cuando me persigue, pero esta vez es por razones totalmente distintas—. Vamos —me anima—. Deja de darle vueltas, como me desangre porque no me has cosido te acusarán de

asesinato. —Gabriel sonríe y yo me río porque estoy casi segura de que está bromeando, algo que nunca pensé que le oiría hacer.

Respiro hondo y me centro. Bajo la cabeza, concentrada al clavarle la aguja en la piel. Él aprieta imperceptiblemente la mandíbula, pero no dice nada mientras lo miro horrorizada.

«¿Qué estoy haciendo?», me pregunto por enésima vez desde que lo conozco.

Asiente con la cabeza y continúo, esta vez introduciendo la aguja por la parte superior de la herida, algo que requiere un gran esfuerzo.

—Tienes la piel muy gruesa —comento mientras él sigue allí sentado, observando todos mis movimientos, lo cual me pone aún más nerviosa. Utilizo las pincitas para sacar del todo la aguja, hago un nudo y repito la operación una segunda vez.

—Que no queden muy tirantes —me recuerda Gabriel mientras coso.

—Creo que vas a necesitar tres —le digo, mirando la herida. Él echa un vistazo y asiente con la cabeza, antes de girarse un poco para que pueda acceder mejor a la parte de arriba del brazo para dar la última puntada. Empieza a acariciarme el interior del muslo con la mano que tiene libre y doy un respingo.

—Estás distrayendo a la costurera —le advierto con una sonrisa burlona, sin apartar la vista de mi labor.

—A ver qué tal trabajas bajo presión —dice con voz grave, tan cerca de mí que me pone la piel de gallina—. Necesito distraerme, acabas de pegarme un puto tiro —añade, y yo sonrío concentrada. Me encanta esa faceta suya que nunca había visto. Esa actitud relajada, casi juguetona. Casi.

Atravieso la piel de Gabriel con la aguja para dar la última puntada mientras él me acaricia el clítoris con los dedos a través de las mallas cortas de licra, excitándome y jugueteando conmigo a través de la tela. Gimo cuando doy la última puntada. Dejo el instrumental y lo miro. No tiene mala cara. Su mirada lujuriosa revela su deseo y

siento cómo la energía de la habitación cambia en cuanto el sol dorado asoma por la pared acristalada del fondo.

Gabriel desliza la mano hacia el valle que hay entre mis pechos agitados y la baja por mi ombligo. Entretanto, yo le limpio la herida una última vez, deseando dejarlo entrar. Él se gira al ver que he terminado, me levanta bruscamente el culo de la encimera y me quita las mallas cortas y las bragas. Estoy bañada en sudor y jadeando por la adrenalina de haberlo suturado, pero también húmeda por su simple tacto y proximidad. Un gruñido profundo retumba en el pecho de Gabriel al encontrarse con mi deseo.

—Te perdono por dispararme… —me dice, besando el interior de mis muslos desnudos—. Y voy a recompensarte por haber dado en el blanco y por coserme. Has aprendido algo nuevo, otra cosa que te hará más fuerte, pequeño colibrí —añade antes de pasarme la lengua por la entrepierna. Echo la cabeza hacia atrás, aliviada por haber acabado el trabajo, y exhalo un gemido mientras llevo las manos hacia su pelo por instinto. Él tira de mí con sus fuertes brazos hacia su cara, olvidándose de la herida de bala—. Este coño me vuelve loco —susurra—. Nunca he deseado nada tanto como deseo sentirte empapándome la lengua.

Sus palabras me hacen gemir y recuerdo su poderoso cuerpo dispuesto a dejarme disparar y preparándose para ello. Lo peor es que eso me pone, y el aspecto que tiene en este momento, enterrado entre mis muslos, herido y rebosante de deseo, en combinación con sus palabras y su lengua, hacen que el deseo y la adrenalina corran por mis venas. El corazón se me acelera en el pecho en tanto que él se da un festín conmigo, con el fervor de un hombre que ahora mismo podría estar muerto. Es como si eso le hiciera desearme aún más, mientras alterna entre succionarme el clítoris y lamer hasta la última gota que le ofrezco. Gabriel me lleva al umbral del éxtasis e introduce dos dedos en mi interior, metiéndolos y sacándolos al ritmo de mis caderas. Me inclino hacia delante al borde de la encimera y echo las manos hacia atrás para sujetarme, tirando algunas cosas al suelo mientras él me lame con el

ritmo y la presión perfectos. Empiezo a perder el control. Me tiemblan las piernas y me estremezco al tiempo que un torbellino de lujuria empieza a apoderarse de mí.

—Dame ya mi recompensa —dice Gabriel, moviendo los dedos para rozar ese punto de mi interior que no me deja más opción que acabar a los pocos segundos de que me lo ordene—. Córrete sobre mi lengua a la vez que dices mi nombre, dame hasta la última puta gota —gruñe mientras hago exactamente lo que me pide.

—¡Gabe…! —grito, abreviando su nombre, a lo que él responde succionándome el clítoris con tal fuerza que me mareo.

—Otra vez —ordena en voz baja. «Le gusta».

—Gabe… —repito, y su reconocimiento me lleva al límite una vez más. Se echa mis piernas sobre los hombros al ver que soy incapaz de sujetarlas. Me corro con violencia sobre su lengua, tal y como él quería, intentando no cargarme los puntos que acabo de darle.

Mi orgasmo se prolonga sin que Gabriel afloje el ritmo. Lo agarro del pelo con tal fuerza que imagino que tiene que dolerle, pero no parece importarle. De hecho, es como si no se diera cuenta.

Después de que el subidón llegue a su punto álgido, abro los ojos, le suelto el pelo y me quedo mirando las vigas de madera del techo. Mi respiración vuelve a la normalidad. Bajo la vista hacia Gabriel, que sigue sentado entre mis piernas, como un dios imponente y exclusivamente mío. Luego miro hacia el suelo, donde están tiradas la aguja y las pinzas, y mientras él me besa la cara interna del muslo, una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios.

—¿Crees que esta zona seguirá estando esterilizada?

47

Brinley



La concentración de Glen Eden es algo indescriptible.

Disfruto de las imágenes, de los sonidos, de los olores… Este mundo, el mundo de los moteros, me parece alucinante. La verdad, no tenía ni idea de que movilizara a tantas personas.

No es solo una afición, es una forma de vida.

No es un estilo, es una cultura.

Cuando entramos en la tranquila aldea de Benson (Georgia) y nos detenemos en un semáforo en medio de un mar de motos, me siento como en casa. Llevo puestos unos vaqueros y Gabriel posa las manos sobre mis pantorrillas. Me las acaricia lentamente mientras esperamos a que el semáforo cambie y me invade una agradable sensación de paz. Aunque por fuera sea el presidente de un club de moteros despiadado y frío, por dentro es muy atento, protector y superadictivo.

Después de haber vivido con él durante un mes, sé que Gabriel no puede evitarlo: sencillamente, todo lo que hace rezuma masculinidad y fuerza. Él es el proveedor, el cuidador y el rey de este universo. Cuando voy acurrucada detrás de él y me acaricia de esta forma, mientras él va al frente liderando al club, me siento como una reina.

Casi me da pena que el semáforo cambie y tenga que quitarme las manos de las piernas para volver a ponerlas sobre el manillar. Cuanto más nos adentramos en el pueblo, más increíble y delirante me parece todo. Hay vendedores y mujeres por todas partes, algunas con camisetas de rejilla sin nada por debajo, otras sin

camiseta, y casi todo el mundo lleva ropa de cuero, como si fuera un requisito indispensable para entrar en el pueblo. Hay carpas de ropa, carpas de piezas de motos y de motos propiamente dichas. Han venido Harley Davison, Indian Motorcycle, e incluso BMW ha montado una zona de exposición de motos. Hay puestos de cerveza y *food trucks*. Es un caos repleto de risas y parece una fiesta, salpicada por los colores de más clubes de los que he visto en mi vida. Los hay de todas partes, de todos los rincones del país y de todas las nacionalidades. Hasta han venido algunos de Canadá.

Y todo para celebrar su amor por las motos. Es una pasada formar parte de esto.

Atravesamos toda la ciudad para llegar a las afueras, donde la fiesta continúa, y entramos en una especie de camping que está en la propiedad de un conocido de Gabriel. Hay música y gente poniendo tiendas por todas partes, entre los árboles. Han instalado baños portátiles y algunos están haciendo barbacoas. Es como si el propietario hubiera pensado en todo.

—Presi —dice un gigante con pelo y barba canosos al que Gabriel llama «Jack». Jack sonríe de oreja a oreja cuando vamos hacia él, que está delante de una hilera de unas quince yurtas. Echo un vistazo a mi alrededor mientras él habla con ese hombre y con otros que se van sumando a medida que los PDI llegan y se bajan de las motos. Hay sombra por todas partes entre los árboles y un edificio enorme en el centro de la finca. Me recuerda al comedor de un campamento de verano al que fui cuando era pequeña—. Después de esto me voy a Orlando dos semanas, así que para mí es una especie de despedida —dice Jack.

—¿Vas a ver a Skylar? —le pregunta Gabriel mientras Layla se acerca y me abraza por detrás.

Le devuelvo el abrazo.

—Nos lo vamos a pasar genial —me dice mi amiga en un susurro, para no interrumpir la conversación de los dos hombres.

—Sí, ayer nació mi segundo nieto. Los nietos son un regalo —comenta Jack.

—Felicidades, hermano —le dice Gabriel, y el resto de miembros también le dan la enhorabuena.

—¿Quién es esta preciosidad? —le pregunta el hombre, cuando vuelvo a centrar mi atención en él.

Gabriel extiende el brazo y me agarra posesivamente por la cintura.

—Te presento a Brinley —dice, pegándome a él y protegiéndome con el brazo. Inhalo su olor a cuero y especias. Baja la mano hasta mi cadera y me la aprieta con fuerza delante de todos los presentes.

El gigante canoso se queda pasmado unos segundos y luego suelta una risita, un sonido profundo que reverbera en su pecho.

—Caray, Brinley, este giro de los acontecimientos sí que me ha pillado desprevenido. Soy Jack Walker —me dice, tendiéndome una mano curtida del tamaño de un guante de béisbol.

—Brinley Beaumont —respondo.

—Nunca me habría esperado que este tío viniera acompañado —reconoce.

—Ni él tampoco —replico, sonriendo.

Jack se ríe entre dientes frotándose la mandíbula. Luego se gira hacia Gabriel, aunque sigue hablándome a mí.

—¿Sabes? Su madre decía que siempre elegía el camino que más sufrimiento le causaba y que no sentaría la cabeza hasta que estuviera harto de sufrir.

—Ya me he dado cuenta. —Le dedico una sonrisa burlona a Gabriel, que me aprieta más contra él.

—No lo dudo —replica Jack, sonriendo—. Una gran mujer, Teresa —añade, como si estuviera recordando una vida anterior. Eso hace que me pregunte hasta qué punto la conocía.

—También decía que la persona adecuada solo aparecía cuando pensabas que ya habías sufrido lo suficiente como para merecerla. —Jack le da una palmadita en el hombro a Gabriel.

Él me mira y me sujeta el pelo detrás de la oreja con los dedos índice y corazón.

Luego me da un beso en la frente.

—¿Tú crees que ya he sufrido bastante, colibrí?

Sonrío.

—Ni de broma —le susurro.

—Joder. —Jack se ríe—. Vamos, Romeo, te acompaño a tu cabaña.

Nos instalamos en una especie de tienda sorprendentemente robusta, justo al lado de la de Layla y Sean. Hay un espacio en la parte de atrás de cada una para las motos de los chicos. Es obvio que están diseñadas para un evento como este.

Me cambio deprisa y me pongo una camiseta de tirantes negra bastante reveladora que me ha dejado Layla, con pequeños desgarrones y agujeros tanto por delante como por detrás. Me embuto en una minifalda vaquera que me hace unas piernas y un culo increíbles, y añado unos botines negros con flecos y tacón grueso. Me doy media vuelta y admiro la forma en la que todo ese entrenamiento me ha esculpido sin restar protagonismo a mis curvas. Si acaso, todas esas sentadillas con peso que Gabriel me ha obligado a hacer me han modelado más y me encanta lo femenina, pero fuerte, que me siento.

Esta falda no es algo que me suela poner. Normalmente me paso la vida en mallas de yoga o vaqueros, camisetas informales y mis Converse, pero aquí me apetece sentirme sexy.

Me ondulo el pelo y me lo dejo suelto sobre los hombros, me pinto los labios de color cereza, me echo una buena dosis de delineador de ojos y me pongo unas cadenas y unos pendientes de aro antes de salir de la cabaña. Sean y Layla, junto con el resto de integrantes de los PDI, Jack Walker y Gabriel están esperando mientras hablan al pie de la escalera de la yurta. El único que falta es Jake. Gabriel dijo que tenía que cerrar un trato para reponer la metadona que habían robado en otro asalto a una clínica de Atlanta, así que no vendrá hasta esta noche.

Todo el mundo se queda callado en cuanto pongo un pie en las escaleras. Es como una de esas escenas de las comedias románticas que suelo ver, en las que a la protagonista le hacen un cambio de imagen. Layla silba por lo bajo.

—¡Joder! ¡Menudo rollo de profesora cachonda! Me pone hasta a mí —me suelta con una risilla, y a mí se me calientan las mejillas por tanta atención.

Estoy demasiado nerviosa como para establecer contacto visual con Gabriel hasta que todos vuelven a sus conversaciones, pero cuando lo hago, no puedo evitar fijarme en su mirada hambrienta. Intento pasar a su lado para darle un abrazo lateral a Layla, pero él extiende rápidamente la mano, me engancha un meñique con el dedo índice y tira de mí.

—Esto… —me susurra al oído con voz ronca—. Esto va a hacer que tenga que sacarles los ojos a todos los hombres que están aquí esta noche, uno por uno. Lo presiento.

Levanto la mano y le doy unas palmaditas en el pecho por debajo del chaleco, antes de besarlo.

—No hace falta, es todo para ti.

Gabriel me responde con un gruñido, literalmente. Me coge la mano que tengo debajo de su chaleco, me la baja y me pone la palma boca arriba. Lo observo mientras hurga en el bolsillo interior y saca una navaja. Es más pequeña que el cuchillo que lleva todos los días, ese que estuvo dentro de mí, pero con el mismo tipo de mango de hueso liso y una funda de cuero a juego. Es lo bastante pequeña como para tenerla en la mano sin que se vea, lo cual me hace sonreír.

—¿Qué es eso? —le pregunto.

—El mango de mi cuchillo está hecho con el hueso de un lobo que cazó mi abuelo. Y ahora el tuyo también. He encargado que lo hicieran a partir del suyo. Es resistente, sólido y tiene el tamaño perfecto para tu mano. Espero que solo lo uses si es estrictamente necesario.

Miro la navaja, comprendiendo lo que significa. Ya soy lo bastante fuerte. Confía en que pueda protegerme a mí misma. La cojo y me la meto en la bota, antes de levantar la mano y darle un beso en los labios.

—¿Ahora yo también soy una guerrera, como tú? —le pregunto.

Gabriel retrocede para mirarme. El asombro y la admiración bañan su rostro. Un destello de luz como el que vi en aquellas fotos de su juventud vuelve a iluminar sus ojos grises como el acero, justo antes de que se acerque para darme un beso en la boca, mientras la gente va y viene a nuestro alrededor sin prestarnos atención.

—Siempre has sido una guerrera, pequeño colibrí, solo que no lo sabías. —Me agarra de la mano, me lleva hacia un grupo enorme de gente que está al lado del edificio principal, el que se parece a un comedor, y se sienta cerca de una gran hoguera rodeada de piedras, con un par de bebidas en la mano. Hace un frío inusual para finales de julio, así que agradezco el fuego mientras me bebo la copa y me paso el resto de la tarde viendo cómo personas de clubes de todo Estados Unidos se acercan a Gabriel y al resto de su banda—. Más despacio, tienes que estar alerta. Y los hombres tienden a propasarse con las mujeres cuando están borrachas. No quiero tener que matar a nadie esta noche —me susurra Gabriel al oído cuando voy por el tercer o cuarto chupito con sabor a caramelo.

—Estoy muy alerta —replico, aunque en realidad ya me he pillado un puntillo. Layla se ríe, a mi lado.

Soy como una universitaria que experimenta la libertad por primera vez, ¿qué esperaba?

Gabriel me quita el chupito y se lo bebe de un trago, para demostrarme quién manda. La cara que pone al probar ese licor tan dulzón me hace reír.

—Pensaba bebérmelo —le digo, con los ojos entornados.

Hace una mueca al notar el sabor, coge la botella de agua y le da un trago. No le he visto tomarse ni un whisky esta noche. Quizá por la misma razón por la que me ha pedido que vaya más despacio. Tiene que estar alerta.

Sé que Gabriel me va a estar vigilando, pero aquí eso no me preocupa. He venido para relajarme, para olvidarme de todo. De las cuatro paredes de su casa, de los que me persiguen solo para hacerle daño y del rumbo increíblemente surrealista que ha tomado

mi vida en los dos meses escasos que han pasado desde que he vuelto a casa. De todo eso.

Le dejo ganar y decido no ir a por otro chupito, consciente de que alguien traerá otra ronda muy pronto.

El resto de las chicas del club también han llegado ya y, mientras nos ponen al día, oigo a lo lejos el sonido del coro de una iglesia. Desaparece cuando nuestra música vuelve a sonar y regresa cuando acaba la canción.

—¿Hay alguien celebrando una misa? —le pregunto a Layla, que está a mi lado.

Ella mira hacia el prado que hay detrás de nuestras ca-bañas.

—Es en la granja de al lado. Todos los años organizan misas multitudinarias al aire libre, justo en la época en la que venimos. Duran varias horas cada noche. Rezan por nosotros, para que cambiemos de vida.

Giro la cabeza hacia donde se oye a un montón de gente cantar *How Great Thou Art*, antes de que Van Halen empiece a sonar por los altavoces del DJ y ahogue de nuevo sus voces.

Me muerdo el labio inferior. Antes, yo estaba en el grupo de los que rezaban. Y ahora rezan por mí. Hay algo en eso que me inquieta, e intento quitarme de la cabeza los himnos religiosos de mi juventud. No quiero que esos dos mundos entren en conflicto.

—Jefe. —Sean va hacia Gabriel, señalando con la cabeza a un grupo de hombres que esperan entre la multitud. Los analizo lo mejor que puedo sin girarme del todo hacia ellos. Van vestidos con vaqueros y chalecos, pero no tengo ni idea de a qué club pertenecen, ni la tendré hasta que se den la vuelta—. Quieren hablar ya. Otis tiene que irse pronto —dice.

Gabriel baja la vista hacia mí, antes de mira a Amber, Chantel y Layla.

—Tranquilo, presi, nosotras cuidaremos de ella —dice Chantel, sonriendo.

Gabriel pone los ojos en blanco, se gira hacia Chris y señala el sitio que está a mi lado.

—No te muevas de ahí hasta que vuelva, ¿entendido?

—Claro, presi.

No sé por qué está tan preocupado, este sitio es tan diver…

«¿En serio?», gimo para mis adentros cuando la veo acercarse.

Efectivamente, solo era cuestión de tiempo que alguien trajera otra ronda. Y aquí viene ella, con mi siguiente chupito y otros veinte más en una bandeja. Lleva la melena oscura suelta y alborotada, unos pantalones cortos de cuero y una camiseta roja de tirantes ajustada. Es Chelsea, la descarada que ligó con Gabriel delante de toda la mesa en la boda de Layla.

Justo cuando estaba empezando a divertirme, ¿tiene que llegar esta aguafiestas?

48

Gabriel



No nos parece mala idea; el mayor de los Foxx está fuera de control. —Miro hacia el otro lado de la mesa, donde se encuentra Otis Malone, el líder del club de los Titans, uno con los que estamos hermanados.

—No van a ser fáciles de convencer —contesto mientras Otis se enciende un porro.

—Pues yo creo que va a ser más fácil de lo que piensas —replica él antes de darle una calada—. Conozco a Aiden desde los nueve años. Nunca lo reconocería abiertamente, pero al mayor de los Foxx se le ha ido la pinza. Está haciendo negocios en paralelo; lo sé por mis contactos. —Se lleva el porro a los labios y vuelve a inhalar con fuerza—. Al club no le hace ninguna gracia.

—¿Y cómo pensáis solucionar el problema? —pregunta Tyler, su VP. El «problema» es el presidente de los DDP.

—Tenemos un plan sin fisuras. Ha amenazado a nuestras familias, así que no seguirá respirando durante mucho más tiempo —le responde Kai.

Asiento con la cabeza para expresar mi conformidad.

—¿Y quién se va a quedar con el trapicheo de azul, cuando eso pase? —Otis apaga el porro y se inclina hacia delante en la silla, yendo directo al grano. Sabe que nosotros nunca hemos vendido fentanilo, que no es nuestro rollo. Por el bien del negocio, no voy a insultarlo diciéndolo en voz alta, pero esa mierda es un puto veneno —. Si vosotros pasáis del tema, nosotros nos lo quedamos encantados —dice, sonriendo.

Miro al resto de mis hombres. Ya habíamos hablado de esto.

—Cuando Marco caiga, también lo hará su trato con los K6. —Menciono otra conocida banda callejera de Atlanta con la que comparte territorio—. No negociarán con nadie excepto con él. Son los dueños de la zona oeste, podéis haceros con ella, pero solo si vigiláis nuestras clínicas y nos ayudáis a protegerlas. Habrá represalias. Es lo mejor que podemos ofreceros.

Otis se recuesta en el asiento y se queda pensando un rato.

—Dábamos por hecho que habría represalias, pero son unos pringados, no pueden jodernos —dice, pensativo—. Déjanos un momento —me pide.

Miro al resto de mis hombres, asentimos y nos levantamos.

—Estaremos fuera —le digo, dando un golpecito en la mesa.

Sé que Otis va a querer hablar de esto con ellos. A diferencia del mayor de los Foxx, nunca cerraría un trato sin el apoyo de su club.

Salimos del vestíbulo y nos apoyamos en las paredes de la cabaña.

Dejo escapar un suspiro.

—Odio hacer tratos como este antes de haber llevado a cabo el plan.

Flipp me da una palmadita en la espalda.

—Ya lo sabemos, pero vamos a necesitar su ayuda para convencer a los DDP de que se unan a nosotros cuando acabemos con el mayor de los Foxx.

Asiento con la cabeza justo cuando la puerta se abre y sale Otis.

Me tiende la mano.

—Trato hecho. Nos quedaremos con su parte y os ayudaremos a solucionar el tema con el resto de los DDP, una vez hayáis cumplido con lo vuestro.

—Gracias por ayudarnos con esta movida, te debemos una —le digo, estrechándole la mano y dándole una palmada en el hombro.

Otis mira al resto de sus hombres.

—Nos llevaremos esto a la tumba, presi.

Yo asiento.

—No me jodas —murmura Ax entre dientes. Me giro hacia él. Se está guardando el móvil en el bolsillo y me mira levantando las manos—. Tenemos que largarnos, jefe.

Inmediatamente se me dispara la adrenalina.

—¿Quién le ha hecho daño? —le pregunto mientras salgo disparado, dispuesto a cargarme a quien sea antes incluso de que me haya contestado.

Joder. Sabía que debería haberle puesto un chaleco que dejara claro que era mía, pero no quería atraer más la atención sobre ella hasta después de haber solucionado lo de las amenazas de los DDP. No podía arriesgar su seguridad y ahora alguien ha…

—Más bien a quién está a punto de hacer daño ella.

Me detengo y me giro hacia él, asimilando lo que acaba de decir.

—¿Qué?

Él no ha parado, así que le doy alcance.

—Al parecer, Chris necesita que le ayudemos a impedir que nuestras chicas se carguen a una tía a la que te tiraste una vez y a sus amigas. Una tal Chelsea.

Recorro cagando leches los treinta metros que me separan de ella.

Menuda ironía. Yo preocupado todo el puto rato que he estado fuera por si alguien intentaba hacerle daño y resulta que la macarra es ella… Una macarra a la que acabo de darle una navaja.

49

Brinley



Nunca he sido celosa. Evan trabajaba con un montón de mujeres. Siempre era simpática con ellas cuando las veía, les hacía galletas en Navidad y me acordaba de sus cumpleaños. Pero ni una sola vez me preocupó que pudiera gustarle alguna otra que no fuera yo.

Gabriel lleva en mi vida menos de dos meses y el hecho de ver a Chelsea acercarse al grupito de los que estamos sentados al lado de la hoguera y ponerse a repartir chupitos uno por uno, tonteando con los chicos y besando a las mujeres en la mejilla, hace que me entren ganas de borrarle de un bofetón esa sonrisita de presumida.

Chelsea es de esas mujeres que siempre son el alma de la fiesta. Es insoportable y quiere ser el centro de atención constantemente. Es la típica chica con la que yo me imaginaría a Gabriel: atrevida y segura. Lleva la melena castaña alborotada y suelta sobre los hombros y esa camiseta rojo cereza le hace unas tetas tan perfectas que harían babear a la Playmate del Año. Capta de inmediato la atención de todos los hombres presentes y, en esta ocasión, siento algo diferente al verla.

La última vez que tuve que enfrentarme a ella, Gabriel no había estado dentro de mí. No lo conocía. Nuestra conexión, aunque intensa, no era ni de lejos como la actual. No tenía ningún derecho real sobre él.

Pero ¿ahora? No soporto que se haya acostado con esa mujer.

—Respira, amiga. —Layla sonríe a mi lado—. Nunca permitas que te vean sudar. Vuelan en círculos como los buitres sobre un cadáver. Hazme caso.

Asiento con la cabeza y me propongo morderme la lengua.

Chelsea se detiene delante de nosotras.

—Anda, si es Sandra Dee. Qué cambio de imagen tan sexy. Sin duda estás mucho mejor así. —Me guiña un ojo con una sonrisita pícara que me dan ganas de borrarle de esa cara tan bien maquillada.

Se pone una mano en la cadera y extiende la bandeja de los chupitos. Niego con la cabeza, con una sonrisa falsa. Me apetece uno, pero no pienso aceptarlo de ella. Chelsea se ríe, se toma dos y deja la bandeja en la mesa que tenemos detrás. Me quedo callada, esperando que eso haya sido todo, pero obviamente ella sigue con su rollo y se sienta entre Layla y Chantel. Echo un vistazo alrededor para ver dónde se ha metido Amber y por qué ha tenido que dejar ese puñetero sitio libre.

—Joder, qué pocos hombres disponibles hay. ¿Desde cuándo estos moteros, supuestamente tan duros y agresivos, se traen a sus jefas a estas cosas? —le pregunta a Chantel.

Chantel se ríe.

—Creo que va a haber que empezar a ir a por los más jóvenes. Cuando llegan a los treinta y pico, los mayores deben de decidir que es hora de sentar la cabeza o algo así —comenta antes de darle un trago al chupito.

Chelsea saca una especie de estuche del bolso, lo abre y coge papel de fumar y una bolsita, supongo que con marihuana. No tengo ni idea, porque nunca he fumado. Pero salta a la vista que ella es toda una experta. Saca el papel de liar, pone la cantidad perfecta de marihuana, lo enrolla y lame el lateral para sellarlo. Después lo enciende y le da una buena calada. Retiene el aire unos instantes para que el humo le entre bien en los pulmones, luego se gira hacia mí, me lo echa en la cara y le pasa el porro a Chantel, que lo acepta encantada.

Arrugo la nariz. A veces Gabriel huele así, cuando vuelve a casa después de estar en el club.

Layla habla conmigo mientras Chantel le da unas cuantas caladas y se lo devuelve a Chelsea, que me lo ofrece. Niego con la cabeza.

Ella se ríe.

—Qué fácil es disfrazarse, ¿verdad, Sandra?

Me clavo las uñas en la palma de la mano.

—No —me susurra Layla al oído.

Aprieto con fuerza. No sé qué tiene esta mujer que me pone tan nerviosa.

—Es que prefiero tener los dientes blancos y la piel joven, gracias —replico, sonriendo con dulzura.

—Para ser una gatita novata, eres una bocazas, guapa. Resulta refrescante.

—Me alegra poder refrescarte un poco —le digo, cogiendo uno de los chupitos de Chris de la mesa que hay entre los dos.

Chris se ríe.

—Tranquila, tigresa —me susurra, mirando hacia un lado.

Asiento con la cabeza.

Chelsea se distrae al ver a otra conocida y se levanta para ir a abrazarla.

Aprovecho el momento de paz para obligarme a girarme y ponerme a hablar con Layla. No pienso dejar que esta mujer arruine mis minivacaciones.

«Ni de coña».

—A ver si vosotras lo sabéis —nos pregunta Chelsea, menos de cinco minutos después, girando su desagradable cabeza hacia nuestro grupo—. ¿Cuándo fue el primer año que nos reunimos en Harmony?

—¿Hace tres? —le contesta Chantel. Yo hago como que no las oigo.

Chelsea se toma otro chupito. Por el rabillo del ojo, la veo sonreír de oreja a oreja.

—Pues sí. La noche que celebramos la fiesta en el antiguo complejo de St. Henry… Yo me perdí la mitad porque fue la noche en la que Wolfe me llevó al cobertizo y… bueno, ya sabéis. Creo que

deberíamos hacer otra concentración allí, ¿no os parece? —dice, sonriéndome directamente.

—Chels —le advierte Chantel.

Sé que intenta provocarme. Conozco perfectamente a las chicas como ella, eran las que me acosaban de niña. Mi madre siempre me decía que estaban celosas y puede que tuviera razón, porque no se me ocurre ningún otro motivo para que me trate así. Chelsea supo desde que la conocí que había algo entre Gabriel y yo, y pretende demostrarme quién es la verdadera veterana aquí y quién es la que no encaja.

—¿Qué pasa? —Chelsea está ahora un poco más suelta, después de unos cuantos chupitos—. ¿Que como está aquí la puñetera Sandra Dee ya no podemos recordar viejos tiempos? —Se gira hacia mí y suelta una carcajada superestridente—. Pues tengo noticias para ti, guapa. Si no te hace gracia que Wolfe y yo nos liáramos, mejor no mires a tu alrededor, porque estoy segura de que se ha tirado a todas las tías que hay aquí —declara, inclinándose hacia mí.

Ya está bien. Estoy a punto de saltar, pero Chris me pone un brazo delante para impedírmelo. Lo miro, pero él se limita a negar con la cabeza.

—Como te metas en una pelea, me darán una paliza. Pasa de ella —dice, mirando a Chelsea—. Ahora es tuyo. Has ganado tú —añade, lo bastante alto para que ella lo oiga.

Le agradezco que me defienda.

—¿Suyo? —se burla Chelsea—. Puede que por esta noche, pero mañana volverá a estar libre.

—Está con él —le dice Chris, intentando dar la cara por mí.

Ella niega con la cabeza.

—Sí, claro. Me estáis tomando el pelo, ¿verdad? Wolfe no puede haberse echado una jefa. Y mucho menos como esta. Se quedaría sobado antes de que la lefa le llegara al condón.

La miro y algo en mi interior hace clic. De repente es como si se transformara en todas y cada una de las personas que alguna vez intentaron pegarme, que me ordenaron que me sentara, que me

portara como una señorita, que cruzara las manos o que cerrara la boca. Chelsea es la personificación de todas ellas y la tengo delante de mis narices.

—No soy jefa de nadie, pero me debes un respeto. Y me llamo Brinley, pedazo de zorra —murmuro, poniéndome de pie.

Layla también se levanta y me parece oír a Chris murmurar «no me jodas» en voz baja.

—Si no debes de tener ni veinte años. Además, sé que con ese coño se aburriría como una ostra. ¿Quién eres? ¿La hija de alguien con quien quiere hacer negocios?

—Chelsea, como sea verdad, Wolfe te va a cortar la cabeza por hablarle así —le advierte su amiga.

—Tiene razón, es capaz —comenta Layla.

Miro a la otra chica, pero le hablo directamente a Chelsea.

—Tu amiga es lo bastante lista como para estarse calladita, pero al parecer tú no. Así que te lo voy a decir una sola vez. —Doy un par de pasos para acercarme a ella, con Chris pisándome los talones—. Gabriel es mío y, si quieres seguir conservando esa cara bonita, te sugiero que mires hacia el suelo y mantengas la boca cerrada cuando él esté cerca.

—¿O qué? —me suelta, dándome un empujón—. ¿O no me invitarás a tu próxima fiesta de pijamas, Sandra?

La rabia se apodera de mí. Me abalanzo sobre ella. Tal vez sea porque después de todo el entrenamiento de Gabriel pegarle me parezca lo más normal del mundo, o a lo mejor porque me ha puesto de los nervios desde que nos conocimos. O puede que la razón me dé exactamente igual. Levanto las manos de forma instintiva y le asesto un gancho de derecha, sin olvidar impulsarme con todo el cuerpo. Le arreo un buen sopapo en toda la cara. Chelsea se tambalea hacia atrás y se cae de culo sobre la hierba embarrada. Empieza a sangrarle la nariz. Antes de que pueda volver a pegarle, o siquiera acercarme a ella, Chris me agarra y tira de mí hacia atrás.

—¡Zorra! —grita Chelsea, agarrándose la nariz. Alguien la sujeta y le pone una bandana o un trapo en la cara para detener la hemorragia—. No llevas aquí ni dos minutos ¿y ya eres una malota? —grita mientras forcejeo para librarme de Chris.

—¡Pues sí, métetelo en la puta cabeza! —exclamo, intentando bajar la barbilla como me enseñó Gabriel para zafarme de Chris.

Pero no hace falta, porque Chris me da la vuelta y me suelta. Me quedo de piedra al encontrarme cara a cara con Gabriel y Sean. Tengo el pecho agitado y seguro que los ojos se me están saliendo de las órbitas.

Gabriel me mira fijamente y echa a andar. No sabría decir si está enfadado o no. La amiga de Chelsea la agarra del brazo mientras él se le acerca. Se detiene delante de ella y veo el miedo en sus ojos al tiempo que él elige las palabras adecuadas.

Chelsea nos mira a ambos y Gabriel por fin abre la boca. Flexiono la mano dolorida.

—Ni siquiera recuerdo cómo cojones te llamas —le suelta—. Pero como se te ocurra volver a mirar a Brinley, dejaré que haga contigo lo que le dé la gana —dice con una sonrisa—. Y no la detendré hasta que te deje la cara tan jodida como ese coño desgastado.

Chelsea se queda con la boca abierta al verlo escupir a sus pies. Gabriel se gira y le hace un gesto a Sean.

—Llévatela de aquí.

—Ahora mismo —dice Sean, con gesto alegre.

Creía que Gabriel se enfadaría, pero hasta me parece ver un atisbo de sonrisa en su cara cuando me levanta y me carga sobre su hombro.

—Joder, Brinley. Solo he estado fuera treinta putos minutos.

50

Brinley



Bájame, puedo andar —digo, golpeándole la espalda musculosa, humillada porque Chelsea haya visto cómo Gabriel me sacaba de allí como a una niña a la que van a castigar. La sangre se me está subiendo a la cabeza y estoy encajada en su hombro duro.

—¿Por qué está cerrada la puerta? —me pregunta cuando acabamos de subir las escaleras de la cabaña.

—La llave está en el bolso que no me has dejado coger antes de echarme sobre tu hombro como un cavernícola.

—Tenías pinta de necesitar que confirmara que la única mujer a la que quiero tocar es a ti —replica Gabriel, apretándome el culo con fuerza—. Y contigo siempre soy un puto cavernícola.

Intento ver hacia dónde vamos desde mi posición. Gabriel me coge en brazos y me sujeta la nuca con la mano mientras me tumba sobre su moto. Me pone la cabeza en medio del manillar y una pierna a cada lado del asiento. Mi falda cede para permitirme apoyar el culo sobre el cuero cálido. Me doy cuenta de que estamos en la parte de atrás de la cabaña.

—«Sus ojos se encontraron y se miraron fijamente, rodeados por una multitud, pero solos en la habitación» —dice Gabriel, con una voz ronca que no encaja con sus dulces palabras, mientras me besa el interior del muslo.

Sonrío y cierro los ojos al sentir su boca sobre la piel.

—Curioso momento para las rebuscadas citas de Gatsby —murmuro al tiempo que se me acelera la respiración.

El bosque se extiende detrás de nosotros y la música del campamento se oye menos aquí, donde prevalece el sonido de la misa a través de los altavoces.

Han quitado la música religiosa y ahora hay un cura hablando por un micrófono.

—Lo que quiero decir es que aquí hay muchas mujeres con las que he estado y eso es algo que no puedo cambiar. —Gabriel me mete la mano por debajo de la camiseta y la desliza por mi caja torácica hasta llegar a la base del sujetador negro de encaje—. Pero no me interesan. Entre una multitud de diez mil personas, solo te veo a ti —asegura, acariciando el encaje con el pulgar y haciendo que los pezones se me endurezcan al instante ante la perspectiva de tenerlo cerca. Jadeo.

—No podemos. —Observo cómo se me pone la piel de gallina cuando me toca y me acaricia el muslo con la otra mano.

Gabriel se ríe como si estuviera loca.

—Nadie va a venir por aquí. Y si lo hace, tardaré menos de un segundo en dispararle.

—No…, es que tengo la regla —replico.

«No hay mayor placer que servir a la comunidad», dice el orador, rompiendo el silencio.

Gabriel ni se inmuta por lo que acabo de decir. Continúa ascendiendo lentamente por mis muslos, ahora con las dos manos, y enreda los dedos a ambos lados de mis bragas.

Me las baja y, con cuidado, saca el tampón de mi interior. Lo envuelve en ellas y se guarda las dos cosas en el bolsillo del chaleco, antes de bajárselo por los hombros y dejarlo detrás de mí.

Luego se quita la camiseta por la cabeza y la tira hacia un lado. Observo sus brazos hermosos y fuertes mientras se desabrocha los vaqueros y la cremallera lo justo para sacarse con facilidad el miembro, grueso y duro, y apuntarme directamente con él. La herida de bala del brazo que le cosí todavía sigue envuelta en gasa y el vendaje se tensa sobre sus músculos cuando se agarra la polla.

—Estuve un total de treinta y cinco meses en la guerra más larga que ha librado este país. —Desliza los dedos por mi cuerpo y los hunde en mi entrepierna sin vacilar—. Tu sangre no me asusta, pequeño colibrí. Además, tú te has manchado las manos con la mía en más de una ocasión. Es lo justo —dice antes de posar los labios sobre los míos y darme un beso intenso y delicioso. Me mantiene ocupada mientras mete y saca el dedo de mi interior. Tira de mí para pegarme más a él y colocarnos uno frente al otro, encima de la moto. ¿De verdad vamos a hacerlo aquí, al aire libre, con una misa en la que están rezando por nosotros de fondo?

—Creo que no lo entiendes —jadeo mientras él baja la boca para morderme un pezón y luego el otro. Se me escapan unos gemidos aunque intento por todos los medios ser lo más silenciosa posible, dado que estamos al aire libre—. Si te sirve de algo, solo me durará un par de días más. A lo mejor prefieres esperar. —Inhalo bruscamente cuando me muerde el lateral de un pecho—. Va a parecer que esta moto ha estado en una masacre cuando acabemos —le advierto en un susurro.

Gabriel se ríe entre dientes antes de usar la sangre que tiene en los dedos como lubricante, agarrarse la polla con la mano y acariciársela. Yo lo miro y la imagen me excita. Quiero tenerlo dentro de mí, me importa un bledo dónde estemos o tener la regla.

—Ah, ¿sí? —me pregunta con una sonrisa burlona, sin inmutarse. De hecho, yo diría que incluso le gusta. La forma en la que su lengua me acaricia el pezón me hace cerrar los ojos.

—Sí. ¿Has visto *Kill Bill*? ¿Conoces la escena del duelo en la Casa de las Hojas Azules? —le digo.

—Es una de mis películas favoritas —susurra Gabriel, riendo entre dientes mientras vuelve a deslizar los dedos entre mis muslos. En cuanto me mete el dedo corazón en el coño, decido acabar con las advertencias. Si me desea a pesar de estar con la regla, que se atenga a las consecuencias. Por no mencionar que ahora mismo estoy cachondísima y la idea de tenerlo dentro de mí me resulta extrañamente tranquilizadora.

«Debemos enseñar cómo vivir a los que no saben cómo hacerlo», dice el misterioso orador del prado que tenemos detrás mientras Gabriel desliza otro dedo en mi interior.

—Joder —gime, bajando la vista hacia sus dedos ensangrentados —. Ver tu sangre me da la vida. Quiero hasta la última gota de ti — dice, sacándolos y pintándose el pecho con mi sangre y mi excitación—. Ahora me pertenece, como el resto de tu cuerpo. — Gabriel mira hacia abajo—. Eres una puta belleza, Brin —declara mientras jadeo.

Me rodea la cintura con sus grandes manos y me levanta, sujetándonos a ambos al tiempo que intenta mantener la estabilidad de la moto. Tira de mí para que me siente a horcajadas sobre su regazo. Me pone el chaleco sobre los hombros, supongo que para evitar que alguien me vea medio desnuda. Me aprieta el culo bajo la falda levantada. Con un movimiento rápido, empieza a hundir su polla dura en mí. Mi coño se tensa a su alrededor y le aprieto el miembro aún más de lo normal cuando empieza a deslizarse por mis paredes húmedas.

«Ten la valentía de guiar a aquellos que nos rodean y que podrían caer en la oscuridad… en actividades delictivas…».

Las palabras elegidas expresamente para este evento resuenan entre los árboles mientras engullo con avidez hasta el último centímetro de la polla de Gabriel. La verdad, me molestan mucho menos de lo que me esperaba.

Abro los ojos y lo contemplo, marcado por mi sangre.

Es como si estuviéramos celebrando un ritual. Sé que él tiene la misma sensación mientras me penetra poco a poco, centímetro a centímetro.

—Joder…, este coño está preparadísimo para mí —gruñe, frunciendo el ceño. Únicamente siento la fricción de los piercings que tiene en la polla mientras le doy la bienvenida. Entra aún más justa de lo habitual. Me inclina hacia delante hasta que sus labios se encuentran con los míos—. Sangra para mí, Brinley —me ordena, pegado a mi boca, sujetándome por la cintura.

Deslizo las manos por sus brazos hasta sus hombros y echo la cabeza hacia atrás.

Guardamos silencio mientras él sigue empujando, haciendo que me balancee contra él hasta que está dentro de mí por completo. Ambos gemimos entrecortadamente cuando llega hasta el fondo. Sin darme tiempo a adaptarme a su tamaño, me levanta y vuelve a embestirme desde abajo. Mi respiración se convierte en un jadeo superficial mientras Gabriel me pone las manos en la espalda y me acaricia con pasión la columna vertebral.

Luego las desliza hasta mis pechos y gime, apretándolos el uno contra el otro, a la vez que vuelve a meterse uno de mis pezones en la boca y succiona la punta.

—Eso es, niñata. Cabalga sobre mí. Fóllame hasta que tu sangre y tus fluidos chorreen por mi polla. Embadúrnanos a mí y a mi moto.

Sus palabras me excitan. Empiezo a mover las caderas muy despacio y ambos gemimos. Con él me siento tan llena, que sé que ningún otro hombre volverá a saciarme nunca.

«Solo conociendo el bien que ansiamos podréis vivir una vida feliz, plena y equilibrada…».

El altavoz brama de fondo al tiempo que cabalgo sobre Gabriel con más intensidad y él se aferra a mis caderas por debajo de la falda.

—Esta es mi chica, engulléndome hasta el último puto centímetro con su coño perfecto.

—Sí… —gimo.

—¿Quieres que te la meta hasta que empiece a chorrear por tus muslos?

—Sí…

—Tu sangre y mi semen estarán ahí, esperándome, cuando te vuelva a hacer mía.

—Sí… —Es lo único que soy capaz de decir.

Gabriel se acerca a mí y me echa hacia atrás, sujetando la moto por el manillar sin dejar de follarme. Me muevo con él en perfecta sincronía, con la cabeza apoyada en el depósito mientras subo las manos para encontrarme con las suyas, resistiendo sus fuertes

embestidas al tiempo que muevo las caderas contra él. Las palabras del orador se convierten en nuestra banda sonora.

«Hasta en los corazones más oscuros hay un atisbo de luz…».

Gabriel gruñe a la vez que me la mete lo más profundo que puede, siento un pinchazo y un placer irrefrenable me invade.

—Toma toda mi polla, justo como está deseando ese coño hambriento, Brinley. Córrete mientras los escuchas enumerando todas las formas en las que su dios puede salvarte.

—¡Sí! —grito, y me muerdo el labio inferior con tal fuerza que siento un sabor metálico.

—Pero que te quede claro, pequeño colibrí: el único que puede salvarte soy yo. Y la única que puede dar vida a mi alma oscura eres tú. Somos la salvación del otro.

Me siento abrumada por sus palabras, por el sitio en el que estamos y por la profundidad con la que me folla mientras llevo puesto su chaleco. Por la forma en la que nuestros cuerpos se mueven a la vez sobre el asiento la moto, al ritmo de los sonidos sagrados de la misa que están celebrando al lado.

Me desmorono. Me vengo abajo como una columna de sal azotada por el viento bajo sus fuertes manos.

Gimo su nombre al tiempo que él acelera el ritmo, follándome como si se hubiera vuelto loco. Me estremezco, e inclino un poco las caderas hacia delante mientras el orgasmo se apodera de mí y me deja sin aliento.

—Tú me haces renacer, Brinley Rose. Y yo a ti. Exprímeme hasta la última puta gota. —Gabriel extiende las manos hacia abajo y me agarra el culo con tal fuerza que sé que mañana tendré moratones, pero me da igual. Ojalá me apretara aún más.

«Id a buscar a los que necesitan vuestra ayuda y cumplid con vuestro deber… Compartid vuestra luz, ayudadles a ser buenos, como nosotros».

El orador termina el sermón entre aplausos.

Gabriel me aprieta más las caderas y gime sobre mis labios. Grito su nombre al llegar al clímax, entre aplausos y vítores.

—Este coño tan estrecho y ensangrentado me ha tragado entero —dice Gabriel, levantándome un poco para contemplar su polla manchada de sangre—. Joder, me encanta —gruñe, con ojos perversos y lujuriosos, volviendo a mirarme. Me quita una mano de la cadera para ponérmela en el cuello y sus labios se ciernen sobre los míos mientras su voz adquiere un tono rudo e intenso—. Dame otro, Brin, y cuando lo hagas, quiero que todas las putas personas que están aquí sepan que eres mía. Hazles saber quién es tu rey.

Gabriel me aprieta el cuello todavía más fuerte, haciendo que me cueste respirar, mientras se hace completamente con el control, moviéndome como quiere, lo justo para mantener la presión perfecta sobre mi clítoris, con la polla hundida hasta el fondo en mi interior. Mis músculos se tensan, mis paredes se estrechan alrededor de su erección y yo hago justo lo que él me ha pedido: correrme otra vez. Clavo las uñas en su espalda cálida y grito de tal forma que cualquiera que esté por allí podría oírme, pero no me preocupa lo más mínimo.

—¡Soy tuya! —exclamo, cerrando los ojos, y me quedo sin fuerzas entre sus brazos—. ¡Soy tuya, Gabe!

—Pues claro que eres mía, joder… —gruñe Gabriel, que llega al orgasmo y se corre dentro de mí al tiempo que pronuncia mi nombre y unas palabras que no logro descifrar, con la cara enterrada entre mis pechos—. Mía —repite.

Su calor me consume. Puedo sentirlo por todo el cuerpo, pero todavía quiero más.

Gabriel y yo nos fundimos el uno con el otro, jadeantes, y me doy cuenta de que cualquier resto de la antigua Brinley ha desaparecido. Acabo de renacer aquí mismo, en la parte trasera de su moto, gracias a este hombre bestial que desea sacar mi lado más oscuro y perverso.

El hombre del que sé que me estoy enamorando perdidamente.

¿Debería darme miedo atarme a él? ¿Atarme a su mundo? Puede, pero no es así. Lo único que me asusta es qué será de mí si alguna vez lo pierdo.

51

Gabriel



Jake
Todo listo, hermano
A las nueve de la noche en St. Henry

Vale, tío
Nos vemos a las 8 en el club y vamos juntos
Antes voy a llevar a Brin a casa

Jake
Hecho

La cabaña de St. Henry es el lugar ideal para quedar con un tío un tanto turbio que Jake conoce para comprar ANFO. Está vacía, así que si el tipo resulta ser un chorizo no puede robarnos nada y además está registrada a nombre de una empresa legal, lo que hace que sea completamente imposible relacionarla con el club. Hace casi cincuenta años que la tenemos y lo único que solemos guardar allí son piezas de motos que nos sobran.

Dejo el móvil en la cama y miro a Brinley, que sigue a mi lado, desnuda y dormida, en la cabaña de la concentración. Le paso un dedo por el pelo y por la suave pendiente de la espalda. No puedo dormir y el sol todavía no ha salido.

Lo que siento al mirarla es abrumador. La mujer cuyo cuerpo se convirtió en mi obsesión es ahora la mujer sin la que no puedo vivir. La mujer que me pilló por sorpresa cuando menos lo esperaba y me dejó KO.

Anoche ni siquiera volvimos a la fiesta. En vez de eso, entramos en la cabaña, nos duchamos, preparamos una barbacoa en la parrilla de fuera y vimos desde el porche el espectáculo de fuegos artificiales que Jack había organizado para todos. La escuché mientras me contaba que quería dejar Crimson, montar su propio estudio de diseño y empezar de cero, después de que yo acabara con la amenaza. Entonces me di cuenta de la confianza que tiene Brinley en mi protección. Ni siquiera se le ha pasado por la cabeza que lo que estamos planeando pueda salir mal, lo cual me hace sentir una cosa por primera vez en doce años: miedo. Pero no miedo a lo que pueda pasarme a mí. Miedo a perderla algún día. Eso me motiva y me impulsa a hacer este trabajo más rápido, de forma más eficiente. Llevo horas despierto, comprobando una y otra vez las notas de Kai para asegurarme de que hemos tenido en cuenta todas las contingencias posibles.

Le doy un beso en el hombro por encima del pelo. Intento no despertarla mientras me levanto y me voy a la ducha. Tengo que reunirme con los chicos esta mañana, antes de que este lugar tan bullicioso empiece a despertarse. Al levantarme me doy cuenta de que sigo manchado de sangre, pero no me molesta lo más mínimo. Quiero que cada parte de ella se entrelace conmigo.

Abro la ducha y dejo que el agua caliente caiga sobre mí.

Hoy es el día.

Hoy daremos el primer paso para acabar con los Discípulos del Pecado y todos los años que llevan puteándonos.

Estoy deseando dejar esto atrás y seguir adelante. Aunque han pasado menos de dos meses, ahora sé que quiero estar con Brinley. Pero no a escondidas, sino llevándola conmigo a todos los sitios que pueda. Quiero que prospere en mi mundo, junto a mí, y volver a casa con ella cada noche. Quiero hundirme en ese coño perfecto todos los días de mi vida, hasta el último aliento. Quiero hacer cosas que nunca imaginé, como ampliar la casa y dejar que haya espacio para tantos hijos como pueda darme.

No sé por qué, pero el hecho de imaginarme su cuerpo cambiando y creciendo, llevando a mi hijo dentro, me emociona muchísimo. ¿Y verla convertirse en madre? Darle a un hijo todo lo que yo nunca he tenido… Con ella no me parece algo inútil ni imposible. Me parece inevitable. Me parece exactamente lo que mi madre quería para mí y que nunca pensé que tendría.

Cierro el agua y cojo una toalla de la estantería.

Hoy, Jake y yo nos vamos a reunir con su contacto para conseguir explosivos ANFO. Y mañana atacaremos la sede del club de los DDP. Tenemos a uno de nuestros aspirantes vigilando y todos los miembros del club local están aquí, en algún lugar de Benson, donde se quedarán otras dos noches. Todos menos el presidente, que al parecer ha ido a Savannah para reunirse con los K6.

Cuando tengamos su sede, los conquistaremos. Les recordaremos a diario, a todos y cada uno de ellos, que nos deben lealtad. Nos ayudarán a limpiar las calles de Atlanta y Savannah, en vez de infectarlas. Sin su líder, estamos convencidos de que podremos hacernos con ellos.

Pero antes de que eso pueda suceder, Marco Foxx tiene que morir, y recordarlo despierta mi sed de sangre.

Llevamos meses planeándolo. Lo conseguiremos, saldremos de esta.

Después de secarme y vestirme, me pongo a pasear por la habitación en silencio mientras Brinley respira suavemente en la cama. La observo dormir, y la cálida sensación que siento al mirarla y que me atormenta desde hace ya tiempo inunda mi pecho.

Esta mierda es incontrolable. Ax dice que estoy enamorado de ella, pero yo sé que no es así. Esto no es amor. El amor es solo una palabra y esto va más allá. Se trata de necesidad pura y dura. Necesito a esta mujer más que al aire que respiro.

Cuando esto acabe, se lo diré, pero hasta entonces mi única misión es mantenerla a salvo.

—¿Adónde vas esta noche? —Observo esos preciosos ojos azules, que son la razón de mi existencia, desde el otro lado de la isla de la cocina, cuando llegamos a casa por la tarde—. Quiero quedarme aquí, Gabriel. Contigo. Para siempre. No quiero marcharme. Quiero vender la antigua casa de mis padres. Lo que hay entre nosotros, lo que siento, es…

Levanto la vista mientras añado vinagre balsámico a una ensalada enorme que he preparado, sorprendido por esas palabras tan sinceras y contundentes.

—¿Inexplicable? —digo.

—Sí —contesta Brinley, con una sonrisita monísima. Sus mejillas empiezan a ruborizarse y mi polla reacciona de inmediato.

—¿Creías que iba a dejar que te fueras? —le pregunto en tono burlón, aunque lo digo completamente en serio. Ni de puta coña va a volver a dormir en una cama que no sea la mía.

Brinley se levanta y se acerca a mí. Aprieta su cuerpo cálido contra mi espalda y me rodea el torso desnudo con los brazos. Se queda así un rato, sin decir nada, mientras yo acabo de preparar la cena.

—Pero quiero que me lo cuentes todo, o no me quedaré —me dice antes de darme un beso en la espalda—. Y no me refiero a físicamente, porque sé que puedes obligarme a seguir aquí, si quieres. —Vuelve a besarme—. Me refiero a esto, a lo nuestro, a lo que somos ahora, a aquello en lo que nos hemos convertido. Si no me lo cuentas todo, no confiaré en ti, y si no confío en ti, no podremos estar juntos.

Me giro para rodearla con los brazos, beso sus dulces labios y su aroma a jazmín inunda mis sentidos.

Dejo escapar un suspiro.

—Hay cosas que no puedo evitar ocultarte para protegerte.

—No necesito protección. Conozco las dos versiones de ti. Conozco al hombre que eres y conozco al hombre que tienes que ser. Deseo ambas versiones… igual que tú —dice Brinley, con una valentía que nunca había visto en ella. Ha aceptado su lugar junto a mí en esta

vida. Y no solo lo ha aceptado, sino que parece dispuesta a ocuparlo con orgullo y a prosperar en él.

—Esta noche, Jake y yo vamos a conseguir lo que necesitamos para volar la sede del club de los DDP. Explosivos.

—¿Por qué vais a hacer eso?

—Cuestión de principios. Es donde Gator hizo de las suyas con la hermana de Mason, para él es algo personal cargársela. Además es un puto antro. —Brinley levanta la vista expectante, consciente de que no se lo estoy contando todo—. Y luego vamos a cargarnos a su presidente, Marco Foxx.

Brinley me mira a los ojos.

—¿Por amenazarme? —pregunta.

—Sí, pero también por amenazarnos al resto. Y por dejar que Gator violara a quién sabe cuántas chicas más allí. Es un puto cáncer. Ese edificio es un puto cáncer. Cuando hayamos acabado, nos haremos con el resto del club. Los DDP no tienen tantas delegaciones como nosotros. Son un club de poca monta, comparado con el nuestro. Su delegación más cercana está en Texas. No van a venir hasta aquí para pelear si conquistamos a más de veinte miembros; sin duda se alegrarán de que se los quitemos de encima.

—¿Y cuándo vas a volver?

—Hemos quedado con el traficante de explosivos a las nueve, así que estaré de vuelta mucho antes de medianoche.

—¿Tan fácil es?

—Normalmente no, la verdad. Pero esta vez lo hemos planeado bien. Vamos a ir Jake y yo solos. Seremos rápidos y acabaremos pronto.

Brinley se queda pensando un rato.

—¿Solo Jake y tú? ¿Y eso no te preocupa? —me pregunta antes de morderse el carnoso labio inferior.

Me río entre dientes.

—Así es como hacemos las cosas. Es el contacto de Jake, pero nos arriesgamos los dos. Llevarnos a más tíos llamaría demasiado la

atención y no es lo que queremos.

—Vale… ¿Y después de todo esto, las cosas se calmarán?

Le doy un beso en los labios y le aparto el pelo oscuro de la frente para sujetárselo detrás de la oreja.

—Sí, eso espero.

Brinley asiente como si acabara de hablarle de una adquisición empresarial. Como si no acabara de contarle que pienso destruir una propiedad y matar a alguien mientras le preparo la cena.

—Pues cuando acabes, voy a empezar a buscar un sitio para montar mi propio estudio de diseño. Quiero tener algo mío. No soy ninguna ilusa en lo que respecta a ti y a esta vida. Tú eres así y no voy a intentar cambiarte. Si vendo la casa, tendré dinero para poder invertir y encontrar un sitio. Sé que en el centro hay varios locales disponibles.

—Puede que yo conozca alguno —digo, pensando en los edificios del club.

—No necesito que te ocupes de esto por mí —dice Brinley antes de esbozar una sonrisa.

La beso.

—Nunca me había preocupado… por nadie más que por mí mismo —le digo con sinceridad—. Esto es nuevo para mí, pero quiero mantener separadas la vida del club y mi vida privada. Tan separadas como pueda.

Brinley asiente.

—Y yo lo respeto, pero tendrás que contarme todo lo que quiera saber —añade, tan tranquila. No puedo creer que esta mujer tenga tanto poder sobre mí. Le contaría cualquier cosa con tal de que siguiera aquí, calentita, pegada a mí todas las noches—. Bueno, tiene asuntos de los que ocuparse, señor presidente —me dice con una mirada altiva y descarada—. Pero, antes, ¿dónde está mi cena?

Sonrío.

—Qué exigente, ¿no? —Le doy una palmadita en el culo y ella chilla.

Ese sonido es totalmente irresistible.

Compruebo el móvil para cerciorarme de que lo de Jake sigue igual y empiezo a echar en un plato la cena de mi reina, con una sonrisa auténtica en la cara.

«Joder, ¿esto es ser feliz?».



—¿Sabes lo jodidamente sexy que estás así? —le digo al oído a Brinley, una hora después.

Ya casi es hora de quedar con Jake, pero no he podido resistirme cuando se ha metido en la ducha conmigo. Y ahora que ha salido, he vuelto a no poder resistirme, así que está pegada contra la encimera de mi cuarto de baño, con el pelo mojado cayéndole por la espalda y las tetas perfectas rebotando mientras me la follo de espaldas por segunda vez en menos de treinta minutos.

—Ahora mismo eres el puto sueño de todo hombre, y me perteneces —le susurro por encima del hombro. Aunque pueda disfrutar de este coño todos los días, jamás me cansaré de ella. Antes creía que quería morir encima de la moto, pero ahora sé que quiero morir enterrado hasta el fondo en Brinley Beaumont, con mi nombre en sus labios. Es decir, exactamente así—. Mira esto —le digo sin quitarle ojo de encima—. Mira cómo tu cuerpo se muere por el mío. —Alargo una mano para juguetear con su clítoris, mientras que con la otra le acaricio un pezón rosado y duro, haciéndolo rodar entre el índice y el pulgar—. Estas putas tetas siempre están deseando que las toque, igual que el resto de tu cuerpo.

—¡Gabriel! —grita ella, y mi polla palpita en su interior.

—¿Quieres que te la meta hasta el fondo? ¿Eres una zorra hambrienta que se muere por mi polla? —Brinley abre los ojos y observa nuestra imagen en el espejo, que sigue empañado.

—Joder, sí —gime, y el hecho de verla mordiéndose el labio, con los párpados caídos y los ojos vidriosos, es superior a mí. Le muerdo los hombros, enloquecido, a la vez que su dulce coño me estruja la polla como si fuera un torniquete—. ¡Más fuerte! —grita.

«No, colibrí, todavía no».

Reduzco mis embestidas a un ritmo agonizante, miro el punto en el que estamos conectados, bajo la mano y le abro bien los labios, pasando de forma lenta y deliberada la yema del dedo corazón sobre su clítoris, mientras empiezan a temblarle las piernas.

—¿Sabes por qué me encanta follarte así, colibrí?

—¿Por qué eres tan malo? —dice Brinley, y sus ojos se convierten en dos llamas azules en el espejo al observar cómo me la follo profunda y lentamente.

—Responde a la pregunta, niñata.

—¿Por qué? —replica, casi gimiendo a medida que acelero el ritmo.

—Aparte de por lo obvio, porque es una imagen maravillosa —respondo, embistiéndola—. Me encanta ver cómo te esfuerzas. Me encanta ver cómo intentas engullirme hasta el último puto centímetro.

—Más —susurra Brinley mientras yo aumento el ritmo en todas partes.

—Este es el único sitio en el que deseo estar. Quiero vivir dentro de ti… —Vuelvo a embestirla—. Córrete, Brinley —le ordeno, agarrándole la mano para sustituir mis dedos por los suyos sobre su clítoris.

Ella toma el control de inmediato y me regala la imagen más bonita que he visto en mi vida. Le estrecho con fuerza las caderas redondeadas y la follo cada vez más fuerte al tiempo que ella juguetea con su coño. Contemplo todo su cuerpo en el espejo y se me contraen las pelotas al verla cerrar los ojos y entreabrir la boca. Le pongo una mano en el cuello y le levanto la cabeza. Ella los abre.

—Déjalos abiertos, quiero verlos mientras me usas, utiliza mi polla, demuéstrame lo bien que sabes correrte.

Observo en el espejo, por encima del hombro de Brinley, cómo se toquetea el clítoris con los dedos mientras sus tetas rebotan. Aumenta y disminuye el ritmo, agarrándose a la encimera con la

mano que le queda libre. Está completamente ausente y es precioso verla perder cualquier tipo de inhibición aquí mismo, delante de mí.

—Me voy a correr —exclama. Joder, yo también. La imagen de Brinley llegando al clímax me resulta abrumadora mientras mi propio orgasmo me consume y me toma como rehén. Me corro en su interior, diciendo su nombre y alguna versión de «este puto coño es perfecto».

Nuestros pechos suben y bajan a medida que empezamos a calmarnos, y Brinley lleva una mano hacia atrás para ponérmela en la nuca y apoyarse en mí. Yo deslizo posesivamente una mano por su torso y me agacho para besarla.

—¿Alguna vez has estado enamorado? —me pregunta, mirándome a los ojos en el espejo.

Inclino la cabeza hacia la suya y contemplo la imagen deslumbrante que tengo ante mí. Nosotros dos, juntos. Perfectamente imperfectos.

—No —respondo sin más. Ella posa sus ojos azules sobre los míos en el espejo. Me inclino para darle un beso en el hombro e intento explicárselo—. ¿Qué es el amor? —le pregunto. Ella no contesta. Se limita a seguir con sus ojos fijos en mí, así que continúo—: El día que te conocí se abrió una brecha en el tiempo. A partir de entonces, solo existe el antes de conocerte y todos los días que han venido después. No creo que la palabra «amor» sea lo suficientemente significativa como para describir eso.

Brinley esboza una sonrisa y cierra los ojos, satisfecha con mi respuesta. Le doy un beso en el cuello. Es lo más sincero que le he dicho a nadie en toda mi vida.

El trayecto hasta la cabaña de St. Henry es lento, por culpa de una niebla densa que precede a un frente cálido. En cuanto llegamos, estoy deseando cerrar el trato y volver a casa para reunirme con el cuerpo desnudo y caliente que me espera en la cama.

Por algo utilizamos la cabaña como uno de nuestros almacenes. Está en un sitio tranquilo, aislado y poco conocido. Además de encontrarse en tierra de nadie, entre los condados de Chatham y Liberty, en una zona de la que pasan ambas jurisdicciones.

—¿Dónde está ese tío? —le pregunto a Jake, bajándome de la moto. Son las nueve y cinco, ya llega tarde. Me quito el casco y lo dejo en el asiento, antes de mirar hacia el cielo. La niebla sigue siendo densa, pero la noche es clara y el firmamento está lleno de estrellas.

Acabo de llegar
Si ese tío es puntual, volveré en menos de una hora
Espérame desnuda

REINA
Ya lo estoy

Sonrío ante su respuesta, imaginando todas las formas en las que voy a hundirme en ella cuando llegue a casa. Nunca había agradecido tanto tener una casa tan segura hasta que tuve que llevarla a un lugar en el que estuviera a salvo.

Doy un respingo, sobresaltado por el sonido de una ramita que cruje bajo una bota, mucho más cerca de lo que estaba Jake antes de que me girara.

—¿Qué coño haces? —Me lo encuentro a medio metro de mí, levantando una mano y empuñando una especie de tubería. La veo bajar a cámara lenta. Ni siquiera me da tiempo a sacar la pistola antes de que impacte contra mi cráneo.

—Lo siento, hermano, no es nada personal, solo son negocios… —Escucho el eco de su voz mientras todo se oscurece.

52

Brinley



Abro los ojos al oír el canto de los pájaros. Me incorporo en la cama, sobresaltada. Todavía es de noche, pero son casi las cuatro. La última vez que recuerdo haber mirado el reloj era poco más de la una y me dormí pensando que Gabriel llegaba tarde por primera vez en la vida, pero ahora una sensación de temor se asienta en mi estómago.

Gabriel nunca se retrasa. Siempre llega puntual, o antes de tiempo.

Cojo el teléfono con la esperanza de encontrarme un mensaje en el que me explique por qué no está aquí, pero solo hay unas cuantas fotografías de Layla, que sigue en la concentración con las chicas. Le envío un mensaje, pero no lo recibe. Lo llamo, pero salta el buzón de voz.

Hago una mueca de preocupación. Sé que nunca apaga el teléfono. Siempre está en alerta máxima por si surge algún problema. Empiezo a dar vueltas por la habitación, mordiéndome las uñas.

Intento llamar a Jake, pero también sale el buzón de voz.

Me sirvo una copa de algo fuerte que Gabriel tiene en el decantador de cristal, encima de la cómoda. Me la bebo de un trago e intento racionalizar lo que puede estar pasando.

«Joder. No tengo ni idea».

Cojo el móvil y abro la aplicación de AirTag. Todavía no la he usado, pero al menos si compruebo dónde se encuentra podré saber

si está a salvo, antes de decidir despertar a medio club.

Paso los dedos temblorosos por la pantalla para buscar la ubicación de Gabriel. Espero, pero tarda siglos en cargarse. Cuando por fin lo hace, el corazón me da un vuelco. ¿En la cabaña de St. Henry?

«La noche de la fiesta en el antiguo hotel de St. Henry… Ya fue mío una vez y volverá a serlo».

Aprieto los ojos con fuerza. No, no puede ser. Nunca se le ocurriría hacer algo así. Me quito inmediatamente la idea de la cabeza. Lo de Chelsea fue un aquí te pillo, aquí te mato, nada más. Nunca volvería a ponerle un dedo encima, no está allí por eso. Lo tengo clarísimo. Debe de haber quedado allí con el traficante, pero algo no va bien.

Sigo dando vueltas durante un rato e intento enviarle otro mensaje, aunque algo me dice que él y Jake deben de estar en apuros. ¿Puede que la venta fuera una trampa de los DDP? ¿O que alguien descubriera lo de la reunión? Aun así no debería tardar tanto. Leo el último mensaje que me envió a las nueve y cinco. Una hora. Aunque ese tío se hubiera retrasado, Gabriel tendría que haber llegado a casa hace horas.

Les mando un mensaje a Sean y a Layla, pero no me contestan. Intento llamar a Sean, pero tampoco coge el teléfono. Sé que se alojan en Glen Eden, como la mayoría del club, así que no me extrañaría que se hubieran pasado con el alcohol.

Me devano los sesos para recordar quién volvió a Harmony y quién se quedó en Benson.

Flipp. Flipp volvió a casa.

Saco el teléfono y agradezco haber tenido la suerte de que Gabriel me guardara los contactos de los miembros más importantes del club en el móvil hace un par de semanas. Mientras espero a que conteste, no puedo evitar darme cuenta de una cosa. Flipp tiene cincuenta años. No está en muy buena forma, así que tampoco creo que pudiera ayudarme.

De todos modos, no responde, así que sigo dando vueltas. Discuto conmigo misma. No puedo plantarme allí. Si lo hago y se trata de

algún asunto del club, Gabriel se pondrá furioso porque haya aparecido. Y si está en apuros, ¿me siento preparada para ayudarle, después de solo un mes de entrenamiento con él? Ya consigo dar en el blanco y me he puesto más fuerte, pero en un momento de verdadera presión, ¿le echaría una mano o empeoraría las cosas?

Entonces recuerdo lo que me dijo antes de marcharse y mi destino queda sellado.

«Si por lo que sea me retraso, te envío un mensaje».

—¡Mierda, mierda, mierda! —grito en el silencio de la casa. La decisión está tomada.

Me pongo los vaqueros y las botas. Si llego y todo está bien, daré media vuelta y volveré a casa. Repaso mi plan mentalmente mientras me ato las Doc Martens. Puedo aparcar en la Nacional 6 y recorrer el último tramo a pie. Echaré un vistazo y, si todo está en orden, me escabulliré. Gabriel ni se dará cuenta y le pegaré una paliza cuando vuelva a casa.

Cojo la pistola, compruebo el cargador, me la meto en la cintura con manos temblorosas y, sin pensármelo dos veces, salgo por la puerta principal y bajo las escaleras de la casa de Gabriel, intentando no perder los nervios. Me acuerdo de despegar el puñetero AirTag de debajo del asiento delantero y tirarlo en la hierba antes de introducir la dirección de St. Henry en el navegador.

En cualquier otra situación habría estado dándole vueltas a la cabeza durante una hora, pero estoy segura de que algo va mal. Por primera vez en mi vida no pienso, simplemente actúo… y deseo con todas mis fuerzas haber tomado la decisión correcta.

Mientras veo pasar la carretera oscura por la ventanilla, me doy cuenta de que no sé qué me da más miedo: descubrir que no hay ningún problema o descubrir que sí lo hay.

53

Gabriel



Me ha alcanzado la metralla, me han disparado, he visto morir a muchísimos hombres. He estado al borde de la muerte al menos una docena de veces. La razón por la que siempre sobrevivo es porque me anticipo al siguiente movimiento del enemigo. Pero ¿cómo te vas anticipar al siguiente movimiento de un enemigo si ni siquiera sabes que existe?

Recupero y pierdo la consciencia por momentos. No sé cuánto tiempo llevo así. ¿Una hora? ¿Seis? No tengo ni idea. Me he despertado aquí después de que Jake me golpeara. Estoy colgado en medio de la habitación, con los brazos extendidos y doloridos. Noto la sangre seca en la cara y la punzada en la cabeza donde Jake me ha dado con la puta tubería. Los empeines de los pies me rozan el suelo y creo que los tengo atados con bridas.

«Jake». Mi hermano, supuestamente.

Ahora está delante de mí con el puto Marco Foxx y sé que, por primera vez en mi vida, el enemigo tiene todas las de ganar.

Semiinconsciente, oigo partes de la conversación, como en un delirio febril. Me transporta directamente a los gritos de los hombres moribundos. Los oigo con claridad. He vuelto a esa cueva. Sé que tengo que luchar. Sé que tengo que encontrar la salida, salvar a quien pueda salvarse, pero lo único que soy capaz de hacer es escuchar horrorizado mientras veo la cara de Brinley en mi mente.

Dejo que la oscuridad se apodere de mí.

Noto el agua helada en la cara y abro los ojos de golpe. Veo borroso tanto por el agua que me han tirado como por mi propia sangre. Sacudo la cabeza y la levanto. Sí, definitivamente estoy sangrando. De hecho, yo diría que estoy sangrando por bastantes sitios.

No tengo ni idea de cuánto tiempo ha pasado desde que me han arrastrado hasta aquí, pero el suficiente como para haber perdido y recobrado el conocimiento al menos tres veces. ¿Unas horas? ¿Más?

—Vamos a probar otra vez. —Miro a Jake, apretando la mandíbula. Al menos aún no me la han roto. Por el rabillo del ojo, veo a Marco esnifar dos rayas de coca sobre la mesa—. No quiero que esto sea más doloroso de lo necesario, tío. Joder —dice con una mirada triste. «Error número uno: nunca muestres debilidad ante tu víctima»—. Dame los números de cuenta y será rápido.

Me apunta a la cara con la pistola por quinta vez en la noche. No le he dado los datos de mi cuenta bancaria personal ninguna de las otras cuatro veces, así que no sé por qué piensa que en esta ocasión va a ser diferente. Prefiero pasarme otros cien días así, que dejar que ese cabrón que está en la esquina se quede con el millón trescientos mil dólares que he conseguido ahorrar yo solito.

—¡Joder! —grita Jake—. Todo esto es culpa tuya.

Va hacia la mesa y se hace una raya, nervioso. No sé cuánto valor en polvo hace falta para traicionar a alguien que ha sido como un hermano para ti, que siempre se ha portado bien contigo, alguien que siempre te ha concedido demasiados putos privilegios. He estado inconsciente la mitad del tiempo, pero supongo que mucho.

—Se suponía que debería haber sido yo, no tú. ¡Siempre me comparaba contigo, en cada puta cosa que hacía! —Se agacha, sin dejar de apuntarme con la pistola, y se mete un poco más de ese falso valor por la nariz.

Marco se levanta y le da una colleja.

—Deja de hablarle de historia antigua a un puto muerto.

Viene hacia mí y tengo claro que, cuando consiga salir de esta, voy a arrancarle las extremidades una a una y mantenerlo con vida el tiempo suficiente para que vea cómo las paso por la trituradora de leña que hay en la parte trasera. Me golpea con un tubo de plomo en la rodilla. Emito un gruñido ahogado mientras dejo caer hacia atrás la cabeza. Joder, debe de habérmela roto.

—¿Sabes que te estaban jodiendo desde el principio? Tu vicepresidente nos mantenía informados sobre las reuniones y las clínicas nuevas. Hasta nos dejó entrar en vuestra sede para que pudiéramos volar esa camioneta como advertencia. —Su sonrisa deja al descubierto unos dientes amarillentos. Pienso en la noche anterior a la boda, cuando Jake desapareció. Creía que estaba echando un polvo. Pero el muy hijo de puta estaba dejando entrar a aquel aspirante.

—No estás permitiendo que el club haga los negocios adecuados. Somos unos putos delincuentes. ¿Sabes cuánto dinero podríamos ganar si traficáramos con droga de verdad? —me pregunta Jake, nervioso. Me doy cuenta de inmediato de que ya tiene negocios en marcha para cuando yo la palme. No quiero ni pensar cuánto tiempo lleva planeando esto. Me importa una mierda. Para mí está muerto.

—No vas a salir vivo de aquí, así que danos los putos números de las cuentas —me suelta Marco.

Le escupo un poco de sangre. Me obligo a sonreír y sigo sin decir nada.

Esta vez me da con la tubería en la cabeza y vuelvo a sumirme en la oscuridad.

—Deberías haberte negado cuando propuso tu candidatura. Me correspondía a mí. Viví a su sombra toda mi puta vida. Y ahora vivo a la tuya. Se acabó. Ese mazo me pertenece.

Llevo escuchando el rollo de Jake desde que he recuperado el conocimiento hace diez minutos, pero sigo con los ojos cerrados

mientras se pasea por delante de mí. No tengo ni idea de dónde está Marco ahora mismo. Este capullo no para de lloriquear y ya hace un montón de tiempo que no siento los putos brazos. Finjo que estoy tan ido como puedo, gruñendo y gimiendo. Pero, con la mayor serenidad posible, registro la habitación en busca de una oportunidad cuando él no está mirando. Ahora mismo no veo ninguna, pero tampoco tengo prisa. No pienso morir a manos de este hijoputa traidor.

—Has limitado nuestros ingresos. Has rechazado todas las oportunidades que hemos tenido de ganar pasta de verdad. Solo te centras en esas putas clínicas. Sabes que el verdadero negocio está en la calle. Podríamos estar ganando el triple.

Abro los ojos y lo miro sonriendo, convencido de que, ahora que no está Marco, puedo conseguir que la cague.

Jake no sabe cuándo callarse. Por eso lleva toda la vida metiéndose en líos.

—Pero entonces seríamos como cualquier otra banda de mierda. Ganamos mucho con las clínicas. Obviamente, o no querrías quedarte con todo lo que he ahorrado. Con lo que me he sacado currando.

—¡Vete a la mierda! Tú y tu puto honor. Ya es hora de que este club empiece a sacar más tajada, a ganar pasta de verdad.

—Jamás conseguirás que los demás den el visto bueno.

—Lo darán cuando empiecen a ver los dólares —dice Jake antes de meterse otra raya y frotarse la nariz.

Levanto la cabeza lo justo para analizarlo. No deja de dar vueltas, nervioso, como cuando empieza a entrar en pánico. Su plan se está yendo a la mierda y sabe por mi mirada que nunca le daré lo que quiere. Mi dinero está protegido por si me pasa algo.

Porque, a diferencia de él, yo soy un tío listo.

—Tu padre quería que el club ganara dinero y viviera al margen de las putas leyes absurdas de este país sin matar a nadie innecesariamente. Nunca quiso que el dinero estuviera manchado de sangre. Por eso me eligió a mí.

—¡Pues la has cagado! Se lo has puesto demasiado fácil. Los DDP iban a por ti y tú te has distraído con ella. Alguien tiene que hacerse cargo, alguien tiene que hacernos empezar a ganar pasta de verdad antes de que los DDP nos eliminen. Yo he aprovechado la oportunidad. Los DDP van a colaborar con nosotros. No me has dejado otra opción.

Me echo a reír, antes de escupir en el suelo la sangre que me viene a la boca.

—Si no te destripo yo, lo hará Mason. Jamás colaboraría con los DDP; no lo has pensado bien. Siempre hay una opción, solo que tú nunca eliges la adecuada, y ahora vas a morir por ello —le suelto.

—Ya estoy harto de esta mierda —dice Marco, entrando por la puerta. Resulta obvio que ha estado escuchándonos desde fuera—. Tu plan de hablar con él no funciona. Necesita más motivación.

Marco se acerca a la mesa, se pone un guante resistente a los cortes y coge un trozo de alambre de espino de medio metro de largo que hay sobre ella. Sonríe con maldad mientras se acerca a mí.

—¡Joder! ¡Joder! —murmura Jake, sin dejar de dar vueltas—. ¡Danos de una puta vez los datos de la puñetera cuenta! —grita.

—Te voy a trinchar como si fueras la puta cena, chaval. Primero a ti y luego a ella. Y, cuando mueras esta noche, imagínate su cara en la punta de mi polla antes de que la destripe como a un puto pez.

Una rabia profundísima se apodera de mí mientras me rebelo con todas mis fuerzas contra las cadenas que me sujetan, antes de que Marco me ponga el alambre de espino alrededor del pecho, lo apriete con fuerza y tire hacia abajo.

Me muerdo el labio inferior al sentir cómo se me desgarra la piel. Espero que el rugido espeluznante que sale de mi interior sea lo bastante fuerte como para exigir que el abismo del infierno se abra y se lo trague entero.

No pienso ceder. No me voy a rendir. Voy a salir de esta para que nadie pueda hacerle daño a Brinley.

54

Brinley



En cuanto me detengo en el arcén, me suena el móvil. Es Ax, que acaba de ver mi llamada. Lo saco y lo observo durante unos instantes mientras suena, antes de contestar.

—¿Brinley? —dice antes de que me dé tiempo a hablar—. ¿Qué ha pasado?

Siento cómo el miedo me sube por la garganta al hacerme consciente de que estoy aquí, y encima completamente sola.

—Creo que Gabriel está en peligro. —Le cuento toda la historia mientras jugueteo con las llaves.

Ax me confirma que tampoco ha podido ponerse en contacto con él ni con Jake.

—Ya estoy de camino. Después de tu llamada he intentado hablar con ellos y ninguno ha contestado. Kai viene conmigo. Seguro que Gabriel está bien, no te preocupes, ¿vale? Quizá solo sea un malentendido —me dice, en un tono tranquilizador que me permite ver una de las facetas que seguramente a Layla le gustarán de él.

Cuelgo, pongo el móvil en silencio y me lo guardo en el bolsillo. Una cosa que he olvidado contarle es que yo ya estoy aquí. Y que no pienso largarme. Van muy atrasados; aunque superen el límite de velocidad les llevará treinta minutos llegar y puede que Gabriel no disponga de tanto tiempo.

Estoy junto al coche aparcado en el arcén y camino de un lado a otro mientras me muerdo el labio inferior. Saco la pistola de la funda y vuelvo a comprobar el cargador. Echo a andar por el costado del

camino de grava que conduce a la cabaña, intentando ir la mayor parte del tiempo por los laterales, con la pistola en la mano apuntando hacia el suelo y el dedo de disparar extendido al lado del cañón, como Gabriel me enseñó. Veo las luces de la choza a lo lejos y oigo cómo mis pies hacen crujir las piedrecitas que piso.

Cuando estoy a unos cien metros, decido ir por la hierba para amortiguar mi llegada y aguzo el oído. Veo la placa con el número en el borde del camino que me confirma que estoy en el lugar correcto. El camino de acceso está tan cubierto de maleza que no veo la cabaña entera desde aquí. Solo espesura y vegetación. El sonido penetrante de los grillos y las ranas arborícolas invade el ambiente húmedo mientras analizo el entorno. La choza se encuentra al final de un camino largo. Detrás de ella hay dos anexos enormes, más grandes que la casucha principal. A medida que me acerco, confirmo que Gabriel sigue ahí. Veo su moto, la de Jake y otra que no me suena de nada. Exhalo un suspiro de alivio al ver pasar a Jake por delante de la ventana. Estoy a punto de dar media vuelta y marcharme cuando escucho el sonido más atroz y aterrador que he oído jamás, procedente de la casa. Sé que no lo olvidaré mientras viva.

En vez de echar a correr, como debería, acelero el paso lo más sigilosamente que puedo y voy hacia la parte delantera de la casa. Contengo las náuseas al ver a Gabriel a través de la puerta abierta. Apoyo la cabeza contra el revestimiento de madera e intento recuperar el aliento antes de atreverme a echar otro vistazo al interior.

La cabeza me da vueltas al tiempo que intento asimilar la escena que tengo ante mí. Gabriel está colgado por una cuerda de las vigas de madera del techo, como si lo hubieran crucificado. Tiene la cara ensangrentada y destrozada. Es difícil identificar por dónde está sangrando. Tiene el pelo lleno de sangre, así que deben de haberle hecho una herida en la cabeza. Nada es como debería ser. Tiene los brazos de un tono enfermizo y apagado, salvo por los hematomas que ya han empezado a salirle en las muñecas, donde se le están

clavando las cuerdas. Está ensangrentado de pies a cabeza y es evidente que lleva un buen rato colgado. La sangre ha goteado por su cuerpo hasta formar una especie de charco bajo sus pies, que apenas rozan el suelo. Le han golpeado prácticamente en casi todas las partes visibles del cuerpo y tiene tantos cortes por todas partes que es imposible contarlos, además de varios hematomas en las costillas y un montón de heridas pequeñas que le sangran en el pecho.

Y Jake está ahí, sin hacer nada, mientras el otro tío le pasa a Gabriel un trozo de alambre de espino por el cuerpo y le desgarra la piel. Es un hombre mayor, delgado y con una barba grande, tupida y gris. Lleva un chaleco de los Discípulos del Pecado. Si no estuviera atado, Gabriel lo partiría en dos. Cuanto más observo la escena, horrorizada, más cuenta me doy de que Jake está yendo de aquí para allá como si le diera igual, o peor aún, como si estuviera implicado.

Dios mío. Es una traición.

Me entran náuseas y me mareo. Respiro entrecortadamente, a la vez que intento recordar todo lo que Gabriel me enseñó y rezo para que los de dentro no me oigan. Me vienen a la mente todos nuestros entrenamientos.

«Párate a pensar, sé inteligente, observa el entorno antes de atacar, fíjate en dónde está cada uno, ¿hay alguna otra amenaza?».

Saco el teléfono y pulso el botón de grabar antes de apoyarlo en el alféizar de la ventana que hay junto a la puerta, invisible a simple vista mientras los hombres hablan. Pase lo que pase, espero que los del club se enteren. Repaso mentalmente mi plan: respirar, apuntar y cargarme al flacucho. No quiero dispararle a Jake, pero sé que puede que tenga que hacerlo y, si está metido en el ajo, tan solo será un objetivo más.

«Puedo darles a los dos y salvar a Gabriel. He venido para algo», me digo una y otra vez, intentando concentrarme en lo que dicen.

—O me das ahora mismo tu número de cuenta o te rajo por el otro lado —dice el desconocido.

—Wolfe, joder, tío. Por mucho dinero que sea, esto no puede compensarte. Danos lo que queremos y haré que sea rápido, lo haré por ti. Marco, tío, joder… espera, seguro que nos lo dice —dice Jake. Marco. Marco Foxx. Me cuesta muchísimo contenerme para no pegarle un puto tiro a Jake ahora mismo. ¿Ha estado colaborando con el presidente de los DDP a espaldas del club?—. Me aseguraré de que no le pase nada a Brinley. No permitiré que nadie la toque —añade Jake antes de que él y Marco se pongan a discutir durante un rato sobre mi destino.

Mientras lo hacen, echo un vistazo al resto de la habitación en la que está Gabriel para asegurarme de que no hay nadie más. Veo una mesa con varias herramientas y cuchillos, drogas y parafernalia relacionada con ellas y cuerdas, todo lo que han necesitado para poner a Gabriel como está ahora mismo. Lo analizo todo e intento darle forma en mi cabeza. Jake ha debido de atraerlo hasta aquí para luego darle una puñalada trapera.

—Se ha acabado el tiempo —gruñe Marco, poniéndose al otro lado de Gabriel.

—Joder, puto testarudo… —dice Jake.

—¡Estoy a punto de pegarte un tiro a ti primero, puto maricón! —le grita Marco a Jake—. Está claro que no conoces bien a tu primo. Dijiste que hablaría si amenazábamos a la chica.

—Tú decides, dímelo y la salvaré —le suplica Jake a Gabriel mientras Marco se vuelve a poner una especie de guante ultrarresistente y coge el trozo de alambre de espino. Las marcas del torso de Gabriel se asemejan al dibujo del alambre y vuelvo a aguantarme el vómito al observar su carne desgarrada.

—No confío en ti —replica Gabriel tranquilamente en voz baja, con mirada inexpresiva, mientras otro miembro de la familia traiciona su confianza y lo defrauda.

Ya he visto suficiente.

Pienso cargármelos y reducir a cenizas esta puta casa.

Si muero, al menos lo haré matando. Gabriel no va a morir sin que haya tenido la oportunidad de decirle lo fuerte e increíble que es.

Puede que sea un delincuente, pero es el delincuente del que estoy enamorada y tiene todo lo que podría desear. Es implacable, duro y la única persona realmente honesta que he conocido y amado en mi vida.

Respiro hondo y apunto a través de la puerta abierta. Exhalo cuando los ojos de Gabriel se encuentran con los míos. Solo él puede verme. Permanecemos conectados el uno con el otro durante unos segundos y él niega con la cabeza de forma tan imperceptible que, de haber parpadeado, me lo habría perdido. Ni de coña voy a pasar de ayudarle. Lo miro fijamente, asiento una sola vez, apunto y aprieto el gatillo. El cuerpo de Marco golpea el suelo con un gruñido y un ruido sordo antes de que mi cerebro me permita darme cuenta de que le he dado.

Después de eso no vacilo; no sé si está muerto, pero tengo que llegar hasta Jake antes de que él llegue hasta Gabriel, o ambos estaremos muertos, y no he venido hasta aquí para permitir que eso ocurra.

Entro corriendo por la puerta sin mirar atrás para enfrentarme a mi destino.

55

Gabriel



Brinley me mira a los ojos a través de la mosquitera de la ventana y me pregunto si ya estaré muerto. Debe de ser así, para estar viendo ese azul tan maravilloso. Pero hay algo en ellos que no encaja. Si estoy muerto, sus ojos deberían estar felices, llenos de la luz y el fuego que anhelo, no enfurecidos y asustados.

Cuando levanta el arma caigo en la cuenta de que sigo vivo y de que es muy posible que ella esté a punto de morir intentando salvarme.

Niego con la cabeza lo más discretamente posible para que Jake no se entere, pero Brinley asiente y apunta.

Es una malcriada hasta la puta médula.

Lo veo todo a cámara lenta, como cuando estoy en combate, mientras la bala pasa zumbando a mi lado y le da a Marco en el pecho. Él gruñe, gime y cae al suelo, tirando el alambre detrás de mí. Tiene la pistola sobre la mesa. Veo entrar a Brinley en la habitación con las puñeteras Doc Martens. Lleva el pelo recogido en una cola de caballo, unos vaqueros negros y un top del mismo color.

Sé que esta es una cuestión de vida o muerte, pero, joder, nunca he tenido tantas ganas de follármela. Jamás.

—¡Ni se te ocurra, o disparo! —grita con voz temblorosa, mientras Jake gira sobre sí mismo y mira su arma, que también está sobre la mesa a mi lado.

«Error número dos: nunca jamás sueltes la puta pistola».

Él la mira con desprecio.

—Ese disparo ha sido una puta lotería. Estás a punto de morir, niñata. —Unas palabras demasiado duras para un tío que se esconde como un puto cobarde detrás de mí y me usa como escudo.

Miro a Marco y sonrío. Mi pequeño colibrí le ha dado de lleno en el pecho. Está jadeando, gorgoteando y desangrándose en el suelo. En cuanto pueda, la recompensaré por un disparo tan bueno.

—Puede. —Brinley agarra el arma con más fuerza, levanta la barbilla y le dedica una puñetera sonrisa—. O puede que lleve días aprendiendo a disparar, ¿verdad, cielo? —me pregunta sin mirarme, con una ceja levantada.

Lo reconozco, nunca he conocido el amor, pero esto es lo más parecido a él que he sentido jamás. Brinley es como un puto sueño húmedo andante. Estoy exhausto y destrozado, pero aun así siento cómo se me hincha la polla solo con mirarla.

—Cierto —le digo a Jake, con una sonrisa torcida en mi rostro maltrecho.

—Obviamente eso no me convierte en una tiradora perfecta, pero puede que sí en una lo bastante buena como para darte —añade Brinley con dulzura.

—Irás a la cárcel por asesinato, lo sabes, ¿verdad? —replica Jake, agarrándose a un clavo ardiendo, consciente de que está jodido—. ¿Vas a pasarte el resto de tu vida en el trullo por cargarte a dos tíos? ¿Por qué? ¿Por un hombre al que acabas de conocer hace dos meses?

Brinley ladea la cabeza y le habla a Jake como si fuera un crío, con la educación propia de antes de conocerme y la perversidad que yo le he ayudado a descubrir. La combinación es la hostia.

—Uy, no creo. Sé lo bien que se le da a mi chico ocultar cadáveres y seguro que haría un trabajo excelente enterrándote tan hondo que nadie pudiera encontrarte.

—Desde luego —digo, con una sonrisa burlona. Podría tirarme todo el puto día viéndola actuar así.

—¡Joder! —grita Jake, perdiendo los nervios.

—Ahí está —le digo—. Por eso nunca podrías ser el presidente de este club y por eso tu padre me eligió a mí —añado tranquilamente mientras Brinley se mantiene firme delante de nosotros—. Porque no soportas bien la presión y nunca piensas las putas cosas como es debido.

La miro a los ojos y ella nos observa nerviosa a Jake y a mí. Está esperando una oportunidad, pero no va a ser fácil porque Jake está parapetado detrás de mí.

Sabe que si avanza podría coger la pistola, y no querrá dispararle si existe la posibilidad de que me dé a mí.

—¡Que os jodan a los dos! —grita Jake con patetismo, dándome un puñetazo en un riñón.

No digo ni mu. Ni siquiera siento dolor. La adrenalina corre por mis venas ante la necesidad de liberarme y poner a Brinley a salvo.

—No puedes quedarte detrás de mí toda la noche —le digo a Jake, intentando que se mueva. Estoy deseando acabar de una puta vez —. ¿Ves la gasa que tengo en el brazo? A mí ya me ha disparado una vez. Y bueno… aunque mi chica cree que estoy un poco loco, seguro que haría lo que le pidiera en esta situación.

—¿Qué coño quieres decir? —me pregunta Jake.

—Por supuesto, cielo. —Brinley me sigue el rollo mientras recoloca la pistola entre sus manos sudorosas.

—Recibiré encantado otra bala si tiene que pasar a través de mí para llegar a ti —le digo a Jake. La miro a los ojos. Conozco a Jake y sé que va a reaccionar. Le hago un gesto a Brinley con la cabeza y le susurro las palabras que necesita…—. Dispara.

Tal y como suponía, Jake toma la decisión equivocada. Se aleja de mi sombra y extiende el brazo para coger el arma que está sobre la mesa. En ese mismo instante, Brinley dispara. Puede que estuviera apuntando a la mano, pero le da en el antebrazo y, en lugar de coger la pistola, la tira. Sigue intentando alcanzarla, pero ella vuelve a disparar y esta vez le da en el hombro. Jake cae al suelo a mi lado y me mira fijamente para decir algo, tal vez para pedir clemencia,

mientras Brinley va hacia él, seguro que para poder dispararle mejor y librarse de él definitivamente. Es rápida, pero no lo suficiente.

Jake alarga la mano, la agarra por el tobillo para hacerle perder el equilibrio y ella cae de espaldas. Se gira para levantarse, pero Jake se abalanza sobre ella, le pone el brazo bueno sobre los hombros y lo desliza hasta su cuello para hacerle una llave de estrangulamiento. Brinley sigue con la pistola en la mano, pero tiene la rodilla de Jake sobre el brazo y cuando él tira de su cuerpo hacia arriba, la suelta. Se arrodilla y la pone de espaldas. Es más fuerte que ella y le está apretando la garganta, pero ninguno de los dos puede alcanzar la pistola. La mano que tiene libre no le sirve de nada y la sangre chorrea de los balazos que ella le ha pegado. Veo aflorar el pánico en los ojos de Brinley. La está asfixiando. Pienso destripar a ese cabrón, si es que no lo hace ella antes. La miro a los ojos, intentando tranquilizarla y recordarle lo que tiene que hacer.

—Sé más fuerte que él —le susurro con los dientes apretados, forcejeando desesperadamente para librarme de las ataduras que me sujetan.

Ella se calma al instante y no tarda ni un puto segundo en bajar la barbilla, empezar a moverla bajo el antebrazo de Jake y sacar fuerzas de flaqueza para llevar la mano hacia atrás y hundir el pulgar en el agujero de bala que este tiene en el brazo. Él grita mientras Brinley se zafa, coge la pistola y, sin dudarlo, le pega un tiro en el estómago.

Creo que va a parar, pero no lo hace. Vuelve a disparar y le da en la rodilla. Él cae y se desploma contra la pared, aullando de dolor. Brinley tiene los ojos llenos de lágrimas, pero sigue disparándole hasta vaciar el cargador. Una de las balas le da en el cuello y la sangre empieza a manar rápidamente a borbotones; él se cubre la herida con la mano, pero es imposible detener la hemorragia. Ella le pega otro tiro y le da en el pecho. Jake cae al suelo con un ruido sordo, sangrando por la boca. Cuando Brinley vuelve a disparar y se da cuenta de que el cargador está vacío, deja caer el brazo inerte al costado, como si de repente el arma pesara demasiado. Dos

lagrimones ruedan por sus mejillas, pero sabe que ha hecho lo que debía.

Miro a Jake, ese hombre del que creía que podía fiarme, y no siento absolutamente nada mientras la vida se le escapa. Sonrío con la satisfacción de saber que mi cara será lo último que vea en vida.

«Error número tres: subestimar a mi puta reina».

56

Brinley



De todas las cosas que jamás imaginé que haría, matar a un hombre probablemente sea la número uno. ¿Y a dos? Algo inaudito. Pero aquí estoy. Brinley Rose Beaumont, una asesina.

Y, sin embargo, nunca había sentido tanto alivio al ver cómo la vida abandona los ojos de alguien como ahora mismo.

Me quedo aquí plantada, aturdida, al darme cuenta de que le he dado a Jake justo donde tenía que darle y que no he vacilado a la hora de apretar el gatillo. Empiezo a temblar violentamente mientras mi cuerpo entra en estado de shock. La voz de Gabriel me saca de mi ensimismamiento.

—Ven aquí, nena —me dice para ayudarme—. No dejes de mirarme. Mírame a los ojos.

Dejo el arma sobre la mesa, paso por encima del cuerpo sin vida de Marco y abrazo a Gabriel, besando cualquier rincón que mi boca pueda alcanzar. Él posa los labios hinchados y maltrechos sobre mi cabeza, y con un susurro grave me dice que no pasa nada, que lo he hecho genial, que soy la leche y que le he salvado la vida.

Eso me reconforta y me hace salir del shock.

—Lo has hecho muy bien, pero aún no has acabado, nena. Necesito que cojas el taburete que hay en el armario de la cocina y mi cuchillo, que está sobre la mesa. Vas a tener que cortar esto para bajarme. —Señala con la cabeza aquello a lo que se refiere. Hago lo que me dice y corto de inmediato las cuerdas, aunque me siguen temblando las manos. Él cae al suelo entre Jake y Marco,

probablemente con las piernas entumecidas después de haber estado colgado quién sabe cuánto tiempo. Me agacho a su lado y me acerco a él para besarlo. El sabor de su sangre me inunda la boca y me la trago, sin rechazar ni una gota—. Eso ha sido una puta temeridad. —Está enfadado, pero sigue besándome.

Está vivo, se encuentra bien y el instinto no me ha fallado.

—Si no hubiera venido, estarías muerto —gimo mientras él acalla mi llanto.

Tarda unos minutos en volver a sentir los brazos y poder abrazarme, acariciarme la cara y secarme las lágrimas. Recorre el interior de mi boca con la lengua, de una forma que revela que, incluso en este momento, a pesar de todo este desastre y de lo enfadado que está porque me haya puesto en peligro, sigue deseándome. Nunca deja de hacerlo.

—¿Cómo me has encontrado? —me pregunta, con los ojos enrojecidos y la piel que los rodea ya amoratada.

—Me pusiste un AirTag en el coche. —Reconozco que lo sé, encogiéndome de hombros—. Estuve fisgoneando. —Gabriel me mira pensativo, pero no dice nada—. Fue hace semanas y sentía curiosidad por ti. Encontré más en la caja de las fotos. Así que te puse uno en la bota.

—Lo hice por tu seguridad —dice con una sonrisa burlona, como si le pareciera gracioso que lo estuviera vigilando.

—Pues yo lo hice porque me dio la gana —replico con arrogancia antes de darle un beso en la barbilla.

Gabriel se ríe, algo bastante raro teniendo en cuenta la carnicería que nos rodea, pero su risa es una puta maravilla.

—Creo que estás aún más loca que yo, pajarito —dice antes de darme un beso—. Pero adoro esa locura. Quiero hasta la última gota de ella.

—Pues es toda tuya —replico.

Nunca en mi vida me había sentido tan a gusto en ningún sitio. Siempre he funcionado por inercia, haciendo lo que los demás me decían y lo que consideraba que estaba bien, pero aquí, entre los

brazos de Gabriel, me siento como en casa. Estar con él es tan fácil como respirar.

Para él, siempre soy fuerte. Siempre soy capaz. Soy simplemente yo. Y es una maravilla.

Siento que se me saltan las lágrimas y no puedo contener las palabras.

—Por si no es obvio, Gabriel, te quiero. —Me agacho para besarlo —. Te quiero muchísimo.

Me estrecha la cara entre sus manos fuertes y ensangrentadas al acercarse a mis labios.

—Para expresar lo que siento por ti, Brinley, no bastan unas palabras tan simples como «te quiero». Eres la sangre que corre por mis venas. —Sus palabras me hacen gemir sobre sus labios—. Por ti lo sacrificaría todo. —Me da un beso en la sien—. Eres la razón de mi existencia. —Sonríe sobre mi boca—. «Y se sumergieron rápidamente en una intimidad de la que nunca se recuperaron…». —Vuelve a besarme.

Me río entre lágrimas.

—Tenemos un cadáver a cada lado, ¿y tú citas a Fitzgerald? —le digo a Gabriel mientras él me acaricia con la boca las mejillas, la mandíbula y las comisuras de los labios, sin detenerse ni un instante.

—Solo intento ser romántico —replica él, con una sonrisa y una carcajada ronca, antes de estrecharme la cara entre las manos y clavar sus tormentosos ojos grises en los míos. Luego se pone serio —. Te quiero, Brinley Rose. —Su voz grave colma mis sentidos, siento mariposas en el estómago y la masacre que nos rodea desaparece.

—Pero ¿qué cojones…? —oigo gritar a Sean, horrorizado. Levantamos la vista hacia él desde donde estamos sentados cuando entra por la puerta con Kai.

Gabriel no se aleja de mí, simplemente deja caer la cabeza contra el suelo, aliviado.

—Llegáis tarde —dice—. Llamad a Rick, y espero que hayáis traído palas, cabrones.

57

Gabriel



Están enterrados detrás de St. Henry's. Ax, Kai y yo los hemos sepultado.

Miro a mis hombres. Todos, salvo Ax y Kai, están completamente en shock por el hecho de que Jake intentara matarme. Incluido yo mismo.

Se quedaron en silencio un buen rato cuando les puse la grabación del móvil de Brinley. Qué listo es mi pequeño colibrí. Aunque no me habría hecho falta. Mis hombres me habrían creído de todas formas. Rick tardó dos horas en limpiarme las heridas y coserme mientras los chicos se ocupaban de enterrar a los dos traidores, después de haber quemado sus chalecos.

—Jake era como mi hermano. Pero dejó que la avaricia y la envidia le nublaran el juicio. A partir de ahora será como si nunca hubiera existido —les digo.

—Bien dicho, hermano —dice Kai, dando unos golpecitos con los dedos en la mesa.

Yo asiento.

—Mi único error fue confiar en él. No lo vi venir hasta que fue demasiado tarde y tendré que cargar con ello.

—Todos confiábamos en Jake —dice Robby.

Nadie está contento. Dejando a un lado esa decisión que Jake tomó, fue nuestro hermano durante treinta años, pero cuando acabe esta reunión, nunca más volveremos a hablar de él.

Nos traicionó y ha recibido su merecido. A los hermanos no se les traiciona.

—Tengo una reunión con Aiden Foxx. —Espero a que el ambiente se calme tras el anuncio—. Voy a hablar con él de la conquista y quiero hacerlo rápido. Mientras todo esto aún está fresco.

Siguen charlando unos segundos más, hasta que yo vuelvo a hablar.

—Solo me voy a llevar a dos de vosotros. Será en la azotea del Savannah Meadows. Abajo hay mucha gente, así que habrá menos posibilidades de que intente matarme —les digo.

Echo un vistazo a la sala.

—Ax, necesito que ahora seas el vicepresidente, si estás preparado para dar el paso.

—Por supuesto —replica sin vacilar.

—¿Todos a favor? —pregunto.

Espero a que digan que sí. Efectivamente, la respuesta es unánime.

—Y Kai, ¿puedo contar contigo? —le pregunto. Todos entienden que quiero que sea mi próximo sargento de armas.

—Pues claro, hermano, eso siempre —responde Kai con una sonrisa.

—¿Kai como sustituto? —les pregunto, y todos responden afirmativamente.

—Shelly os cambiará los parches. Mason, tú pasarás a ser el supervisor. —Una vez más, todos están de acuerdo. Doy un golpe con el mazo y suspiro aliviado por haber acabado de una vez de revivir esa historia tan jodida—. Por cierto, una cosa más al margen de todo esto. Sé que es una novedad que tenga una jefa.

—Nos encanta la pequeña asesina —dice Flipp, sonriendo desde su asiento.

—Sí, Brin es perfecta para ti —opina Mason inexpresivamente, pero con convicción.

—Pareces… joder, me atrevería a decir que incluso un poco feliz —comenta Kai.

Suelto un suspiro y asiento con la cabeza.

—Sí, es perfecta para mí —reconozco, aclarándome la garganta—. Vale. Joder, chicos, menudo día —digo, dejando a un lado ese tema tan profundo del que aún no estoy acostumbrado a hablar—. Tomaos una copa, y que sea doble. Vamos a tener la casa llena hasta que esto se solucione. Ax, Kai, reuníos conmigo dentro de media hora para largarnos. Los demás, comed, bebed e id a ver a Shell si necesitáis algo, vosotros o vuestras familias.

Salgo de la habitación en medio del bullicio, recordando que esta mañana he sacado el chaleco de Jake de su cuerpo ensangrentado y le he cortado el parche de VP antes de quemarlo en el brasero exterior de St. Henry's. Sé que los chicos se van a pasar la noche pensando en Jake y es normal. Saben que no deben hablar del tema con nadie. Lo único que les diremos a sus familias es que era un traidor, excepto a mi reina, porque estuvo allí, y aunque no hubiera estado se lo contaría de todos modos.

Los familiares de los miembros del club llenan la sala principal. Vamos a tenerlos a todos encerrados aquí durante las próximas noches, hasta que consigamos conquistar o matar a todos los miembros de los DDP de Harmony.

Incluso entre la multitud, puedo verla apoyada en la barra, hablando con Layla, con unos vaqueros ajustados, una camiseta de tirantes, el pelo suelto y alborotado, y sin un solo rasguño después de lo que ha soportado esta mañana. Joder. Menos mal.

Me apoyo un momento en el marco de la puerta de la capilla y me limito a mirarla. Nunca me cansaré de hacerlo. Me quedo allí plantado, simplemente para ver su reacción, y saco el móvil de la cesta en la que los hemos dejado antes de la reunión.

Hay que irse

La observo mientras saca el teléfono del bolsillo trasero y lee mi mensaje.

REINA

Ya?

Brinley pone los ojos en blanco al otro lado de la habitación y se gira hacia mí justo cuando Shelly se presenta a mi lado, cortándole inmediatamente el rollo a mi polla, que ya se estaba poniendo dura.

—Te vas a casar con ella, ¿verdad? —me pregunta, dándome un golpecito con su frágil codo.

—¿Yo? ¿Casarme? —digo, rodeándole el hombro con un brazo—. Venga, Shell, ya me conoces —añado.

—Pues sí, te conozco. —Me guiña un ojo—. Traigo lo que me has pedido. —Shelly me entrega el chaleco que encargué la semana pasada en Racine Leather Co., la mejor tienda de Savannah. Lo levanto y sonrío. Este chaleco de cuero negro tan suave con la insignia de los Perros del Infierno en el centro y un pergamino que pone «Propiedad de Wolfe» debajo es justo lo que quería para ella. En la parte delantera, sobre el corazón, tiene su propio parche de «La reina de Wolfe», y debajo de él, otro más pequeño que dice «Soldado de Bedlam». Un parche que ahora se ha ganado al matar a Jake y a Marco y salvarme la vida. Es perfecto y va a estar supersexy con él—. Y si algo tengo claro es que no sueles mirar así a las mujeres. Jamás. Lo único que te pido es que me avises con tiempo suficiente para ayudaros a organizar la boda. —Shelly me da unas palmaditas en la espalda—. Ninguno de los dos tenéis mamá —añade.

La estrecho con más fuerza, dándole un abrazo lateral. De hecho, Shelly es lo más parecido que tengo a una madre.

Le doy un beso en la coronilla, antes de soltarla.

—Te prometo que tendrás un montón de tiempo.

—¿Un montón de tiempo para qué? —dice Brinley, cuando se acerca a nosotros.

—Para atormentarme con esos putos vaqueros —le respondo, agarrándola por la cintura y besándola.

Shelly se escabulle murmurando algo sobre que nos busquemos una habitación.

—¿Qué es eso? —me pregunta Brinley cuando me echo hacia atrás y bajo la vista hacia el chaleco nuevo que tengo en la mano.

Se lo entrego. Brinley levanta una ceja y hace ademán de cogerlo, pero yo no lo suelto todavía.

—Es para advertir a todo aquel que te mire que eres de mi propiedad y, si te lo pones ahora, no dejaré que te lo quites —le digo en voz baja, para que nadie más pueda oírme—. Tendrás que dejártelo puesto mientras hago mío hasta el último rincón de tu cuerpo.

Brinley ni siquiera duda, se muerde el labio inferior con una sonrisa, extiende la mano para cogerlo y lo levanta. La observo mientras se fija en todos los detalles del bordado y en los parches de la parte delantera.

Posa sus ojos en los míos con curiosidad mientras acaricia con un dedo el parche del soldado.

—Has tenido que matar por el bien del club. Te lo has ganado —le digo—. Y si hago bien mi trabajo, no tendrás que volver a hacerlo nunca más.

Ella asiente. Veo la pregunta en sus ojos antes de que me la haga.

—¿Se lleva con orgullo por haber matado a alguien?

Niego con la cabeza.

—No llevamos ese parche para alardear, sino para recordarnos que somos una familia, que no hay nada que no seamos capaces de hacer los unos por los otros. Que nada se antepone a nuestra hermandad. —La observo mientras ella se toma al pie de la letra lo que digo sin cuestionarlo y se pone el chaleco sin dejar de mirarme a los ojos ni un instante. Le queda perfecto, y cuando se alborota el pelo y se vuelve para mirarme por encima de un hombro, sé que esta mujer está hecha para mí.

—¿Qué aspecto tengo? —me pregunta, aunque sabe perfectamente que estoy deseando tirármela sobre la mesa que tiene delante. Brinley Rose Beaumont tiene el aspecto de un futuro que no sabía que me estaba perdiendo y, mientras mi cuerpo se muere por tocarla, siento cómo el calor que solo ella es capaz de

proporcionarme se extiende por todo mi cuerpo, haciéndome ver la realidad.

Agarro a Brinley por las caderas y la atraigo hacia mí, esperando que me entienda cuando le susurro al oído:

—El de todo aquello que no sabía que deseaba. El de mi mujer.



—Relájate —le pido diez minutos después mientras le abro bien las nalgas, intentando que mi polla se tranquilice. Tengo que largarme ya, casi llego tarde, pero ahora mismo mi entrepierna no lo entiende, al verla inclinada delante de mí con el chaleco puesto.

Le acaricio la parte baja de la espalda. Nunca había tenido tantas ganas de poseerla.

—Nunca me imaginé enfrentándome de esta forma a un día tan traumático. Pero la verdad es que nunca dejas de sorprenderme —me dice, mirándome por encima del hombro.

Le meto una mano entre las piernas y jugueteo un poco con su clítoris, acariciándolo lentamente en círculos con el dedo corazón mientras con la otra extraigo el dilatador de tamaño medio que le he metido en el culo antes de venir a la sede del club. Suelta un gemido ahogado cuando lo hago. Luego cojo otro más grande, lo cubro de lubricante y le echo un poco más en el culo por si acaso.

—Ese es enorme —comenta, con los ojos muy abiertos.

—Puede —replico, concentrado en lo impresionante que está así, inclinada sobre el lavabo de mi habitación del club—. Espera a que sea mi polla. —Sonrío mientras se lo introduzco un poco y espero a que su cuerpo se adapte. Lo saco, lo recubro con el lubricante y se lo vuelvo a meter—. Respira —le recuerdo.

Ella obedece y acabo de introducírselo. El corazón rosa con brillantes es lo único que no desaparece en su interior y, joder, menudo espectáculo.

—Me va a hacer daño —dice Brinley, girándose hacia mí. Se muerde el labio inferior.

Me recoloco la erección mientras me suena el móvil en el bolsillo.

—Joder, si no quieres que te dé por el culo ahora mismo, es mejor que dejes de mirarme así —le digo.

Ella esboza una sonrisa burlona. «Mocosa».

—Así, ¿cómo? —me pregunta, pasándose un dedo por debajo del escote de la camiseta—. Lo siento, es que esta presión es… bastante agradable.

El teléfono vuelve a sonar y la polla me palpita más todavía. Tres horas. Solo tres horas más para hacer míos todos y cada uno de los rincones de esta mujer.

58

Gabriel



Una hora después estoy en la azotea del hospital Savannah Meadows con Kai y Ax. Aiden Foxx llega con dos de sus hombres.

—Ese cabrón tiene una buena burra, las cosas como son —dice Kai, asomándose mientras se acercan.

Respondo con un gruñido, echando un vistazo a su Softail personalizada.

—Pues sí —admito.

Conozco a los dos. Damon Keller y Grayson Hunt.

Al parecer, Damon también estaba hasta las pelotas de las gilipolleces de Marco, según Otis.

—Caballeros —dice Aiden, presentándose ante mí. Es un tío enorme y canoso, más o menos de mi estatura. Es frío y reservado. Nada que ver con su hermanastro.

Voy directamente al grano.

—Esta mañana he enterrado al cabrón de tu hermano y a mi primo en el bosque —digo mientras los dos hombres que están detrás de Aiden desenfundan las pistolas.

Ax y Kai sacan las suyas de inmediato.

Aiden ni se inmuta. Gira la cabeza y les hace un gesto con la mano para que las bajen. Ellos obedecen.

—¿Por qué? —me pregunta tranquilamente.

—Estaban conspirando para apoderarse de mi club. Y no me hizo ninguna gracia.

—No me extraña —dice Aiden, levantando las manos en señal de tregua. Saca un paquete de cigarrillos del bolsillo y me ofrece uno.

Niego con la cabeza. Lo enciende.

—Mi hermanastro tenía un problema bastante importante con las drogas. Llevaba años fuera de control.

—Empezando por haber permitido que uno de los miembros de su club violara a la hermana de mi supervisor, que solo tenía dieciséis años.

Aiden le da una calada al cigarro.

—Entiendo que te cabrearas, pero te lo has cargado, así que se acabó el problema, ¿no?

Asiento con la cabeza.

—Sí.

—Y, tal y como yo lo veo, los dos hemos perdido a alguien hoy, así que se ha hecho justicia.

—Cierto.

—He oído por ahí que pensabas conquistarnos —dice Aiden, inhalando otra bocanada de humo.

—Así era.

—¿Y ahora?

—Depende —digo, cruzando los brazos sobre el pecho. Me vuelvo hacia Kai y Ax—. Dejadnos un momento.

Aiden se gira y echa a sus hombres para que nos quedemos solos.

—Con el debido respeto, tienes suerte de que no te rajara el puto cuello por asustar a mi jefa. Y vuestro antiguo líder era un puto desastre. Supongo que esto significa que ahora mandas tú, pero no sé cómo va el tema.

—Bueno, al menos en una cosa estamos de acuerdo —dice Aiden, apagando el cigarrillo—. Y sí, ahora mando yo. Marco era nuestro presidente; teníamos nuestras diferencias, pero cuento con el apoyo de todos mis hombres. Y sí, ya me ha quedado claro… quién es tu jefa. No sabía en qué nos había metido Marco, tenía que proteger al resto de mis hombres y a nuestro club. Encontrar la forma de evitar que tú y tu club siguierais atacándonos. Pero no era nada personal. Solo negocios. Marco y yo llevábamos más de un año enfrentados. Estaba tomando malas decisiones, negociando en paralelo y el

problema con las drogas se le había ido de las putas manos. Ya no era el mismo que cuando su padre le cedió el cargo.

—No es de extrañar que se aliara con mi primo, porque eran muy parecidos.

—Mmm —gruñe Aiden—. ¿Avaricioso y no demasiado listo?

Esbozo una sonrisa irónica.

—Sí.

—¿Qué quieres? —me pregunta.

—Quiero que tu club deje de asaltar mis clínicas. Hay muchos yonquis por ahí sueltos para vosotros, nuestro negocio es la rehabilitación y nos pertenece. —Aiden asiente—. Como muestra de buena voluntad, puedes sentarte a negociar con los Titans, que están hermanados con nosotros. Tu expresidente nunca lo hizo. Tienen un acuerdo a corto plazo con El Coas. —Menciono a la banda que suministra azul a gran parte de Atlanta—. Iban a quedarse con la parte que mi club rechazó cuando matáramos a tu hermano. Sé que los K6 no trabajarán contigo sin él, pero si quieres hacerlo con los Titans, podría ser muy lucrativo para ti —declaro—. Sus clientes están muy interesados en aumentar los pedidos, quieren duplicarlos, si tenéis capacidad para hacerlo. Os los repartiríais a medias y ellos se harían cargo del antiguo territorio de los K6.

Se lo piensa un rato mientras se pasa el pulgar y el índice por la barba incipiente de la mandíbula.

—Entonces ¿se trata de un pacto de «tú no te metes conmigo y yo no me meto contigo»?

—Exacto, estaría de puta madre, para variar —respondo—. Pero como alguno de los miembros de tu club toque a otra cría y me entere, también le cortaré los huevos a él. Y esta vez te los enviaré por correo y después te arrancaré la puta cabeza por habérselo permitido.

Aiden guarda silencio, antes de soltar una carcajada grave, y me pregunto si realmente seremos tan parecidos como parece.

—Si uno de mis hombres tocara a una menor de edad, yo mismo le cortaría las pelotas. Por eso no te preocupes.

—Pues trato hecho —le digo, y le tiendo la mano. Él la acepta. La lleva toda tatuada, como yo.

—Tendré que someterlo a votación en el club, pero seguro que están de acuerdo, así que puedes organizar la reunión. Mis hombres están deseando tener un poco de estabilidad, después de estos dos últimos años.

—Y nosotros estamos deseando tener un poco de paz. Volver a andar por ahí en moto, jodiendo un poco al Gobierno —digo, esbozando una sonrisa.

—Y tanto. —Aiden sonríe—. Dicen que los lobos y los zorros son enemigos naturales, pero aquí estamos, jugando limpio —añade al tiempo que retrocede y llama a sus hombres.

—Estamos en contacto —le digo, girándome para reunirme con los míos.

Siento en mi interior un rayo de esperanza. Qué coño, puede que por una vez consigamos tener un poco de paz con los putos Discípulos del Pecado.

Sonrío mientras me subo a la moto. Ahora, de vuelta al club para recoger a mi chica y disfrutar de la mejor parte del día.

59

Brinley



Puedo sentir su mirada sobre mí, la de mi hombre, desde el otro lado de la habitación. Mi rey despiadado, que no se doblega ante nadie, pero cita a Fitzgerald mientras me lava el pelo.

Solo de verlo se me mojan las bragas, con esta puñetera joya tan estimulante que llevo en el culo. Estoy hipersensible, aunque lo haya tenido dentro de mí esta mañana en la ducha al volver de St. Henry's.

«Deja que te ponga esto, Brinley. He estado a punto de perderte. Creía que no volvería a verte nunca más. La vida es demasiado corta para no hacer lo que deseamos y esta noche pienso tomar todo tu cuerpo y hacerlo mío».

La sede del club está atestada de gente. Hago lo que puedo para que todo el mundo esté a gusto y ayudo a Shelly y Layla a servir la comida.

—Ese tío te va a traspasar con la mirada desde allí —dice Layla, riéndose. Lo miro y sonrío desde el otro lado de la habitación. Pues sí. Definitivamente, está perdiendo la paciencia. Voy a pagar por esto más tarde—. ¿Estás bien? —me pregunta mientras echamos el puré de patatas en varios cuencos para repartirlo por las mesas.

—Sí —contesto—. Mañana viene un agente inmobiliario a tasar la casa de mis padres. Sé que todo esto ha sido muy rápido, pero… —digo, señalando el chaleco nuevo que llevo puesto.

Layla se ríe y me interrumpe.

—A mí no me des explicaciones. Supe que Sean estaba hecho para mí en la primera cita. Al cabo de un mes, ya llevaba su chaleco, incluso más rápido que vosotros dos. Cuando lo sabes, lo sabes, amiga. —Su sonrisa se vuelve aún más amplia—. Además, me encanta tenerte cerca.

—Igualmente. —Limpio la superficie de trabajo mientras niego con la cabeza—. Hay que ver cómo han acabado aquellas dos niñas que se sentaban en primera fila los domingos por la mañana…

—Convertidas en dos jefas —dice, riéndose.

Le doy un manotazo.

—Habla por ti, yo de jefa no tengo nada.

—Oye, mejor ser una jefa que una novia con un palo metido por el culo. Por cierto, ese post que me has enviado… —Ahoga una carcajada—. La novia nueva de Evan sí que parece que tiene un palo metido por el culo.

Yo también me echo a reír.

Uno de los amigos que Evan y yo tenemos en común me ha enviado esta mañana un post de las redes sociales mediante el que me he enterado de que Evan está saliendo con la hija de uno de sus jefes de Nueva York, y se lo he reenviado a Layla. Cuando los he visto a los dos juntos en la foto, no podía creer que esa fuera la vida que yo llevaba hace tan solo un par de meses. Su nuevo amor pertenece a la alta sociedad y apenas sonríe mientras él la rodea con un brazo. En la foto parece exactamente el tipo de mujer que yo aspiraba a ser.

—Lo mismo digo. —Le doy un codazo—. Menos mal que he vuelto a casa.

—Brin —dice Gabriel detrás de mí, interrumpiéndonos.

Le sonrío con dulzura, apretando los muslos. Sé lo desesperado que está ahora mismo y utilizo hasta el último gramo de fuerza de voluntad para hacerle rabiar.

—¿Tienes prisa? —le pregunto de la forma más educada que puedo. Veo cómo se le tensan los tendones bajo la barba de cuatro días. Tiene la cara cosida y magullada, pero sigue siendo guapísimo.

Me agarra bruscamente con los dos primeros dedos por las trabillas de los vaqueros, tira de mí hacia él y me da un beso en los labios tan suave que casi me corro del gusto.

Pero cuando se acerca para decirme «Vamos a mi taller», sé que estoy perdida.

—Ya has tensado demasiado la cuerda. O te reúnes conmigo en menos de un minuto en la moto, o te follo encima de la puñetera mesa de billar.

Alejo la cara de la suya.

—¿Por qué al taller? —le pregunto.

Gabriel sonríe con picardía, rozándome los labios con su aliento mentolado. Oigo su susurro con claridad, en medio del alboroto de la habitación.

—Porque mi casa está demasiado lejos y, si lo hacemos aquí, todos te oirán gritar.

—Ah… —murmuro, echándole un último vistazo a Layla por encima del hombro.

Ella pone los ojos en blanco, pero me da igual.

¿En serio? ¿A quién quiero engañar? Puede que sea capaz de ponerme la máscara de niña buena, pero con Gabriel Wolfe soy una auténtica zorra y lo he sido desde que lo vi por primera vez en Main Street.

60

Brinley



Has sido una chica muy mala —me dice Gabriel, encendiendo las luces del techo mientras entramos en su taller, menos de diez minutos después.

Estoy excitadísima por la vibración de la moto entre los muslos y la joyita que llevo dentro.

—¿Tiene que haber tanta claridad? Madre mía —murmuro mientras él se me acerca por detrás y me da un beso en el cuello.

—Pues sí, quiero ver todos los detalles mientras hago mío tu culo virgen.

Gimo al tiempo que me rodea bruscamente con las manos y me aprieta los pechos, prestando especial atención a ambos pezones, que se me han puesto duros bajo la camiseta.

—Gabriel… —susurro cuando pega su erección a mi culo a través de los vaqueros.

—¿Mmm? —gruñe. Empujo el culo hacia él.

—¿Antes podemos probar una cosa? —le pregunto, armándome de valor, mientras me desabrocha el botón y me baja la cremallera con una mano.

Me la mete en las bragas y suelta un gruñido que me hace palpitar la entrepierna.

—¿Qué quiere este coño empapado, pequeño colibrí? —me pregunta al oído con voz ronca, antes de lamerme el cuello.

—Quiero que me folles —gimo mientras me muerde el hombro—. Pero con el dilatador dentro. —Solo con él puedo verbalizar estos

deseos tan perversos.

Gabriel me da la vuelta e introduce dos dedos en mi interior mientras me besa con pasión. Gimo al sentirme tan llena.

—¿Esta noche la ansiosa de mi reina lo quiere todo? —me pregunta, sentándome en el banco de trabajo para quitarme los vaqueros. Se pone entre mis piernas y me agarra por el chaleco—. Esto se queda —me gruñe al oído mientras la presión del dilatador en el culo aumenta al estar sentada sobre el banco de madera maciza. Gabriel me abre las piernas, se arrodilla, me acerca a él y engancha los brazos bajo mis muslos. Me da un lametón lento y firme en la entrepierna que me hace perder la cabeza. Luego susurra mi nombre pegado a ella—. Este puto coño húmedo está deseando que lo follen —dice antes de succionarme el clítoris y metérselo en la boca. Arqueo la espalda y grito—. Eso es, nena, aquí nadie puede oírte. Chilla todo lo fuerte que quieras.

Grito su nombre mientras me mete dos dedos en el coño empapado y luego tres, antes de añadir la lengua, pero sin dejar que me corra del todo hasta que se ha saciado de mí y yo jadeo pidiendo más.

Luego me levanta del banco de trabajo y me deja en el suelo, me aprieta las caderas contra el mueble y tira de mí hacia atrás, para pegarme el culo a su polla. Casi me pongo a suplicar cuando siento lo dura que la tiene.

Ni siquiera me doy cuenta de que Gabriel se ha desabrochado los vaqueros y se ha sacado la polla hasta que la introduce en mi coño con un profundo gemido, y todo mientras sigo con el chaleco nuevo puesto.

—¡Joder! —grito, sintiéndome llena hasta los topes en todas partes a la vez. Siento su mano sobre mi culo mientras me da un fuerte azote, pero el dolor no hace más que aumentar mi placer.

—Esta zorra malcriada me ha tenido toda la puñetera noche esperando por mi coño… —Gabriel gime al tocar fondo dentro de mí, y ambos nos quedamos sin aliento. No puedo sentirme más llena—. Cuando tensas demasiado la cuerda, Brinley…, te arriesgas a que

pierda el control. —Dejo caer la cabeza contra su pecho mientras vuelve a metérmela—. Y a que te folle por todos los orificios que tienes. A lo bestia. —«Sí, por favor, hazlo», suplico para mis adentros mientras cumple su promesa. Siento su dedo añadiendo presión al dilatador mientras me folla—. Pero no te corras, ¿me oyes? Todavía no —me pide Gabriel en voz baja, acariciándome el clítoris y arriesgándose a tirarme del precipicio al que me aferro. El ritmo de sus embestidas y la presión que siento en el culo son abrumadores—. En cuanto sienta que este coño tan apretado empieza a succionarme la polla, haré mío este culo.

Eso me da el último empujón para hacer precisamente lo que acaba de decir. El calor se arremolina en mis entrañas y empiezan a tensarse. Me aferro con todas mis fuerzas al banco de trabajo, a punto de correrme sobre la erección de Gabriel. Justo cuando estoy llegando al clímax, saca su polla de mi interior, dejándome con una sensación de vacío. Suelto un gemido y se me escapa un grito casi lastimero que hace reír a Gabriel.

—Quiero sentir el primero mientras hago mío este culo. —Me agarra con fuerza por las caderas y empieza a ponerse en posición.

—¿Me correré? ¿Me va a doler? —murmuro, casi gimiendo.

—Al principio puede que sí, pero te hemos preparado bien.

Asiento con la cabeza, consciente de que es verdad. Siempre está jugueteando con mi culo, dejando que me acostumbre a la idea. El resultado es que he empezado a desearlo. Es como si me hubiera entrenado para esto como me entrenó para luchar, poco a poco y con paciencia.

Gabriel me acaricia el coño empapado, recoge mi excitación con la mano y se embadurna el miembro con ella. Noto cómo me escupe en el culo y espero mientras extiende la saliva. El cálido líquido preseminal gotea de la punta de su polla y gimo al sentirlo.

Con cuidado, empieza a jugar con la joya que tengo en mi interior, sacándola y volviéndola a meter, hasta que empiezo a jadear y a desear que juguetee conmigo. Sabe perfectamente lo que está haciendo.

—Eso es, pequeño colibrí, ya estás preparada para mí. Suplícame que te la meta.

Siento cómo el dilatador sigue saliendo de mí y me pego a Gabriel, deseando sentirme llena de nuevo.

Él se ríe.

—Por favor —gimo.

—Por favor, ¿qué?

—Fóllame… —le suplico en un susurro.

Él gruñe y se agacha para hablarme al oído mientras se frota conmigo.

—Algún día oírte suplicar será mi perdición. No hay nada que no sea capaz de hacer por ti cuando suplicas —me dice Gabriel, tan tranquilo a la vez que me mete la punta de la polla por detrás. Vuelve a escupir directamente sobre ella—. Te prometo que te gustará. Tú solo acuérdate de respirar. No hay ninguna parte de tu cuerpo que no sea capaz de aceptarme. Estás hecha para mí, Brinley.

—Sí… —gimo cuando Gabriel empieza a sumergirse lentamente en mi interior, deslizando los piercings uno a uno dentro de mí.

La sensación es abrumadora. Arqueo la espalda y siento sus enormes manos sobre la columna vertebral, las caderas y las nalgas, antes de que me abra al máximo.

—Eso es… respira, yo haré todo el trabajo por ti. —Gabriel se hunde un centímetro más. Me introduce dos dedos en el coño y empieza a meterlos y a sacarlos—. Joder —lo oigo murmurar mientras mi culo lo acoge un poco más. Me balanceo despacio sobre sus dedos, lo que a su vez hace que mi cuerpo lo engulla unos centímetros más, hasta que la sensación empieza a resultar… agradable. Bastante agradable—. Este culo… se está tragando toda mi puta polla. Ya es todo mío…

Siento la yema de su dedo presionándome el clítoris y mi cuerpo se abre para él. Me inclino hacia atrás para pegarme a Gabriel mientras él empuja hacia delante.

Jadea cuando me mete el último centímetro, al tiempo que sigue acariciándome con suavidad el clítoris con los dedos.

Empiezan a temblarme las piernas. Tengo todos los sentidos a flor de piel. Gabriel me levanta el chaleco y me recorre la espalda con los labios, mordiéndomela y besándomela. Siento sus manos y su cuerpo por todas partes. Me tira del pelo hacia arriba y me araña con los dientes el lóbulo de la oreja mientras me pide que me corra. Empieza a moverse, al principio despacio, pero luego acelera el ritmo y se sale casi del todo antes de volver a penetrarme. Todo mi cuerpo está resbaladizo y preparado para él, tras haber dejado de resistirse. Esto es lo que deseo. Deseo con todas mis fuerzas a Gabriel y pienso entregarme a él de la forma en la que quiera tomarme.

Transcurren unos instantes durante los que aumenta el ritmo y recibo sus embestidas hasta que ya no puedo aguantar más.

—Eso es, pajarito, córrete con mi polla dentro de ese culo maravilloso y los dedos en tu coño empapado.

—¡Gabriel! —grito.

—Otra vez.

—¡Gabriel…! —Se me escapa un gemido de puro placer mientras me rodea el cuello con una mano y me lo aprieta al tiempo que me folla sin piedad por detrás.

—Qué suave eres. Y qué puta maravilla que me hayas dejado meterte la polla en este culo tan apretado —jadea, y yo me corro con más violencia que nunca, apretándole y empapándole los dedos que tiene en mi interior—. Brinley…, eres mi puta reina —gruñe mientras noto cómo se tensa dentro de mí y su calor me invade—. Eres perfecta de pies a cabeza —gime antes de pronunciar mi nombre y agarrarme con fuerza del pelo—. Eres toda mía —añade, con voz ronca y áspera. El corazón me late con violencia y de forma irregular mientras disfruto de su clímax con él, con el chaleco de cuero pegado a los brazos y cubierta de sudor. No quiero que acabe nunca. Jamás me cansaré de él. Gabriel se desploma sobre mí, agarrándome todavía del pelo con una mano y con el pecho férreo

empapado en sudor—. Y ahora todo tu cuerpo me pertenece —susurra.

Sonrío mientras me acaricia la mejilla y el cuello con los labios.

—Siempre ha sido así… —le digo.

«Y siempre lo será».

61

Brinley



Dos semanas después

Madre mía, qué bonita —le digo a Gabriel con lágrimas en los ojos, cuando me bajo de la moto delante de mi casa y veo la camioneta de mi padre completamente restaurada y pintada de un azul precioso, como el de los huevos de petirrojo—. Si parece nueva —comento, acariciando la pintura reluciente.

—En teoría lo es. Gracias a Mike, ahora va como un tiro.

—No sabía que te faltara tan poco para acabarla, me dijiste que… Espera un momento. —Me doy la vuelta para mirarlo—. ¿Esto es lo que has estado haciendo por las noches esta semana, cuando decías que estabas ocupado con asuntos del club? ¿Arreglar mi camioneta en el taller? —le pregunto inmediatamente, analizando la expresión de su cara.

Él asiente con la cabeza, demasiado serio como para acabar de darme una sorpresa.

—Y no vas a venderla. Es demasiado bonita para deshacerse de ella —declara. Miro hacia el jardín delantero, donde ya está puesto el cartel de se vende. El único vínculo que me queda con mis padres.

—Ya no voy a necesitar el dinero —digo, barajando la posibilidad de quedármela—. Un motero malote y gruñón me ha arreglado el porche y se niega a cobrarme ni un céntimo —añado, contemplando el precioso porche nuevo de cedro que, según mi agente inmobiliario, será un imán para los compradores. Layla y yo llevamos una semana decorándolo con guirnaldas luminosas y muebles. Me

acerco a mi rudo hombretón, que en el fondo es un amor, y lo abrazo por encima del chaleco, pegando el cuero del mío al suyo.

—Quiero que te la quedes. Es lo único que vas a tener de ellos después de vender la casa. No es negociable —dice Gabriel. El detalle me conmueve mientras me giro para admirarla. Nadie ajeno a esta vida imaginaría jamás que Gabriel pudiera tener esa faceta, y no sé cómo puedo ser la afortunada que ha conseguido quedárselo para ella solita—. Además estarás muy sexy conduciéndola.

—Sí, ¿verdad? —le digo, poniéndome de puntillas para besarlo, tan excitada por sus palabras como siempre.

Esperamos a que llegue el agente inmobiliario para la jornada de puertas abiertas y charlamos unos minutos. Ya hay varios interesados; dice que cree que se venderá enseguida. Mientras él se prepara y nosotros le damos un último repaso a la casa, siento por primera vez una punzada de dolor. No estaba muy unida a mis padres, pero deshacerme de esta casa es un paso drástico, aunque necesario para alcanzar mis sueños.

—El agente inmobiliario cree que puedo conseguir más de un millón —le digo a Gabriel cuando llegamos a mi dormitorio de la infancia, ahora reconvertido en sala de estar.

—Lo suficiente para la tienda y tener unos buenos ahorros para cualquier otra cosa que se le ocurra a ese cerebro maravilloso —comenta, rodeándome por la cintura con sus fuertes brazos desde atrás—. Vamos, hay una cosa más que quiero enseñarte antes de volver a casa —dice Gabriel.

«A casa». Con él. Donde sé, con cada fibra de mi ser, que está mi lugar.

—Vale. Ahora sí que estoy flipando. ¿Qué hacemos aquí? —le pregunto a Gabriel, observando cómo abre la puerta del local que hay al lado de la cafetería, veinte minutos después. Es agradable pasear por el pueblo con él sin preocuparse por nada. Todo está en

calma desde que el club se comprometió a firmar una especie de tregua con los Discípulos del Pecado. Eso le ha dejado a Gabriel mucho tiempo para ponerse al día en el taller con los encargos de algunos clientes importantes y, por supuesto, ahora lo sé, para trabajar en la camioneta de mi padre.

No es habitual que vengamos a mediodía al centro del pueblo cuando no tengo que trabajar, así que sé que algo raro pasa. Solemos quedarnos en la cama, desnudos, o en la ducha, en la cocina, en el gimnasio… en cualquier otro lugar en el que podamos estar juntos.

Así que el último sitio en el que me esperaba acabar es aquí, frente a la oficina a la que ahora voy tres veces por semana.

—Este es el edificio que compramos el primer día que te vi —me dice, con una sonrisa socarrona.

Miro a mi alrededor. Estamos a mediados de agosto y la calle sigue llena de turistas. También veo a unas personas colgando una pancarta de acera a acera, en la que se anuncia un festival de otoño.

—Ya, pero ¿qué hago aquí? —Me río, levantando la vista hacia él. Admiro sus hombros anchos bajo la camiseta blanca que lleva por debajo del chaleco y sus fuertes bíceps flexionados. La leche, menudo hombretón.

Lo miro fijamente.

—¿Vas a echar un vistazo o piensas acorralarme en una esquina nada más entrar? —me pregunta Gabriel, abriendo la puerta.

Parpadeo para dejar de mirarlo. No se puede ser más arrogante.

Lo observo con los ojos entrecerrados bajo el sol de la tarde.

—Todavía no lo tengo muy claro —contesto con sinceridad, encogiéndome de hombros y dándole una palmadita en el chaleco al pasar.

Él se ríe entre dientes.

—Mete ese culo tan apetecible ahí dentro antes de que me tientes demasiado y te cargues la sorpresa.

Cuando entro, me quedo con la boca abierta y ahogo un grito.

—Llevo currándomelo desde que dijiste que querías abrir tu propia tienda. He pedido algunos favores para acabar rápido —me explica.

El local está totalmente renovado. Huele a pintura fresca y madera nueva. Los suelos son de tablones gruesos de madera de granero y todas las paredes están revestidas con tablillas blancas. Hay estanterías empotradas y lámparas de fibras naturales. El techo es abovedado y blanco, con unas vigas anchas de madera de nogal que van de un extremo a otro. Al fondo hay un mostrador para una caja registradora, y en lo alto de la pared, justo en medio, un colibrí de neón rosa superelaborado y de una increíble belleza. Miro a Gabriel, antes de volver a fijarme en las ventanas que hay a ambos lados y que dan al patio que hay entre los edificios. Toda la fachada está llena de ventanas con vistas a Main Street. Es un local luminoso, amplio y espectacular, pero aún no tengo ni idea de lo que Gabriel ha hecho.

—Este local es tuyo, la empresa legal del club es la propietaria del edificio, pero el contrato de alquiler está exclusivamente a tu nombre. No tiene nada que ver ni con el club ni conmigo —dice, orgulloso—. Bienvenida a Hummingbird[1] Desing Inc., que también está registrada únicamente a tu nombre.

—¿Cómo es posible? —susurro, estupefacta, antes de taparme la boca con las manos.

Gabriel se encoge de hombros.

—Kai es la hostia de bueno en su trabajo y en el registro mercantil les ha entusiasmado que alguien monte un negocio nuevo. Además, los de Crimson Homes han dicho que estarán encantados de recomendarte a sus clientes, que les parece bien que trabajes por tu cuenta y que les sigas ayudando en sus proyectos de diseño y construcción.

—¿Qué? —No sé qué decir. Se me llenan los ojos de lágrimas—. Bueno, ya has oído al agente inmobiliario. Cree que conseguiremos un par de ofertas antes de que acabe el fin de semana y podré pagarte lo que… —Entro en pánico al pensar en lo que habrá costado todo esto.

—No —dice, negando con la cabeza—. Ni hablar. Este local es tuyo. En aquella cabaña, por primera vez en mi vida pensé que iba a morir y tú me salvaste. Ya estoy harto de vivir encerrado en mí mismo, acumulando dinero. Quiero vivir. Tú has conseguido que tenga ganas de hacerlo. —Sacudo la cabeza y dejo escapar un suspiro, antes de volver a mirar el local con nuevos ojos, ahora que sé que es mío—. Es un negocio legal exclusivamente tuyo. Ya invertirás tu dinero en él de ahora en adelante. Costará mucho llenarlo, ¿no? —pregunta.

Miro a mi alrededor sin salir todavía de mi asombro.

—Pues sí… —susurro. Me vienen a la mente todas las ideas que tengo guardadas en el ordenador mientras pienso en las tiendas especializadas a las que puedo hacer pedidos y en las piezas de las que estoy enamorada—. Ya me lo estoy imaginando: las muestras a lo largo de esa pared… —digo emocionada, con lágrimas en los ojos —. Seguro que puedo ponerme en contacto con Benjamin Moore y hacerme distribuidora. —Voy tocándolo todo a medida que avanzo—. Y aquí podría poner piezas de artesanos locales, para vender a los clientes que quieran una decoración única. —Continúo recorriendo el local y descubro que también hay un baño y un despacho privado en la trastienda. Cuando acabo de explorar este local tan bonito que ahora es todo mío, gracias a él, ya estoy llorando a moco tendido. Gabriel ha estado detrás de mí todo el rato, con una expresión en la cara que no logro identificar. ¿Podría ser orgullo?—. ¡Te quiero! —exclamo, lanzándome a sus brazos. Él me abraza con fuerza y me levanta del suelo—. Te quiero, te quiero, te quiero —digo, besuqueándole la cara y los labios.

Gabriel sube las manos para limpiarme las lágrimas de los ojos.

—Y yo a ti. Pero voy a necesitar que me lo demuestres —replica.

Retrocedo para mirarlo mientras su boca se transforma en esa sonrisa burlona que tanto adoro.

—¿Aquí? —le pregunto cuando me sienta en el mostrador nuevo y desliza los dedos bajo mi blusa. Noto su calidez sobre la piel y empiezo a entrar en calor al instante. No hay persianas en los

ventanales y estamos a plena luz del día. Gabriel me lee la mente antes de que me dé tiempo a decir nada.

—Los cristales están tintados y no te voy a quitar la ropa… no te preocupes. Ni siquiera lo pienses, pequeño colibrí. Toma lo que deseas.

—Vale —digo, intentando autoconvencerme—. No preocuparme… y tomar lo que deseo —me repito a mí misma, dejando caer la cabeza hacia atrás mientras posa los labios sobre mi cuello.

Él decide por mí y empieza a estrujarme las caderas, antes de deslizar las manos por la parte de atrás de mi blusa. El tacto de sus labios sobre mi piel me lleva más allá del punto de no retorno. Me pregunto cómo habré tenido tanta suerte como para cruzarme en el camino de Gabriel Wolfe. El rey del club de moteros de inquietantes ojos grises que consiguió que Brinley Rose Beaumont, la niña buena que siempre hacía lo correcto pero que nunca había sido feliz, pasara a la historia.

Este hombre despiadado al que el resto del mundo considera un delincuente es el mejor hombre que he conocido en mi vida. Él ha creado a la mujer que soy ahora y me prometo a mí misma ser su reina para siempre. Ser la mujer que estaba destinada a ser. Ese pensamiento me libera.

A partir de ahora me sentiré viva y feliz, con los brazos alrededor de mi rey y yendo más rápido de lo que nuestros ángeles pueden volar.

EPÍLOGO

Gabriel



Diecisiete años y medio después

Eso es, despacito y con calma —le digo a mi hijo mayor, Sebastian —. Aprieta el gatillo solo hasta la mitad, si lo haces demasiado rápido, la cagarás y tendrás que volver a empezar.

Él frunce el ceño, concentrado, mientras mira fijamente las finas líneas que ha trazado en el depósito de gasolina de su propia moto, que estamos restaurando. Una moto que podrá conducir cuando y por donde quiera dentro de dos meses, cuando esté terminada y cumpla diecisiete años. Entonces podrá sacarse el carnet de moto de gran cilindrada. Ya lleva tres meses conduciendo con el otro permiso y parece que ha nacido para ello. Eso hace que su hermano esté como loco por sacárselo también, aunque él tendrá que esperar dos años más.

—Joder —dice al salirse de la línea mientras pinta con el aerógrafo.

—Eh, no digas eso delante de tu madre —lo regaño.

Detrás de mí, mi guapísima esposa desde hace quince años resopla con una seguridad que, al igual que su belleza, no ha hecho más que aumentar. A sus cuarenta y un años, está mejor que cualquiera de veinticinco, según ella porque siempre ha estado sexualmente satisfecha. Asegura que esa es la fuente de la eterna juventud y debe de estar en lo cierto, porque yo no me siento ni remotamente cerca de los cuarenta y nueve que ya casi tengo.

—Perdón —murmura Seb.

—Te lo digo siempre, Seb, tienes que ir más despacio, tomarte tu tiempo. ¿Crees que tu padre ha llegado a ser así de bueno haciendo

las cosas con prisa? —le dice Brinley—. Y, por cierto, si creéis que no sé cómo habláis cuando yo no estoy delante, es que estáis como putos cencerros —añade, guiñándonos un ojo—. Estad listos dentro de una hora, no quiero monos grasientos en la graduación de mi hija —añade, acercándose para darme un beso en los labios.

Su característico aroma a jazmín convierte mi taller en un paraíso.

La acerco a mí y la retengo unos instantes.

—Qué asco —dice Micah, nuestro hijo de casi quince años, al entrar en el taller. El traje que lleva puesto ya le queda pequeño, y eso que se lo compramos el año pasado para su graduación. Mis dos hijos ya son casi tan grandes como yo, mucho más de lo que yo era a su edad, y algún día serán un par digno de tener en cuenta.

—Ya te digo, ¿podéis parar con esa mierda? —dice Seb, sin levantar la vista.

—Alegraos de que nos queramos —replica Brinley, dándole una colleja.

—¡Mamá! Ahora tengo que empezar otra vez con esta línea.

—A ver si así aprendes a tener modales. Vamos, te voy a bajar el dobladillo —le dice a Micah al verle los pantalones. Ella lleva puesto un vestidito de verano y tengo que esforzarme para no echar a mis dos hijos y hacerla mía encima de la mesa de trabajo. «Más tarde», me digo a mí mismo.

Diecisiete años con esta mujer, tres hijos, dos negocios y una vida con ella dentro del club, y la única constante sigue siendo la forma en la que la deseo. Todo cambia a nuestro alrededor a diario. Los niños crecen, las personas viven y mueren, se mudan, hasta nuestros negocios han cambiado.

El taller es ahora de nuestra propiedad. Cuando Seb empezó en preescolar, montamos uno más grande aquí para que Kai y yo pudiéramos trabajar y llevar a los niños al colegio, mientras Brinley hacía prosperar Hummingbird Designs hasta convertirla en una de las empresas de interiorismo más solicitadas de Savannah.

El club ha cambiado, hemos incorporado a nuevos miembros y hemos visto a otros morir y jubilarse. Hemos tenido épocas de paz y

épocas difíciles, pero, a pesar de todo, nunca he dejado de desearla y siempre he intentado que Brinley y nuestra familia sean mi prioridad. La mayor alegría de mi vida ha sido criar a nuestros hijos con ella y con la familia del club a nuestro lado.

Veo a Seb empezar de nuevo; tiene la pasión que yo tenía a su edad. Es igual de grande que yo, pero más guapo, así que las chicas ya empiezan a pulular a su alrededor. Tiene muchas ganas de aprender y de seguir mis pasos, algo que me llena de orgullo y al mismo tiempo me preocupa.

—¡Toma ya! —dice, dejando la parrilla perfecta. El diseño es la leche, lo reconozco. Hasta Kai está impresionado con su habilidad—. Con esta moto me voy a ligar a todas las putas tías del instituto —dice.

Me río entre dientes mientras me quito la mascarilla.

—Te resultará difícil ligarte a alguna si tu madre te mata por no estar preparado a tiempo.

—¿Podemos volver esta noche, después de la fiesta? —me pregunta, con un aire tan adulto como infantil.

—Sí, pero venga. Como no nos demos prisa, esas dos nos echarán la bronca —le digo.

Seb se estremece.

—Menuda pesadilla. —Se ríe, consciente de que su hermana pequeña es tan peleona como su madre.

Suelto una carcajada y le doy unas palmaditas en el hombro mientras nos ponemos en marcha. En momentos como este, lo único que me da pena es que mi madre no haya podido ver la vida que tengo. Aunque, según mi mujer, que no ha perdido ni una pizca de fe, mi madre siempre ha velado por nosotros y fue la que me condujo hasta mi pequeño colibrí el día que su larga melena azabache, brillando bajo el sol, llamó mi atención. El día que mi vida cambió para siempre.

Brinley

El jardín trasero está animadísimo por la gran barbacoa que hemos organizado con todos los miembros del club de los Perros del Infierno, los amigos de los niños y otros invitados que han venido a celebrar la graduación de nuestra hija de catorce años, Harlow, que acaba de terminar secundaria.

Gabriel lleva diecinueve años como presidente de los Perros del Infierno y el club nunca ha sido tan lucrativo ni tan pacífico. En los últimos dieciséis años han montado con su ayuda otras tres clínicas, con lo que ahora hay un total de nueve en Savannah y Atlanta, y están empezando a colaborar con algunas de Florida facilitándoles fármacos para la rehabilitación.

Se ha aliado con las personas adecuadas para protegerse y trabaja por el bien común. Además se ha convertido en confidente de los veteranos que necesitan ayuda, o simplemente hablar, cuando vuelven a casa después del servicio activo.

¿Que tengo un marido poco convencional? Sí. ¿Que tiene detalles que me hacen cuestionarme su cordura? También. Pero es un hombre honrado que hace muchas más cosas buenas que malas.

Estoy al lado de la linde del bosque, donde hemos colocado unas largas hileras de mesas con aperitivos y platos de papel, observando a nuestra familia y amigos hablar y reír mientras suena la música. Algunos de los niños están bailando y otros bañándose en la piscina que Gabriel instaló hace diez años, al ampliar la casa para dar cabida a todos nuestros retoños.

Nuestros hijos se han criado como parte del club, pero Harlow es la más pequeña y todos nuestros amigos la adoran desde que nació, lo cual no es de extrañar.

La contemplo, con ese vestido de graduación rosa que a Gabriel le parecía demasiado corto y Max en brazos, el hijo de tres años de Sean y Layla, mientras habla con Shelly y algunos de los mayores del club. Harlow ha sido un amor desde que nació, siempre alegre, sonriente y dispuesta a ayudar. Es mucho mejor que Gabe y que yo,

eso seguro. Y, curiosamente, le va bastante la iglesia. Colabora con el Ejército de Salvación local en los programas de ayuda a la comunidad que tienen en Savannah y con solo catorce años ya ha acumulado más horas de voluntariado que la mayoría de sus amigos juntos.

Gabriel cree que algún día cambiará el mundo y yo estoy de acuerdo con él, pero hay algo en ella que me hace mucha gracia: es igual de guerrera y macarra que su padre. Ni se te ocurra tocarle las narices. En apariencia es encantadora. Se parece mucho a mí cuando era joven, con la melena larga y negra, pero mil veces más guapa de lo que yo he sido jamás. Para Gabriel es una auténtica pesadilla pensar que muy pronto empezará a llamar la atención de los chicos.

Me parto de risa cada vez que lo pienso. Con sus hermanos y Gabriel al acecho, la pobre no va a conseguir una cita hasta los treinta.

—¿Cómo puede ser tan mayor? —Mi marido me abraza por la espalda, como siempre ha tenido por costumbre, y me da un beso en el cuello.

—El tiempo vuela cuando estás disfrutando, cielo. —Me giro para mirarlo y acaricio el elaborado tatuaje del colibrí que tiene debajo de la oreja izquierda, justo encima del pulso, y que ocupa buena parte de su cuello. Algo que, cada vez que miro a Gabriel, me recuerda que, aunque sea un hombre de pocas palabras, siempre ha sabido demostrar su amor mediante sus actos y su entrega. No ha habido un solo momento desde que estoy con él en el que no me haya sentido totalmente protegida y verdaderamente amada.

Miro hacia el lago, donde el sol se hunde en el horizonte mientras transcurre la fiesta.

—En un rato voy a volver al taller con Seb. Le prometí que seguiríamos trabajando en su moto esta noche —me dice.

Yo me río.

—Pues yo creo que Seb se está enrollando con la nieta de Robby en su habitación. El curso que viene les toca en la misma clase y

creo que han decidido conocerse mejor —le digo—. Cree que no me he dado cuenta de que se han ido juntos.

Gabriel se ríe, pegado a mi oreja.

—No es tan irresistible como se cree —comenta con voz grave—. A su edad, yo era como él, solo pensaba en las chicas. No se pasará de la raya, sabe dónde está el límite —añade antes de darme un beso—. Imagino que eso significa que habrá que esperar a mañana para seguir trabajando en la moto.

—Mmm —digo—. Eso es cosa tuya, así que yo prefiero no pensarlo, pero no me gustaría ser abuela a los cuarenta. De hecho, hay mujeres que todavía están empezando a tener hijos a mi edad.

—Mmm —gime Gabriel pegado a mí, poniendo a cien todas mis células—. ¿Es eso lo que quieres? ¿Que meta otro bebé en esa tripita? —me pregunta, con esa voz que sigue volviéndome loca, mientras me presiona posesivamente el bajo vientre con su enorme mano.

El hecho de que este hombre tenga casi cuarenta y nueve años y siga estando en mejor forma que la mayoría de los hombres a los que le dobla la edad es algo que no deja de sorprenderme. Incluso sigue teniendo el mismo aspecto, salvo por las hebras plateadas que salpican su cabello oscuro. En mi opinión, no ha envejecido, sino que ha mejorado.

—Se me hace raro tener que decir esto dos veces en un mismo día, pero… qué asco —dice Micah al pasar junto a nosotros, negando con la cabeza.

Gabriel y yo nos reímos mientras él va hacia el hijo mayor de Sean y Layla, que solo tiene un año menos que él.

—¡Un brindis! —grita Shelly, dirigiéndose al grupo de más de cien personas, al tiempo que las guirnaldas de luces solares del jardín se encienden al ponerse el sol—. Por nuestra pequeña Harlow.

Todos nos giramos para mirar a la niña, que esboza una de sus preciosas sonrisas, muerta de vergüenza por haberse convertido en el centro de atención.

—¡Nana! —se queja mientras Shelly le hace un gesto con la mano.

—Basta, cielo, vamos a brindar por ti te guste o no. —Harlow deja a Max en el suelo y va a reunirse con Shelly, que está al otro lado del jardín. Veo a Dell y a su mujer, con la que lleva diez años, y los saludo con la cabeza. Sigue siendo encantador cuando le pido asesoramiento, y por fin ha dejado de mirarme como si me hubiera equivocado al elegir a Gabriel—. Por la persona más dulce que conocemos, que el año que viene va a empezar en el instituto. Rompe unos cuantos corazones, diviértete y, por favor, si se te ocurre liarte con algún chico, no lo traigas aquí si quieres que siga con vida.

—¡Eso! —gritan a coro entre la multitud Sean, Kai, Robby, Mason, Flipp y Gabriel. El resto de invitados se echan a reír.

Miro a mi niña, que se gira hacia mí y pone los ojos en blanco al ver a todos los hombres sobreprotectores que hay en su vida comportarse como cavernícolas. Hacemos un brindis colectivo y la fiesta continúa con toda la gente a la que queremos a nuestro alrededor. Puede que no seamos perfectos, pero nos queremos más que cualquier puñetera familia que haya conocido.

Yo me río y le doy a su padre una palmadita en ese pecho musculoso con el dorso de la mano.

Gabriel me pellizca la cintura mientras la fiesta sigue adelante. Echo los brazos hacia atrás para clavarle el dorso de las uñas en los antebrazos y él me agarra con fuerza por la cintura para atraerme hacia él. Noto cómo la polla se le empieza a poner dura.

—¿Quieres pelea, mi pequeño colibrí? —me pregunta, tirando de mí hacia atrás para alejarme de la mesa, con los labios sobre mi cuello.

—Mmm… Eso parece… —Sonrío mientras Gabriel me arrastra hacia el bosque—. ¿Crees que aún tienes lo que hay que tener para pillarme, presi? —Giro la cara hacia él, que me da un beso en los labios antes de emitir un gruñido grave. Me preparo para salir corriendo.

—Ahora lo comprobaremos, niñata… ¡Corre!

Agradecimientos

¡Qué viaje tan alucinante me ha hecho vivir Gabriel Wolfe!

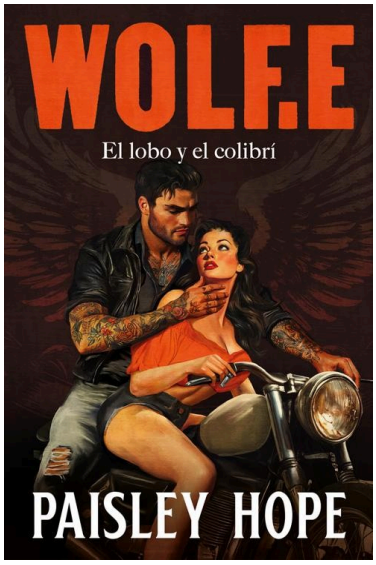
A mi maravilloso marido, por investigar conmigo hasta el último detalle de la vida en los clubes de moteros y ponerse en un segundo plano para cederle el puesto a Gabriel, como siempre hace con todos los protagonistas de mis novelas. Y por cuidar tanto de mí mientras no paro de escribir, llegando incluso a ponerme la comida delante cuando entro en «modo zombi».

A Tabitha, por desarrollar los personajes de una forma tan extraordinaria y con tanta facilidad. Desde la personalidad de niña buena de Brinley hasta nuestra obsesión común por Gabriel, pasando por la fijación por las manos esculturales y las conversaciones de madrugada sobre rituales sexuales. No podría haber hecho este libro (ni ningún otro) sin ti, sin tu mente (que es la mía) y sin tu chispa.

A Jordan, ¿no es alucinante que nuestras conversaciones sobre *Hijos de la Anarquía* plantaran la semilla de la que nació esta historia? Gracias por tus opiniones sobre la forma de vida de los clubes, por tu amistad y por esos comentarios tan descarados que me hacían partirme de risa mientras me tomaba el café por las mañanas. Tengo que decírtelo una vez más: ¡deberías hacerte editor!

A Rose, por ser mi ayudante extraoficial en todo lo relacionado con Paisley. A mis lectoras beta, Rose, Katie, Bryanna y Ada, por acompañarme en esta locura de viaje. Gracias por permitirme hablar de todo con vosotras, sin importar la hora del día, y por esas carcajadas que me mantuvieron cuerda. Por todas vuestras sugerencias maravillosas, por las risas y por esos momentos de revelación que hacen que mis libros sean lo más perfectos posible. A Cathryn y Caroline, gracias por hacer que esta novela sea una obra preciosa y gramaticalmente correcta, en vez de un simple documento de Word larguísimo y enrevesado.

Y por supuesto gracias a mis lectores, tanto a los que recibieron ediciones anticipadas como a todos los demás. Puede que no sea la mejor del mundo, pero pongo toda mi alma en estas historias y aprecio y agradezco de corazón cada uno de vuestros comentarios, me gustas, difusiones, opiniones y menciones.



Gabriel Wolfe es el presidente del club de moteros Los Perros del Infierno, y se le considera todo un ángel caído. Su vida ha estado impregnada de oscuridad desde el día en que nació. Solo un puñado de personas le importan y para él las mujeres son solo un medio para un fin...

Pero todo cambia cuando conoce a Brinley Rose Beaumont. Con su pelo negro y sus ojos llameantes, ella aviva en él un fuego que no sabía que existía. El mundo de Wolfe, meticulosamente controlado, comienza a desmoronarse.

Ahora, Brinley es todo lo que ve.

Y no se detendrá ante nada para hacerla suya.

Tropes:

- Moteros
- Proximidad forzosa
- Tócala y te mato
- Protagonista de moralidad gris

- Chica buena x Chico malo
- Romance inflamable

Los lectores opinan:

«El *spice* de esta novela es de primera categoría».
«El hombre más sexy que he leído nunca en una novela».
«Una tensión magnífica, y una química entre ellos que se sale de lo normal».

Paisley Hope es una ávida amante del romance, madre, esposa y escritora. Mientras crecía en Canadá, escribía y soñaba con poder crear algún día un mundo en el que los lectores pudieran sumergirse. Le encanta pasar el tiempo en familia, la jardinería, la repostería, el yoga y un buen *cab sav*.



Título original: *Wolf.E*

Primera edición: febrero de 2026
© 2025, Paisley Hope
Publicado originalmente por Evermore, un sello de Cornerstone,
editorial que forma parte del grupo Penguin Random House
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Eva Carballeira Díaz, por la traducción

Diseño de portada: Adaptación de la original de © Loni/Whiskey Ginger / Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-253-7216-2

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Wolf. E. El lobo y el colibrí

1. Brinley
2. Brinley
3. Brinley
4. Brinley
5. Brinley
6. Gabriel
7. Gabriel
8. Brinley
9. Gabriel
10. Brinley
11. Gabriel
12. Gabriel
13. Brinley
14. Gabriel
15. Brinley
16. Gabriel
17. Brinley
18. Gabriel

19. Brinley
20. Gabriel
21. Brinley
22. Brinley
23. Brinley
24. Gabriel
25. Brinley
26. Gabriel
27. Brinley
28. Gabriel
29. Brinley
30. Gabriel
31. Brinley
32. Gabriel
33. Brinley
34. Gabriel
35. Brinley
36. Brinley
37. Gabriel
38. Brinley
39. Gabriel

40. Brinley
41. Gabriel
42. Gabriel
43. Brinley
44. Brinley
45. Gabriel
46. Brinley
47. Brinley
48. Gabriel
49. Brinley
50. Brinley
51. Gabriel
52. Brinley
53. Gabriel
54. Brinley
55. Gabriel
56. Brinley
57. Gabriel
58. Gabriel
59. Brinley
60. Brinley

61. Brinley

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Paisley Hope

Créditos

Nota

1 En inglés, «colibrí». *(N. de la T.).*